





XX SEMINARIO INTERNACIONAL DE DEFENSA


*NUEVOS CONFLICTOS, NUEVOS DESENLACES*



XX SEMINARIO INTERNACIONAL DE DEFENSA  
*NUEVOS CONFLICTOS, NUEVOS DESENLACES*

Edición a cargo de  
Miguel Ángel Aguilar y José María Ridaó

Toledo  
26 y 27 de junio de 2008

Asociación de Periodistas  Europeos

© de la edición: Asociación de Periodistas Europeos, 2009  
Cedaceros, 11; 28014 Madrid  
Teléfono: 91 429 68 69  
info@apeuropeos.org  
www.apeuropeos.org

© de los textos: sus autores  
© de las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor

*Coordinación*

Juan Oñate

*Edición*

Julia Fanjul

*Fotografías*

Miguel Gómez

*Diseño y producción editorial*

el extranjero, libros

*Impresión*

EFCA

Impreso en España  
Depósito legal: M. 26.783-2009

# ÍNDICE

1. SABER QUIÉNES SOMOS..... 11  
**Miguel Ángel Aguilar**  
Secretario general de la APE  
**José María Ridao**  
Escritor y diplomático
  
2. NUEVOS CONFLICTOS, NUEVOS DESENLACES.. 21  
**Miguel Ángel Aguilar**  
Secretario general de la APE  
**Angelina Martínez**  
Consejera de Justicia y Protección Ciudadana  
de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha  
**Félix Sanz Roldán**  
Jefe del Estado Mayor de la Defensa
  
3. COMBUSTIBLES DEL CONFLICTO I:  
LA MALDICIÓN DE LOS RECURSOS ..... 41  
**Carmen Martínez Ten**  
Presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear  
**Manuel Marín**  
Ex presidente del Congreso de los Diputados  
**José Juan Ruiz**  
Director de Estrategia para América Latina  
del Grupo Santander

**Sarah Wykes**

Experta en hidrocarburos y miembro  
de Global Witness

**Gustavo Fernández**

Ex canciller de Bolivia

**Fernando Gerbasi**

Diplomático venezolano y director del  
Centro de Estudios Estratégicos y Relaciones  
Internacionales (CEERI)

**Xavier Batalla**

Corresponsal diplomático de *La Vanguardia*

4. COMBUSTIBLES DEL CONFLICTO II:  
DIOSES, MODO DE EMPLEO ..... 99

**Stephen Holmes**

Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University

**José Luis Pardo**

Filósofo y ensayista

**Sylvain Cypel**

Corresponsal de *Le Monde* en Nueva York  
y autor del libro *Entre muros: la sociedad israelí  
en vía muerta*

**José María Ridao**

Escritor y diplomático

5. COMBUSTIBLES DEL CONFLICTO III:  
LA AMENAZA DE LOS DÉBILES ..... 137

**Shlomo Ben Ami**

Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel  
y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax



**Javier de Lucas**

Catedrático de Filosofía del Derecho y  
Filosofía Política, Universitat de Valencia

**Alejandro Urbina**

Director del diario *La Nación*, Costa Rica

**Gerardo Reyes**

Reportero para América Latina de  
*El Nuevo Herald*, Colombia

**Miguel Ángel Aguilar**

Secretario general de la APE

6. LA GUERRA EN EL SIGLO XXI:  
NUEVA NATURALEZA, NUEVOS DESENLACES... 185

**Stephen Holmes**

Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University

**Jon Lee Anderson**

Escritor y cronista de *The New Yorker*

**Andrés Ortega**

Director del Departamento de Análisis y Estudios  
del Gabinete de Presidencia del Gobierno

**Sylvain Cypel**

Corresponsal del diario *Le Monde* en Nueva York  
y autor del libro *Entre muros: la sociedad israelí  
en vía muerta*

**Juan Gabriel Tokatlián**

Director de Ciencia Política y Relaciones  
Internacionales, Universidad de San Andrés,  
Argentina

**Martín Ortega Carcelén**

Director del Gabinete de Análisis y Previsión  
de Política Exterior del MAEC

**María Jimena Duzán**

Columnista del diario *El Tiempo*, Colombia

7. SESIÓN DE CLAUSURA ..... 257

**Miguel Ángel Aguilar**

Secretario general de la APE

**María Jimena Duzán**

Columnista del diario *El Tiempo*, Colombia

**Diego Carcedo**

Presidente de la APE

**Constantino Méndez**

Secretario de Estado de Defensa

8. BIOGRAFÍA DE LOS PONENTES ..... 287

9. RELACIÓN DE ASISTENTES ..... 305

## 1. SABER QUIÉNES SOMOS

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR  
*Secretario general de la APE*



JOSÉ MARÍA RIDAO  
*Diplomático y escritor*





Las páginas que siguen compendian los trabajos del XX Seminario Internacional de Defensa, convocado por la Asociación de Periodistas Europeos en Toledo bajo el título «Nuevos conflictos, nuevos desenlaces». Su propósito era abrir un debate sobre los combustibles que alimentan estos conflictos en tres planos sucesivos: el de la maldición de los recursos, el del modo de empleo de los dioses y el de la amenaza de los débiles. Para concluir, el Seminario abordó la nueva naturaleza de la guerra que resulta de la suma de todos ellos.

Era junio de 2008 y estaban convocadas para subir a la palestra figuras relevantes de las Fuerzas Armadas, como el jefe del Estado Mayor de la Defensa, Félix Sanz Roldán; economistas como José Juan Ruiz o Sarah Wykes; académicos como Stephen Holmes, de la Universidad de Nueva York, o Javier de Lucas, de la Universidad de Valencia; filósofos como José Luis Pardo; diplomáticos como Fernando Gerbasi; expertos como Shlomo Ben Ami, Andrés Ortega Klein o Martín Ortega Carcelén; responsables políticos como Constantino Méndez, secretario de Estado de Defensa, Angelina Martínez, consejera de la Junta de Castilla-La Mancha, Manuel Marín, ex presidente del Congreso de los Diputados, Carmen Martínez Ten, presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear, o el ex canciller boliviano Gustavo Fernández. También periodistas, como el americano Jon Lee Anderson, el argentino Juan Tokatlián, los colombianos María Jimena Duzán y Gerardo Reyes, el costarricense Alejan-

dro Urbina, el español Xavier Batalla o el francés Sylvain Cypel, corresponsal de *Le Monde* en Nueva York.

Un somero repaso a los debates nos permitiría encontrarnos con el economista José Juan Ruiz, quien al tratar «la maldición de los recursos» trajo a colación una cita de Maquiavelo, de 1519, donde advertía que «los países fértiles hacen ociosos a los hombres e incapaces de ejercer ninguna virtud», y se preguntó si esa advertencia sigue vigente y qué lecciones podemos extraer de ella hoy. Enseguida adujo que entre los años 1970 y 2000 sólo ha habido diecisiete países que hayan tenido una tasa de crecimiento negativa de su renta *per capita* y explicó que, con la única excepción de Haití, el 50% de las exportaciones de estos países estaban constituidas por recursos naturales. Pero también subrayó la importancia de la geografía y del clima y concluyó que esa pretendida «maldición de los recursos» no es en absoluto inexorable, pues de otra manera sería inexplicable el desarrollo de países como Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda o Australia. A partir de ahí apuntó la relevancia de las instituciones, cuya calidad es decisiva para que el devenir de la prosperidad o del desastre.

El filósofo José Luis Pardo partió de la expresión «los combustibles de la guerra» para recuperar la escena de aquella película de los hermanos Marx donde Groucho va desmantelando el tren en el que viaja para alimentar la caldera de la locomotora al grito de «¡más madera, esto es la guerra!». Subrayó nuestro autor el absurdo de ir quemando el tren para que la maquina siga en marcha. Un absurdo que resume bien la lógica misma de la guerra, que no se puede detener hasta que alcanza su fin o desiste de lograrlo. Según Pardo la religión tiene la propiedad de elevar inmediatamente la contienda al término de lo absoluto. El calentamiento de la maquinaria guerrera con el combustible religioso elimina toda posibilidad de hallar un terreno donde quepa la posibilidad de entenderse con el enemigo. En su opinión, los problemas religiosos son irresolubles porque al final la

única solución posible sería la conversión de los infieles. Cuestión diferente es que vivamos en la obsesión permanente de saber quiénes somos, que busquemos satisfacer nuestras expectativas de sentido, es decir, de que el principio cuadre con el final y con el medio, de que a los buenos les vaya bien y a los malos mal y de que haya un justo reparto de la felicidad y de la desgracia.

La observación permitiría verificar que la religión se las arregla muy bien para proporcionar a la guerra una justificación y, por lo tanto, convertirla en un medio —discutible, pero un medio— para un fin que se sitúa en el orden de lo indiscutible. Lo explica muy bien Richard Overy en su libro *Por qué ganaron la guerra los aliados*, considerado por muchos el análisis más perspicaz y definitivo de la Segunda Guerra Mundial. Allí se pondera cómo hasta en la Unión Soviética, donde Dios había sido prohibido oficialmente, la religión renació a causa de la guerra; de manera que el día de la invasión alemana, el metropolitano Sergei, cabeza de la Iglesia ortodoxa rusa, después de haber sido perseguido por las autoridades durante años, pidió a los fieles que hicieran todo cuanto pudiesen por ayudar al régimen y concluyó su oración diciendo «¡El Señor nos concederá la victoria!».

O sea, que también Stalin calculaba la importancia de tener a Dios de su parte en la guerra; un principio que le llevó a aliviar la presión contra la Iglesia ortodoxa y a congraciarse con el patriarca de Moscú, quien terminó convocando oraciones por el ejército soviético. De modo que, en 1943, los templos de Moscú estaban tan abarrotados con motivo de la Pascua que los fieles llenaban las calles aledañas. Los sacerdotes cantaban plegarias por Stalin, al que daban el tratamiento de «ungido del Señor» y la Iglesia entregó 150 millones de rublos para el esfuerzo bélico, importe de las colectas entre los fieles con el que se pagó un batallón de blindados al que se denominó San Dmitri Donskói en honor a un príncipe ruso que derrotó a los tártaros

en Kulikovo. En la ceremonia oficial de entrega el representante de la Iglesia habló del «odio sagrado [de Rusia] a los salteadores fascistas» y llamó a Stalin «nuestro padre común».

Más cerca nuestro, si atendiéramos a las coordenadas geográficas, aunque más lejos en el tiempo, encontramos la recluta de los moros que trajo Franco a combatir de su lado durante la Guerra Civil. El banderín de enganche en la zona española del protectorado de Marruecos subrayaba que iban a luchar contra los «sin Dios», los cuales al parecer acampaban bajo las banderas de la II República. Los ocho siglos de la Reconquista que enfrentaron a moros y cristianos adscritos a religiones monoteístas que se combatían ferozmente daban paso así a una insólita hermandad bélica a la que aludían los versos de Agustín de Foxá en el *Romance de Abdelazis*. Porque los enrolados partían hacia la Península a luchar por la «salvación» de la Cristiandad en una «guerra santa» contra los infieles, que esta vez ya no eran los cristianos sino los «rojos» (no creyentes por definición). Recordemos también aquella antigua definición de requeté como un ser que habita en las montañas y que después de comulgar ataca al hombre. A este respecto, una discusión de gran lucidez es la que mantuvieron bajo los auspicios del semanario *Die Zeit* el filósofo Peter Sloterdijk y el cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos. En ese encuentro, publicado por la editorial KRK bajo el título *Un diálogo sobre el retorno de la religión*, ambos indagaron sobre los orígenes de la violencia y las religiones. Después de un repaso a la historia de las guerras de religión y al papel desempeñado por las religiones y las invocaciones a Dios en los más distintos conflictos, al final ambos coincidían en la necesidad de encontrar un sistema que permitiera el uso pacífico de las energías polemógenas de los monoteísmos, surgidas de la confrontación irremediable de sus pretensiones universalistas. Algo así como lo que en el campo de la física se ha logrado para el uso pacífico, incluso medicinal, de la energía atómica.



El profesor de la Universidad de Nueva York Stephen Holmes indicó que, tras la renovación de los nacionalismos en los años noventa del siglo xx, ahora se hace evidente una especie de retorno a la religión, incluido el fundamentalismo cristiano americano, como factor que exacerba la violencia. Pero aclaró que cobra mucha más importancia desde el punto de vista personal el hecho de pertenecer a un grupo que ha sido herido, humillado o amenazado por la extinción. Holmes dató en los años cincuenta, cuando Eisenhower introdujo a Dios en la «promesa de Fidelidad», el papel de la religión en la política americana. Luego aclaró que en el terrorismo suicida con retórica religiosa hay algo que tiene que ver con la afirmación del propio grupo, que sobrevivirá a una guerra de aniquilación, y que hay una *imitatio Dei* en el mundo de la tortura que podría decirse que es una motivación religiosa. Explicó que cuando se conquista un pueblo hay que destruir sus templos. Claro que lo primero que trae esa conquista, como escribe Gonçalo M. Tavares en *Un hombre: Klaus Klump*, es la imposición de otra música. Porque la música es una señal de humillación: «Si quien ha llegado impone su música es porque el mundo ha cambiado, y mañana serás un extranjero en el lugar que antes era tu casa. Ocupan tu casa cuando ponen otra música». Al final de esta *war on terror*, dice Holmes, advertimos que «estamos protegiendo nuestro territorio, pero no nuestros valores».

La cuarta sesión, dedicada al análisis de la «amenaza de los débiles», permitió comprobar que la opulencia y la miseria son malos vecinos; sobre todo cuando la divergencia se acelera, pues el gradiente que resulta se hace insoportable. Sorprende la capacidad de resistencia frente a la presión de lo que llamamos Occidente de la alianza de los marginados internacionalmente no reconocidos. Son los Estados fallidos, pero sobre todo los agentes no estatales, es decir, sin responsabilidad. El ex ministro israelí Shlomo Ben Ami, con esas referencias, explicó por qué Israel no quiere repetir otra guerra asimétrica en la que la

victoria definitiva es imposible de alcanzar. Sucede que para el estamento militar la única manera de doblegar a Hezbolá en la actualidad es la destrucción total del Líbano, no la que se circunscribe al enemigo.

Por el contrario, en busca de una alternativa, Ben Ami sugirió que Israel debería estar interesado en que Hezbolá asumiera responsabilidades de Estado. Porque el agente estatal, a diferencia del agente no estatal, por muy radical que sea, no puede establecerse en la irracionalidad. Y la amenaza del débil está precisamente en su falta de responsabilidad estatal, a la que denominó westfaliana. Porque el débil carece de interés en lograr una estabilidad que no conduce a la materialización de sus aspiraciones fundamentales. Luego Ben Ami se detuvo en la «debilidad del fuerte», que no puede permitirse demasiados ataúdes ni entrar en una lógica armagedoniana de destrucción total mediante el empleo de su fuerza incomparablemente superior. De modo que en lugar de «marginar al indeseable» tal vez se le debería situar en el poder para hacerle responsable. En cuanto a la Unión Europea, quedó claro que debería ser coherente con lo mejor de su historia y convertirse en exportadora de libertades y derechos, porque de lo contrario terminaría importando esclavitudes.

Que las guerras –más de 120 se encuentran en actividad– ya muchas veces no terminan, sino que disminuyen en intensidad, es algo anticipado por Max Weber cuando dijo que «no existe la paz, sólo la migración de la guerra de un lugar a otro». Por esa senda se encaminó la última sesión al tratar de la nueva naturaleza y los nuevos desenlaces de un fenómeno que, bajo distintas modalidades, acompaña la historia de la humanidad. Una nueva reflexión sobre el terrorismo esclareció que su riesgo debe gestionarse a lo largo del tiempo y con los aliados, porque su eliminación súbita es imposible. También describió como miopía clásica la creencia de sobreestimar las ventajas del miedo y propagarlo a los demás y de subestimar el peligro

de inculcar el odio. Así que la tarea es la de describir el entorno de amenazas de una manera inteligente y objetiva, no distorsionada por el pánico, los programas ocultos ni los intereses burocráticos, sin confundir amenazas y enemigos.

Pasen y lean.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR y JOSÉ MARÍA RIDAO  
Madrid, mayo de 2009



## 2. NUEVOS CONFLICTOS, NUEVOS DESENLACES

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR  
*Secretario general de la APE*



ANGELINA MARTÍNEZ  
*Consejera de Justicia y Protección Ciudadana  
de la Junta de Comunidades  
de Castilla-La Mancha*



FÉLIX SANZ ROLDÁN  
*Jefe del Estado Mayor de la Defensa*





Félix Sanz Roldán, Angelina Martínez y Miguel Ángel Aguilar

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR  
*Secretario general de la APE*

Buenos días. Empiezo por agradecer a la consejera de Justicia y Protección Ciudadana, Angelina Martínez, que esté aquí con nosotros representando a la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, que nos ha seguido desde el inicio de estos seminarios; y al general jefe del Estado Mayor de la Defensa, Félix Sanz Roldán, que nos honra también en este acto inaugural y que conoce nuestra trayectoria en este tipo de encuentros, puesto que en sus anteriores encarnaciones ha estado con nosotros.

Quiero decir con brevedad que el hecho de que ésta sea la vigésima edición del seminario me parece muy significativo. En el año 1983 la Asociación de Periodistas Europeos organizó el primer seminario en el palacio de Fuensalida, que todavía no era la sede de la Junta, con el general Gutiérrez Mellado y otra gente muy relevante, como el general Fricau Sagnaux, entonces director de la Fundación de la Defensa Nacional en Francia, además de numerosas personalidades de distintos países. Nos ocupamos en ese primer seminario de un asunto que entonces estaba muy caliente: España y su situación en la OTAN. Recuerdo que editamos después un libro recogiendo, como ha sido tradición, los debates y ponencias que allí se presentaron bajo

el título *OTAN sí, OTAN no*. Y recuerdo también que además de nuestro interés por los temas de defensa estaba presente lo que habíamos vivido, las dificultades (quién lo diría hoy, pero entonces era así) en las relaciones entre los periodistas y los militares; el mal concepto, el recelo que los periodistas tenían de los militares y el pésimo concepto que los militares tenían de los periodistas. Eran unas relaciones llenas de desconfianza, de malestar. Me acuerdo de haber hablado en distintos momentos —yo era por entonces, entre 1977 y 1980, director de *Diario 16*— con el general Gutiérrez Mellado, imaginando qué se podía hacer para recuperar esa relación, para quitarle todo ese peso negativo que gravitaba.

Una de las cosas que imaginamos fue la creación de ámbitos, foros como este que se desarrolló posteriormente, donde pudiera escucharse la voz de los periodistas, de los militares, de las gentes con conocimiento en el campo de la defensa y las Fuerzas Armadas. Y también un lugar para que, aunque fuese brevemente, convivieran, se conocieran y fueran tejiendo unas relaciones personales exentas de la tensión y del encono que entonces predominaban; y del recelo que cundía.

Por fortuna este seminario ha ido contando de manera recurrente, primero, con el apoyo del Ministerio de Defensa. En distintos momentos la ayuda ha venido de la Dirección General de Relaciones Institucionales o del Instituto Español de Estudios Estratégicos, y algún año de la *Revista Española de Defensa*. Hemos tenido algunas ayudas muy relevantes: la Caja de Castilla-La Mancha; la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha; El Corte Inglés, que es uno de los elementos vertebradores de España; la embajada de Estados Unidos...

Y es que la voluntad de este seminario ha sido siempre una voluntad internacional, una voluntad europea, pero que va incluso más allá de Europa o de la Unión Europea, si se quiere, porque hemos querido tener representantes de Estados Unidos y de Rusia, escuchar en directo voces de otros sitios y no limitar-



nos a eso que aquí a veces se acostumbra mucho, que es el llamado debate hispano-español.

Este año nos han ayudado también, y eso explica la coloración iberoamericana que tiene esta edición, la Corporación Andina de Fomento. Está con nosotros su representante en Madrid, Germán Jaramillo, a quien quiero rendirle nuestro tributo. La Asociación de Periodistas Europeos tiene un largo programa de colaboración con la Corporación Andina de Fomento, que es menos conocida, tal vez, que por ejemplo el Banco Interamericano de Desarrollo, pero que tiene —créanme— más importancia, más solvencia y más implantación en toda América. En la Corporación Andina de Fomento está España, y además colabora con la Asociación de Periodistas Europeos en otro de nuestros programas, el Foro Eurolatinoamericano de Comunicación, que este año se celebrará en El Salvador, en San Salvador, pues se hace cada año en la ciudad donde tiene lugar la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno.

Dicho esto, que es un poco un tributo a la historia, tengo que hacer otro reconocimiento emocionado. Hemos tenido durante al menos diez o doce años seguidos la presencia del general Esparza, a quien hemos apreciado muchísimo y que ha sido en los últimos años secretario general adjunto de la OTAN. Ha sido un ponente y un coloquante activísimo y lúcido y ha hecho unas aportaciones de primer orden. El general Esparza nos ha dejado en el mes de noviembre, lo cual hemos sentido extraordinariamente. Enfermo ya, pero con un ánimo fantástico, estuvo todavía aquí con nosotros el año pasado. Quede constancia de ese tributo, que no hemos podido incluir en el libro dedicado a las intervenciones del año pasado, y que es la última referencia, o la penúltima, que voy a hacer.

Tras la sesión inaugural vamos a tener la primera mesa de debate: «Combustibles del conflicto I: la maldición de los recursos», que es el eslogan que nos acompañará a lo largo de toda esta jornada y media. Hablaremos de en qué medida los re-

cursos, en lugar de ser una ventaja, se convierten en una maldición y por qué.

Después vamos a continuar estudiando los combustibles del conflicto bajo la denominación «Dioses: modo de empleo», abordando el estudio de las energías monoteístas y de su uso pacífico o peligroso. La tercera sesión se titula «La amenaza de los débiles», que es otro asunto sobre el que hace años discutimos en profundidad. Y la cuarta, «La guerra en el siglo XXI: nueva naturaleza, nuevos desenlaces».

Para clausurar tendremos al secretario de Estado de Defensa, Constantino Méndez, en ausencia de la ministra, que hubiera querido venir pero que está, como ustedes saben, de baja estos días.

Muchísimas gracias. Sin más le doy la palabra, en primer lugar, a la consejera, Angelina Martínez.

ANGELINA MARTÍNEZ

*Consejera de Justicia y Protección Ciudadana de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha*

Buenos días a todos, queridos amigos y amigas. Bienvenidos a Castilla-La Mancha y a Toledo. Están en una tierra sencilla, acogedora, llana, que quiere compartir con ustedes, entre hoy y mañana, la reflexión por la defensa y por la paz, en un lugar donde la convivencia y el sentido del respeto priman sobre otro tipo de valores o de situaciones.

Para mí es un gran honor representar al gobierno de Castilla-La Mancha y a su presidente, José María Barreda, en la apertura de este Seminario Internacional de Seguridad y Defensa, organizado por la Asociación de Periodistas Europeos. En sus sesiones de desarrollo se intentará arrojar luz y atisbos de solución sobre uno de los problemas que desde siempre acompañan a la humanidad, y que parece que forma parte de nuestra propia naturaleza: la relación no amistosa con los otros.

No es la primera vez que esta asociación se reúne en Toledo; es más, lo ha hecho desde siempre, y el acierto de escoger esta ciudad probablemente tiene un origen. Seguramente muchos de ustedes saben que ésta es la ciudad de las tres culturas. Durante siglos convivieron judíos, musulmanes y cristianos entre sus muros, y compartieron las mismas inquietudes, idénticas alegrías, semejantes tradiciones culturales y hasta culinarias. Demostraron, en suma, que es posible vivir en paz con el que es diferente a nosotros y que no necesariamente el vecino tiene que ser el enemigo.

Pero por desgracia eso no siempre es así. Por mucho que en todos los ámbitos (el doméstico, el escolar, el social o el internacional) abogemos por la resolución pacífica de los conflictos, no podemos eludir la realidad. Y ésta nos indica que todavía hoy el mundo es un lugar que dista mucho de parecerse a ese ideal que planteaba Tomás Moro en su *Utopía*, en el que no existían conflictos, pues se habían eliminado los motivos que los desencadenaban.

Los últimos años del siglo xx presenciaron cómo el devenir histórico, que a veces pasa por etapas de más calma, experimentaba una intensa aceleración. La caída de los regímenes comunistas para algunos habría de marcar el fin de la historia —según la no muy afortunada expresión del investigador Francis Fukuyama—, acompañada del triunfo de la democracia liberal y del capitalismo en todo el mundo. Esta historia no se acabó. Al contrario, pasó a ser mucho más viva, al contar con agentes que hasta entonces apenas habían tenido relevancia. El mundo ha ido adquiriendo un carácter cada vez más multipolar que, al mismo tiempo que enriquece y proporciona enormes posibilidades de estudio y de interpretación, plantea unas dificultades de comprensión mayores, por la propia velocidad de los cambios y la multiplicidad de factores que se entrecruzan.

Nunca hemos manejado tanta información sobre lo que está pasando, pero seguramente nunca nos ha resultado tan difícil

explicar el porqué, y sobre todo qué es lo que nos espera y hacia dónde vamos. A veces nos parece mentira que con tantos adelantos todavía haya tanta incertidumbre.

Pero volvamos a los años finales del convulso siglo xx. Es conocida la anécdota de que todos los informes de los principales servicios de espionaje y organismos estratégicos mundiales auguraban, en el año 1989, una larga vida a la URSS. En un mundo supuestamente tan ordenado, con unas reglas de juego establecidas durante décadas, todo saltó por los aires y se disolvió como polvo en el viento. Y, en ese momento, de algún modo se abrió la caja de Pandora y liberó todos los males que afronta nuestro tiempo.

Pero bien mirado, y siendo conscientes de que toda simplificación lleva implícito algo de engaño, podemos buscar el origen de todos estos males en nuestra propia naturaleza. El ser humano tiene una parte racional, que está más ligada a lo material, y otra irracional que responde al componente emocional, en la que residen nuestros instintos, nuestros temores y nuestras ansias. Podemos constatar que el origen de los conflictos actuales se encuentra en la pugna por lo material o en la lucha por lo espiritual y que en ocasiones ambas cosas se entrecruzan. Parece ya superada, felizmente, la época de la crisis entre Estados, de las guerras, digamos, convencionales, que enfrentaban a naciones entre sí o a bandos de naciones aliadas. Sirvan como ejemplo de ello las dos últimas guerras mundiales.

Desde la Antigüedad, y durante mucho tiempo, el conflicto armado ha sido visto como algo natural, inevitable e incluso deseable. Nuestro propio continente, Europa, se ha ido forjando a golpe de espada y a tiro de cañón. La doctrina de Clausewitz, según la cual la guerra es la continuación de la política por otros medios, ha marcado nuestro devenir; y las rivalidades territoriales, hegemónicas o comerciales no han tardado en llevar a una confrontación en la que el más fuerte impone siempre su ley.

Parece que hemos ido dejando eso atrás, y tenemos que hacer memoria para encontrar en todo el mundo un conflicto serio entre dos Estados, aunque periódicamente las tensiones (por ejemplo, entre la India y Pakistán) hagan temblar a todo el planeta, habida cuenta del poder nuclear de ambos territorios. Los tiempos de las grandes batallas, de los millones de combatientes encuadrados en ejércitos regulares y de todo un país volcado al esfuerzo de la guerra son ya cosa del pasado.

Sin embargo, lo mismo que ha cambiado el planeta, la naturaleza de los conflictos se ha ido adaptando a esa evolución. En nuestro mundo actual han ido ganando peso e importancia dos entornos: uno es el inmediato, lo cercano, lo que nos atañe directamente; el otro es el global, que afecta a extensísimas regiones del mundo o al mundo entero. No es de extrañar, por ello, que la nueva naturaleza del conflicto tenga también ese carácter ambivalente. Nos encontramos, por un lado, con abundantes ejemplos de problemas internos, locales o regionales, y junto a ellos nos enfrentamos a desafíos de alcance global, pues sus agentes pueden golpear en cualquier lugar del mundo, como tristemente pudimos comprobar el 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Comentaba antes que en el origen de toda esta casuística también podemos establecer dos fuentes inspiradoras. Por un lado, la que podríamos llamar «material»: se trata de la lucha por el control o el aprovechamiento de los recursos económicos, de un bien material o de algo preciado. Ejemplos tenemos muchos: el petróleo, los diamantes, la madera, los minerales, las drogas o el coltán, ese mineral imprescindible para el funcionamiento de los teléfonos móviles, origen de muchos conflictos en África Central (lo hemos conocido hace poco, pero sin él ahora sería casi imposible vivir). En muchas ocasiones, en el conflicto se ve involucrada directamente mucha gente. Y, por supuesto, la población que lo sufre en sus carnes y paga su deuda de sangre no tiene acceso sino a una ínfima proporción

de todo el volumen de riqueza que estos recursos generan. Éste es el típico conflicto ubicado en el tercer mundo, en el continente africano sobre todo, y que más bien parece una nueva forma de seguir esquilmando sus riquezas y sus poblaciones. Es casi un nuevo colonialismo, tal vez más pernicioso que el de antes de la descolonización, porque sus promotores, los grandes beneficiarios del mismo, están difusos y son prácticamente invisibles. Los habitantes del Congo, de Angola, de Liberia, de Sierra Leona, de Nigeria, los pueblos indígenas de la Amazonia o de las selvas de Borneo en Indonesia son algunas de las víctimas presentes o pretéritas de estos conflictos.

No podemos olvidar en este sentido el papel del agua como fuente de problemas de este tipo. En un mundo en el que la población va aumentando exponencialmente y en el que, además, el consumo de agua per cápita se va también acrecentando con rapidez, son numerosas las voces que alarman sobre la inminencia de pugnas por el control o el reparto del líquido elemento. Algún ejemplo tenemos ya: los problemas de Turquía con sus vecinos del sur a cuenta de la cabecera del Tigris y del Éufrates; las amenazas de Egipto a Sudán ante la posibilidad de que este último país pueda regular el cauce del Nilo; las diferencias entre Argentina y Uruguay sobre la construcción de una planta papelera en una zona fluvial fronteriza, o el soterrado control de los recursos hídricos por parte de Israel, con lo que ello supone para el porvenir del pueblo palestino.

¡Y qué decir del petróleo! Y más en los niveles de precios que se están alcanzando últimamente. ¿Será una casualidad que las enormes reservas de crudo iraquí tengan un coste de extracción de entre los más baratos? ¿Se consideró imprescindible el control de esas reservas? ¿O será verdad que sólo fuimos a Irak a terminar con el dictador y a extender la democracia en la región?

En la actualidad nos encontramos con otra fuente de conflictos, esa a la que antes aludíamos como más ligada a nuestra parte emocional. En este sentido, me parece especialmente ilus-

trativo un párrafo que uno de los grandes, si no el más grande, de la stirpe de periodistas reporteros, Ryszard Kapuscinski, incluye en su obra *El imperio*. Este libro aborda precisamente el derrumbamiento del mundo soviético desde la óptica tan personal del autor polaco, que busca la verdad a través de la sencillez. Dice Kapuscinski: «Al mundo lo amenazan tres plagas, tres pestes. La primera es la plaga del nacionalismo; la segunda es la plaga del racismo; la tercera es la plaga del fundamentalismo religioso». Las tres tienen un mismo rango, un denominador común: la irracionalidad agresiva, todopoderosa y total. No hay manera de llegar a una mente tocada por cualquiera de estas tres plagas. En una cabeza así, constantemente arde una santa pira en espera de víctimas. Todo intento de entablar una conversación serena está condenado al fracaso. Aquí no se trata de conversaciones, sino de declaraciones: que asientas a lo que el otro dice, que le concedas la razón, que firmes tu adhesión. Si no lo haces, ante sus ojos no tienes ninguna importancia, no existes, pues sólo cuentas como un instrumento, como un arma. No existen las personas, sólo la causa. Es esta irracionalidad la que llevó a tantos hutus a emprender el exterminio de sus vecinos tutsis en Ruanda; la que lleva a un iluminado a estrellar un avión contra un edificio lleno de civiles; la que mueve a una adolescente a llenarse el cuerpo de explosivos y hacerse volar en la cola de un mercado; la que sigue convenciendo a numerosos habitantes de Europa o de Estados Unidos acerca de la superioridad de la raza blanca y lleva a alguno de ellos, por ejemplo, a lanzar una botella llena de gasolina contra un albergue de inmigrantes; o la que induce a un ciudadano, habitante de una de las zonas más ricas y con mayor cota de autogobierno en una nación plenamente integrada en la Unión Europea, a llenar de plomo la cabeza de un agente del orden o de un cargo político elegido democráticamente, y a decir, además, que lo ha hecho para conseguir la libertad y el bienestar de su pobre y oprimido pueblo.

Todo esto son las distintas caras de un mismo dado. Algunos son problemas viejos, como bien sabemos en nuestro país, pero otros han ido creciendo en importancia y gravedad a medida que la crisis de las ideologías tradicionales ha dejado un campo abierto para la extensión de otros elementos identitarios que ya creíamos superados, como la religión, la raza; en suma, la tribu.

En consecuencia, los conflictos de origen político son en la actualidad reliquias, como la guerrilla colombiana, todavía teñida de un supuesto marxismo, pero que parece más bien haber hecho de la insurgencia su forma de vida, o la nepalí. Pero, a cambio, los enfrentamientos de origen religioso o étnico, o ambas cosas a la vez, como en la experiencia de los Balcanes, no hacen sino aumentar, hasta el punto de plantear la existencia de un conflicto global entre formas diversas de ver el mundo. Recordemos la famosa teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington.

Podríamos hablar de otros componentes que añaden factores de inestabilidad al mundo del tercer milenio, y no es baladí: la pobreza, el precio de los alimentos, las nuevas posibilidades que da la tecnología, la amenaza nuclear (máxime si acceden a la misma países con una alta probabilidad de usarla) o las nuevas redes de terrorismo internacional y sus contactos con mafias de todo tipo.

Estos asuntos y otros más serán abordados en estas jornadas. Seguramente es muy pretencioso decir que de aquí van a salir soluciones. Ojalá pudiéramos conseguir eso. Pero estoy segura de que, dada la calidad de los participantes en las sesiones, se va a emitir una aproximación a un diagnóstico muy acertado, como ha ocurrido en ediciones anteriores, y se va a profundizar en la reflexión, desde diferentes puntos de vista, sobre la pregunta que hacíamos antes: ¿hacia dónde vamos? A la vista del elenco de personajes que han acudido a este encuentro, tengo sinceramente que felicitar a la Asociación de Periodistas Euro-



peos por el esfuerzo que supone reunir en una ciudad y en torno a una mesa a expertos de este calibre, que van a aportar su experiencia y su saber.

Junto a estas cuestiones se tratará también el papel del periodista en el mundo actual, fundamental a la hora de provocar la toma de conciencia por parte de la sociedad. Hay mucho de verdad en ese tópico que dice que si un conflicto no aparece en los medios no existe, que puede enquistarse y prolongarse en el tiempo; y a veces basta sólo con una foto, un testimonio o un reportaje para que la opinión pública fije su atención y exija respuestas y soluciones. Por eso no debemos perder de vista el viejo esquema de Harold Lasswell sobre la incidencia de los medios de comunicación: ¿quién dice qué, a quién, por qué medio, con qué efecto? Éste es un buen resumen de la importancia que tiene, a nuestro juicio, esta historia y, quizás ahora más que nunca, el informador, que juega un papel tan relevante.

FÉLIX SANZ ROLDÁN

*Jefe del Estado Mayor de la Defensa*

Muchas gracias. Buenos días a todos. Es un honor volver a este seminario y a Toledo. Y es un honor, si cabe, más importante este año, porque el gobierno de Castilla-La Mancha me ha distinguido con la medalla de oro de la comunidad, por ser precisamente castellano-manchego, que creo que es el único valor que puedo poner delante ante tamaño honor.

En primer lugar, quiero mostrar mi agradecimiento a la Asociación de Periodistas Europeos por organizar la vigésima edición de este seminario, lo que demuestra que son gente con tesón: veinte ediciones en veinticinco años. Pero lo más importante es que las veinte ediciones han sido oportunas. No quiero agradecer la cantidad de ocasiones en las que se han lanzado se-

minarios al amparo de la Asociación de Periodistas Europeos, sino la calidad de lo que se ha ofrecido posteriormente. Yo he participado en cuatro de ellos, pero conservo los volúmenes editados de dieciséis; no sé si en alguna ocasión podré conseguir todos. Creo que en estos volúmenes se puede apreciar cuánto acierto hay en los debates y en las conclusiones. Parece que, más que un grupo de participantes interesados en la seguridad del mundo, se reuniera aquí un elenco de personas con poderes sobrenaturales. Por ejemplo, la predicción que se hizo en la edición del año pasado de lo que ahora está sucediendo en Kosovo, o la intervención de Salomé Zouravichvili en el año 2001, que en este mismo auditorio habló del poder de los débiles. Concretamente dijo que los débiles estaban adquiriendo un poder superior al de los fuertes. Hoy tenemos que tratar en un capítulo aparte ese poder, que ya se ha puesto de manifiesto de una forma tan plástica, tan peligrosa y tan dura como los atentados que sufrimos en Madrid o que se sufrieron en Nueva York.

Por tanto, por estos aciertos, para mí la Asociación de Periodistas Europeos es un magnífico instrumento que me ayuda en mi proceso de toma de decisiones. Los que tenemos todas las mañanas que enfrentarnos a la seguridad de todos, o al menos a la de unos pocos, y que a la vez nos hemos de someter a la presión de tener que decidir con oportunidad, y a veces con poca reflexión, necesitamos —no saben ustedes hasta qué punto— que alguien nos haya proporcionado elementos de juicio sobre esa decisión que tenemos que tomar ante la presión del tiempo. Considero que éste es el verdadero sentido que para un militar tiene este tipo de actos. Gracias a que ustedes reflexionan sobre asuntos de seguridad, en la mayor parte de los casos yo puedo tomar decisiones eficaces pese a la presión del tiempo y, en consecuencia, de la poca reflexión. Por tanto, muchas gracias, y ojalá que pueda seguir contando con las aportaciones de la Asociación de Periodistas Europeos.

Tengo también que felicitarles porque siempre eligen los temas de una forma magnífica. Imaginen el programa que ya se ha descrito; es omnicompreensivo, desde luego, si de lo que se trata es de enmarcar los conflictos de hoy. Pero además, es excepcionalmente atractivo y está titulado con muchísimo acierto. Se nota la mano de grandes periodistas propiciando este seminario. Y cito algún ejemplo: «La maldición de los recursos», «Dioses: modo de empleo» o «La amenaza de los débiles», y como corolario de todo eso los nuevos conflictos. Son titulares ciertos, que aprecian exactamente la realidad y que hacen lo que debe hacer un titular. Alguien decía que nos atrae la palabra: en este caso nos atraen estos epígrafes sobre lo que vamos a tratar aquí.

La maldición de los recursos. Recuerdo nuestra misión de la Unión Europea en el Congo, no hace mucho. Allí, por toda fuerza de la Unión Europea había 190 legionarios españoles que utilizaban procedimientos similares a los que usó el general Queipo de Llano en Sevilla, al principio de nuestra guerra civil. El capitán de la Legión primero patrullaba con los legionarios subidos en VAMTAC; después los montaba, a esos mismos legionarios, en autobuses, luego en camiones y, posteriormente, siempre a los mismos, en cualquier tipo de transporte que encontraba, de forma que para la gente de Kinshasa daba la sensación de que eran cuatro o cinco veces más soldados de los que realmente había, en razón de la precariedad de las fuerzas destinadas allí. Quizás en algún momento sería interesante tratar, bien en un seminario o bien en un punto monográfico, las causas por las que las naciones son a veces tan mezquinas para aportar elementos militares a la resolución de los conflictos.

Pero, en fin, ésta no es la cuestión. Lo que sí les digo es que al volver traía en el avión a una monjita navarra que había estado sesenta años ininterrumpidamente viviendo en el Congo y le pregunté por qué pasaba esto en el país africano. Ella me dijo:

«Tienen la desgracia de ser ricos». Es justo el titular de este seminario: tienen la desgracia de ser ricos. No se les deja crecer. Nos dan miedo, y activados por el miedo hacemos muchas tonterías. Por ejemplo, aquella monjita, muy interesada en lo que ocurría en el Congo, comentaba: «Nos hemos gastado en este proceso electoral 110 millones de dólares diarios, y todos sabemos que un mes después de las elecciones las cosas estarán como estaban. ¡Cuánto hubiéramos ganado con esos 110 millones de dólares diarios invertidos en desarrollo y en educación!». La maldición de los recursos.

También abordaremos en el seminario el modo de empleo de los dioses. Yo creo que Dios nunca tuvo la intención de que se hiciera lo que hoy se está haciendo en su nombre. El terrorismo, que en algún momento fue desesperación, es hoy en muchos casos oración. Esto es terrible y amenaza como pocas cosas nuestra seguridad. Creo que es relativamente reciente, pero está aquí para quedarse, el que se amenace a nuestra seguridad enarbolando un texto religioso.

La amenaza de los débiles. Los débiles ya han dejado de serlo. Nuestro mundo es igualmente inseguro si eres débil o poderoso, o quizás incluso un poco más inseguro si tienes poder. Es muy fácil actuar hoy contra la superioridad militar de un Estado, y tenemos ejemplos, como les decía al principio, muy notables. En Nueva York, todos conocimos lo que pasó el 11 de septiembre, esa operación que produjo un enorme daño moral en la sociedad norteamericana, y un gran daño físico en los que estaban allí, a un precio inferior a lo que vale un avión F-18. Ese país tiene del orden de setecientos F-18, pero ni sus aviones ni su maquinaria militar, la más poderosa del mundo, sirvieron para hacer frente a este ataque. Y lo que nos ocurrió en Madrid, deben ustedes saber que posiblemente tuvo el precio de un fusil para un soldado de infantería, o incluso menos. Es decir, con menos de lo que cuesta un fusil se provocó un daño tremendo a la octava potencia industrial de la tierra, con unas Fuerzas Ar-

madras modernas, etcétera. Por tanto, yo creo que los poderosos hemos dejado de serlo.

A esto se añade, además, la dificultad que tiene el empleo de la disuasión. Hoy es muy difícil ver sus efectos. Porque, ¿hacia dónde aplicamos nuestra represalia? ¿Contra quién? ¿Cuál es el origen? ¿Qué ciudadanos apoyan a ese grupo que nos ha infligido un daño tan grande? ¿Dónde aplicar la disuasión? Todo esto conforma la situación que se nos plantea hoy bajo estos tres títulos tan atractivos, y creo que serán elementos suficientes para reflexionar.

En mi opinión, las sociedades desarrolladas en que vivimos desean más que cualquier otra cosa disfrutar de paz y seguridad; necesitan más que nunca vivir sin incertidumbres. El hombre de nuestro tiempo, después de haber logrado vencer en multitud de lances complicados, difíciles, y de haber conseguido unos niveles de vida en libertad como nunca había tenido, desea más que nada vivir seguro. Y ésta es la principal razón de ser de los ejércitos, y de que personas como ustedes y como los militares que también estamos aquí reflexionemos juntos.

¿Qué hacen los ejércitos ante esta situación? Pues, en primer lugar, estamos haciendo teoría desde la práctica. Nos encontramos continuamente con casos no tratados con anterioridad a los que tenemos que hacer frente. De nuevo les recuerdo el valor de reuniones como éstas, porque reflexionar con tiempo hará que haya mucha menos aplicación de la práctica sin haber considerado la teoría.

Pero la verdad es que los ejércitos estamos también en un entorno difícil para diseñar estrategias; aunque asimismo es cierto que el ámbito tecnológico e intelectual nos son favorables. Los avances tecnológicos con los que hoy contamos nos están haciendo cumplir un sueño, como decía Liddell Hart: ver al otro lado de la colina. Hoy los soldados españoles en Herat ven lo que hay al otro lado de la colina en la provincia de Badghis, a 360 kilómetros de distancia. Además, las tecnologías nos es-

tán permitiendo actuar con precisión, es decir, que nadie pueda sufrir los efectos de la guerra si no está absolutamente prescrito en el cumplimiento de la misión, y también nos permiten tener una gran agilidad en la toma de decisiones. Los ejércitos se están transformando para afrontar nuevas misiones y nuevos conceptos, y el más importante es, sin duda alguna, la multinacionalidad. En esta reunión también se deberá tratar la aplicación de todas estas inquietudes a la multinacionalidad, porque hoy, todo lo que hacemos lo hacemos con alguien.

Por ejemplo, les citaré tres elementos que están actualmente siendo objeto de absoluta reflexión en la OTAN, en la Unión Europea y en los cuarteles generales. El primero es el *comprehensive approach*, la aproximación global a los conflictos. Los militares ya no hacemos planes de operaciones para resolver esos conflictos exclusivamente, sino que antes, durante y después de la gestión de esos planes contamos con muchos que tienen algo que decir en la resolución de cada problema. Esto, el *comprehensive approach*, la aproximación global, será el gran asunto que estará sobre la mesa de los jefes de Estado y de Gobierno de la Alianza en la próxima cumbre.

Otra cuestión es la determinación de nuevos sistemas de inteligencia, aunque el término «inteligencia» ya ha dejado de usarse, por la connotación que tiene con el conocimiento de lo militar. Hoy Alemania dirige un grupo dentro de la OTAN dedicado al denominando *knowledge development*, desarrollo del conocimiento en cuanto a las operaciones; ya no se llama «inteligencia». Por otra parte, se está llevando a cabo una larga serie de experimentos multinacionales, precisamente para no ir a rastras de la práctica. España está liderando el Experimento Multinacional 5; puedo decirles que hay dieciséis países de la tierra que están con nosotros, y también los gobiernos, los partidos, las universidades y otros órganos de decisión. Además, sigue abierto —y me gustaría decirlo públicamente— a todos ustedes, a quien esté interesado en conocer una nueva forma de resolver conflictos.

Los ejércitos también están viviendo lo que se llama la «destrucción creadora». No recuerdo quién utilizó el término, lo leí en algún periódico; un economista, creo, sí. Nos estamos quitando de encima todo aquello que no nos sirve, todo lo obsoleto, para volver a lo más nuevo y más productivo. Eso obliga a unos cambios en la orgánica y en los procedimientos muy notables. Les pondré un ejemplo que todo el mundo puede entender: la proporción entre aviones de caza y ataque, en las Fuerzas Armadas de España, y aviones de transporte era del orden de uno a ocho. En el mundo actual la proporción tendría que ser de uno a dos, como mucho. Yo me veo infinitamente más necesitado de transportar cosas por un medio rápido y seguro a los teatros de operaciones que de ofrecer cobertura de ataque con un avión a un determinado lugar.

Las Fuerzas Armadas van asumiendo estos nuevos papeles, y lo hacen —y deben ustedes saberlo también— sin pedir, ni siquiera por la intención, atribuciones nuevas. Nosotros cumplimos nuestras responsabilidades a las órdenes de nuestro gobierno, pero sí tenemos la obligación de mantener, dentro de estas líneas de actuación y de la transformación de los nuevos conceptos, nuestra esencia, y especialmente nuestro estricto código ético.

Finalmente tratamos también —y para esto su reflexión será importantísima— de conectar estrechamente lo que somos y lo que debemos hacer, es decir, el orden cualitativo y el operativo. Para nosotros es fundamental esta idea; y para que pueda implantarse en las Fuerzas Armadas, y que España tenga unas Fuerzas Armadas modernas y adaptadas a esta situación, lo más importante es contar con juicios como los que ustedes nos van a ofrecer. En eso estamos, y tenemos la ilusión de poder seguir contando con sus reflexiones.

Decían los Padres Fundadores —seguro que el presidente Marín conoce de sobra la cita—, el 9 de mayo del año 1950 en el Salón de Relojes del Quai d'Orsay, que la paz no podrá sal-

vaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los esfuerzos creadores de quienes la amenazan. Pues aquí estamos, Miguel Ángel, con tu magnífica idea, tu pequeño *staff* y el grupo de personas que has conseguido sentar a la mesa para que reflexionen sobre la paz y para que nos ofrezcan los esfuerzos creadores que hemos de seguir. También para que este mundo siga teniendo, cuando menos, la seguridad con la que contamos hoy, y para que no vayamos a peor. No sería mucho pedir.

Por lo tanto, cierro con un consejo que me permito darte por la amistad que tenemos de años: sigue viviendo peligrosamente, porque si sigues así nuestros soldados, nuestros marineros y nuestros Guardias Civiles van a tener menos peligros.

Muchas gracias.



### 3. COMBUSTIBLES DEL CONFLICTO I: LA MALDICIÓN DE LOS RECURSOS

CARMEN MARTÍNEZ TEN

*Presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear*



MANUEL MARÍN

*Ex presidente del Congreso de los Diputados*



JOSÉ JUAN RUIZ

*Director de Estrategia para América Latina  
del Grupo Santander*



SARAH WYKES

*Experta en hidrocarburos y  
miembro de Global Witness*



FERNANDO GERBASI

*Diplomático venezolano y director del Centro de  
Estudios Estratégicos y Relaciones  
Internacionales (CEERI)*



GUSTAVO FERNÁNDEZ

*Ex canciller de Bolivia*



**Moderador**

XAVIER BATALLA

*Corresponsal diplomático de La Vanguardia*





Sarah Wykes, José Juan Ruiz, Manuel Marín, Xavier Batalla, Carmen Martínez Ten,  
Gustavo Fernández y Fernando Gerbasi

*La llamada maldición de los recursos se manifiesta por doquier. Ya sea petróleo, diamantes, hoja de coca o gas, tener en abundancia algo que el resto del planeta ansía parece condenar a los países e incluso a amplias regiones del globo a la inestabilidad y, en último extremo, al conflicto. Colombia, Nigeria, Bolivia, Venezuela, la región de los grandes lagos africanos, Oriente Medio, el Cáucaso... Lejos de proporcionar dinero con el que impulsar un desarrollo gradual, la bonanza por los altos precios de los recursos generan desequilibrios regionales y tensiones internacionales que, combinadas con Estados débiles y sociedades fracturadas, impulsan conflictos abiertos o soterrados y amenazan la seguridad de todos. Tampoco se pueden desdeñar las ramificaciones, sea la dependencia energética, la aparición de poderosas mafias dedicadas a perpetuar los enfrentamientos o los problemas del tráfico de drogas.*

XAVIER BATALLA

*Moderador*

Como ya saben, titulamos la sesión como «La maldición de los recursos». Las causas de la guerra han sido, históricamente, di-

versas, por lo que es imposible afirmar que hay un solo modelo de conducta del poder. ¿Qué explica la guerra de Irak?, como se ha planteado esta mañana, ¿el desinteresado proyecto ideológico de exportar la democracia al desierto o el interesado control de una región de importancia singular por sus recursos naturales?

El arzobispo de Canterbury manifestó que era inmoral e ilegal apoyar una guerra contra Irak. Para el arzobispo, el conflicto estuvo únicamente dirigido a satisfacer los intereses egoístas de uno o dos países, dijo. Doctores tiene la Iglesia.

La guerra ha sufrido una evolución a lo largo de la historia: una guerra de reyes, o mejor dicho, una guerra de gente para defender los intereses de los reyes; una guerra entre naciones; guerras ideológicas como las del siglo xx, etcétera. Hay quien dice, como todos sabemos, que el siguiente paso en la evolución de la guerra será el choque de civilizaciones. En los años noventa, después del final de la guerra fría, se produjeron conflictos étnicos que parecían abonar esta tesis. Puede haberlos, naturalmente, pero los recursos se han convertido también en una de las causas de la guerra, y es tan antigua como la humanidad.

Los recursos naturales son finitos, y eso, ante la mayor demanda que hay de los mismos, ha creado desequilibrios: internos, en países como Bolivia, o regionales, como en el caso de África. También ha dado pie a que el crimen organizado tenga cada vez un peso mayor en la economía internacional.

En cualquier caso, y con esto acabo, la competencia por el petróleo, el agua y los minerales ha provocado nuevas líneas de fractura en un mundo global, que no son ni políticas ni ideológicas ni de civilización ni religiosas.

Para tratar estos temas, hoy contamos en esta mesa con Carmen Martínez Ten, presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear; Manuel Marín, ex presidente del Congreso de los Diputados y ex vicepresidente de la Comisión Europea; José Juan Ruiz, director de Estrategia para América Latina del Grupo Santander; Sarah Wykes, experta en hidrocarburos y miembro

de Global Witness; Fernando Gerbasi, diplomático de Venezuela y director del CEERI; y Gustavo Fernández, ex canciller de Bolivia.

CARMEN MARTÍNEZ TEN

*Presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear*

Muchísimas gracias por la invitación a este seminario tan sugerente sobre la maldición de la falta de recursos, la dependencia energética, el cambio climático y la regulación del riesgo, que es de lo que trata esta mesa.

El epígrafe de «La maldición de los recursos» es una fórmula que llama la atención, porque subraya la paradoja de que los países ricos en petróleo tienen a menudo problemas más graves que aquellos que les envidian esa riqueza. En cambio, aunque la falta de recursos energéticos propios no es una maldición, en el mismo sentido paradójico, supone, sin duda, problemas económicos y sociales. Además, obliga a desarrollar una estrategia para garantizar el suministro de energía en un país que, como España, se propone crecer de forma estable y continua para mejorar su economía y su sociedad.

La falta de recursos propios se traduce en dependencia externa en el suministro de energía, y ésta, a su vez, se convierte en un problema político cuando, como ahora, el mercado energético está sometido a fuertes tensiones e incertidumbres. Como es sabido, la subida de los costes de la energía es uno de los principales factores inflacionarios que pesan sobre la economía global.

Pero además, el alto precio del petróleo y del gas se ha traducido en un fortalecimiento político de los países exportadores, especialmente aquellos que por su historia o por decisión de sus gobiernos desean tener o recuperar un mayor protagonismo en las relaciones internacionales. Los ejemplos de Rusia o

Venezuela vienen a la cabeza inmediatamente, pero también está en la base de la ambición del régimen iraní desarrollar energía nuclear.

Durante la década de los noventa, en un contexto de precios bajos, los países desarrollados dieron por hecho que el funcionamiento de los mercados garantizaría la oferta sin problemas. Ahora, en cambio, parece evidente que la política puede interferir gravemente y crear problemas de oferta.

La crisis sobre el suministro de gas ruso a la Unión Europea, por el conflicto de precios con Ucrania, fue un aldabonazo de que la Unión tiene un grave problema de dependencia. Yo coincidí estando en Bruselas con una delegación ucraniana, en pleno mes de enero, que vio que se quedaban sin calefacción para sus casas con temperaturas bajo cero. No me acuerdo de la fecha exacta, pero probablemente fuera hace unos tres años.

En el caso de España (y ustedes supongo que lo saben todos), el grado de dependencia ha pasado del 66% en 1990 al 79,3% en 2007, lo que refleja el fuerte crecimiento de las importaciones de gas y petróleo, en el contexto de un aumento del consumo de energía primaria de un 60,3% en este mismo periodo. El cambio más notable desde 1990 ha sido el continuado aumento del consumo de gas, que ha pasado de representar el 5,5% en los noventa al 21,5%, y que se ha multiplicado por seis en números absolutos.

Las cifras de 2007 muestran que el petróleo (con un 48,5%) y el gas (con un 21,5%), sumados, suponen el 70% del consumo de energía primaria en España; y en ambos casos nuestra dependencia es total, porque no tenemos.

En carbón tenemos un 30% de autoabastecimiento, pero el carbón sólo cubría en 2007 un 13,7% del consumo y, como saben ustedes, la perspectiva es que este porcentaje se reduzca.

Las cifras que acabo de mencionar muestran tres tipos de problemas. El primero, muy evidente, es el crecimiento de la

factura energética en nuestra balanza comercial, que se dispara en la medida en que crecen como lo están haciendo los precios de los hidrocarburos en el mercado global. El petróleo, en particular, ha subido desde los 20 dólares por barril en el año 2000, hasta las cifras actuales, por encima de los 130. Aun descontando la devaluación del dólar, se trata de un ascenso espectacular, sobre todo en los tres últimos años.

El segundo problema se refiere a la dificultad de garantizar el abastecimiento, o mejor dicho, de garantizarlo sin pagar un excesivo sobreprecio. Eso significa la necesidad de contar con contratos a largo plazo de suministro de gas en un contexto económico y político relativamente volátil. Las complejas relaciones con el Magreb, con Argelia, juegan un importante papel en este sentido. Yo acabo de llegar de Egipto, donde una empresa española, Unión Fenosa, tiene un contrato que hay que renovar, en condiciones más duras y con problemas respecto a la renegociación del precio.

El tercer problema es la necesidad de reducir la emisión de CO<sub>2</sub> para combatir el cambio climático, batalla en la que nuestro país, como parte de la Unión Europea y por opción política del gobierno, se halla especialmente empeñado, con resultados no demasiado alentadores. No es fácil cumplir los objetivos de reducción de emisiones cuando en el consumo primario de energía el carbón, el gas y el petróleo suman más del 83%, y además son los que más crecen.

Es posible que la fuerte subida de precios favorezca una reducción del consumo, sobre todo del petróleo. En todo caso crea sólidos incentivos para la introducción de más eficiencia en el uso de la energía, que ya se está demostrando en los consumidores industriales. Pero este efecto es siempre gradual, mientras que el primero puede frenar el crecimiento y provocar un fuerte malestar social a corto plazo. O sea, el tema es que los tiempos de las políticas de ahorro y de la concienciación social van por detrás de la alarma, como hemos podido ver clarísima-

mente las últimas semanas en el conflicto con el transporte por carretera.

Es verdad que la sociedad española no depende tanto del automóvil como la de Estados Unidos, y que está más acostumbrada a precios altos por la fiscalidad sobre los combustibles. Pero no solamente se resiente el transporte por carretera de mercancías, sino que para muchos ciudadanos el uso del automóvil está en su mentalidad, forma parte de su trabajo o de su visión de la comodidad y de la prosperidad, ¿no? Entonces, en este campo, la introducción de nuevos motores híbridos o del motor eléctrico y la renovación del parque automovilístico son también procesos a medio plazo. No resulta fácil evitar que los costes sociales precedan a las ventajas en términos de ahorro y uso más racional de la energía.

Además, en España, la forma en que se llevó a cabo la liberalización del sector eléctrico ha creado una estructura de precios que no incentiva la inversión de las empresas ni el ahorro de los usuarios. Y a eso se une lo que decía del mayor consumo, ligado a la prosperidad social que ha conocido España en la última década y a la escasa conciencia de la necesidad de evitar el despilfarro. Esto va desde el aislamiento de los edificios con las antiguas técnicas para ahorrar energía, como la orientación adecuada de las casas, hasta el uso de electrodomésticos eficientes. Se trata de un aprendizaje. Ahora, con el nuevo Código de Edificación de la Vivienda, esto se ha incluido, pero somos nuevos ricos despilfarradores, tanto en consumo individual como industrial. Aunque insisto en que las cifras de ahorro que yo he visto en los grandes consumidores eléctricos están teniendo un desarrollo espectacular.

Creo que estos cambios se verán influidos en parte por la actualización de las tarifas eléctricas, que tanta polémica está creando en las últimas semanas. Y es que el pobre responsable gubernamental de la tarifa eléctrica no consigue tener contento a nadie, ni a los eléctricos ni a los consumidores ni a los usuarios



que utilizaban la tarifa nocturna. Sin embargo, la señal de precios es importante y necesita ir acompañada de un cambio social de mentalidad, de que se han acabado los tiempos de la energía barata. En esto parece que todos estamos de acuerdo; entonces, lo que nos enseñaban nuestros padres que debía hacerse, en la posguerra, de ir apagando la luz —por lo menos a los españoles— ha desaparecido, pero hay que volver a recuperarlo.

Con todo, es evidente la necesidad de encontrar fuentes alternativas de energía. Como se sabe, España ha hecho una fuerte apuesta por las energías renovables. Esto, digamos, es una seña de identidad respecto al nuevo modelo económico en el que se pretende posicionar el país. Se trata de un sector muy dinámico e innovador, porque hay una gran demanda internacional y tiene un fuerte componente de investigación y desarrollo. Los últimos datos de los que yo dispongo indican que las exportaciones de las industrias eléctricas españolas en energías renovables supusieron en 2007 un monto de 2.500 millones de euros en aerogeneradores, componentes y servicios. La verdad es que, cuando uno viaja por el mundo, por ejemplo a Washington, se entera de que hay una oficina de Gamesa funcionando en Estados Unidos y de que en muchos países se está comprando tecnología española. Éste es un factor de oportunidad, yo creo que evidente, para el país. En 2007 las energías renovables, incluyendo la hidráulica, sólo sumaban el 6,9% del total de la energía primaria. Sin embargo, la energía eólica representa ya el 10% de la producción de energía eléctrica, por delante de la hidráulica, y se podría considerar que las primas de producción que reciben los generadores se compensan, o podrían compensarse, a medio plazo por el ahorro en la importación del petróleo y el gas, y también si se considera el ahorro en derechos de emisión de  $\text{CO}_2$ . El problema, en concreto de la eólica, ya saben que es la interrumpibilidad. La gente del sector decimos que con mucho frío y mucho calor estamos en un anticiclón, y cuando hay un anticiclón no hay viento; y como no

acumulamos no tenemos conexiones para poder vender esa energía, porque la cuestión es que tendríamos que poder exportarla. Cuando paran los molinillos es necesario tener energía de base de soporte, para poder funcionar y no sufrir apagones en el país.

Los partidarios más celosos de las renovables suelen decir que su expansión depende de la voluntad política. Yo creo que también hay que considerar las dificultades técnicas, que por ejemplo Red Eléctrica conoce muy bien; en el caso de la eólica, la interrumpibilidad, pero también otras en diversos ámbitos. Por ejemplo: la capacidad global de producción de células fotovoltaicas o el desarrollo incipiente de la energía solar termoelectrica.

En mi opinión, no es discutible que en ambos casos nuestro país cuenta con ventajas naturales y que los incentivos a su desarrollo pueden llevar no sólo a incrementar su producción sino, repito, a dar a nuestras empresas una baza competitiva a nivel internacional, que es importante.

Entrando en otro tema, y aunque por lo menos yo no tengo muy claro qué quiere decir exactamente Ulrich Beck con algunos conceptos, casi todo el mundo está de acuerdo en que vivimos en la denominada «sociedad del riesgo». Bajo esta expresión se puede entender que la globalización del mundo hace a las distintas sociedades más vulnerables frente a riesgos que resultaban imprevisibles algunas décadas atrás. Yo soy médico, y me interesa mucho el tema de la esperanza de vida y cómo ha ido evolucionando en la humanidad. En el pasado, nadie ignora que enfermedades transmitidas e infecciosas, por ejemplo, las que transmitimos los europeos a los indígenas americanos, o la peste bubónica o la gripe española, fruto de los movimientos migratorios, producían decenas de miles de muertos. La esperanza de vida media en España en 1900 era de 34,76 años, y ahora estamos cerca de los 80 (ya saben que las mujeres tenemos más, pero la esperanza de vida media europea, y española

en concreto, es una de las más altas del mundo). Sin embargo, somos sociedades que tenemos mucha más sensación de riesgo.

En este sentido, la globalización de las comunicaciones ha llevado a una conciencia mucho mayor de los posibles riesgos sistémicos. Por ejemplo, la alarma que se creó ante la crisis de la llamada encefalopatía espongiiforme, o síndrome de las vacas locas, o ante una posible epidemia global de peste aviar son ejemplos muy significativos, porque al final el número de fallecidos o afectados por estos problemas es infinitamente menor que lo que suponían las grandes pandemias infecciosas del siglo pasado. Sin embargo, el conocimiento y la globalización de la información han hecho que nuestras sociedades viviesen éstos y otros fenómenos con un gran sentimiento de riesgo.

Hay un componente, quizás el más significativo de la idea de Beck, que es que en las últimas décadas, aproximadamente desde 1968, se ha producido un gran desgaste en las visiones de la sociedad basado en las jerarquías. Eso incluye una pérdida de autoridad del saber de los científicos, de los expertos; una pérdida de confianza de las opiniones de los técnicos. A su vez tiene cierta relación con el nuevo papel de los medios de comunicación: hoy es mucho más fácil que la opinión de un experto sea criticada o atacada, con mayor o menor fundamento, por otros expertos o por quienes se presentan como tales. No hay más que ver una tertulia y comprobar a veces cómo se abordan ciertos temas.

Esto tiene aspectos negativos, porque a veces uno oye opiniones claramente exóticas de asuntos que más o menos puede conocer. Un buen ejemplo, y no me voy a extender sobre ello, son las opiniones sobre el cambio climático. Es muy interesante hacer un análisis de cómo se ha producido y cómo ha calado en la opinión pública el cambio climático, cuáles son las opiniones en contra y a favor y cómo se han definido estas posturas. Pero es verdad que una cierta desconfianza respecto a las opiniones de los expertos no deja de ser saludable, sobre todo teniendo en

cuenta las cosas que han dicho que se podían hacer, a veces con resultados desastrosos. Les traigo dos ejemplos, uno de medicina y otro de energía. El primero son los estudios sobre los efectos de la sífilis, comandados por médicos y epidemiólogos, en los que se dejaba al grupo de enfermos padecer la evolución de la enfermedad sin información ni tratamiento alguno, hasta el final. El segundo son las condiciones en las que se expuso a pruebas nucleares a soldados no informados durante la guerra fría. Es decir, que la sociedad tenga sus prevenciones respecto a la opinión de los técnicos y los expertos tiene unos fundamentos en el pasado que no son baladí, por decirlo de alguna manera.

En todo caso, creo que una combinación de información globalizada a través de los medios, y de relativización de la opinión pública respecto a los técnicos que sustituyen a los brujos de la tribu (los científicos, los sabios), hace que vivamos en una sociedad mucho más consciente del riesgo, e incluso de riesgos que objetivamente no han crecido. Al mismo tiempo, y paradójicamente, es ésta una sociedad habituada a convivir con riesgos altos que no se valoran como tales, porque su disminución implicaría costes significativos para los posibles afectados. El caso típico que se menciona siempre es el automóvil. Todos sabemos que el automóvil es más arriesgado que el avión, pero todos usamos los coches porque forman parte de nuestra comodidad y de nuestro estilo de vida.

Considero que el principal obstáculo para el reconocimiento de la existencia de los riesgos en su justo término reside en el viejo problema de la acción colectiva, o sea, cuando los afectados son demasiados. Por ejemplo, en el caso del cambio climático, el afectado es nada menos que la humanidad, o al menos, desde luego, la gran mayoría de los más vulnerables. Y nadie está dispuesto a dar el primer paso y a asumir los costes de un cambio de modelo de sociedad, comenzando por modificar nuestra propia forma de vivir.

Y aunque ahora se está extendiendo más la conciencia del problema (me refiero al cambio climático), no se puede minusvalorar que ahí también están influyendo los cambios de posiciones de algunos gobiernos por el factor que supone la subida del coste de la energía. No sé qué pasaría si en lugar de tener la conciencia de que el petróleo no va a bajar, o al menos no mucho, pasara como en la crisis de los noventa y en la de los setenta, cuando después de una subida del petróleo se produjo una disminución de los costes. Entonces volveríamos todos a decir, «pues esto vuelve a ser como siempre, los costes de la energía son de nuevo asumibles», y dejaríamos de nuevo de pensar en estrategias de ahorro y en energías alternativas.

¿Cuándo y cómo surge la conciencia de riesgo? Yo trabajo con regulación de riesgos, porque soy la presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear, y parece que, en general, la conciencia del riesgo aparece a partir de un accidente grave que pone ese riesgo de relieve. Así ha sucedido, por ejemplo, con las crisis provocadas por los alimentos contaminados, por la transmisión de enfermedades, por el estallido de brotes epidémicos graves e inesperados (por ejemplo, el que representó en su momento el sida), por accidentes nucleares como el de Three Mile Island, en Estados Unidos en 1979, o el accidente nuclear de Chernobyl en Ucrania, dentro de lo que era entonces la Unión Soviética, en 1982, o el gran desastre de la fábrica química de Union Carbide, en Bophal en 1984.

Existe una teoría de la amplificación social del riesgo que relaciona de forma casi lineal la percepción social de ese riesgo con la cobertura que dan los medios de comunicación de los incidentes o supuestos peligros de determinadas actividades. Un informe encargado por el gobierno británico en 2001 concluyó que, en su forma más simple, esta teoría no ofrece una explicación realista del modo en que el público desarrolla sus propias percepciones, un proceso en el que influyen las experiencias personales y el marco de interpreta-

ción en el que adquieren sentido, o lo pierden, las informaciones de los medios.

Un ejemplo histórico que yo acabo de aprender hace muy poco tiempo es que, en Three Mile Island, una central norteamericana, dos semanas antes de que se produjera el accidente —muy diferente al de Chernobil porque no hubo salida de radiactividad del edificio de contención, mientras que el reactor ruso estaba al aire— se había estrenado la película *El síndrome de China*, en la que se hablaba del ocultismo de los responsables de las centrales nucleares y del riesgo que podía suponer la fusión del núcleo de un reactor. Es posible —hay estudios sobre eso— que los medios de comunicación y las personas afectadas por el incidente lo interpretaran —no digo que todo el mundo— bajo la influencia de *El síndrome de China*.

Chernobil fue otro tipo de accidente, otro problema, pero repito, aparte de lo que digan los medios de comunicación, el modo de afrontar el tema tiene que ver también con el posicionamiento, la percepción y la situación del receptor y el contexto en el que vive.

Para terminar voy a hablar un poco sobre los problemas de regulación, que es de lo que yo más me ocupo. Tras un accidente grave, la respuesta social suele ser la exigencia de regulación, para evitar que se puedan repetir hechos de esa índole. Ahí hay un péndulo regulatorio no solamente en los sectores de riesgo, como pueden ser el alimentario o el energético, sino también en el económico. Enron y ahora las hipotecas *subprime* hacen que la sociedad demande una regulación, porque las consecuencias son terribles.

La cuestión es cómo se puede hacer una regulación *ex ante*, porque lo que ha aprendido la sociedad es una regulación *ex post*. O sea, el problema es que hacer una regulación *ex ante* supone elaborar modelos estadísticos de riesgo para prevenir peligros que nunca se han detectado. Y esto es extraordinariamente complejo, no resulta nada sencillo. Uno de los hechos

más notables es que en determinados campos, sobre todo en los que trabajan con riesgos, las normativas reguladoras se extienden a partir de un incidente, y además lo hacen por la difusión de normativas. Ahí tienen un papel importantísimo los reguladores multilaterales internacionales y el intercambio de buenas prácticas.

El incremento de regulación en el sector nuclear se agudiza extraordinariamente después de Chernobil. La regulación nuclear es una de las más sofisticadas o más desarrolladas del mundo, pero se pone en marcha después de un accidente. Igual que la industria química incrementó mucho la regulación, por sus propios intereses, después del accidente de Bophal.

Esto resulta un poco frustrante. Sería estupendo que pudiésemos adelantarnos en la regulación y prever dónde puede haber problemas. Sin embargo, la experiencia que tenemos es que se regula cuando ha habido un problema.

Hay otra cuestión, que es que no solamente basta el conocimiento experto, técnico y científico. El nivel de umbral que el consenso social admite respecto a los riesgos es un factor que, indudablemente y en una sociedad democrática, hay que tener en cuenta. Insisto en que el ejemplo del automóvil es clarísimo; o sea, los umbrales de tolerancia a los accidentes de tráfico son altísimos. Sin embargo, y volviendo al sector que regulo, en España no ha habido nunca accidentes nucleares con repercusiones graves en las personas, pero la percepción del riesgo es muchísimo más alta. Entonces, el tema del umbral de riesgo que admite la sociedad es un factor definitivo, independientemente del objetivo.

A la inversa, un riesgo puede ser socialmente aceptable; es decir, a uno le puede parecer muy bien que necesitemos energía, pero desde el punto de vista de la acción colectiva aparece este síndrome conocido como «no en el patio de mi casa» (*not in my backyard*), el efecto *NIMBY*. Según esto, si preguntáramos a una sociedad, a una persona: «¿A usted le parece bien que haya cár-

celes?», respondería «sí, pero no cerca de mí». «¿Y que haya redes de alta tensión?», «de acuerdo, pero que no pasen por delante de mi casa».

Esto ocurre con los basureros, las líneas de alta tensión, los emplazamientos nucleares o los centros para desintoxicación de drogadictos. Y no surge porque las personas seamos irracionales, sino precisamente porque somos racionales y calculamos lo que ganamos y lo que perdemos en cada caso. Yo, sin embargo, por ser optimista, creo que estos cálculos no son inmutables, sino que se pueden modificar con una mejor información sobre los riesgos y una ponderación de los costes. Es muy probable, como decía antes, que el crecimiento de los precios, sumado a una mejor información sobre los peligros del cambio climático, haga socialmente posible regular los consumos privados e introducir un uso más racional y más eficiente de la energía. Quizás el peso de la factura energética pueda hacer mucho más que cualquier argumentación sobre la dependencia económica de España, para modificar las estrategias empresariales o el consumo privado.

Me van a permitir un apunte sobre la energía nuclear, excusable por mi trabajo. Saben que la energía nuclear supone en España un 9,8% de la producción de energía primaria, y en los tres últimos años alrededor de un 19% o un 18% de la generación eléctrica. No es una proporción alta, sobre todo en comparación con nuestra vecina Francia, que llega al 75% en generación eléctrica, pero indudablemente es una contribución muy significativa de la que no parece fácil prescindir a corto plazo, incluso en un escenario muy optimista de desarrollo de las energías renovables y de racionalización del consumo.

Evidentemente, la decisión sobre la prolongación de la vida de las centrales actualmente operativas, o incluso sobre la construcción de otras nuevas, es una decisión política que incluye, por supuesto, la valoración de los riesgos asociados al uso de la energía nuclear, y por otro lado de nuestra dependencia energética. Pero me gustaría señalar dos paradojas que se dan actual-



mente en la opinión pública y en el debate sobre la energía nuclear. La primera es una manifestación a nivel nacional del síndrome *NIMBY*, del «no en mi casa». Pese a que es bien sabido que la catástrofe de Chernobil afectó a otros países europeos, no fue un problema ucraniano. Los detectores de radiactividad cantaron hasta Francia y sin embargo no hay conciencia de que España esté o pueda estar en un futuro inmediato como en un sándwich dentro de un entorno nuclearizado. No es como lo que ocurre con el sida —yo he trabajado en el Plan Nacional del Sida—, pues los virus no tienen fronteras. Nosotros tenemos al otro lado de los Pirineos sesenta centrales nucleares. Además, acabo de llegar de Egipto, y la impresión que yo he sacado de éste y otros países del norte de África es que van a desarrollar un programa nuclear. Quieren hacerlo no solamente por cuestiones de demanda energética, sino porque pretenden sacar pecho frente a Irán, teniendo en cuenta cómo funcionan allí las rivalidades regionales. Es decir, nosotros estamos en mitad de un mundo nuclearizado, y con muchos países emergentes planteando programas de construcción de nucleares.

Creo que desde el punto de vista regulador y de seguridad habría que tener una mayor supervisión e información sobre estos países y sobre los peligros que supone el desarrollo de programas nucleares en los que acusen alguna inestabilidad política o falta de transparencia. En ese sentido los organismos multilaterales y la diplomacia de los países democráticos son muy importantes. Sin embargo, el argumento de los países en desarrollo es que como «ustedes tienen de todo, si nosotros firmamos el TNP —que a veces no lo firman—, ¿cómo nos van a prohibir que desarrollemos una energía que puede resolver nuestros problemas?». Primera paradoja: ser el sándwich en un mundo nuclearizado.

Por otro lado está el tema de la ausencia del debate de la energía nuclear, que yo creo que ya se está lanzando. No obstante, tengo de decirles que, por ejemplo, el organismo regula-

dor que yo presido está siendo muy zarandeado en el desarrollo de este debate. Acabamos de tener un conflicto importante en una central nuclear catalana, la de Ascó. Independientemente de los temas técnicos y de la importancia del incidente, estamos siendo sometidos a todo tipo de cuestionamientos, bien porque somos demasiado duros con las empresas o por ser permisivos en exceso con ellas, según los sectores antinucleares. Ustedes han presenciado la crisis mediática en relación con Ascó, un tema importante y serio. Desde mi punto de vista, yo confío en la regulación; creo que la regulación pública y la seriedad de los aparatos reguladores es fundamental: el *expertise* técnico y la transparencia. Eso significa ser imparcial con las empresas, y también ser serio y a veces contundente con los sectores antinucleares que ponen en cuestión la honestidad de los técnicos, que al fin y al cabo son funcionarios públicos.

Termino diciendo que los medios de comunicación, los buenos periodistas e informadores, tienen una tarea ingente y muy importante en este tema, para ayudar a la sociedad a conocer, a tomar las decisiones y a valorar los niveles de riesgo con todos los elementos disponibles que existen desde el punto de vista científico. También los reguladores, las compañías y la industria, desde luego, con la transparencia. Muchas gracias, y perdón por haberme extendido.

MANUEL MARÍN

*Ex presidente del Congreso de los Diputados*

El título de esta sesión es, viniendo de Miguel Ángel, aparatoso pero interesante. Intentaré hacer algunos apuntes hablando del caso hispano-español, europeo e internacional y planteando un tema del que me ocupo actualmente: el cambio climático y sus implicaciones de todo tipo desde el modelo energético. Soy de los que pienso que en España se ha abordado el debate al revés:

aquí se ha hecho del cambio climático un frontispicio, un desiderátum respecto a lo que hay que hacer, dejando y obviando lo que realmente es determinante para tener una posición clara, es decir: vamos a definir previamente nuestro propio modelo energético y sus implicaciones nacionales e internacionales. Una vez que tengamos definido el modelo energético, entonces, casi por la fuerza de la naturaleza, estaremos en condiciones de precisar cuál va a ser nuestra posición nacional e internacional sobre el cambio climático. En el debate político de nuestro país se han planteado las cosas justo al revés.

En primer lugar, confirmo el dato que decía Carmen: está claro que el tema energético, el cambio climático, es un problema ya de apreciación y sensibilización de la opinión pública. La gente sabe que existe. Entonces ya no estamos en las primeras fases, cuando se hablaba del clima, y básicamente la comunidad científica tenía un problema (la capa de ozono) y los ecologistas otro, la lluvia ácida. Esas cuestiones, que fueron las que iluminaron el primer debate entre científicos y ecologistas, se han extendido. Creo que no existe ninguna institución, ningún responsable político, social, económico o financiero que niegue que estamos frente a un tema que afecta, desde luego, a la seguridad internacional.

¿Cómo? El calentamiento global probablemente responde a una de las consecuencias de lo que llamáis aquí «La maldición de los recursos». Porque existe esa maldición y porque ha habido un uso abusivo, o un uso no adecuado, por parte del hombre, de los recursos hemos llegado a la inseguridad, a las grandes catástrofes —o posibilidades de grandes catástrofes—, a las pandemias y, añado otro dato, a emigraciones forzadas por el cambio climático y el calentamiento global. De la misma manera que hay emigraciones producidas por la miseria, la marginación y el hambre, no se pueden descartar estos otros motivos (luego hablaré del informe de la Unión Europea), particularmente en algunos continentes.

¡Tomar distancia de los científicos! Como ahora estoy en la época de aprender, hace quince días me marché a Noruega y estuve allí una semana presenciando una serie de audiciones. Para mí el economista que mejor está trabajando estos temas es Nicholas Stern, el antiguo consejero económico de Gordon Brown, que ha producido un primer informe muy bueno, junto con el de Naciones Unidas, poniendo cifras y números al coste de la acción y de la no acción. Se dio la circunstancia, porque tenía interés, de que le pedimos a la señora Gro Brundtland que, por favor, explicara en un PowerPoint cómo había sido la reunión de Viena cuando se constituyó el grupo Billy Brandt —¿os acordáis?— sobre el impacto, en aquella época, de la economía y la industria en la naturaleza. Entonces llegué a la íntima conclusión de que el mundo está lleno realmente de «Casandras» porque, viendo algunos párrafos literales que había presentado en la reunión de Viena Billy Brandt, se anunciaban muchas de las cosas que iban a suceder. Es decir, yo tengo bastante confianza, cada vez más, en la comunidad científica. Otra cosa es que desde la política luego seamos capaces de integrar correctamente lo que ellos dicen. Pero en este caso concreto, si tenéis ganas volved a la presentación pública que se hizo en Naciones Unidas del informe Billy Brandt y veréis párrafos textuales que anunciaban algunas de las calamidades que ulteriormente han acaecido. La acción del hombre, probablemente, tiene ese inconveniente.

¿Por qué pienso que el modelo energético es previo al debate sobre el cambio climático? En España hay una cosa que no se discute habitualmente, salvo muy de pasada, y es nuestra formidable tasa de dependencia. España —yendo muy rápidamente— importa el 80% de lo que consume, a grosso modo. Y además, se da la circunstancia de que en la Unión Europea la media se sitúa en torno al 50%; es decir, respecto a la media comunitaria (hay países que las tienen más bajas), nosotros estamos en la parte de arriba de la tabla; importamos más que nadie.

Se da otra circunstancia: cuando se ven las cifras en los Presupuestos Generales del Estado y la memoria anual del Ministerio de Economía, algo que tampoco se discute, el 50% del déficit de la cuenta corriente del Reino de España es energía, gasto energético. Es otro dato de macromagnitudes que, junto al anterior, pone de manifiesto que la realidad es que somos un país enormemente dependiente en esta materia. Esto, obviamente, tenía que influir en nuestro sistema de relaciones exteriores, acompañando a un problema que tenemos como país, y debería también incidir en las políticas de seguridad y de defensa. Porque a lo mejor el modelo energético, inevitablemente, es ya parte integrante del concepto de seguridad nacional. Yo creo que ése es el paso definitivo que hay que dar en España, porque ya no se trata de un problema exclusivamente de tarifas. Comparto lo que dice Carmen: le estamos trasladando a las próximas generaciones una deuda enorme por el desfase que hay entre el precio de la tarifa y el precio realmente producido. Pero éste es otro tema. Sin embargo, sí creo que deberíamos preocuparnos por integrar la energía o el modelo energético como una constante más de nuestro concepto de seguridad nacional.

¿Por qué digo esto? El otro día, discutiendo con Félix, con Bernal y con toda vuestra gente de allí, del CESEDEN, me enseñaron una cosa curiosa: en el protocolo norteamericano que hace el presidente de Estados Unidos en materia de seguridad y defensa nacional, la energía es uno de los elementos absolutamente claves de comprensión. Vi también el protocolo británico, que tiene menos objetivos, en el que el tema energético se incluye como una referencia básica de la ley de defensa y seguridad. En España, después de la Ley de Defensa Nacional, en la directiva de seguridad que firma el presidente del gobierno la política energética está aún excluida. Éste es un dato que nos tiene que hacer reflexionar, pero no lo digo con ánimo de crear polémica estrictamente. Por fortuna, desde los ejércitos, desde el Parlamento, desde la universidad, se están moviendo para

que seamos capaces de darle este nuevo enfoque a la manera de debatir el cambio climático. La energía es, pues, en mi opinión, básica para entender este nuevo concepto de seguridad nacional.

En España aún más, porque el 70% del CO<sub>2</sub> que tenemos encima de la cabeza —la media española indica que llevamos dos toneladas de CO<sub>2</sub> cada uno de nosotros sobre los hombros— desafortunadamente se genera por el transporte (eso ya lo sabíamos), pero también por un notable grado de indisciplina o por falta de comprensión por parte de la familia, porque el otro componente es el hogar. Éste es un dato de la realidad. No quiero extenderme, pero el otro día, en la celebración del cumpleaños de Joaquín Almunia, vinieron muchos viejos *routiers* europeos, y yo les estaba dando esta explicación en la cena, y me decían: «Es que hay que introducir dos elementos clave para que esto se entienda en España». Alguien se lo decía ayer a Ridaio, refiriéndose a dos palabras malditas en nuestro país: «prohibir» y «sancionar»; porque como desde la política hay que presentar todo en positivo nadie sanciona ni prohíbe. Y si no se sancionan y no se prohíben las cosas no van. No digo esto porque yo sea particularmente malo o atrabiliario. Un ejemplo son las basuras. En Bélgica, la bolsa que contiene el plástico reciclable es obligatoriamente transparente, de modo que el recogedor de basura ve lo que lleva dentro y si hay algo incorrecto, le pone una pegatina y te la vuelve a dejar en casa. Primer aviso. Segundo aviso: 250 euros de multa. No digo más. Teniendo en cuenta que hay una corresponsabilidad enorme de los hogares, algo habrá que hacer para presentar las cosas correctamente.

Voy al dato de la realidad, por ceñirme al título. Os sugiero que leáis conjuntamente el informe de Naciones Unidas con el que se presentó Javier Solana a la cumbre de jefes de Estado y de Gobierno, pues recoge conclusiones sobre la realidad. Todas las crisis de 2007 sobre las que Naciones Unidas hubo de tomar

decisiones, salvo la de Darfur, en Sudán, que es un caso de genocidio de sudaneses musulmanes de la sharía contra sudaneses animistas, fueron debidas a fenómenos meteorológicos. Esto supone un cambio bastante interesante como para ir siguiéndole la pista. Algo pasa.

Los fenómenos meteorológicos castigan, se afirma, a los que no saben gestionarlos. Esto se dice de una manera abusiva por parte de los occidentales ricos, o nuevos ricos. Como lo que le ocurrió a la junta militar de Myanmar con el tifón; según estas opiniones, les pasó lo que les pasó por una mala gestión, pero no fue tanto así. Luego vino el terremoto chino, por referirme a algo, en un país emergente capaz de organizar unas Olimpiadas. Tampoco supo gestionarlo: 50.000 muertos. Otro fenómeno meteorológico, el Katrina, golpeó a la primera potencia mundial, y tampoco fue brillante su resolución. Atención, pues, a ese factor de riesgo.

No comparto el criterio de aquellos que dicen que el precio del petróleo, una vez que nos ajustemos, va a bajar, o que esto se asemeja a lo que ocurrió en 1973. En 1973 ni China ni India ni los intermedios (África del Sur, Corea del Sur, México, Brasil y todos los que continúan todavía en la lista de países no desarrollados) consumían. Ese año el problema fue más de naturaleza política, de rechazo de los países árabes al tema israelita, por decirlo de una manera clara. Esto es otra cosa. Y nos vamos a ir a precios altos.

Dos datos del nuevo riesgo. Uno es el agua. Lo que más me ha sorprendido de los estudios de Stern, de Naciones Unidas, y del grupo de sabios que elaboraron un informe para Zapatero francamente bueno, es lo siguiente: si vamos a perder entre el 20% y el 30% del agua potable, es importante tener en cuenta que una quinta parte de la población vive en zonas costeras, entre 0 y 40 kilómetros del mar. La mayor zona de concentración de población que vive junto a la costa se encuentra en Asia, el 40%, donde se sitúan las megaciudades, los abastecimientos

portuarios y toda la red de refinerías. Se han dado casos que hemos tenido la oportunidad de estudiar; por ejemplo, si el nivel del agua en las Maldivas o la zona de Melanesia o de Kiriwati sube de 30 a 40 centímetros, ¿se puede salvar a esa gente? Sí. Pero con un cambio climático brutal en los próximos quince años sería imposible. Es decir, la realidad es que hay continentes que van a sufrir mucho más que otros.

Segunda circunstancia, gravísima: el alimento, la *commodity*. El alimento ha entrado, desafortunadamente, en un concepto en el que no debería haber entrado nunca, que es la energía. Es una obligación moral y ética separar el alimento de la energía, porque lo que está pasando es un disparate. Ahora bien, la batalla que yo tengo con mis medioambientalistas en las universidades, ahora que me dedico mucho a hacer este tipo de conferencias, es la siguiente: los grandes medioambientalistas españoles, que son gente muy respetable, no pueden decir «separen el alimento de la energía, pero luego no permitan la manipulación genética del alimento para convertirlo en energía». Esto no puede ser. Es decir, no se puede propulsar la batalla contra los transgénicos sabiendo que la ciencia tiene que poner en el mercado maíz que sólo sirve como bioetanol; remolacha y soja, que únicamente son útiles como biocombustible, o todos los hierbajos que puedan inventar (ojalá lo más rápidamente posible) con diferentes fines. La ciencia tiene mucho que hacer en materia de transformación genética.

¿Qué forma tiene esto de plantearse? A lo mejor es que me he puesto nostálgico o sangro por la herida, como decía el castizo, pero creo que no se va a resolver, al menos en el terreno español, trabajando sobre los absolutos característicos de la política nacional de los últimos años.

¿Qué quiero decir? Si se trabaja sobre los absolutos, no se construye. España se rompe; España no se rompe. Me vais a entender enseguida. Nucleares, sí; nucleares, no. Desaladoras, sí; desaladoras, no. Trasvase, sí; trasvase, no. Así estamos funcio-



nando en España ya desde hace bastante tiempo. Y de esta forma no se va a encontrar una solución. Entonces, ¿cómo hay que hacerlo?

Entiendo que es necesario lograr un acuerdo político. En este momento se está hablando en el Parlamento de justicia y de política exterior —y me parece bien que se haga—, pero hay otro acuerdo político que tiene que integrarse rápidamente: el del modelo energético. Y es que si se juega a ver quién es el más antinuclear, esto no funciona. Si el tema es ver cómo rentabilizo la opción de los *NIMBY* locales, esto no sale. ¿Qué es lo que temo? No que por jugar a Casandra pase lo que con el informe de Billy Brandt en Viena hace cuarenta o cincuenta años, sino que con el modelo ambiental, el energético y el cambio climático se vuelva a repetir el monumental error de la gestión del agua en España. ¿Lo estoy diciendo claro? Hay muchas competencias distribuidas entre ayuntamientos, comunidades autónomas y Estado. No se puede repetir ese error. Hay que lograr una política integrada definida a través de un pacto de Estado, porque es parte integrante de la seguridad nacional.

JOSÉ JUAN RUIZ

*Director de Estrategia para América Latina  
del Grupo Santander*

Supongo que a mí me han invitado a este panel como economista, así que ustedes se lo han buscado, porque mi intervención va a ser como economista. Lo que voy a tratar de hacer es muy de mi ciencia. La ciencia económica es calvinista, y admite que algo se pueda conseguir sin mucho esfuerzo. La idea de que un país puede convertirse en desarrollado exclusivamente cogiendo lo que la naturaleza le da ha sido rechazada por la ciencia de una manera contundente a lo largo de doscientos años de existencia.

De hecho, esta idea calvinista no es propia de la ciencia económica, sino de la humanidad. Preparando la conferencia, he encontrado una cita de Maquiavelo de 1519 que no me resisto a leerles. Dice: «Los países fértiles hacen ociosos a los hombres e incapaces de ejercer ninguna virtud». Yo creo que la idea de que tener recursos naturales es una maldición está en nuestros cromosomas, en nuestro ADN de *Homo sapiens*, y que probablemente lo que hay que intentar saber es si esto tiene alguna justificación teórica detrás, si realmente es lo que está ocurriendo hoy y qué inferencias y lecciones podemos sacar de la existencia o inexistencia de esta maldición de los recursos.

La verdad es que la maldición tiene una gran tradición en economía. Su base está muy clara: es una sobrevaloración evidente de la capacidad de las manufacturas, del sector industrial para generar el desarrollo. Lo encontramos en los grandes teóricos del desarrollo: en Singer, en Battersby, en Hickman... Todos han hablado de que el sector industrial genera efectos *backward* y *forward*, hacia delante y hacia atrás; externalidades que aceleran la tasa de crecimiento. Esos *links* entre diversos sectores no existen en los recursos naturales.

La idea de que la industria es mejor que cualquier otra cosa la hallamos incluso en el pensamiento político. No sé si ustedes sabrán que Salvador Allende, la primera vez que se presentó a las elecciones presidenciales de Chile, lo hizo con un lema que hoy nos sonrojaría a todos: «Llenaremos de humo los cielos de Santiago». Él no lo consiguió, pero los que vinieron detrás pusieron todo el empeño y hoy es una de las ciudades más inhabitables de América Latina en cuanto a contaminación. La idea de que la industria es mejor que la agricultura, que los servicios, siempre ha estado ahí.

La verdad es que los recursos naturales tienen un gran problema. En su estructura ocurren dos cosas. La primera de ellas es que un desarrollo basado en recursos naturales es más volátil

que uno basado en otras formas de crecimiento. La historia es muy sencilla de entender. Los precios de los recursos naturales son mucho más fluctuantes que los precios de las manufacturas o de los servicios. Esto genera incertidumbres sobre la rentabilidad futura, que suelen venir acompañadas de procesos de subinversión: se crean incentivos muy fuertes para esperar. Viendo el precio del petróleo a 140 dólares, ustedes entenderán perfectamente que aquellos que tuvieron incertidumbre sobre hasta dónde llegaría y no sacaron el crudo de sus reservas probadas hoy están mejor y maximizan sus ingresos más que aquellos que agotaron sus campos hace diez, quince, veinte años. La idea de subinversión, de volatilidad de precios, es fuerte.

Hay una segunda cuestión que en economía todavía es mucho más importante. No sólo existe un problema de volatilidad; el problema es que los recursos naturales, a menudo lo que generan o lo que llevan implícito es un modelo de expansión del sector de bienes no comerciables. Es decir, es una apreciación del tipo de cambio real, que todos ustedes habrán oído mencionar en algún momento, que se denomina «enfermedad holandesa» y en la que no voy a entrar aquí.

¿Qué es lo que ocurre en términos empíricos? Los economistas, aparte de ser tristes y pesimistas, solemos tratar de medir todo. ¿Y qué es lo que hemos medido sobre esta maldición de los recursos naturales? Pues la verdad es que, cuando uno mira qué ha ocurrido entre los años 1970 y 2000, en el mundo sólo ha habido diecisiete países que hayan tenido una tasa de crecimiento negativa de su renta per cápita. De esos diecisiete, en todos excepto en uno, Haití, más del 50% de sus exportaciones estaban constituidas por recursos naturales. Es decir, en principio se deduce que parece que hay alguna base para pensar que esto de los recursos naturales sí es una maldición.

La idea es: ¿la maldición es inevitable o hay que empezar a incluir matices? Y mi respuesta es que ni es inevitable ni es una maldición: es puramente una correlación, no espuria, pero en la

que no sabemos de dónde viene la causalidad. Y les diré por qué en tres puntos muy claros.

En primer lugar, es obvio que si a esos diecisiete países se les hubieran suprimido los recursos naturales, su situación no hubiera mejorado, sino empeorado notablemente. Es decir, los recursos naturales a veces consiguen exclusivamente paliar colapsos y fracasos; de la misma forma que hay Estados fracasados, los hay económicamente inviables. Esto es independiente de que tengan o no tengan recursos naturales. Si cuentan con ellos puede que subsistan más tiempo. Sin recursos naturales, estos Estados o esos grandes fracasos de política económica de las últimas tres décadas probablemente ya no estarían en la lista, habrían sido engullidos por algún *merger & acquisition* de los vecinos o se habrían roto en Estados distintos a los que hoy son.

El segundo de los temas es que la dispersión de las experiencias lleva a pensar que a lo mejor influyen otros factores. Y les contaré dos notas eruditas que son en cierto modo exóticas, pero que me parecen divertidas.

La primera. No sé si sabrán que, al mismo tiempo que una colonia de puritanos ingleses desembarcaba del *Mayflower* en Boston, había otra colonia puritana que lo hacía en Nicaragua. La colonia puritana de Nicaragua jamás prosperó. La colonia puritana de Boston llegó a constituir la élite de Estados Unidos, la potencia a la que hemos hecho referencia aquí. ¿Qué significa esto? Probablemente nada, pero a lo mejor lo que quiere decir es que la geografía también importa. Estar junto a los trópicos, no tener un socio comercial fuerte a tu lado ni contar con infraestructuras, o las diferencias climáticas a veces determinan tanto o más que la existencia o no de recursos naturales.

El segundo de los temas es mucho más divertido. Tras la guerra entre franceses e ingleses a finales del XVIII, los ingleses consideraron seriamente aceptar como reparación de guerra, en

lugar de Canadá, la isla de Guadalupe, porque pensaron que los recursos naturales de Canadá eran absolutamente irrelevantes para poder compensarlos. Hoy Canadá tiene aproximadamente 107 veces la renta per cápita de la isla de Guadalupe.

Por último, el tema que a mí me parece definitivo: el problema no son los recursos naturales, sino las instituciones que acompañan a esos recursos. Nadie debe pensar que existe una maldición de recursos naturales inexorable, bíblica, porque estaría expulsando de un modelo científico la explicación del desarrollo de países como Estados Unidos, Nueva Zelanda, Australia o el propio Canadá. Con recursos naturales uno se puede desarrollar. Lo que ocurre es que para hacerlo hay que tener instituciones que impulsen el *take-off*.

Ésta sería la primera parte de lo que les quería contar. Pero lo que me importa es sacar la inferencia política de esto, que me parece lo más relevante. Si realmente el problema no son los recursos naturales sino las instituciones, cuando internamente enfrentamos el tema de la seguridad y las consecuencias de los conflictos de esta maldición —que no es tal—, lo que deberíamos hacer es, en lugar de fijarnos en los recursos naturales, centrarnos en cómo generamos programas de ayuda para mejorar el diseño de las instituciones y de las políticas de países que sí los tienen. Yo creo que el foco no debería estar tan centrado en la existencia o inexistencia de recursos, sino en cómo se ayuda a los países a mejorar sus instituciones. Es una cuestión compleja, y los temas de soberanía nacional son absolutamente relevantes, pero en otros aspectos las cosas resultan mucho más sencillas de lo que pudiera parecer. Yo me he hartado de viajar por América Latina, y sigo diciéndoles que los latinoamericanos se fijan en cosas del modelo español de la transición que son muy exóticas y atractivas, como los Pactos de la Moncloa o los consensos. Sin embargo, en lo que los latinoamericanos deberían fijarse es en algo tan absolutamente burocrático como el índice verde y el índice rojo del consejo de ministros,

que es lo que ayuda realmente a gobernar: el tener un consejo de ministros y un listado de temas que ha sido discutido políticamente por los subsecretarios antes. Eso es lo que produce los avances, y no tanto los grandes diseños de ingeniería política que a veces se hacen.

Segundo punto: si las instituciones y las políticas son importantes, ¿qué repercusiones tiene esto para nuestra seguridad internacional? A mí me parece que éste es un tema de gran calado, al que ya antes he hecho referencia. Si las políticas y las instituciones son importantes, el comportamiento de los países es divergente. En función de la calidad de tus instituciones, y no sólo de la dotación de tus recursos, tendrás mayores o menores posibilidades de mejorar el nivel de bienestar de tus ciudadanos. Y eso, en un espacio como Latinoamérica, que conozco bien, es exactamente lo que está pasando. O sea, la dotación de recursos no es lo que determina los niveles de bienestar de los ciudadanos, sino la calidad de las políticas y de las instituciones que han sido capaces de crear.

Las consecuencias políticas de esto son muy importantes. América Latina está dejando de ser un espacio homogéneo y ha comenzado a ser muy, muy heterogéneo. Cuando se produce esa heterogeneidad se abren *gaps* y brechas entre los países. Hay casos de fracaso notorio en los que no voy a entrar, pero se dan otros de éxito notable de los que sí quiero hablar. Por ejemplo Brasil. Brasil es un país con recursos naturales, con política, con instituciones, con equilibrios de poder, probablemente con una política muy bizantina, difícilísima de entender para el que no es brasileño o incluso para la mayoría de los nativos, pero con instituciones que están ahí. Tengo la sensación de que esto genera problemas de cohesión regional. O sea, probablemente hablar de un MERCOSUR en el que Brasil va a acabar generando el 85% del PIB frente a sus socios hace que sea muy difícil pensar que esa alianza es sostenible a medio plazo. Pensad qué le ocurriría a la Unión Europea si Alemania

ocupara el 70% del PIB; probablemente no estaríamos pensando ni hablando de la Unión Europea como hoy lo hacemos aquí.

En segundo lugar, el éxito de Brasil crea nuevos problemas. Por ejemplo, el crecimiento de Brasil está apoyado en gran medida en algo que estaba comentando antes Manolo: sus avances en ciencia, en educación y, fundamentalmente, en algunas áreas muy concretas, como las energías renovables, los bioetanoles, etcétera. Digamos que hoy Brasil está, justa o injustamente —en mi opinión de forma injusta—, en el ojo del huracán de la polémica sobre si los bioetanoles están aumentando el precio de los alimentos. Pero ahí tenemos nuevos problemas que convierten a Brasil en un país que no es percibido de la misma manera que hace diez años, y mucho menos por sus vecinos, que han tenido menos éxito que ellos. Ése es un tema importante.

Además, globalmente, Brasil, haciendo esa gestión, pasa de ser un país herbívoro, cuyo éxito agrada a todo el mundo, a tener opiniones propias sobre cómo hay que organizar el comercio mundial, cómo se deben gestionar los bioetanoles, cómo se forman y se regulan las patentes... Evidentemente, esto significa que su éxito deja de ser tan gracioso, tan amable para todos los individuos. Brasil pasa de ser un país herbívoro a uno carnívoro, y esto es realmente muy significativo.

El tema no afecta sólo a los que aciertan, sino también a los que fracasan. Porque en el fracaso —y, por ejemplo, en la cuestión de los alimentos es muy notable— arriesgan algo que para nosotros es una de las bases de la convivencia: el sistema democrático. Cuando aparece un problema como la inflación de los alimentos hay formas de responder muy distintas. Hay respuestas ortodoxas: utilizando tus políticas, tus reglas, tus bancos centrales independientes, viendo si la economía hay que enfriarla o no. También se puede acudir a medidas mucho más brutales: manipular el índice de precios, controlar esos precios y los salarios, distorsionar el mercado y la asignación de re-

cursos. Hay formas, digamos, ortodoxas y otras clientelistas y populistas de enfrentar los problemas.

Creo que éste es uno de los grandes asuntos con los que nos vamos a encontrar en algunas zonas del continente. Los países que, debido a las malas políticas y las instituciones, o a la calidad institucional débil que tienen, no han sido capaces de hacer frente al nuevo conjunto de problemas de la economía van a continuar teniendo una deriva hacia esos clientelismos y populismos, que destrozarán o dañarán, probablemente, una de las grandes fuerzas de progreso del continente: la aparición de unas clases medias mucho más potentes de lo que fueron en el pasado. La inflación en este momento es la mayor amenaza que pesa sobre América Latina; amenaza a la democracia, a las clases medias y a veinte años de reformas. Y es que es muy probable que aquellos que no sepan cómo defenderse de ese problema acudan y vuelvan a caer sobre recetas que sabemos adónde llegan: a desplomes sociales y volatilidades como los que hemos visto tantas veces en el continente.

En mi opinión, éste es el punto central. Resumiendo, no creo que exista una maldición de los recursos. Lo que sí ocurre es que algunos países ricos en recursos han sido incapaces de generar instituciones y que sin esas instituciones la pobreza, como decía Montesquieu: «Priva al individuo de poder ejercer cualquier virtud y lo convierte en adicto a todo tipo de vicios, incluido el populismo y las dictaduras».

SARAH WYKES

*Experta en hidrocarburos y miembro de Global Witness*

Explicaré un poco el trabajo de Global Witness, para luego enfocar el tema de la maldición de los recursos. Global Witness (Testigo Global) es una organización no gubernamental que opera en el Reino Unido y Estados Unidos, y que lleva alrede-



dor de diez años en funcionamiento. Lo que hacemos, fundamentalmente, es investigar el papel de los recursos naturales en la financiación de conflictos y de la corrupción. Llevamos a cabo campañas centradas en la madera —tala ilegal—, los diamantes —lo que se suele conocer como «diamantes de conflicto» o «diamantes de sangre»— y además estudiamos el tema del petróleo, el gas y la minería. También examinamos los bosques. Tenemos un departamento que realiza un seguimiento independiente de los bosques, es decir, que no se centra en la realización de campañas en sentido estricto, sino en el control real del modo en que se gestionan los bosques, en colaboración con gobiernos y otros socios, en especial en Latinoamérica en este momento.

Asimismo, desarrollamos campañas temáticas centradas en el papel de las instituciones financieras en los conflictos y en la corrupción, asociadas con la explotación de los recursos naturales y la cleptocracia, además de una campaña independiente para la República Democrática del Congo.

Trabajamos fundamentalmente a la manera de los periodistas de investigación: realizamos investigaciones detalladas sobre el terreno con colaboradores, fuentes confidenciales, etcétera; y elaboramos informes y recomendamos medidas a los principales cargos políticos y a quienes adoptan decisiones, como gobiernos, empresas o instituciones internacionales.

Colaboramos asiduamente con los medios de comunicación, y debiera decir que también llevamos a cabo muchas reivindicaciones conjuntas con otras organizaciones de la sociedad civil, como nuestra campaña sobre el petróleo, que intenta conseguir una gestión de los ingresos del petróleo, el gas y la minería más transparente y responsable.

Tenemos una red mundial de más de trescientas cincuenta organizaciones con las que trabajamos. Voy a hablar principalmente de África, pero también contamos con colaboradores en Latinoamérica, Asia Central y el Sudeste asiático. La verdad

es que dos tercios de nuestros colaboradores se hallan en países en desarrollo.

Éstos no son más que algunos ejemplos de los informes que se han elaborado en el pasado.

¿Por qué creemos que es importante el buen gobierno de los recursos naturales y una gestión transparente y responsable de los mismos? Los recursos naturales tienen una importancia destacada en más de cincuenta países en vías de desarrollo y para muchos de los países más pobres de África, Sudamérica y Asia, constituyen la principal fuente de riqueza. Previsiblemente, la mayor oportunidad de creación de riqueza para estos países en el futuro serán los ingresos obtenidos del petróleo, los minerales y otros recursos naturales.

Éstos son algunos datos de 2006 que muestran que el valor de las exportaciones de recursos naturales supera ampliamente cualquier ingreso en términos de ayuda internacional. Dado el enorme incremento de los precios de los minerales y del petróleo, ésta va a ser la mejor oportunidad de estos países en el futuro previsible.

El señor Ruiz ha hablado muy elocuentemente sobre la maldición de los recursos y el impacto económico que se puede asociar con el hecho de tener recursos naturales —véase el ejemplo de la «enfermedad holandesa»—. Sin embargo, yo considero, como él también ha señalado, que esto no es inevitable. Lo que nuestro trabajo muestra —hay otros muchos grupos más expertos que nosotros que han trabajado sobre el tema— es que, cuando la extracción de recursos es irresponsable y opaca, ésta lleva al subdesarrollo, la pobreza, las violaciones de los derechos humanos, la inestabilidad política y económica y los conflictos. Por tanto, una vez más, sólo para subrayarlo, para nosotros la maldición de los recursos no es inevitable.

Pensemos en el modo en que los recursos naturales han causado conflictos de manera directa o indirecta y encontraremos ejemplos principalmente en África, pero también existen

en países como Camboya, en el sudeste asiático, donde los recursos naturales han financiado directamente los conflictos y se han convertido en un motivo para la prolongación de los mismos. Allí la guerra se ha transformado en una especie de negocio para obtener el control de los recursos naturales, para poder traficar con ellos y para conseguir el enriquecimiento personal a partir del tráfico ilegal de recursos y de los procesos de obtención de suministros militares. Me parece que Angola es un ejemplo muy claro de cómo todos estos factores se conjugan cuando los recursos naturales están presentes en situaciones de conflicto.

Es importante destacar aquí a la República Democrática del Congo, obviamente, y hablar de la Guerra Mundial de África, que ya ha causado unos tres millones de muertos —y que como saben continúa en el este—, alimentada principalmente por el deseo de los diversos intervinientes de controlar la enorme riqueza en recursos naturales de este país.

Los agentes de la guerra no son más que algunos de los implicados en la corrupción en Angola, asociada con la obtención de suministros militares, que cuentan con el apoyo de los «bancos del petróleo»: préstamos bancarios relacionados con el crudo.

Uno de los objetivos de Global Witness, en el ámbito de Naciones Unidas y del sistema internacional, es lograr una definición coherente de lo que se entiende por recursos conflictivos. Esto desencadenaría un sistema de sanciones que serían efectivas para evitar realmente que los recursos alimenten los conflictos. Éstas son algunas ideas sobre el tipo de medidas concretas que reclamamos:

Aparte de solicitar que el Consejo de Seguridad de la ONU elabore y aplique realmente, de manera consistente, «sanciones inteligentes», también pedimos, por ejemplo, que se incluyan de forma automática los recursos naturales en el mandato de la Comisión de Consolidación de la Paz de Nacio-

nes Unidas y que éstos constituyan una parte integral de cualquier plan de reconstrucción tras un conflicto. Actualmente se aplica de forma muy desigual; no hay más que observar países como Liberia y Sierra Leona, por ejemplo. Por tanto deseamos transformarlo en algo habitual en todo el sistema de Naciones Unidas, de tal manera que se lleve a cabo una aplicación coherente de las sanciones para impedir que haya recursos conflictivos.

En consecuencia, un aspecto de nuestro trabajo es examinar el modo en que los recursos naturales alimentan los conflictos y la inestabilidad. El otro es observar la corrupción, la forma en que la explotación irresponsable y opaca de los recursos naturales puede alimentarla. No estamos hablando de la corrupción a pequeña escala, sino que nos referimos a un auténtico «saqueo del Estado».

El Banco Mundial ha estimado que se pierden anualmente enormes cantidades —miles de millones de dólares— debido a la corrupción en el continente africano. La Unión Africana estima que una cuarta parte del PIB de la región se esfuma por culpa de los corruptos. Sea cual sea la cifra exacta, esa pérdida de capital supera en mucho cualquier ayuda que se destine al continente. En consecuencia, creemos que acabar con la corrupción es un factor crítico para el desarrollo de África y del resto del mundo. Y muy a menudo esta corrupción a gran escala se halla vinculada a la explotación de los recursos naturales.

Poniendo como ejemplo Angola, estimamos que anualmente, según los informes del FMI, entre 1996 y 2002 no se contabilizaron en Angola alrededor de 1.500 millones de dólares en ingresos petrolíferos, lo que supone hasta el 25% del presupuesto anual. Human Rights Watch tiene una cifra ligeramente menor, de alrededor de mil millones anuales. Desde la paz de 2002, Angola no ha avanzado de manera significativa en cuanto a transparencia y buen gobierno. Para 2008 los ingresos por ex-

portaciones se calcularon en torno a los 43.000 millones de dólares, y probablemente sean algo mayores. La mortalidad infantil sigue siendo de un 25%; de hecho, Angola es el peor país del mundo, según análisis recientes, si se compara su PIB —es decir, la riqueza del país— con su tasa de mortalidad infantil. El 70% de su presupuesto, según el PNUD, está destinado a «fines especiales», sin que se sepa con claridad cuáles son. Es decir, hay una completa falta de transparencia en el proceso presupuestario.

El Congo es otro ejemplo, pero no voy a extenderme en él.

El hecho de que no se contabilicen miles de millones de dólares en los presupuestos nacionales es un problema global de los países en desarrollo, sean pobres o ricos en recursos. A esto se suma la existencia de un fuerte secretismo sobre los derechos que las compañías petrolíferas, mineras y gasísticas pagan a los gobiernos por el acceso a los recursos naturales. En consecuencia, una de las cosas más importantes que Global Witness intenta es averiguar adónde va este dinero y cómo podemos detenerlo y hacer más transparente su empleo.

Creo que José Juan Ruiz decía también que el problema son las instituciones; para nosotros se trata de un problema de buen gobierno, y una parte integral del buen gobierno, quizás el primer paso, es aportar más transparencia a la gestión del sector de los recursos naturales.

Lo que sugerimos, básicamente, es que si hay secretismo en relación con la cantidad de ingresos generados en países como Angola, los ciudadanos tendrían que empezar a preguntar a sus gobiernos por el modo en que se emplean esos ingresos, y si los gobiernos no quieren decírselo, ese dato debería salir de las compañías internacionales presentes en esos países, que explotan los recursos y que saben exactamente cuánto están pagando, por ejemplo, al gobierno angoleño. Es decir, nuestra sencilla idea es que las empresas de la industria extractiva deberían publicar lo que pagan a los Estados.

También creemos que cualquier dato que tenga relación con los ingresos o los acuerdos fiscales en los contratos debe ser transparente, público, igual que los procesos de licitación —los términos según los cuales las empresas consiguen el acceso a los recursos mediante la concesión de licencias—, que también deberían someterse a una supervisión pública. En resumen, tendría que haber transparencia a lo largo de toda la cadena de valor, desde la extracción hasta la recaudación de impuestos y el gasto fiscal.

Presentamos esta idea y tuvimos conversaciones al respecto con BP en 2001. En el caso de Angola, al anunciar BP que iba a publicar lo que paga al gobierno angoleño, inmediatamente recibió una carta de SONANGOL —la compañía petrolífera nacional—, que amenazaba con la cancelación de su contrato; además, se envió copia de esa carta a todas las demás compañías petrolíferas que operaban en Angola por aquel entonces.

Reconocemos que supone un problema para las empresas publicar estos datos de manera voluntaria, incluso si desean hacer lo correcto, por lo que creemos que habría que obligarlas legalmente. Algunos de los mecanismos que se podrían emplear para ello consisten en cambiar los requisitos para la cotización exigidos por los reguladores de los mercados de valores.

Actualmente, por ejemplo, en Estados Unidos Barney Frank, el presidente del Comité de Servicios Financieros del Congreso, ha propuesto una ley que cambiaría la normativa de la SEC en la Bolsa de Nueva York, para exigir que las empresas de industrias extractivas publiquen estos datos detallados sobre los países en los que operan. Cuenta con un considerable apoyo. Incluso un gran fondo de inversión defiende esta idea de la regulación obligatoria.

Otro aspecto es la normativa contable internacional, para cuya reforma también estamos trabajando. La denominamos «Publica lo que pagas» y es una campaña iniciada en 2002. La respuesta a esto por parte del gobierno británico fue lanzar su

propia iniciativa voluntaria, inmediatamente después de nuestra campaña, que se denominó «Extractive Industries Transparency Initiative» (Iniciativa para la transparencia de las industrias extractivas). Actualmente es una causa mundial a la que se han sumado más de veinte países productores. También la apoyan los principales gobiernos del hemisferio norte: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Noruega, Canadá, etcétera. Y me agrada mucho decir que España acaba de realizar una contribución financiera, aunque nos gustaría mucho ver, junto con nuestros colaboradores no gubernamentales españoles, que el gobierno español también apoya políticamente y de manera más activa esta iniciativa.

Esto consigue crear un marco voluntario para que los países publiquen lo que reciben de las empresas y éstas también saquen a la luz lo que pagan a los gobiernos. Luego habría un proceso independiente de auditoría, donde cualquier discrepancia debería quedar explicada. Y otro aspecto muy importante de esto es que la sociedad civil local tiene que implicarse en la supervisión desde su mismo inicio.

En el otro extremo de la cadena de valor, lo que preocupa a la mayor parte de las organizaciones de países en desarrollo con las que trabajamos es en qué se gasta ese dinero. Es decir, también existe la idea de «publica lo que ganas», por lo que muchos de nuestros grupos trabajan en lograr que los procesos presupuestarios sean más transparentes, realizando un seguimiento del gasto.

Creemos firmemente que cualquier ayuda internacional que llegue a un país rico en recursos —asistencia no humanitaria— tendría que condicionarse, básicamente, al modo en que ese gobierno gestiona su propio dinero. Unas normas mínimas de transparencia fiscal deberían ser un requisito para obtener la ayuda internacional no humanitaria.

Para acabar quería hablar un poco de los vínculos entre el debate sobre el buen gobierno de los recursos y otras cuestiones

como el agotamiento de los mismos y la seguridad energética. Como hemos visto, parece existir un consenso creciente y global sobre aspectos realmente importantes: la transparencia y la gestión responsable de los ingresos provenientes de los recursos naturales para lograr el desarrollo y la reducción de la pobreza en los países ricos en dichos recursos. Pero a la vez resulta evidente que nos enfrentamos a una situación de creciente agotamiento de los mismos.

Entonces, ¿cuáles son las condiciones cambiantes de acceso a los recursos y cuál es el efecto de esto en los programas de los gobiernos? Por una parte tenemos pruebas del agotamiento de los recursos y de los efectos del cambio climático. ¿Cómo va a compaginarse esto con el consenso, cada vez más general, sobre la necesidad de mayor responsabilidad y transparencia, en aras de la democratización y el crecimiento de los países en desarrollo?

Si lo consideramos desde un punto de vista pesimista, actualmente parece estar en marcha una especie de caza de recursos. Quiero decir que hemos hablado mucho sobre Europa y nuestras necesidades energéticas pero, obviamente, si hacemos referencia a los países en vías de industrialización —los países BRIC, como Brasil, que ya se ha mencionado aquí, o el área sobre la que trabajo, que es África—, hay mucha preocupación por el impacto de China como nuevo interviniente, como un actor cada vez más importante en el sector de los recursos naturales. Añado sólo algunas cifras que creo que pueden explicar esto:

En 2003 China fue responsable de la compra del 20% del cobre, el aluminio, el hierro, el níquel y el zinc mundiales. Esa cifra se había doblado en diez años.

Si hablamos de petróleo, China es responsable del 40% del crecimiento de la demanda mundial, entre 2001 y 2005. Su demanda estimada de petróleo para 2025 será de cuarenta millones de barriles diarios, de los cuales diez millones se importarán.



China es actualmente el tercer socio comercial de África, con 1.600 millones de inversión extranjera directa —hasta finales de 2005—. Evidentemente, lo que es interesante destacar es que los diez primeros receptores de inversiones chinas son países ricos en recursos naturales.

Si, por ejemplo, consideramos el continente en su conjunto, África es responsable del 28% de las importaciones de petróleo de China y Angola es actualmente el principal exportador de crudo al país asiático, posición en la que ha sustituido a Sudáfrica.

La política africana de China afirma de manera explícita que la ayuda internacional a los países en desarrollo se concederá sin ningún tipo de condicionamiento político, aunque también establece compromisos retóricos con el medio ambiente, el desarrollo sostenible, etcétera. Para nuestros colaboradores de la sociedad civil resulta extremadamente preocupante que los aspectos relativos a los derechos humanos y de buen gobierno no tengan importancia a la hora de conceder ayudas.

Por tanto, junto con los precios del petróleo en valores máximos —las ventajas de los precios de Ecuador—, creemos que esta disponibilidad de financiación para los gobiernos cleptocráticos y autoritarios mediante acuerdos de crédito a la exportación sustentados en los recursos naturales resulta extremadamente problemática para los derechos humanos, el buen gobierno y la democratización.

Vuelvo a hacer referencia a mi país favorito, Angola. Se estima que se han firmado acuerdos de crédito a la exportación por valor de 5.000 millones de dólares entre China y Angola. Como no hay transparencia no hay cifras exactas y, definitivamente, no existe ninguna claridad sobre el modo en que se está empleando ese dinero, sobre si la reconstrucción está adecuadamente integrada en el presupuesto de inversiones, sobre cuál es el valor de esos proyectos en términos de empleo local, etcétera. Es un asunto muy problemático.

Nos enfrentamos a una situación en la que es probable que se produzca una carrera por la cuenta de resultados. Por ejemplo, algunas empresas energéticas occidentales dirán: «Bueno, ya sabes, estamos compitiendo con los chinos, por lo que nos vemos obstaculizados por todas estas regulaciones y toda esta exigencia de mayor transparencia». Sin embargo, otra opción es adoptar un enfoque más colectivista y tratar el tema como un problema global.

Cabría añadir que las cuestiones sobre transparencia y gestión responsable de los recursos naturales no son sólo problemas de desarrollo, son realmente problemas de seguridad energética.

Creemos que la estabilidad de los productores de energía es lo que garantizará la seguridad, a largo plazo, del suministro a los países consumidores, a nosotros, básicamente, en Europa. Para obtener esa estabilidad hace falta un buen gobierno en los países en desarrollo, responsable y transparente en el sector energético.

En consecuencia, nos gustaría que se considerara la promoción de la transparencia de los ingresos de los países productores como un primer paso elemental de las políticas energéticas de los países consumidores. Ya se ha producido algún movimiento en este sentido en Europa; el último libro verde sobre seguridad energética incluye referencias al apoyo a la transparencia de los ingresos y a la «Iniciativa por la transparencia de las industrias extractivas», entre otros aspectos.

La sociedad civil en África y en el resto del mundo exige —y lo hace con fuerza— que esto no se caiga del programa, que haya un apoyo creciente, lo que implicaría más supervisión de las condiciones en que se ofrece la ayuda internacional y en las que las empresas tienen acceso a los recursos.

Creemos que existe la necesidad de promover un enfoque colectivista, de contar con algo así como unas «reglas del jue-

go» internacionales, globales para todos en cuanto al acceso a los recursos, y con empresas de IIEE que se basen en unas normas mínimas de transparencia.

Consideramos muy necesario que las empresas occidentales sigan cumpliendo estas normas mínimas, como la EITI, pero también que haya una diplomacia activa que comprometa a los BRICs —los países recién industrializados— con las iniciativas globales.

Los gobiernos y las empresas del hemisferio norte deben aceptar la transparencia con sinceridad. Parece que bastantes expertos creen que las propias políticas de adquisición de recursos naturales de los países recién industrializados, como China, pueden estar inspiradas por la sensación de que se les está bloqueando el acceso a las reservas, ya controladas por las empresas occidentales, y de que están amenazados por la diplomacia y las políticas energéticas de los países industrializados.

Para terminar, una mención al cambio climático. Sólo quisiera plantear esta pregunta: ¿con qué efectividad contribuirán los gobiernos irresponsables y opacos a abordar los efectos globales del cambio climático, por ejemplo mediante la gestión sostenible de los combustibles fósiles de que disponen, y a gestionar los efectos en el ámbito nacional o regional sobre sus propias poblaciones? Esto tiene relación con el Informe Stern y otras iniciativas que ustedes ya conocen. Los países africanos, concretamente los subsaharianos, estarán entre los más afectados por el cambio climático.

FERNANDO GERBASI

*Diplomático venezolano y director del CEERI*

En el contexto de nuestra sesión del día de hoy, deseo tratar especialmente el modelo de expansión política del gobierno de la

República Bolivariana de Venezuela. Me parece que es importante, sobre todo cuando leo en la introducción de esta mesa que la bonanza por los altos precios de los recursos genera desequilibrios regionales y tensiones internacionales que, combinadas con Estados débiles y sociedades fracturadas, impulsan conflictos abiertos o soterrados y amenazan la seguridad de todos.

A nadie se le escapa que las relaciones internacionales en la actualidad pasan por un momento muy particular. Personalmente, pienso que podría calificarse de difuso. Vivimos circunstancias especiales, con crisis de gran magnitud —relacionadas con los altos precios petroleros o de los productos alimenticios, el medio ambiente o la posibilidad real de que se produzca una recesión mundial— que ponen en peligro la paz y la estabilidad del planeta.

América Latina, de conformidad con lo que establece el Grupo de Biarritz, que representa a más de veinticinco ex jefes de Estado, confronta hoy tres amenazas fundamentales para su estabilidad política.

Primero, aquella que deriva de la propagación, dentro de la región, de nuevas patologías globales, como son el narcotráfico, el terrorismo, la corrupción y el armamentismo. Otra que surge de las tensiones de carácter social como consecuencia de la aplicación en el pasado reciente de políticas de desarrollo fundamentadas en las concepciones neoliberales. Y finalmente la que nace de la propia incapacidad de los sistemas políticos latinoamericanos tradicionales, es decir, partidos, gobiernos y congresos, para manejar esta coyuntura de ruptura, en particular la social.

Es en este contexto en el que habría que situar la política exterior de la República Bolivariana de Venezuela que ha emprendido el presidente Hugo Chávez, sobre todo a partir de finales del año 2004. Su política exterior se enmarca en estos cambios cualitativos y cuantitativos de las relaciones interna-

cionales, que él ha sabido aprovechar positivamente para establecer fuertes alianzas geopolíticas, geoeconómicas y geoestratégicas —tanto en un ámbito regional como mundial—, y que dan soporte y difusión internacional al proyecto revolucionario bolivariano que dirige.

La política exterior de Venezuela se desarrolla en el marco conceptual del llamado «socialismo del siglo XXI» y busca profundizar, proyectar y expandir geográficamente la revolución bolivariana. Es, por tanto, una idea del enfrentamiento de dos polos ideológicos: el capitalismo *versus* el socialismo; y, como propuesta única y alternativa para Venezuela y el mundo, el socialismo del siglo XXI, que emana de esa revolución.

De allí se desprende que el interés internacional de Venezuela es establecer preponderantemente relaciones internacionales basadas en un intercambio político e ideológico como primera bandera, por encima de los intereses económicos, con países que compartan la postura antiimperialista. Y su arma de negociación no es otra que el petróleo.

Para lograr sus objetivos, los interlocutores principales son las organizaciones y grupos sociales, que facilitan el sistema de relaciones entre ellas y con los gobiernos —en especial aquellas que operan en países con pensamiento contrario al socialismo—, con la idea de convertirlas, según el propio presidente Chávez, en semillas de nuevos Estados para la construcción de un mundo nuevo.

Todo esto está documentado y ratificado en el Plan de la Nación 2007-2013, que fue aprobado por la Asamblea Nacional venezolana el 19 de diciembre del año pasado. Ahí se incluye un capítulo, el VII, denominado «Nueva geopolítica internacional», que tiende a buscar la diversificación de las relaciones políticas, económicas y culturales con la idea de construir un mundo multipolar. Se haría a través de la creación de nuevos polos de poder que representen el quiebro de la hegemonía del

imperialismo norteamericano, y en los que el desarrollo energético desempeñaría un papel fundamental.

Es en este contexto en el que el gobierno de Venezuela ha logrado alianzas extrarregionales fundadas en valores políticos compartidos, especialmente con Irán, Siria, Bielorrusia y Rusia; mientras que con China, India, Vietnam, Malasia y otros pretende establecer una mayor relación económica, social, cultural, científica y tecnológica.

Vale la pena detenerse en algunas de estas alianzas por su carácter emblemático. Tal es el caso de la relación con Irán, cuyos objetivos esenciales son, en primer lugar, romper la hegemonía del imperio norteamericano, promover intereses comunes antiimperialistas y consolidar una postura común en los organismos internacionales. Con este país, por cierto, hemos suscrito más de 170 acuerdos en las más variadas áreas, desde la petrolera hasta la construcción de bicicletas, pasando por la creación de fondos financieros binacionales para cooperación de carácter internacional, incluyendo entre otros, a título de ejemplo, la creación de una refinería en Siria.

En abril del presente año, durante la V Comisión Mixta Binacional, ambos países suscribieron nuevos convenios y discutieron 192 proyectos conjuntos. Chávez le ha abierto a Ahmadineyad las puertas de Bolivia, Ecuador, Nicaragua e incluso de Cuba. Esta nueva influencia que se hace presente en nuestra región no es vista con buenos ojos por la gran mayoría de los países latinoamericanos, incluyendo entre ellos a Argentina y Brasil. Venezuela ha apoyado a Irán frente a las sanciones que le ha impuesto la ONU, y esto ha llevado a Javier Solana a declarar que éstas no son las mejores amistades para ningún país de América Latina, y que no creía que hubiera ninguna ventaja en establecer relaciones con un país sancionado por la ONU.

En lo que respecta a Bielorrusia, Chávez y Lukashenko han intercambiado visitas oficiales y han suscrito más de treinta acuerdos bilaterales en diversas y variadas áreas, entre los que

destaca uno de cooperación técnico-militar, por el que Bielorrusia dotará a Venezuela de un sistema de defensa. Entre ambos gobiernos existe una amplia aproximación política.

Rusia se ha convertido en el principal proveedor de armas para Venezuela. Simplemente, permítanme citarles la compra de veinticuatro aviones Sukhoi y de helicópteros; posiblemente se adquieran en los próximos meses dos submarinos clase Varshavianka, lanchas patrulleras, Mirage, buques Murena y sistemas móviles costeros capaces de abatir con sus cohetes embarcaciones a distancias de hasta 130 kilómetros. Las compras ascienden a unos 4.000 millones de dólares, hasta 2007, pudiéndose duplicar durante los próximos años, según las propias autoridades rusas.

La adquisición de material y equipos militares, tanto en Rusia como en otros países, está por encima de las necesidades reales de Venezuela en materia de defensa y seguridad. A esto se une la creación de un cuerpo de reserva nacional que ha generado inquietud en varios países del hemisferio, particularmente en Brasil.

Uno de los rasgos más visibles de esta nueva política exterior venezolana es la utilización permanente de la dialéctica de la confrontación con aquellos países que considera sus adversarios ideológicos. Así, en el desarrollo de esta política se suelen provocar roces, tensiones, incidentes diplomáticos y hasta crisis que han llegado al extremo de desplegar efectivos militares en zonas fronterizas, como ocurrió en el pasado mes de marzo con Colombia. Todo ello genera un clima de animosidad sin precedentes en las relaciones internacionales de la Venezuela contemporánea.

En cuanto a América Latina, Venezuela apoya un nuevo MERCOSUR, distinto al que tradicionalmente hemos conocido, al igual que una nueva Comunidad Andina, y la consolidación del eje Cuba-Venezuela-Bolivia y del ALBA, como alternativa frente a los tratados de libre comercio. Su objetivo es el

fortalecimiento de la integración latinoamericana a través de mecanismos como Unasur, Petrosur, Petrocaribe, Petroandina, Banco del Sur o Telesur, todas iniciativas apuntaladas en la bonanza petrolera y que persiguen elevar el protagonismo de la revolución bolivariana.

En suma, lo que se ha logrado hasta el presente es aceptar los mecanismos de integración vigentes. Por cierto, en los actuales momentos Venezuela no es miembro de la Comunidad Andina, ni tampoco es miembro pleno del MERCOSUR. Lo que pretende es la conformación de un bloque latinoamericano de poder, y quiere neutralizar la acción del imperio fortaleciendo movimientos alternativos sociales, agrupaciones campesinas, organizaciones indígenas y entidades cooperativas. Además, aprovecha a los llamados intelectuales progresistas, incluyendo los existentes en los propios Estados Unidos, por citar algunos.

Todo esto significa que, aparte de las tradicionales relaciones Estado-Estado con los gobiernos de ideologías afines, se ha ido construyendo una nueva vanguardia con los movimientos sociales, particularmente latinoamericanos, para dar forma a esa penetración de la ideología bolivariana en el continente. Para ello se ha puesto en marcha una política de financiamiento y ayudas al exterior, especialmente dirigida a los sectores menos favorecidos, a través de programas de ayudas en materia de salud, educación y deporte, soportados por los altos ingresos petroleros que paralelamente muestran al mundo el proyecto político del presidente Chávez.

Las embajadas venezolanas se han convertido en difusoras y promotoras del contenido, los objetivos y los logros de la revolución bolivariana, fomentando la movilización de masas en los países donde se encuentran acreditadas, en apoyo al proceso revolucionario.

Todo lo anterior se ha traducido en una injerencia en los asuntos internos de otros Estados latinoamericanos, lo que ha



motivado serias protestas oficiales en Perú, Costa Rica, El Salvador, Chile, e incluso la solicitud de retirar al embajador en México y en Argentina. La alianza política sustentada en la capacidad financiera de Venezuela, así como la presencia de asesores y técnicos, incluyendo en algunos casos militares, es incuestionable en el caso de Bolivia, Nicaragua y Ecuador. Con Cuba existe esa alianza, y un elevado apoyo económico que nosotros le estamos dando a ese país. Pero en este caso son los cubanos quienes tienen una presencia masiva en Venezuela a través de asesores en materia de seguridad, defensa, educación, salud, deporte e incluso telecomunicaciones. Se habla como mínimo de unos 20.000 cubanos asentados en Venezuela.

Mención particular merece la relación con Colombia. Desde la llegada del presidente Chávez al poder, dos concepciones distintas han prevalecido entre Colombia y Venezuela en cuanto al ejercicio de la democracia, el papel del comercio internacional en pro del desarrollo interno, las relaciones regionales y el equilibrio geopolítico. No obstante, esto no ha sido óbice para que las relaciones bilaterales no continuaran desarrollándose, con altibajos, y crecieran en lo que respecta al intercambio comercial, la relación económica y la cooperación en distintas áreas y sectores, en particular el energético.

Para Colombia es necesario preservar el creciente intercambio comercial, en particular las exportaciones de ese país hacia el nuestro, así como la relación económica; además de contener cualquier expansión del proyecto bolivariano en su territorio que pudiera afectar adversamente a la política de seguridad democrática.

Para Chávez, Colombia representa un obstáculo significativo para la promoción y puesta en práctica de su proyecto político, especialmente por su relación privilegiada con Estados Unidos. De ahí que pretenda ejercer una mayor influencia en la vida política colombiana, con miras a conquistar en las próxi-

mas elecciones de 2010 un presidente afín a su proyecto geoestratégico. Ahora bien, el grave error del presidente Chávez ha sido la alianza estratégica que estableció con las FARC, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, en concreto a partir de septiembre de 2007, que lo llevó a defenderlas internacionalmente.

Esta alianza fue corroborada por los documentos conocidos de las famosas computadoras del jefe guerrillero Raúl Reyes. El apoyo incondicional a un movimiento terrorista vinculado al narcotráfico ha desdibujado mundialmente la imagen del buen revolucionario que algunos tenían de Chávez, aunque fue una alianza que se estableció en aras del proyecto revolucionario de expansión del socialismo del siglo XXI.

Concluyo señalando que la expansión continental del proyecto bolivariano se ha revelado como uno de los ejes centrales de la actual política exterior venezolana. Como puede constatare, la exportación del modelo político se apunala en los ingentes recursos financieros provenientes de los altos precios internacionales del petróleo, puestos al servicio de este proyecto; y operativamente a través de diversos grupos y movimientos alternativos que se han constituido en el hemisferio.

En definitiva, para muchos gobiernos, políticos y especialistas el presidente Hugo Chávez, por su carácter impredecible y poco fiable, y por sus alianzas estratégicas con países calificados de forajidos y movimientos terroristas dentro y fuera de la región, se ha convertido en un factor que pone en peligro potencialmente la paz y estabilidad regional, e incluso mundial. Todo depende de las circunstancias que tenga que afrontar y cómo las quiera aprovechar para beneficio propio y de su proyecto político, el denominado «socialismo del siglo XXI».

## GUSTAVO FERNÁNDEZ

*Ex canciller de Bolivia*

Voy a referir mi presentación a dos temas: el narcotráfico y el conflicto en América del Sur por un lado y la energía y la geopolítica latinoamericana por otro.

Hace muy pocos meses, como menciona Fernando, en marzo de este año, América Latina se encontró en el borde del abismo de un conflicto interestatal grave. Varios factores contribuyeron a ese momento. Por un lado históricos: las diferencias que separan a Venezuela y Colombia en el lago de Maracaibo; la difícil relación que hace muchos años existió entre Bolívar y Santander, que se mencionó inclusive en algún momento; la resistencia desde Guayaquil y Quito frente a la influencia bogotana en la época de los Estados nacionales, como trasfondo histórico de un conflicto que en el siglo XXI tomaba también un carácter ideológico, con la confrontación entre la posición neoliberal y globalizante de Colombia y la visión nacionalista radical del movimiento bolivariano venezolano. Ambos factores, el histórico y el coyuntural, han estado exacerbados por la presencia de la guerrilla colombiana durante más de cuarenta años.

Pero a esos factores se agregó uno que magnificó todos los elementos y los transformó en gravemente explosivos: la presencia del narcotráfico y su vinculación con los movimientos políticos de la región. El narcotráfico cambió la naturaleza y la calidad de la violencia colombiana. La guerrilla de Marulanda había sido muy distinta de la que a partir de los años ochenta comenzó a surgir con la financiación del movimiento guerrillero por parte del narcotráfico, una vez que cayó el muro de Berlín y desaparecieron las conexiones logísticas y de apoyo que venían desde el campo socialista.

No sólo el narcotráfico fortaleció el movimiento guerrillero, sino que expandió su presencia en el país, se convirtió en un

poder paralelo y, en cierta manera, en un modo de vida, una manera de vivir en el Estado colombiano. El narcotráfico, repito, fue un elemento crítico en el cambio de la naturaleza del conflicto interno colombiano, y lo hizo regional.

El Plan Colombia, es decir, la cooperación militar norteamericana con Colombia para combatir el narcotráfico, transnacionalizó un conflicto nacional y potencialmente regional y lo hizo hemisférico. Además, fomentó la histórica resistencia latinoamericana a la presencia militar estadounidense en el territorio del sur.

Todos esos elementos crearon un escenario muy complicado, que se agravó cuando se comenzó a utilizar en América Latina el principio de la acción preventiva para combatir en sus santuarios a los movimientos guerrilleros o terroristas, trayendo a la región la doctrina Bush, que claramente choca con el viejo principio histórico de no intervención, base de la seguridad hemisférica regional. Todos esos elementos confluyeron en marzo de este año, creando las condiciones de una tormenta perfecta que se agravó por la intervención venezolana en las gestiones de intercambio humanitario, claramente influidas por el interés francés en recuperar a la señora Betancourt.

Un conflicto que existe desde hace cuarenta años, la violencia colombiana, tomó de pronto en la región un carácter extremadamente grave, más por el hecho de que la fumigación de los cocales en la frontera ecuatoriano-colombiana había llevado al extremo las tensiones con Ecuador.

La paranoia venezolana también estaba alimentada por el apoyo militar norteamericano a Colombia, que podía alterar el equilibrio estratégico con Venezuela. El ejército colombiano tomaba unas dimensiones y una fuerza que eran claramente diferentes de las que prevalecían antes en la región. Y me imagino que en los Estados Mayores venezolanos habrá prosperado la idea de que era necesario contener oportunamente esa expansión.

Todo explotó cuando el presidente Uribe concluyó unilateralmente la mediación que había solicitado a Chávez para el intercambio humanitario. Se produjo el conflicto que todos conocemos, y surgió la presencia, que nadie se explica todavía bien, del ex presidente argentino y el principal asesor de política internacional de Brasil en Villavicencio, un territorio que no conocían, en un conflicto que ignoraban, tratando de encontrar un papel que no encontraban.

El ataque a Sucumbíos, en la frontera colombiana, la acción militar colombiana en desmedro de la soberanía de Ecuador, llevó a la movilización de tropas ecuatorianas y venezolanas en las fronteras con Colombia, a la ruptura de las relaciones diplomáticas y a una extrema tensión que parecía, en ese momento, a punto de conducir a una guerra que, repito, tiene componentes ideológicos históricos, pero alimentados muy seriamente por el impacto del narcotráfico.

Felizmente las instituciones hemisféricas regionales funcionaron de manera razonable, con todas sus limitaciones. El Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos, la Cumbre del Grupo de Río y el Consejo de Cancilleres de la OEA finalmente lograron que las aguas fueran volviendo lentamente a su cauce, y que se crearan las condiciones para el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre los tres países. Se anuncia ya una reunión Uribe-Chávez próximamente; están bien avanzadas las gestiones entre Ecuador y Colombia para reiniciar las relaciones diplomáticas en los negocios, y se están diseñando mecanismos de alerta temprana y de administración de problemas para evitar que se vuelvan a repetir.

Es decir, llegamos al minuto de la verdad y el conflicto no se produjo. Esto me lleva personalmente a la hipótesis de que es muy difícil que se vuelvan a repetir con ese grado de gravedad posibilidades de conflicto armado en esa región. Todos encontraron y conocieron sus límites en el momento de la verdad.

Las FARC quedaron gravemente afectadas en el curso de estos meses. Se produjo la muerte de Reyes y la destrucción del campamento de Sucumbíos, con el consiguiente acceso a invaluable información de inteligencia en las computadoras de Reyes, imagino que mucho más importante que los datos que denuncian los vínculos potenciales con mandatarios ecuatorianos y venezolanos. La información interna de las FARC que estaba en esos computadores debe de ser de un valor enorme; y creo que han comenzado a verse ya las consecuencias. La muerte de Marulanda y las deserciones parecen anunciar el comienzo del fin de las FARC como proyecto político, y el comienzo del fin de esta articulación del narcotráfico con el movimiento político, que tiene connotaciones para la seguridad regional.

Pero la droga queda. La violencia de la droga permanece en Colombia y en América Latina en niveles que no conocíamos antes, en los ochenta, cuando se convocaron las cumbres de Cartagena y de San Antonio para examinar los problemas del narcotráfico de los países andinos con Estados Unidos. Entonces parecía un tema relegado a colombianos, peruanos y bolivianos con Norteamérica. De hecho, la presencia de México en San Antonio fue casi marginal, de último momento, porque no era parte del problema. Desde entonces hasta hoy la dimensión del asunto ha cambiado de carácter, ciertamente. Los cárteles mexicanos compiten con los colombianos, las maras se han convertido en toda Centroamérica en un enorme problema de seguridad nacional, y la presencia del «Primeiro Comando da Capital» en Sao Paulo anuncia la formación de un poder armado vinculado al narcotráfico, de una extremada gravedad. A estos hechos habría que agregar, creo, para tener el cuadro relativamente completo, el crecimiento del consumo europeo en drogas y en cocaína procedentes de América Latina, un nuevo elemento de un conflicto que antes no parecía existir.

Es decir, los cárteles que se convierten en poderes fácticos, arrebatan autoridad del Estado nacional, cooptan políticos y po-

licia y desatan guerras por control de mercados y rutas parecen ser una señal de los problemas de la seguridad transfronteriza de América Latina en los próximos años, teniendo en cuenta además la vinculación con Europa y Estados Unidos. Esto reduce la connotación de proyecto político que en un momento determinado surgió de la articulación del narcotráfico con las FARC.

Además del tema del narcotráfico, quisiera decir dos palabras sobre energía. Todos ustedes saben muchísimo más del asunto de lo que yo puedo aportar, como hemos comprobado en la mañana de hoy, pero hay dos puntos que eventualmente pueden ser útiles en esta presentación.

El primero, que América Latina es autosuficiente en energía. Ése es un dato importante. América Latina no es un factor que agrava la crisis global de la energía. Es autosuficiente y ha generado condiciones para desarrollar fuentes alternativas importantes, como es el caso del etanol en base de azúcar en Brasil desde hace ya muchos años.

Pero han ocurrido cosas interesantes en los últimos meses que cambian la naturaleza de la relación geopolítica en la energía sudamericana, a propósito de lo que decía Fernando hace un momento. En noviembre del año pasado se anunció el descubrimiento de los campos de Tupi, en la bahía de Santos de Brasil, casi paralelamente a la Cumbre Iberoamericana, que se desarrollaba en aquel momento en Santiago. El «¡por qué no te callas!» tapó la magnitud del impacto del descubrimiento de Tupi. Venezuela era hasta ese momento la clave de la ecuación energética latinoamericana. Argentina y Brasil descansaban su aproximación política y económica a Venezuela en la convicción de que esa relación era fundamental para garantizar su seguridad energética a largo plazo. Ésa es la razón de fondo que explica la invitación argentina y brasileña a Venezuela para que se incorpore a MERCOSUR. Desde luego, había también un interés por colocar inversiones en Venezuela (cosa que están haciendo, y

bien), y desarrollar allí proyectos de infraestructura con empresas brasileñas y argentinas. Pero la razón geopolítica a largo plazo era cuidar su seguridad energética; ésa era la base de esa acción y la explicación del poder de Venezuela en la política latinoamericana. Después de Tupi, me temo, ese escenario cambia. Brasil se convierte en la clave del poder energético sudamericano, desbancando a Venezuela y a costa de ella.

La seguridad energética de Chile, de Argentina y de Brasil será atendida por los recursos petroleros de la bahía de Tupi. Y Brasil tiene una estructura productiva que, a diferencia de la venezolana, es mucho más amplia y diversificada; no depende exclusivamente de la energía. Es una potencia por sí misma, industrial y agrícola, a la cual se agrega ahora la energía para convertirla realmente en un poder regional que hace tres o cuatro meses sufría todavía debilidad energética.

Ése es un dato fundamental que creo que cambia la naturaleza del juego en la región y va a tener, más tarde o más temprano, influencia en los acontecimientos políticos de América Latina. Y es que vuelve a colocar a Venezuela en la dependencia casi exclusiva de su mercado natural en Estados Unidos. Se está tratando de levantar un gaseoducto transfronterizo en territorio colombiano que llegue a las costas del Pacífico, y la construcción de refinerías de petróleos pesados, que deben hacerse en Asia, llevarán tiempo y son de carácter necesariamente costoso. Entre tanto, Venezuela dependerá cada vez más del mercado de Estados Unidos. Ése es el dato, en mi opinión, relevante, cuyas connotaciones geopolíticas y políticas vamos a comenzar a sentir en los próximos meses y años.

De esa manera, Tupi en la energía y Sucumbíos en la droga cambian la naturaleza de los conflictos geopolíticos de la región. En la parte de la Gran Colombia, la posibilidad de confrontación armada entre Venezuela, Colombia y Ecuador ha disminuido sustantivamente y va a seguir haciéndolo en el curso de los próximos años. Hace seis meses hubiera dicho



exactamente lo contrario: estábamos al borde de un conflicto; se dieron las condiciones y el conflicto, felizmente, no llegó a concretarse.

Queda otra connotación, que voy a anotar en apenas dos minutos, y que tiene que ver con mi país. Porque si la ecuación energética petrolera está respaldada por el descubrimiento de los campos brasileños en la bahía de Santos, el gas boliviano sigue siendo un factor central de la seguridad gasífera de Chile, Brasil y Argentina. Influida por la política venezolana, la política de Evo Morales de nacionalización de Petrobras y de Transredes, y de expulsión de la inversión extranjera, incluyendo discretamente la española de Repsol, ha reducido por el momento (porque esas cosas no deben ni pueden durar) la capacidad boliviana de atender la demanda de gas de Argentina, Brasil y Chile. Las reservas bolivianas crecieron espectacularmente en apenas cinco años, entre 1998 y 2003, de 5 TCF a 56 TCF. Recuerdo la expresión del presidente de Repsol, que le decía al rey de España: «Lo que puedo decirle es que las reservas de gas bolivianas son suficientes para atender todas las necesidades de energía de España por cien años; ése es el tamaño de esas reservas». Pues bien, la política de estos últimos años ha producido una disminución de las inversiones, las reservas y la producción de gas natural boliviano para atender esos mercados.

Éste es un problema que afecta, desde luego, a Bolivia y a sus posibilidades de desarrollo, de aquí al futuro. Pero también afecta al interés de Brasil, de Argentina y de Chile al intentar tener acceso al recurso. Dejo aquí planteada la cuestión de qué es lo que pueden hacer esos países para tratar de lograr un acceso real a los productos bolivianos. Habrá que ver cómo se responde en el futuro a este interrogante.

Antes de terminar, permítanme agregar una sola frase a propósito de las cosas que he escuchado esta mañana acá. Quisiera decir que la maldición de los recursos naturales tiene

también que ver con la conducta de los compradores, de las empresas, de los países industrializados, que han actuado históricamente en los países productores de materias primas. La situación de África no se explica sin Europa; la situación de América Latina no se explica sin Estados Unidos. Y en ninguno de esos dos casos se puede olvidar la presencia de las corporaciones transnacionales en la explotación de los recursos naturales y los alimentos de los países en desarrollo. La maldición tiene una doble cara, y no se puede sólo reducir a la conducta y la acción de los gobiernos de los países en desarrollo y a las carencias de sus instituciones, justamente por la naturaleza de un sistema internacional que no era propiamente democrático.

#### 4. COMBUSTIBLES DEL CONFLICTO II: DIOSES, MODO DE EMPLEO

STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University*



JOSÉ LUIS PARDO

*Filósofo y ensayista*



SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva  
York y autor del libro Entre muros: la sociedad  
israelí en vía muerta*



**Moderador**

JOSÉ MARÍA RIDAO

*Escritor y diplomático*





Sylvain Cypel, José María Ridaó, Stephen Holmes y José Luis Pardo

*Si la última década del siglo xx vio el resurgir de los nacionalismos como factor movilizador, el arranque de este siglo ha marcado el turno de las religiones. Del islamismo radical ha surgido un movimiento terrorista de alcance global. El cristianismo fundamentalista ha alimentado una política exterior estadounidense que lejos de apaciguar ha exacerbado las tensiones internacionales. El judaísmo militante contribuye a enquistar el conflicto de Oriente Medio. Incluso el hinduismo ha encontrado una manifestación violenta liderada por el Bharatiya Janata Party. El desolador panorama sugiere un retorno al brumoso pasado de las guerras de religión.*

JOSÉ MARÍA RIDAO

*Moderador*

La mesa de esta segunda sesión tiene por título «Dioses, modo de empleo» y trata de obligarnos a reflexionar justamente sobre este resurgir del pensamiento religioso, esta presencia cada vez más acusada de la legitimación, o de la pretendida legitimación religiosa, para determinadas políticas, y más allá de ciertas políticas, determinadas acciones; y acciones violentas.

A mi juicio, una de las tareas más importantes frente a un tema de esta naturaleza es decidir qué tipo de aproximación hacemos, qué clase de disciplina ponemos en juego a la hora de analizar a estos «Dioses», y su «modo de empleo».

Hace más de una década ya se hablaba de que el resurgir de las identidades religiosas, como se decía entonces, de estos movimientos de carácter religioso que reivindicaban una legitimidad, estaba vinculado al fenómeno de la globalización. Se decía que frente a los terrores de procesos de amplio espectro, como era el de la globalización, había una tendencia en los individuos a replegarse sobre algunos de los elementos más íntimos, las convicciones más particulares, como puede ser precisamente la creencia religiosa.

A mi juicio, esta aproximación, que se abandonó relativamente rápido, aunque sigue presente como coletilla en muchos de los discursos actuales, no explica gran cosa, entre otras razones porque, si miramos lo que ocurrió hace quince, veinte años, veríamos que esta explicación de la globalización como fenómeno que provocaba un repliegue identitario religioso se aplicaba a países, a zonas como Chechenia, donde, por ejemplo, hablar de los efectos de la globalización era cuando menos una hipótesis aventurada. Y, sin embargo, sí se estaba dando ese resurgir de movimientos políticos que buscaban una legitimación religiosa.

Aparte de esta de los grandes principios, de las grandes cuestiones internacionales vinculadas a la globalización, otra aproximación que se ha hecho sobre el resurgir de los movimientos políticos con legitimación, o con pretendida legitimación religiosa, ha sido la aproximación teológica. A diferencia de la anterior, se ha ido instalando de manera inconsciente en muchos de nuestros discursos. Basta mirar lo que ocurrió después de los atentados del 11 de septiembre, o lo que sucedió en España tras el 11 de marzo, para ver que muchos expertos, unos porque lo eran y otros sobrevenidos, cada vez que se hablaba de

esos atentados recurrían a la lectura del Corán para explicarlos. No se daban cuenta de que en lo que estábamos incurriendo era en un debate ideológico y no tanto político. Se trataba de explicar lo que hacían determinados terroristas o movimientos políticos, que podían incluso presentarse a las elecciones, en virtud de lo que decía o no decía literalmente el Corán. Esta aproximación, más que la anterior, me parece extraordinariamente desenfocada, pero sobre todo extraordinariamente peligrosa. Si hay que hacer un esfuerzo para saber qué modo de empleo dar a los dioses, ése ha de ser justamente el saber que estamos discutiendo en términos que no son en ningún caso teológicos.

Y así llegamos a la tercera aproximación, que es a la que yo me siento más próximo; voy a intentar que nos centremos en ella hoy aquí: la aproximación política. Esto es, tratar de explicar, dentro de los movimientos políticos que ha habido en las últimas décadas, por qué determinados grupos han buscado una legitimación en el poder religioso.

Probablemente tuviéramos que remontarnos, y no lo haré para hacer más ágil la mesa y dar tiempo a los participantes, a finales del siglo XIX, al final del zarismo, a sus últimos momentos de esplendor. Habría que hablar de 1882, de los últimos pogromos contra los judíos en aquella época; de los *Jovevei Sion*, aquel grupo que en respuesta a la persecución de 1882 en Rusia hace una afirmación del judaísmo no como credo religioso, sino como afiliación nacional. Habría que ver cómo todo eso va evolucionando a través de la Europa Central, lo que luego llamamos la Europa del Este, hasta llegar a Alemania, y cómo en Alemania se reinterpreta todo ese papel y se le asigna una condición biológica que no tenía. Allí se comenzó a hablar no ya del judaísmo como religión, pero tampoco como aspiración nacional, sino como raza, cuando, la presencia de *falashas*, que son judíos africanos, de raza negra, obviamente planteaba que estábamos hablando de cualquier cosa menos de raza... En fin, toda una multiplicación de equívocos que llevan, en una evolu-

ción histórica, a la afirmación de determinadas ideologías, y posteriormente, en 1948, al nacimiento del Estado de Israel. Esto luego deriva en que los que padecen desde el otro lado la creación del Estado de Israel primero interpreten que sus dificultades surgen por el hecho de no ser judíos, pero que poco después empiecen a ver esas dificultades en virtud no ya de que no sean judíos, sino de que son árabes; y más tarde no las interpretan ya así, sino que lo que creen es que lo que les provoca el padecimiento es el hecho de ser musulmanes. Es decir, va evolucionando deprisa, hasta llegar a 1979, cuando hay una revolución de naturaleza islámica chiíta, que al mismo tiempo estimula las corrientes suníes del islam. Toda una bola de nieve que se va creando desde finales del siglo XIX, hasta llegar a estos momentos.

Creo que ésa sería la aproximación adecuada, pues nos obliga a entender los procesos políticos que han hecho que Dios vuelva a estar presente en el espacio de discusión, de confrontación, y a no incurrir ni en la aproximación teológica ni, por supuesto, en la genérica, que quiere ver en la globalización un fenómeno que automáticamente produce reacciones identitarias.

Para todo esto, y desde luego para desarrollar esta aproximación, o la que tengan a bien hacer, están con nosotros tres personas. Empiezo por José Luis Pardo, filósofo y ensayista; en su último libro, *Esto no es música*, hace una reflexión sobre el Estado de bienestar y la cultura de masas; anteriormente publicó *La regla del juego*, que es otro de los ensayos filosóficos más estimulantes de los últimos años en nuestro país. Nos acompaña también Stephen Holmes, constitucionalista y profesor de Derecho en New York University. Y Sylvain Cypel, corresponsal del diario *Le Monde* en Nueva York y autor del libro *Les Emmurés* (Entre muros), que recibió el premio Francisco Cerecedo hace dos años exactamente.

Empezamos entonces con Stephen Holmes, a quien cedo la palabra para que nos dé su punto de vista sobre esta cuestión de «Dioses, modo de empleo».



STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho, New York University*

El papel de Dios o cómo se utiliza a Dios en estas elecciones americanas es un asunto muy serio. Las iglesias en Estados Unidos son muy importantes porque afectan a la participación en los comicios. Eso podría resultar decisivo, hasta el grado de que las iglesias negras llevarán a los votantes a apoyar a Barack Obama y las iglesias evangélicas blancas probablemente no aglutinarán votantes —ciertamente no como lo hicieron en las dos últimas elecciones— para John McCain. Por tanto, éste es un buen reflejo de la realidad de la relación entre la iglesia y el Estado en Estados Unidos; no se trata realmente de la separación —la separación ideal— de la ideología americana.

Pero el papel de Dios o cómo se utiliza a Dios también resulta cómico en un sentido muy poderoso porque —aquellos de ustedes que sigan las elecciones americanas lo sabrán— ha habido apoyos por parte de algunos líderes religiosos que han resultado muy embarazosos para los candidatos.

Por ejemplo, John Hagee, a diferencia de otros evangélicos, ha apoyado a John McCain. Pero Hagee es un predicador que también ha dicho que el huracán *Katrina* fue un castigo de Dios a New Orleans porque estaba previsto celebrar un desfile del Orgullo Gay. Y que como a Dios no le gustó, por eso decidió matar a todos esos niños y adultos que no tenían nada que ver con ello, porque Dios es justo, como todos sabemos. También ha dicho que Estados Unidos va a ser severamente castigado si presionan a Israel para que abandone los territorios que ocupa actualmente.

Lo primero resultó más embarazoso para McCain que lo segundo, y él lo suscribió y luego lo rechazó; fue una relación muy incierta.

Como saben, en el caso de Obama puede que lo que más publicidad haya adquirido dentro de su entorno sea la historia de

Jeremiah Wright, su predicador, el hombre que lo casó y lo introdujo en la comunidad de Chicago. Wright ha dicho, como es notorio, no sólo que «Dios maldiga a América», sino también que Jesús era negro, que los americanos blancos son soldados romanos que oprimen a los cristianos negros, etcétera.

Esto resultó bastante embarazoso para el candidato, que necesitó cierto tiempo para distanciarse del tema. No deseaba alejarse del todo por una buena razón, que es que los americanos negros tienen en gran consideración la capacidad de escuchar los agravios que se cometen contra ellos, de escuchar su ira, como un criterio importante a la hora de apoyarte.

Así, Condi Rice, por ejemplo, no es querida por la comunidad negra americana porque afirma que América es un país justo. Creció en Alabama y uno de sus amigos murió abrasado en una iglesia. Para los americanos negros, América no se describe como la quintaesencia de la justicia. Ella lo hace y por eso no se la quiere.

Sin embargo, Obama es claramente capaz de escuchar la ira negra, de estar cómodo con la ira negra, aunque no la canalice. No expresa en su persona esa ira, pero no tiene inconveniente en escucharla. La comprende.

Los americanos blancos —la mayoría de ellos— no entienden el motivo de que los negros de clase media estén enfadados, especialmente ahora que han desaparecido las barreras legales. Ahora bien, ésa es la gran pregunta americana: ¿por qué nos odian?».

Fue un asunto difícil para Obama, ya que su apoyo entre la comunidad negra no dependía de su simpatía o capacidad de acuerdo, sino de su comodidad con la ira.

Bien, ésta es sólo una manera de introducir el tema.

Tras la era de los nacionalismos —o de la renovación de los nacionalismos en los años noventa del siglo xx—, en el siglo xxi se hace evidente una especie de retorno a la religión, incluido el fundamentalismo cristiano americano, como factor que exacerba

la violencia. Pues bien, el resto de mis argumentos no van a ser una crítica, sino un modo de complicar esta afirmación, mostrando algunas dificultades para establecer una relación causal entre religión y tensión, y destacando un poco cómo el nacionalismo sigue existiendo en modalidades muy poderosas.

Frente a la piedad, lo sagrado, el pecado, la redención, la impureza, la contaminación —ya saben, las ideas religiosas— me sigue pareciendo que cobra mucha más importancia para una persona el hecho de pertenecer a un grupo que ha sido herido, humillado o amenazado por la extinción. No tiene que ser real, pero si imaginas que tu grupo está amenazado por la extinción, la violencia emerge. Ésa es la diferencia; esto se puede expresar en un lenguaje religioso, pero no significa que sea la causa de la violencia.

Se puede decir algo parecido acerca de los recursos naturales. He pasado recientemente algún tiempo en Rusia y resulta evidente que el petróleo no es un bien material. Es como si «sangre y tierra» hubiera sido sustituido por «alma y petróleo». El petróleo se ha convertido en una «reterritorialización»: «se trata de nuestra tierra, es algo arraigado, es nosotros contra occidente, que está traicionándonos». Y resulta algo muy emotivo. Para ellos el petróleo no es sólo un bien, sino que tiene que ver con la identidad. Incluso eso tiene que ver con la identidad, no sólo Dios.

Vale, es cierto que, por motivos electorales complejos, la Biblia ha tenido una influencia desproporcionada en la política norteamericana, incluida la política exterior, durante los quince últimos años. Sin embargo, me parece que sería un error exagerar la influencia de, digamos, el fundamentalismo cristiano. Una cosa que se lee a menudo es que son los fundamentalistas cristianos los que votan a favor de las medidas proisraelíes. Puede que eso sea debido al papel de Israel en el imaginario cristiano protestante. Hay algo de cierto en esto, aparte del lobby israelí.

Las raíces de la identificación con Israel en Estados Unidos son más profundas que la religión, tienen que ver con su condición de sociedad de colonos. La palabra «colono» pertenece a la historia americana. «Colonia», «colonizar», «el Oeste», «arar el desierto», «hacerlo florecer», «expulsar a los habitantes anteriores»; ya saben, «conquistar la tierra». Esto es muy relevante. Se trata de algo más que de tradición americana —pistolas y demás—. Es algo más profundo que la religión, aunque la religión parezca desempeñar un papel, dentro de cada contexto, como responsable de una «misión universal». Seguro que hay una misión, aunque la misión cristiana de proselitismo y conversión no es la misión israelí. Así que tenemos un problema.

Entonces, ¿qué pasa con los principales aspectos de la política exterior?

El problema de Israel ya no es de desterritorialización de la religión; quiero decir que es muy consciente de los territorios. Los americanos también han absorbido eso; somos muy sensibles al «territorio». Por tanto, la tesis de Olivier Roy, que es muy brillante, sobre la desterritorialización de la religión no es del todo correcta, ni siquiera para Al Qaeda. Hablaré de esto en un segundo.

¿Cuál sería entonces el principal problema de política exterior? A veces, al escuchar los debates americanos, se ve que las argumentaciones se centran en el «bien» contra el «mal». Parece que ni siquiera nos hace falta la política exterior: todo lo que necesitamos es un exorcismo, porque, de algún modo, estamos combatiendo el mal.

Así que, ¿cuál es la influencia de esta retórica religiosa en la política exterior americana? ¿Y en la política de seguridad? ¿Y en la reacción al 11-S? ¿Cuál es el papel del maniqueísmo en el modo en que pensamos?

El papel retórico de la religión en la política americana comenzó en los años cincuenta, cuando Eisenhower introdujo a Dios en la «Promesa de Fidelidad». Parte de esto se debió a que

estábamos combatiendo el comunismo ateo. Así que fue en gran proporción parte de la Guerra Fría. Nuestro enemigo entonces no tenía Dios, cosa que no podemos decir realmente de Osama Bin Laden. Podemos afirmar muchas cosas sobre él, pero no ésa. La cuestión es que ese lenguaje de Dios proviene de la batalla contra el comunismo.

Sin embargo, era nacionalista. Era tan nacionalista como el reverendo Wright. El reverendo Wright habla de Jesús, él es un nacionalista negro. Lo escuchas y recuerda a Chomsky mezclado con el nacionalismo negro, y resulta muy parecido a los alemanes en la Primera Guerra Mundial: «*Gott mit uns. ¡Gott mit uns!*». Eso es retórica religiosa, pero con connotaciones nacionalistas.

No soy teólogo, por supuesto, pero si me permiten dedicaré un minuto a realizar una proclama teológica que, me parece, nos ayudaría con esto. Si leen la Biblia o el Antiguo Testamento verán que hay un poder superior a Dios que le otorga su autoridad. ¿Cuál es ese poder superior? El culto a los antepasados. «Adora a este Dios porque es el dios de tus padres». Así que el poder superior es la continuidad generacional.

¿Cuál es la fuerza imperecedera que te protege contra el tiempo? El tiempo lo destruye todo. Sin embargo, están las generaciones. Si deseo bendecirte, te hago fértil; si deseo maldecirte, te hago estéril. Lo que es imperecedero a lo largo del tiempo son las generaciones: *Das Volk*, la nación, el grupo o Dios. Con esto quiero decir que la identidad de grupo y la divinidad no son cosas tan opuestas.

Hay un ejemplo contemporáneo que resulta extraordinario en términos estadísticos: los terroristas suicidas. Está claro que hay gente que desea matar a otros miembros de su propio grupo. Los mata sin ningún problema. Pero no lo hace suicidándose, a menos que pertenezcan a un grupo diferente. El 95% de los asesinatos suicidas se dan entre grupos diferentes. Puede ser entre chiítas y suníes, entre hindúes y cingaleses, ashentos

y cristianos, musulmanes y judíos... En el terrorismo suicida con retórica religiosa hay algo que tiene que ver con afirmar tu propio grupo, que sobrevivirá a la *vernichtungskrieg*, una guerra de aniquilación. Los suicidas pretenden ayudar a su propio grupo a sobrevivir. No tengo ninguna explicación, pero es un hecho fascinante que el 95% de los suicidios —ahora ya se conocen casos también en Argelia, en Afganistán— se produzcan a través de líneas de grupo. Como si tuvieran algo que ver con lo que pervive a través del tiempo, es decir, tu propio grupo.

Por tanto, hay mucha retórica religiosa. Partes de esa retórica las utilizamos, por ejemplo, en las celdas de tortura americanas en Irak, en el aeropuerto de Bagram, etcétera, y no tanto en Guantánamo.

Es muy frecuente que cuando se maltrata a un prisionero musulmán que tiene, por ejemplo, una pierna rota se le golpee en esa pierna y se le ordene: «Quiero que maldigas el islam y que le des gracias a Jesús». Ya sé que se trata de lenguaje religioso. Entonces, ¿por qué ocurre esto? ¿Qué es esto?

Se percibe casi como un intento de imitar a Dios. Bueno, lo dicen muy claramente: «Crear un infierno para esa persona». El oficial superior dice: «Coge a esta persona y crea un infierno». ¿Qué es el infierno, entonces? Es un lugar donde Dios castiga a la gente. Así que estás imitando a Dios. Si se examina la capilla de los Scrovegni de Padua, el famoso fresco de Giotto parece Abu Ghraib: cadenas, capuchas, perros; por supuesto, todo el mundo está desnudo. Los está torturando Dios. Y hay una imitación —*imitatio Dei*— en el mundo de la tortura, que podría decirse que es una motivación religiosa para la gente.

Mi opinión es que hay algo de verdad en esto, pero la motivación subyacente realmente es la venganza, el «ojo por ojo». No es la religión, ni la piedad. Se trata de que «creasteis un infierno para nosotros», el 11-S, así que «vamos a crear un infierno para vosotros». Es la reciprocidad en la creación de infiernos lo que se halla detrás de esto, no la piedad. Nos enfrentamos con fanáticos que

desean castigar a los enemigos de Dios, por lo que nos vamos a convertir en fanáticos y vamos a castigaros a vosotros, que sois enemigos de Dios. «Blandiremos la espada rápida y terrible.»

En lugar de un choque de culturas es una confrontación de maniqueísmos, y eso puede verse en los neoconservadores. El mundo está dividido en dos partes: la casa de la paz y la casa de la guerra. Ésa es el islam. Por un lado está el jardín, por otro la selva. Los seculares —es decir, los neoconservadores judíos— creen lo siguiente: que el liberalismo es débil porque todos los poderes que han tenido éxito en el mundo han sido arrogantes, dogmáticos y agresivos. Debes ser dogmático, arrogante y agresivo para tener éxito. Si soy bueno, si hablo y negocio contigo, si te otorgo derechos, voy a perder. Se trata de una justificación, pero la motivación emocional es la imitación.

Entonces, ¿cuál es el origen del comportamiento religioso violento que están imitando los americanos? ¿Qué pasa con los yihadistas y los salafistas? Ayaan Hirsi Ali, por ejemplo, que es muy brillante en algunos aspectos, dice: «El islam hace que se golpee a las mujeres» o como mínimo «autoriza que se golpee a las mujeres». No creo que golpear a las mujeres necesite autorización; va a ocurrir de todos modos, con o sin el islam.

El problema con el establecimiento de relaciones de causa-efecto sobre el islam es que el código es antiguo y el comportamiento moderno. Por tanto, no se pueden explicar acontecimientos que cambian con una ideología inmutable, es una relación de causa-efecto que no funciona. Y culpar del 11-S al Corán o a los *hadices* es como culpar del *gulag* a *El Capital*. Demasiado inconsistente.

Frente a la pregunta de «¿qué porción del cuerpo de las mujeres debe permanecer cubierta o descubierta?» el islam no dice nada. La cuestión queda completamente abierta y cada una de las distintas tradiciones la responde de manera diferente. Por tanto, no se puede establecer una relación de causa-efecto. Es el islam el que hace que una cultura cubra o descubra.

Ayaan Hirsi Ali tiene otros argumentos que están más fundamentados, y uno de ellos es que leer un libro escrito en una sociedad tribal de Arabia en el siglo VII en la Europa actual impide la asimilación y la modernización de los inmigrantes. Se centran en un código en el que las mujeres estaban, entre otras cosas, subordinadas, lo que frena su integración. También hay otros muchos factores que ralentizan esa asimilación, como la tecnología —ya saben, la televisión por satélite—, y éstos no se hallan en el Corán. Es decir, si es una causa, sólo es una entre varias.

Hay un par de cosas que decir sobre el salafismo que son importantes. ¿Por qué usaron el lenguaje de la religión? Bueno, combatían contra la monarquía saudí, que reclamaba una legitimidad religiosa para sí misma. Para luchar contra un gobierno que reclama una legitimidad religiosa se afirma que es apóstata; es algo automático. Así que se desarrolla una retórica en ese contexto para los saudíes, y ésa es hoy una gran parte de la historia. Actualmente hay mucho antagonismo hacia Bin Laden en el mundo yihadista musulmán; los yihadistas más violentos le critican porque mata musulmanes. No se trata de algo religioso, sino nacionalista; está matando musulmanes y eso es haram, es algo que no se puede hacer.

En mi opinión, esto apoya el hecho de que considerar que el salafismo causa violencia es una afirmación difícil de hacer. Probablemente sea más cierto que los chicos violentos, los que están enfadados, los desorientados, los que no tienen una dote, los que no pueden casarse, los que no pueden tener éxito, los que tienen otros problemas, gravitan hacia las mezquitas más radicales. El salafismo causa ira, y la ira llena las filas de los imanes salafistas que, por supuesto, se reúnen entre sí, lo que crea una interoperatividad entre los terroristas. Creo que llamarlo causa resulta difícil.

El 11-S parte de los terroristas, que llevaron a cabo lo que denominaron «últimas voluntades y testamentos,» afirmando cosas como «Dios va a beber nuestra sangre». Por tanto, Dios



está hambriento. Necesita sangre y beberá la nuestra, lo cual suena bastante arcaico. Sin embargo, eso fue lo que dijeron. Pero ¿qué es realmente lo que los llevó a hacerlo? ¿Lo hicieron para que Dios pudiera beber su sangre? Quién sabe.

Nuevamente, parte de la retórica religiosa consiste en que cuando se conquista un pueblo hay que destruir sus templos, sus iglesias. Destruyes sus iglesias para probar que sus dioses son débiles y no los van a proteger. Las Torres Gemelas eran algo parecido a eso. Eso se hizo en España con las mezquitas; se derribaron y se construyeron iglesias encima. Se mostró que sus dioses eran débiles. También lo hicieron en Estambul: ocupar el espacio sagrado para demostrar la debilidad de los dioses del otro. Parece arcaico.

Pero ¿y el lenguaje? Bin Laden en Al Swahari no habla de piedad, sino de venganza, del ojo por ojo. Nos hicisteis daño, nos hicisteis sufrir, etcétera. Y eso es algo muy poderoso.

Sólo un último punto sobre la parte americana. Lamento haberme extendido demasiado. Me ha preocupado mucho el hecho de que desde el 11-S los políticos americanos —no sólo Bush, sino también Obama, por ejemplo— digan siempre que ese día fueron asesinados tres mil americanos. Ahora bien, como ustedes saben, tres o cuatro centenares de las personas que murieron el 11-S no eran americanas. ¿Qué pasa?, ¿que no podemos mezclar nuestra sangre con la de otros pueblos?

Eso suena nacionalista, ¿verdad?, y no religioso.

¿Por qué no dijo ningún americano —y habría sido un movimiento retórico muy brillante, ya que en el mundo musulmán se valora la hospitalidad— que no pudimos proteger a nuestros invitados? Y proteger a los invitados es una gran tradición americana. El 11-S fue un crimen contra nosotros y contra nuestra capacidad para proteger a los demás. ¡Ni un solo americano dijo esto! ¡Por qué!

La respuesta es que nos atacaron enemigos disfrazados de invitados. Y ustedes conocen la paradoja del latín acerca de host:

las palabras para hospitalidad y para hostilidad tienen la misma raíz: el «enemigo» y el «invitado». Eso es un problema.

Por tanto, en cierto sentido, se trata de una herida en la esencia de América. Permitimos que la gente llegue sin documentación — ilegalmente —, se ganan aquí la vida y, de repente, nos atacan. Creo que ahí está la raíz de lo que podría llamarse locura americana. Lo que ha ocurrido en Estados Unidos después del 11-S, la falta de equilibrio, se debió a esta profunda herida. ¡Nos atacaron enemigos disfrazados de invitados! La consecuencia es que, como cualquiera de ustedes que viaje a América sabrá, cuando solicitas el visado te tratan como a un sospechoso de un crimen. Esto es debido a algún tipo de paranoia que se ha creado y por la que estamos protegiendo nuestro territorio, pero no nuestros valores.

JOSÉ LUIS PARDO

*Filósofo y ensayista*

Me he fijado, antes de hacerlo en lo de los dioses, en la expresión de los combustibles de la guerra, los combustibles del conflicto. Casi me es imposible imaginar, o siquiera pensar en esta expresión, «los combustibles de la guerra», sin acordarme de aquella escena de los hermanos Marx en el Oeste, que no necesito reproducir porque todos ustedes la recuerdan, donde Groucho Marx va desmantelando el tren en el que viaja para alimentar la locomotora al grito de «¡Es la guerra!». Ésa es una posición bastante absurda, quiero decir, la de quemar el tren al que uno, se supone, quiere llevar a algún lado, justamente para que la maquinaria siga en marcha. Pero es un absurdo que representa muy bien la lógica misma de la guerra, esto es, que es una máquina que cuando se pone en marcha no se puede detener hasta que alcanza su fin. No se puede detener es, si se quiere, falso; sí se podría detener, pero sería a costa de abandonar la propia lógica de

la guerra, que es la lógica que la máquina pone en marcha. Es decir, es una máquina que engendra su propia lógica.

Entonces, ¿qué pasa cuando esta máquina se alimenta con el combustible de la religión? Lo primero que se me ocurre es que esto sucede, como hemos visto en la mesa que nos ha precedido, porque estamos en una época de indigencia de combustibles. Y claro, la religión es un combustible bastante barato en un sentido; caro en otro, porque es muy sucio, pero, en fin, está siempre a mano.

Claro, utilizar la religión como combustible para la guerra o para los conflictos bélicos o militares o, en fin, para este tipo de conflictos, incluso peor definidos, que caracterizan nuestro tiempo, tiene la propiedad de elevar inmediatamente la contienda, digamos, al término de lo absoluto. Por lo menos en la retórica, efectivamente, pues enseguida empezamos a hablar de la lucha del bien contra el mal. Y no solamente por eso, sino también porque esa elevación a lo absoluto, que produce el calentamiento de la maquinaria guerrera con el combustible religioso, elimina toda posibilidad de hallar un terreno donde pueda producirse un entendimiento con el enemigo, de que haya algún Derecho de guerra o algo así. Y elimina también, obvio, todas las distinciones de la guerra convencional, como entre población militar y población civil o armas sucias y armas limpias. Además, sitúa los conflictos en un terreno que, por lo menos a nivel retórico, como digo, parece que ya no es el de la historia, y que convierte los problemas políticos en religiosos, en el sentido de que los problemas religiosos son irresolubles; porque, al final, la única resolución posible sería la conversión de los infieles. Naturalmente, el mentar un elemento religioso como combustible de la guerra implica mencionar algo irrenunciable, innegociable, y que, por lo tanto, sitúa en un horizonte imposible la idea de diálogo o de comunicación. Y es que las religiones, como ustedes comprenderán, son por definición dogmáticas.

Esto crea una situación incómoda en el plano teórico —que es el único al que quiero referirme— para las democracias occidentales. En las democracias occidentales entiendo que estamos educados en la idea de que la religión es algo que pertenece al plano de la vida privada, y que incluso alguno se incomoda un poco cuando alguien le pregunta. En fin, creo que ustedes pueden imaginar una escena, seguro que todos la han vivido más de una vez, en la cual de pronto alguien te pregunta: «Oye, ¿tú eres creyente?». Cuando me han hecho alguna vez esa pregunta siempre me he acordado de aquella película de Fellini —y lo lamento, es una referencia un poco desagradable—, no sé ni siquiera cuál era, donde un chavalín va a confesarse a la iglesia, y el cura le pregunta: «¿Tú te tocas?». Es decir, que parece que hay una obligación de identificarse, de hacer una confesión, y que eso tiene algo que ver con la obsesión permanente por saber quiénes somos, que es también el título de un libro de Huntington. En fin, nosotros en España estamos acostumbrados a levantarnos muchas mañanas sobresaltados por este asunto de quiénes somos.

A veces da la sensación de que todo esto ocurre en un escenario donde se está produciendo algo así como una lucha entre creencias en el marco de la cual la democracia constitucional o el Estado de derecho serían como otra creencia más. Y, claro, la gracia que tiene esto, entre otras cosas, es que no es así. Es decir, el Estado de derecho no es una creencia como la fe cristiana o islámica o animista, y convertirlo en algo que se puede tratar en pie de igualdad con una creencia religiosa, pues, en principio es reconocer, por lo menos en el terreno intelectual, una cierta derrota. Y no solamente hay que pensar en posiciones conservadoras, fundamentalistas, etcétera. No, a veces también desde posiciones nominalmente progresistas se puede llegar a este tipo de absurdo.

Pero, bueno, en realidad quería hacer con este motivo una pequeñísima puntualización sobre otra expresión que aparece

en el programa, que es «guerra de religión». Me perdonarán ustedes también esta comparativa, un poco de elefante en una cacharrería, pero hay una definición o una referencia a la religión que hacía Kant en el siglo XVIII, que no solamente me gusta, sino que siempre me ha llamado la atención lo poco célebre que es. Y es que Kant decía que la religión es un género de la poesía. En la tradición filosófica, y por razones de herencia clásica que no vamos a recordar aquí, poesía significa más o menos, por una parte, ficción narrativa. Por otro lado, la poesía no es solamente un género literario, en este sentido, sino también aquel aspecto de la existencia humana en el cual, justamente mediante la ficción narrativa, buscamos satisfacer nuestras expectativas de sentido, de que el principio cuadre con el final y con el medio. También implica otra cosa no menos importante, que son nuestras expectativas de justicia distributiva, de que al final a los buenos les vaya bien y a los malos mal, y haya un justo reparto de la felicidad y de la desgracia, ¿no?

Esto, naturalmente, es comprensible como una forma de consuelo con respecto a la historia y a los descabros y despropósitos que en general ocurren en la acción humana, donde el principio no cuadra con el final y a los malos les va generalmente mucho mejor que a los buenos. Pero ya los clásicos avisaron de que se corría un riesgo enorme siempre que se confundiera la poesía con la historia. Porque lo que se pone en peligro en esa confusión no es otra cosa más que la propia libertad civil de los hombres, según dijo alguno, ¿verdad?

Esto me sirve simplemente de advertencia para anotar, en el fondo, lo que la poesía y la religión, como género o como especie del género poesía, proporcionan a la guerra: un sentido, un argumento. Resulta un poco insensato, como el ejemplo de la locomotora de los hermanos Marx, pero es difícil renunciar por completo a las expectativas de sentido y de justicia distributiva. De manera que, por mucho que nos cuenten una y otra vez que estos

argumentos son insensatos, que son imposibles, inverosímiles, resurgen periódicamente porque, como digo, a los humanos nos resulta duro renunciar absolutamente a ese tipo de expectativas.

Entonces, claro, la religión (y no sólo la religión) se las arregla muy bien para proporcionar a la guerra una justificación y, por lo tanto, convertirla en un medio, discutible, pero un medio para un fin que se sitúa en el orden de lo indiscutible.

La puntualización que quería hacer es que, aunque pueda parecerles que esto de «guerras de religión» es una cosa del pasado, o bien de otros lugares que no tienen nada que ver con nosotros, si hacemos caso a esta miserable observación de que la religión y la poesía en el fondo son de la misma familia, habrá que notar que, al menos en Occidente y en nuestra propia concepción de la historia, hemos vivido largo tiempo de una cierta confusión entre la historia y la poesía. Es decir, que cuando en 1808 se entrevistaron Napoleón y Goethe, aquello fue un relevo. Napoleón iba a coger el bastón de Goethe para decir: «Bueno, de ahora en adelante, no ya los poetas, no ya los sacerdotes, ahora los políticos y los hombres que hacemos historia somos quienes vamos a gestionar los temores y las esperanzas de los hombres y quienes vamos a suministrar satisfacciones para sus expectativas de sentido y de justicia distributiva».

Ahí se produce una absolutización de la historia que, evidentemente, tiene un carácter en cierto modo religioso (si quieren ustedes, poético); una especie de religiosidad sin religión, porque esperamos de la historia un cumplimiento, que naturalmente excede todas sus posibilidades.

Esto también es una observación tangencial, pero creo que, en general, el trabajo intelectual se puede definir como el intento, muy desagradable, penoso y pormenorizado, de deslindar los a veces intrincados nudos en los que se confunde la poesía con la historia, o lo que es lo mismo: las expectativas de sentido y de justicia de los hombres y, por lo tanto, la realidad con la ficción. Por eso el trabajo intelectual es, como se dice

ahora, muy impopular, y además frecuentemente inútil, porque hay poca gente dispuesta a renunciar a sus satisfacciones emocionales, y no digamos de otro tipo, simplemente a causa de la verdad.

Terminaré diciendo que, si esta entrevista entre Napoleón y Goethe fue importante para nosotros, ha debido de haber otra recientemente. No sé muy bien quiénes fueron los protagonistas, porque se ha mantenido muy en secreto, pero está claro que en esta segunda entrevista no es ya la poesía la que entrega sus poderes a la historia, sino la historia la que entrega sus poderes a los hombres de negocios. Y los hombres de negocios, en cuanto han tenido la responsabilidad de ocuparse de suministrar expectativas de sentido, han descubierto que la historia universal tiene un problema: es muy cara, no es sostenible. O sea, producir sentido para todos los lugares del planeta las veinticuatro horas del día no puede ser. De manera que el sentido se dispensa ahora en proporciones muy pequeñas, en pildoritas breves para lugares y momentos del tiempo muy contados, disminuidos y delgados. Esto hace que aquel sueño de una sola historia del mundo, con un bombo que fuera el corazón, el pulso del planeta, se haya diluido, si se quiere, y sea poco popular. Sin embargo, eso se ha sustituido por muchos pequeños bombos (y por lo tanto, bombas) latiendo cada uno a su ritmo, según su identidad. Ya no hay grandes relatos, cada uno funciona ahora según su pequeña versión y bajo la precondition de que todos sean convertibles, reducibles a un mínimo común denominador, que en definitiva es el mercado.

Hay que reconocer que también ha habido una rebaja en la grandeza de los gobernantes, pero en ese sentido, planteadas las cosas en esos términos, el antagonismo vuelve a ser una forma de manifestar esa irreductibilidad, finalmente llevadera, porque la guerra y el mercado son cosas que combinan bastante bien.

Bueno, no les doy más guerra.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Me gustaría comenzar con una historia muy buena y muy triste, que se publicó hace aproximadamente seis semanas en *The New York Times*. Trataba de un soldado americano en Irak. Un domingo por la mañana su superior —su sargento— convocó a todos para que asistieran al servicio religioso.

Él no lo hizo, por lo que su sargento le preguntó si no iba a asistir y él dijo: «No».

El sargento contestó: «¿Por qué?».

Él respondió: «No creo en Dios. No soy religioso. Soy ateo».

«Oh», dijo el sargento. «Eso es imposible. Debes ir a alguna de las iglesias; los sacerdotes están aquí».

Y él replicó: «¡No voy a ir!».

El sargento dijo: «Entonces, ¿cuál es tu religión?».

Él respondió: «No tengo ninguna».

«¿Cuál es la religión de tus padres?»

Y él dijo: «Bueno, mis padres eran —no lo recuerdo— baptistas o adventistas. No lo sé. ¡Pero yo no tengo religión!».

Por tanto, no acudió a ningún servicio religioso. Pero entonces el sargento comenzó a acosarlo. Decía: «Esto es imposible. No puedes formar parte de nuestra unidad si no tienes creencias, religión».

El soldado se quejó a su capitán: «Soy objeto de acoso y esto es injusto. Tiene que hacer algo».

El problema era que la mayor parte de los soldados estaban con el sargento. Entonces se creó una comisión militar. ¿Y qué decidió? Pues enviar al soldado de vuelta a Estados Unidos.

Entonces el chico regresó y contrató a un abogado y ahora ha demandado al ejército. Dice: «Deseo volver a Irak. Quiero regresar a mi unidad. La ley está de mi lado. Estamos en un Es-



tado que separa la religión y el Estado. Por tanto, déjenme regresar. Por favor, déjenme volver a Irak».

Por eso es una historia en parte divertida y en parte triste. No sé cuál será la decisión, ni si habrá juicio o no.

Esta historia es, en mi opinión, muy interesante, porque recientemente se han publicado las conclusiones de una investigación muy amplia sobre la religión en Estados Unidos. Los resultados fueron que el 96% de la gente declaró tener alguna creencia, el 2% eran agnósticos y otro 2% ateos, sin ninguna creencia en absoluto.

Entre la gente que tiene alguna creencia —ese 96%—, el 46%, que es algo así como el 43% de todos los americanos, cambia de religión, como mínimo, una vez en su vida. La mayor parte se halla dentro del entramado del protestantismo. Si eres adventista, pasas a ser baptista; y si eres metodista, te conviertes en adventista, etcétera. Hay muchas razones y motivos sociológicos.

En cualquier caso en la lista del centro PURE había algo así como treinta grandes religiones —religiones en el sentido más amplio— y unas ciento cincuenta pequeñas, sectas incluidas. Hay que tener en cuenta que en la visión americana, tan liberal, de las creencias religiosas, las sectas son tan legítimas como el catolicismo o cualquier clase de protestantismo. Por tanto, hay unas ciento ochenta religiones y dioses en Estados Unidos.

Si cojo un dólar, veo que en él está escrito: «*In God we trust*» (Confiamos en Dios). Y «*God*» está escrito sin «s», es un solo «Dios». Pero el hecho es que los americanos tienen muchísimos dioses, al menos treinta grandes dioses.

Entrevisté sobre este asunto a un gran especialista en religiones de Estados Unidos en Boston College, y su respuesta fue: «Bueno, los americanos no son religiosos. La mayor parte de ellos —alrededor del 99%— saben muy poco de religión, pero son creyentes». Son «creyentes». Y me enteré de una cosa, y esto, en mi opinión, es muy importante: las creen-

cias, la fe, y la religión, que es una práctica, son algo muy diferente. Por tanto me pregunté: «Si en el dólar se puede leer “Confiamos en Dios”, ¿cuál es el Dios de América?». «¿Qué Dios es ése?» Porque cualquiera de ellos es legítimo; hay ciento ochenta creencias diferentes. Entonces, ¿cuál es el Dios de América? ¿Qué Dios es?

No estoy seguro de la respuesta pero, actualmente, mi primera conclusión es que el verdadero Dios de América es América. Ése es el Dios de los americanos. Esto es muy interesante, porque los americanos tienen una identidad, pero cada uno de ellos posee varias identidades, cosa también muy legítima.

Yo vengo de Francia, y las revoluciones (francesa y americana) crearon el mundo que conocemos hoy en día: el mundo «moderno». ¡Lo hicieron mediante dos revoluciones! Y hay muchos vínculos entre ellas, pero también muchísimas diferencias.

Entre las diferencias, lo que resulta más sorprendente para mí, como francés, es que el liberalismo de Estados Unidos hace posible tener varias identidades. Cuando se es francés, no se pueden tener varias identidades; sólo se tiene una, la francesa, y eso es todo. Todo lo demás queda para ti mismo. No hay «otras» identidades colectivas para nadie.

Cuando eres americano, no sólo eres americano; eres negro americano, nativo, indio americano o italoamericano, irlandés americano, polaco americano, etcétera. Esto aparece reflejado en el censo, ya que al censarte debes responder a esa pregunta concreta sobre tu origen. No sólo tienes que definirte como «americano».

Entonces, ¿cuál es el cemento que unifica a toda esa gente? No es un Dios en singular, porque las personas tienen muchísimos sentimientos religiosos: son los dioses. Y el único Dios verdadero —no puedo encontrar a ningún otro— es «América».

Cuando un nuevo inmigrante llega a territorio americano hace una cosa. Se pone la mano sobre el corazón y dice: «Ahora ya soy americano». Quiere hacerse americano. Intenten encontrar el crisol. No existe en realidad. Sin embargo, el verdadero «crisol», el auténtico cemento es: «¡Ya soy americano!». «Soy americano». «Esto es América». El Dios es América.

Muchas de las cosas que quería decir ya se han comentado antes, por lo que no voy a repetirlas. Pero sí que me gustaría compartir este pensamiento con ustedes: ¿es la religión el problema o lo son las creencias? ¿Qué quiero decir?

No veo cuál es el peligro de la religión en sí misma. Las creencias religiosas se vuelven un peligro cuando se vinculan a algo que es más grande que Dios. Y eso más grande que Dios somos nosotros. Se pueden encontrar muchísimas definiciones de ese «nosotros». ¿Quiénes somos «nosotros»? ¿Los «americanos»? Puedes ser tribal, nacionalista, étnico; hay varios tipos.

Cuando existe algún vínculo entre la creencia en cualquier Dios y algo mayor, suele convertirse en una creencia común, y entonces aparece el peligro. La religión y Dios pasan a ser el único «Dios» posible, cualquiera que sea su nombre.

Antes he hecho varias comparaciones entre Francia y Estados Unidos. Creo que ambos modelos de integración de los extranjeros se hallan en crisis. Hay un gran problema en Estados Unidos acerca de la inmigración —objeto de un gran debate—, y también lo hay en Francia. Los dos modelos están en crisis y ninguno tiene la respuesta a muchos de los problemas relacionados con las nuevas poblaciones y los inmigrantes.

Les comentaré el caso de Francia. Históricamente ya saben que Israel es un Estado judío y que ese ha sido su gran debate durante sesenta años; un debate que no ha obtenido respuestas. Y es que cuando se desea estar seguro de que no habrá respuesta, se formula esa pregunta: ¿quién es judío? ¿Qué es ser judío? No se puede encontrar una respuesta a eso. Ni pueden ustedes ni pueden ellos. El debate sobre esta cuestión se ha prolongado

durante seis décadas. Históricamente, el lugar de la religión en el judaísmo era muy concreto. Había algún tipo de vínculo entre religión e identidad. Muchos judíos dicen no ser religiosos por no practicar, pero se llaman a sí mismos «judíos». Por tanto, ellos son casi los únicos que entienden este tipo de relación entre algo religioso —aunque no se sea creyente— y algo social, cultural o lo que sea.

Ahora en Francia hay un fenómeno nuevo, muy interesante, en mi opinión. Muchos musulmanes jóvenes no van nunca a las mezquitas, comen cerdo durante el Ramadán, no ocupan su tiempo en ningún tipo de práctica religiosa. Sin embargo, desean identificarse como musulmanes, y la palabra «musulmán» se convierte en un signo de identidad, que ha pasado de tener un significado religioso a tener uno social o cultural. Eso es lo que están exigiendo con su modo de actuar. Cuando les preguntas cuál es su identidad responden que son «musulmanes»; piden ser reconocidos como tales, ¡pero no van nunca a las mezquitas!

Acabo con este punto. Hay algo que resulta inevitable: la búsqueda de la identidad. El hecho de que la gente se quiera identificar por lo que es. No se puede impedir. El problema surge cuando se vincula un entramado religioso con otro elemento: nacional, social o de cualquier otra naturaleza.

Luego está la conexión y la construcción del «yo» y del «nosotros», el potencial no ya de la religiosidad, sino de la agresividad, porque la conexión es más grande que Dios.

Esto es todo. Gracias.

JOSÉ MARÍA RIDAO

*Moderador*

Antes de cederles la palabra, vamos agrupar todas las preguntas, que rogaría que fueran lo más breves posible.

GABRIEL SANZ

*Redactor de Internacional de ABC*

He estado escuchando a los miembros de la mesa y me han parecido bastante interesantes todas sus intervenciones. Lo que ocurre es que creo que han hecho una exposición de la parte intelectualizada de la religión, es decir, la religión desde Occidente. Llevamos dos siglos de secularización y hemos convertido la religión y todas nuestras emociones en una reserva dentro de lo que es el yo de cada uno.

El problema surge cuando eso se confronta con un mundo —estoy pensando en el mundo árabe— donde la religión se sigue pensando en términos absolutos y no como una elección individual, sino como una —vamos a llamarlo así, en algunos países, no sé si en todos— imposición del colectivo.

Entonces, la pregunta es ¿cómo puede afrontar este Occidente, llamémosle un elefante, el ataque de un mosquito, más pequeño en términos materiales, en desarrollo económico desde hace siglos, etcétera, pero con la determinación de aniquilar al elefante? ¿Cómo podemos afrontar desde nuestro esquema racional, cartesiano, un fenómeno de este tipo?

VÍCTOR FAGILDE

*Diplomático y columnista de El Correo Gallego*

Yo quisiera hacer una reflexión, pero referida a la primera mesa, a la sesión sobre la maldición de los recursos; está a medio camino entre la reflexión y la pregunta. Me ha llamado mucho la atención que, cuando hablamos de recursos, nadie ha hecho referencia al recurso demográfico, a la emigración. ¿Deberíamos considerar la emigración entre la maldición de los recursos?

PIERRE SHORI

*Director general de FRIDE*

Mi pregunta está relacionada con lo que se ha planteado antes aquí. Me gustaría cambiar el punto de vista, y ver el problema desde —llamémoslo así— una perspectiva musulmana, para examinar el mundo actual.

¿Qué vemos? Pues a centenares de soldados occidentales en una guerra en tierra árabe-musulmana: Irak y Afganistán. Al mismo tiempo vemos la expansión de los asentamientos ilegales israelíes en territorio palestino.

Si esto continúa así, porque ya lleva cinco, seis, siete, ocho años sin cambiar, por no hablar de los asentamientos, ¿qué mensaje se está enviando al mundo árabe-musulmán?

¿Se trata de Huntington? Quiero decir que eso es también el «mosquito». Gracias.

ÁNGEL PASCUAL RAMSAY

*Vocal asesor del Departamento de Análisis y Estudios  
del Gabinete de Presidencia del Gobierno*

Me parece que no estoy de acuerdo con esa afirmación sobre el peligro proveniente de una posible conexión entre un entramado religioso y algún tipo de pertenencia a un grupo social mayor. Creo que depende más del contenido de esa religión. Me refiero a que hay muchos ejemplos. En el contexto budista, donde existe esa conexión, es el Tíbet. Por tanto, creo que tiene que ver más con el contenido.

Y para el señor Holmes tengo una pregunta que relaciona dos o tres de los temas que han mencionado los participantes en la mesa.

El principal desafío que afrontamos en Europa —o uno de los principales— es cómo hallar un modelo realmente funcional

para tratar con la inmigración de modo pacífico y productivo. Y creo que podemos aprender muchas lecciones de la manera en que Estados Unidos —por supuesto, ya se sabe que Canadá y Australia, pero también Estados Unidos— lo ha hecho. Resulta interesante considerar el modo en que Estados Unidos logró integrar la gran ola de migración de finales del siglo XIX y comienzos del XX, empleando a los grupos religiosos para forzar esa integración.

Quería dar la vuelta al tema del debate y preguntar cómo la religión puede ser, quizás, no un problema, sino más bien una solución en la creación de una identidad más amplia o en la extensión de lo que era «americano»; en generar un «nosotros» mayor, que abarque más. De modo que, como ha dicho Sylvain, podías ser italiano y americano —italoamericano— y eso te convertía en un americano perfectamente aceptable, siempre que asumieras los valores centrales en los que se basaba la unión.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Que nadie sabe cuáles son.

ÁNGEL PASCUAL RAMSAY

*Vocal asesor del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia del Gobierno*

Bueno, pero eso también lo hicieron realmente bien.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Y tienes que decir que los aceptas.

ÁNGEL PASCUAL RAMSAY

*Vocal asesor del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia del Gobierno*

Defendían una promesa de fidelidad, que también surge en esa época; el desarrollo de la bandera americana es algo del siglo XIX. Por tanto, tenían todos esos mecanismos cívicos.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Constitución, Constitución.

ÁNGEL PASCUAL RAMSAY

*Vocal asesor del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia del Gobierno*

Los mecanismos religiosos fueron muy importantes; el papel, especialmente, de la iglesia católica. ¿Podría hacernos un comentario breve sobre cómo se aplicaría eso a Europa?



NABIL DRIOUCH

*Corresponsal de Al Massae, Marruecos*

Pues, primero, una anécdota: yo creo que el islamista o el nivel del extremismo en el mundo ahora está relacionado con los metros de tela. Si una mujer está totalmente cubierta, entonces es una salafista o es una yihadista. Si lleva el *hiyab* es una islamista y pertenece a la escuela de los Hermanos Musulmanes. Si lleva dos trozos de tela es una mujer musulmana pero progresista. Esa clasificación tiene un vínculo, de manera anecdótica, con los metros de tela.

Yo quería hablar un poco sobre la responsabilidad de los periodistas en este contexto mundial que estamos viendo todos. Creo que hay guerra de dioses, pero que también hay guerra de términos en el ámbito mediático. La guerra de dioses estamos viviéndola sobre todo en la televisión y las cadenas parabólicas. En ese sentido, querría saber cuál es la responsabilidad del periodista en este contexto mundial.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Tengo uno o dos comentarios sobre lo que se ha dicho.

Un interviniente decía que somos «cartesianos» y que la religión del mundo árabe no lo es. Y otra persona dijo que Irak es una «tierra árabe-musulmana».

Creo que estos dos puntos son parcialmente falsos. No son verdaderos ni histórica ni factualmente, y ésta es una proyección quizás cartesiana. Necesitamos categorías simples, pero éstas no se corresponden con la realidad. ¿Es Irak una «tierra árabe-musulmana»? Bueno, históricamente esto no es cierto.

Hubo muchos judíos y muchos cristianos; sigue habiendo cristianos. Además, aproximadamente el 35% de la población no es árabe; hay kurdos entre ellos, por tanto no lo es.

Ahora bien, si deseamos ver Irak como un país árabe-musulmán, entonces nuestra propia tendencia y nuestro comportamiento será convertirlo en un país árabe-musulmán, considerarlo como algo que en realidad no es.

Si fuera un país árabe-musulmán no habría habido tantos atentados. Porque el 95% de los atentados no son contra los americanos, sino entre los propios iraquíes. Irak es un caso de diferencias sociales, políticas y, sobre todo, religiosas. Por tanto, el término «árabe-musulmán» no responde a la realidad.

Al igual que hay muchos dioses, también hay muchos «árabes» y «musulmanes», y si se piensa, según una visión binaria, en los «musulmanes» como una única categoría, resulta imposible comprender la realidad. Ocurre lo mismo con el supuesto «cartesianismo» del mundo occidental: «Somos cartesianos, ellos no lo son». Por lo que puedo recordar, la gente que trajo el racionalismo a la cristiandad en la Edad Media fueron los árabes. ¿Tengo razón? Trajeron a Aristóteles a la cristiandad. Hoy en día, debemos mirar lo que ocurre con la suficiente perspectiva histórica, sin necesidad de remontarnos a la Edad Media.

Si se analiza el mundo árabe se llega a dos conclusiones: en primer lugar, el mundo árabe no es totalmente musulmán y, en segundo lugar, el islam no es completamente árabe. Por el contrario, los árabes sólo son una minoría dentro del islam, aunque tengan algún tipo de liderazgo intelectual.

Estoy firmemente convencido de que debemos pensar con perspectiva histórica. ¡Miren el mundo árabe de hace treinta o cincuenta años! En Irak estaba el principal partido comunista de todo el mundo árabe. Casi tomó el poder en 1959, y estaba compuesto por muchísimos árabes, kurdos y judíos. ¡Todos formaban el partido comunista de Irak!

Ahora bien, la historia continúa. Hoy en día es muy fácil tener la impresión de que se hallan en un importante retroceso del que las religiones suponen una parte relevante. Pero, si se los considera como categorías globales, no se puede comprender lo que ocurre entre ellos. Esas categorías globales no responden a la realidad, desde mi punto de vista.

STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho, New York University*

Una de las realidades principales —sorprendentes, molestas, realmente irritantes— de la cultura americana actual es su negativa a contar los muertos iraquíes. Decenas de millares, centenares de miles. ¿Quién conoce el número exacto de iraquíes que nunca causaron daño a un solo americano y están muertos debido a las decisiones del gobierno estadounidense? Y éste no es un problema que ningún candidato americano, incluidos Barack Obama o Hillary Clinton, mencione nunca en política. Simplemente, no es mencionable; se vería como algo antipatriótico recordar que gente que no nos había hecho daño está muerta debido a nuestras acciones.

Parte de la metáfora narrativa de la «guerra contra el terror» es una metáfora médica de la quimioterapia. El modelo quimioterapéutico consiste en que, para matar una célula enferma, hay que matar miles de ellas sanas. Ahora bien, el hecho de que sean seres humanos los que hayan muerto para protegernos de la amenaza no se contempla como pecado ni como crimen, se considera «ser agresivo». Para ser agresivo tienes que causar daños colaterales. Para ser agresivo también tienes que matar a gente inocente porque no se sabe quién es culpable y quién no, por lo que hay que eliminar a los inocentes con los culpables, es decir, abandonar la presunción de inocencia.

Parte de lo ocurrido después del 11-S fue el abandono de la individualización de la culpabilidad. En lugar de buscar a la gente que cometió el atentado, fuimos a la guerra contra comunidades enteras. Eso podría calificarse como una «tribalización» de la culpabilidad, y además supuso hacer exactamente lo que Bin Laden nos invitó a hacer con su mente medieval: un intento de retorno a una cultura del ojo por ojo, de venganzas de grupo contra grupo.

Se puede afirmar que el mensaje que hemos estado enviando a los musulmanes es que nada que puedan hacer evitará que los matemos. Es decir, no hay ninguna regla que puedan seguir que nos impida matarlos. Evidentemente, me parece que ese mensaje genera violencia como ningún otro.

Estoy muy de acuerdo con que el papel de los periodistas aquí es rebelarse contra la terrible simplicidad de los políticos que dividen el mundo en dos partes. Obviamente, es más fácil decirlo que hacerlo, pero tras la invasión de Afganistán en 2001, los presentadores de las noticias tardaron alrededor de cuatro meses en darse cuenta de que Afganistán no era un país árabe. Les costó un buen rato ubicarse, y está claro que este tipo de cosas son lecciones que se podrían aprovechar. Los políticos deberían aprender a distinguir entre Indonesia y Argelia de manera no «huntingtoniana».

La idea de situar a todo el mundo islámico en una sola cesta no es más que una imagen especular de Sayyid Qutb, que pone a todo occidente —comunistas y cristianos, comunistas y americanos, capitalistas-comunistas o religiosos-seculares— en la misma balanza, lo cual es una simplificación.

Como tercer punto importante está la inmigración. Aquí sólo un detalle muy interesante: la iglesia católica se opuso a la candidatura de John Kerry debido a que no deseaba que el católico más poderoso del mundo estuviera a favor del aborto. Hoy en día el problema del aborto es secundario respecto de la inmigración. Y la inmigración es un sistema de soporte vital para la

iglesia católica americana; para tener feligreses, necesitan la inmigración. Creo que esto afectará a lo que está ocurriendo actualmente, pero sólo es un detalle.

Hablaré ahora más a fondo del binomio América-Europa. Los americanos tenemos un historial mejor respecto a la inmigración, aunque no es para presumir. América ha creado un Estado policial para los varones negros jóvenes con edades comprendidas entre quince y veinticinco años en nuestras principales ciudades. A lo largo de un año, entre el 30% y el 40% de la juventud negra entra en la cárcel en algún momento. Por tanto, tenemos otros problemas con la inmigración que los europeos no tienen.

¿Y qué se puede aprender de la experiencia americana?

Bueno, se suelen mencionar cinco motivos para establecer las diferencias respecto de la experiencia de la inmigración —hablemos ahora sólo de la musulmana, porque me parece que es lo que tenemos más presente— entre Europa y Estados Unidos. Y son las siguientes:

La inmigración musulmana en Estados Unidos es difusa, dispersa, y en Europa está más concentrada. En Europa es postcolonial en cierto sentido; no en España, pero sí en Francia y en el Reino Unido, mientras que en Estados Unidos no ocurre así.

En Europa la integración de los musulmanes se produce mediante las medidas del Estado de bienestar, en Estados Unidos se hace a través del empleo. Se trata de un sencillo dualismo, pero que me parece significativo.

Es muy importante señalar que en Europa, los inmigrantes musulmanes son el grupo más religioso, mientras que en Estados Unidos no. Tenemos mucho fanático religioso en Estados Unidos y los musulmanes de algún modo desaparecen en ese contexto.

Por último lo más importante: la situación económica. El musulmán americano medio tiene una mejor posición económica

ca que el americano medio, hay más médicos y abogados entre los musulmanes americanos que en la población en general. Eso no ocurre en Europa.

Hay un exceso de generalización en lo que estoy diciendo, pero se trata de factores tan poderosos que se hace difícil pensar en estrategias aplicables a Europa, porque las condiciones subyacentes son muy diferentes. Y, cualquiera que sean las medias a seguir, probablemente no funcionen en otro contexto.

Lamento no haberle respondido como quería, pero ésta es la respuesta.

JOSÉ LUIS PARDO

*Filósofo y ensayista*

Sólo un pequeño comentario. Estoy muy de acuerdo con la idea de que los muchos dioses americanos son en el fondo todos América. Creo que era Eisenhower quien decía: «La religión es muy importante en Estados Unidos; cuál sea esa religión es otro asunto». Y efectivamente ocurre así. Yo tuve que ayudar a rellenar hace un par de años, para una persona, el impreso que hay que presentar para emigrar a Estados Unidos, y no hay ninguna casilla prevista para quien no tenga una religión. Es decir, lo único que aparece es esa lista de 180 religiones.

Seguramente, cuando Europa fue la potencia colonizadora, y como siempre ocurre con el que domina el imperio, que tiende a imaginar el mundo a su imagen y semejanza, pensaba en un mundo hecho de pequeñas naciones-Estado, que luego ha resultado ser un modelo de organización regular.

Y, probablemente, cuando es Estados Unidos quien domina, piensa en el mundo en términos de su propia mitología nacional, es decir, un mundo compuesto por más o menos grupos religiosos —como los peregrinos del *Mayflower*— o fundamentalistas, pero en todo caso bastante recalcitrantes. Y el Estado, entre

ellos, ha de ser completamente neutral. Ese asunto de la libertad religiosa es muy importante en Estados Unidos, y simplemente debe aparecer para forjar alianzas o arbitrar conflictos.

Un último comentario acerca de lo de las varias identidades. Es verdad que se puede decir —no solamente los americanos—, que todos tenemos varias identidades. De hecho ésta era un poco la idea de aquel libro de Amartya Sen, *Identidad y violencia*, ¿no? Sin embargo, no se las puede llamar exactamente identidades, por lo menos en el sentido político más serio de ese término. Es decir, yo tengo una identidad como padre, otra identidad como profesor de universidad, otra como marido, etcétera. No, la identidad que es relevante en estos términos de los que hablamos está siempre constituida mediante un antagonismo: yo escojo, de entre todos los rasgos que me definen, aquel por el cual me opongo a aquel otro, y es en ese contexto en el que me identifico. En ese sentido, la identidad de América como divinidad tiene que ver con la concepción, digamos, norteamericana del patriotismo.

JOSÉ MARÍA RIDAO

*Moderador*

Muchas gracias. Damos por concluida la segunda sesión de esta mañana y agradecemos a José Luis Pardo, a Stephen Holmes y a Sylvain Cypel sus aportaciones.





5. COMBUSTIBLES DEL CONFLICTO III:  
LA AMENAZA DE LOS DÉBILES

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel  
y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*



JAVIER DE LUCAS

*Catedrático de Filosofía del Derecho y  
Filosofía Política, Universitat de Valencia*



ALEJANDRO URBINA

*Director del diario La Nación, Costa Rica*



GERARDO REYES

*Reportero para América Latina de  
El Nuevo Herald, Colombia*



**Moderador**

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Secretario general de la APE*





Gerardo Reyes, Shlomo Ben Ami, Miguel Ángel Aguilar,  
Alejandro Urbina y Javier de Lucas

*La opulencia y la miseria son malos vecinos. En una sociedad globalizada, donde el último pueblo del país más pobre está al corriente de las andanzas de Paris Hilton y de la última moda neoyorquina, las tensiones resultantes de la desigualdad son una fuente inagotable de conflictos. Es la amenaza de la debilidad, el empuje irrefrenable de quienes no tienen nada que perder. La ayuda al desarrollo y la bonanza económica mundial han permitido aliviar en parte la situación, pero la porosidad de las fronteras al hambre, la respuesta del Estado de las libertades ante la inmigración masiva y el aumento imparable de la población plantean interrogantes de difícil respuesta.*

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

El asunto que vamos a declinar esta tarde es, digamos, la tercera fase de nuestro programa, dentro de lo que hemos llamado «Combustibles del conflicto». La primera era «La maldición de los recursos»; la segunda ha sido «Dioses, modo de empleo»; y esta tercera es «La amenaza de los débiles».

Dice aquí el pequeño texto que sirve de introducción en el programa: «La opulencia y la miseria son malos vecinos». Qué desagradable es, para los opulentos, tener al lado a los pobres, «¡pero, qué hacen aquí éstos!», ¿no? Entonces vemos estos espectáculos de las urbanizaciones de mucho lujo convertidas en guetos con alambradas electrificadas, en previsión de los pobres y de los débiles.

La opulencia y la miseria son malos vecinos. «En una sociedad globalizada donde el último pueblo del país más pobre está al corriente de las andanzas de Paris Hilton y de la última moda neoyorquina, las tensiones resultantes de la desigualdad son una fuente inagotable de conflictos.

Es la amenaza de la debilidad, el empuje irrefrenable de quienes no tienen nada que perder. La ayuda al desarrollo y la bonanza económica mundial han permitido aliviar en parte la situación —esto está escrito hace unos meses—, pero la porosidad de las fronteras al hambre, la respuesta del Estado de las libertades ante la inmigración masiva y el aumento imparable de la población plantean interrogantes de difícil respuesta.»

Para hablar de esta historia de la amenaza de los débiles me acompañan en el estrado varios participantes a los que les voy a pedir que olviden la partitura y hagan jazz, una sesión de jazz, que interaccionen con los aquí presentes en la sala, pues los textos siempre pueden ser fotocopiados y repartidos, pero su actitud vital y emocional no puede ser sustituida por ningún otro procedimiento.

Así que le voy a dar, en primer lugar, la palabra a Shlomo Ben Ami, que fue ministro de su país en varias encarnaciones y que es vicepresidente ejecutivo del CIT Pax.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Gracias. Si me permiten, haré una marcha bastante rápida en torno a cuestiones que tienen que ver con esta dicotomía entre débiles y poderosos, en el espacio en que yo me muevo de alguna manera. Podría también enfocarlo en el Mediterráneo occidental, en el Magreb, etcétera, pero creo que es mejor, en este momento, contribuir en lo que tengo una cierta ventaja comparativa, aunque he preparado un *paper* sobre la cuestión de la inmigración.

Pienso que en el contexto de Oriente Medio, del Magreb, la coalición, la alianza de los débiles, está formada por los que todos conocen: son Hamás, Irán, Siria —débil en el sentido de relación con Occidente— y Hezbolá; es decir, los islamistas.

Lo que sin lugar a duda choca es la capacidad de resistencia frente a la presión de Occidente de esta alianza de marginados internacionalmente, no reconocidos. Tanto a Irán como a Hamás como a Siria, que están bajo sanciones internacionales, prácticamente aislados, se les imponen unas ciertas condiciones para salir del aislamiento. Y a primera vista uno dice «bueno, no son condiciones tan duras», como, por ejemplo, que Hamás acepte el reconocimiento del Estado de Israel y los acuerdos firmados hasta ahora con los palestinos. Pues no aceptan, se resisten, y después de un año de gobierno y de una situación al borde, si no más allá, de la crisis humanitaria, resisten y obligan a la superpotencia regional israelí a llegar a una tregua. La voluntad de la parte fuerte en esta ecuación es la de acabar con ellos, de invadir, de llevar al colapso el régimen de Hamás. Sin embargo, se llega a la conclusión de que es mejor negociar y llegar con ellos a una tregua sin que acepten las condiciones de la comunidad internacional.

Lo mismo ocurre en Siria, un régimen aislado, que acaba de ser expulsado del Líbano por presión de la comunidad internacional. Se les dice, «bueno, estamos dispuestos a hablar con vosotros de paz con Israel, de devolución de los Altos del Golán, pero antes tenéis que aceptar estas condiciones: desligarse de Hamás, cerrar las oficinas de Hamás en Damasco, desligarse de Hezbolá, no ayudar más a Hezbolá en el tráfico de armas, y separarse estratégicamente de Irán». El premio es la devolución de los Altos del Golán, la consolidación del régimen del Baaz, cuyas experiencias de gestión se reducen a la pérdida del Líbano y de los Altos del Golán, con lo cual, la posibilidad de recuperar este último territorio tiene que ser muy atractiva para ellos. Además, recibirían una especie de segunda edición del acercamiento de Sadat con Estados Unidos. Es decir, podrían recuperar los Altos del Golán y llegar a una alianza con Estados Unidos. Todo lo que se requiere de ellos es que abandonen el terrorismo, que no apoyen a Hezbolá, etcétera. Pero no se rinden. Y no sólo no se rinden, sino que Israel está obligado a empezar unas negociaciones, por razones propias, a través de una segunda vía: los turcos. No, no se rinden.

Irán está aislado internacionalmente, con presiones por parte de la comunidad internacional, sanciones de los gobiernos extranjeros, incluido Alemania, pidiéndoles que paren su enriquecimiento para poder negociar. Y ellos dicen: «No, no, no, se negocia antes». Y vemos ya cuál podría ser el resultado de esas conversaciones. La cuestión del enriquecimiento no es una condición previa a la negociación, es potencialmente el resultado de esa negociación. Es impresionante, sin duda alguna, la capacidad de este «eje del mal» —entre comillas o sin ellas—, que resiste la presión de la comunidad internacional.

Creo que éste no es el único caso de la capacidad de los débiles para imponer su agenda y de, en algún sentido, si no doblegar, sí llevar a la parte fuerte a cambiar sus posturas. La parte fuerte es la que modifica sus posiciones, no la débil. Hasta

el momento ninguna de las condiciones de la comunidad internacional ha sido aceptada por estos supuestamente débiles.

Otra cuestión son las guerras asimétricas que hemos visto en Oriente Medio. De hecho, la tregua entre Israel y los islamistas y Hamás es el resultado de que Israel no quiera repetir otra guerra asimétrica en la que no existe victoria definitiva. En esta era, las fuerzas militares de los débiles en Oriente Medio son el mejor ejemplo que tenemos para explicar este tipo de conflictos. En la guerra tradicional de dos ejércitos funciona la lógica clausewitziana de la batalla decisiva; Clausewitz hablaba de la batalla decisiva, que es la que quiebra al final al enemigo, rompe toda su máquina militar, le obliga a claudicar, etcétera. Hoy no hay guerras decisivas, no hay batallas definitorias. De hecho, cuando Israel invadió el Líbano en 2006 se encontró con un campo de batalla vacío. No hay campo de batalla, hay otra cosa. Israel recibió de un agente no estatal, que es Hezbolá, más misiles y cohetes V-1 y V-2 que Gran Bretaña durante toda la Segunda Guerra Mundial. Y hoy, si llegáramos a un enfrentamiento con Hezbolá —y no creo que les esté yo descubriendo un gran secreto—, no habría victoria posible. La única manera de doblegar a Hezbolá actualmente, según el estamento militar israelí, es a través de la destrucción total del Líbano, no de la destrucción del enemigo. Desde luego habrá choques y muertos y ocurrirá lo que normalmente pasa en estas situaciones. Pero para vencer a un enemigo de este tipo, que no se mueve con grandes maniobras y que no busca grandes batallas, estilo El Alamein o la guerra de 1967, la única manera es destruir su Estado.

Desde esa lógica, por sorprendente que pueda parecer (yo hablo solamente de la lógica militar), Israel tiene que estar interesado en que Hezbolá acumule poder político en el Líbano, en que asuma responsabilidades de Estado. Porque el agente estatal, a diferencia del agente no estatal, por radical que sea, no puede ser irracional. Se comporta de una forma menos ra-

cional, desde la lógica occidental, cuando no tiene responsabilidad de Estado. Por ejemplo, el hecho de que los sirios se hayan retirado del Líbano nunca fue una buena noticia para los israelíes, porque éstos necesitaban un régimen fuerte, un responsable, una dirección postal contra la que responder. Y que Siria esté en el Líbano no era contrario a la política israelí, porque siempre habría alguien sobre el que recayera la responsabilidad de Estado. Hezbolá no es un agente estatal, y eso deja al Líbano en una etapa casi, diría yo, «prewestfalia», anterior a la Paz de Westfalia. La Paz de Westfalia se entiende en la historia como el nacimiento de la *raison d'Etat*, del sistema internacional, de la responsabilidad por una cierta estabilidad regional. Hezbolá no puede tener interés en generar estabilidad regional. Tampoco Hamás. La estabilidad es el enemigo del agente no estatal, es el mayor enemigo de su agenda; no puede conseguir sus objetivos si hay estabilidad. Por lo cual, Hezbolá, ¿qué maldito interés puede tener si no se convierte en un agente estatal?

O sea, la amenaza del débil está precisamente en su falta de responsabilidad estatal. Y si Hezbolá hoy no inicia una guerra contra Israel, entre otras razones es porque al ser un movimiento popular necesita el apoyo de la población, y entiende muy bien que los israelíes serán menos misericordiosos, si cabe, hacia la población civil, en su empeño de destruir las infraestructuras libanesas en caso de guerra. Es esa sensibilidad hacia la política, hacia el apoyo popular y la base social, la que puede limitar la capacidad o la voluntad del poder del débil de seguir siendo una amenaza activa.

Hace unos días Estados Unidos, después de tantos años de ausencia en la labor de *peace-making*, envió a Condoleezza Rice para proponer a los libaneses que todos los temas en litigio entre Israel y Líbano se pongan sobre la mesa. E Israel estaba dispuesto a negociar. Esta propuesta no tuvo la suficiente repercusión mediática, pero es importante, a pesar de que fue



inmediatamente rechazada por Líbano. No quieren negociar con Israel.

Ése es el resultado de la presión de Hezbolá, que entiende que en el momento en que se resuelva el problema de las granjas de Shaba, por ejemplo, ya no tendrá justificación, de cara a la población libanesa, para mantener una fuerza militar independiente; una fuerza que últimamente se utilizó contra la propia población libanesa, cosa completamente en contra del interés de Hezbolá. Hezbolá quiere mantenerse como el guardián de la seguridad del Líbano, pero una paz con Israel significaría que nadie necesita un poder independiente como el suyo; ahí está el porqué de su respuesta.

También tiene que ver con la presión iraní. Los iraníes no tienen interés en una paz israelí-árabe. Más que enemigos del Estado de Israel, a pesar de toda esta retórica, yo creo que los iraníes son enemigos de una reconciliación israelí-árabe. La paz israelí-árabe, estratégicamente, es el mayor enemigo de Irán. El enemigo natural de los iraníes no es Israel. Acabo de volver de una reunión, supuestamente a puerta cerrada, donde estaba el embajador iraní en Ginebra, y fue un intercambio interesante. Yo me fijé en él; él habló pero no se fijó en mí, porque hay que mantener las maneras. En mi intervención dije más o menos lo mismo que aquí: dígame usted qué es lo que separa a Irán de Israel, ¿hay algún litigio entre nosotros?, ¿hay algún problema fronterizo?, ¿estamos luchando entre nosotros por algunas fuentes de energía? Nada, absolutamente nada. Vuestro espacio estratégico no es Oriente Medio ni Oriente Próximo, sino que está en Afganistán, en las repúblicas islámicas de la ex Unión Soviética; está en el Golfo Pérsico. Aquí no pintáis nada. Por todo esto, la única explicación es que el enemigo natural de los iraníes es el mundo árabe, y una paz israelí-árabe sería para ellos una amenaza.

Israel tuvo relaciones con Irán no sólo bajo el régimen del sha, sino incluso en los primeros años del régimen de Jomeini, a quien ayudó militarmente en su guerra contra Irak. O sea que

pensar que hay una rivalidad inherente, intrínseca, no es correcto. Lo que hay es una agenda estratégica de los iraníes, que no tienen interés en una reconciliación israelí-árabe. Por eso utilizarán a Hezbolá y toda esta retórica diaria. Ellos no tienen interés en que Hezbolá se convierta en un Estado; prefieren que siga siendo un instrumento de Irán.

Algo que, en mi opinión, tiene importancia no sólo para el conflicto árabe-israelí, sino también para los regímenes de la zona; lo plantea muy bien Hamás y el Acuerdo de Meca. El Acuerdo de Meca creó una alianza nacional interna palestina entre Al Fatah y Hamás que por el momento está disuelta. Ahora, sin embargo, se habla de reconducir el diálogo nacional palestino para crear esa alianza de nuevo, y en mi modesta opinión eso tiene que ser, y será al fin y al cabo, el paradigma para la totalidad del mundo árabe. Porque hoy los regímenes conservadores, desde Casablanca hasta Egipto y más allá, funcionan bajo el paradigma del *zero zone game*. Sí, juego de la zona cero, o sea, que o yo o él. Ese es el modelo egipcio. Incluso en Marruecos hay un partido islamista más moderado que participa en las elecciones; el más radical no se presentó a las últimas. Pero aquí, el modelo egipcio es, a través de los sistemas de inteligencia, o yo o ellos. No sé si eso es sostenible a largo plazo, dado que la única alternativa real que existe en esa parte del mundo no está entre dictadura y democracia, sino entre las dictaduras laicas que existen en el mundo árabe y la democracia islámica. La elección libre, por fuerza, tal como ocurrió en Palestina y como hemos visto en Irak, o lo podríamos ver en Egipto, o en Argelia en su día con el FIS, es la única alternativa. El paradigma de Meca es intentar cooptar a través de coaliciones con el islam político. No todo el islam radical es Al Qaeda; Hamás, en mi opinión, no es Al Qaeda, sino un movimiento islamista nacionalista cuyo espacio es la lucha por los territorios, no el mundo, no el universo. De hecho hay, en principio, un *quid pro quo* con Hamás, pero no existe un *quid pro*

*quo* con Bin Laden. El *quid pro quo* con Bin Laden sería que todo el mundo se convirtiese al islam. O sea, no existe un *quid pro quo* asumible.

Claro que la ventaja de este débil, Bin Laden —Bin Laden como metáfora, si queréis—, es el hecho de que no tiene un Estado, y por lo tanto no cumple responsabilidades de Estado. En el pasado, para que una persona llena de cólera pudiera amenazar con su agenda la estabilidad internacional, era necesario que se apoderara de un Estado: Stalin, Hitler u otros son ejemplos de esto. Hoy no es necesario; mejor aún, es una ventaja no adueñarse de un Estado. Y es que en el momento en que te apoderas de un Estado entras en la lógica westfaliana, quieras o no quieras. ¿Cuántas veces Israel negoció con Siria la paz? Montones. Nunca se llegó a un acuerdo, pero eso no desencadenó una guerra. ¿Por qué? Porque el régimen, por radical que pueda ser, tiene una responsabilidad estatal, llamémosla westfaliana. Sin embargo, cada vez que se negoció con los palestinos y no llegamos a un acuerdo, entramos en una guerra. Porque el débil no tiene interés en una estabilidad que no conduce a la materialización de sus aspiraciones fundamentales. Ésa es la diferencia entre una negociación con Siria, tras bombardear una instalación supuestamente nuclear. Eso, si se hace contra Hamás, con tregua o sin ella, provoca una respuesta de Hamás; Siria no respondió. O sea, que esa es, creo yo, la ventaja. Y, además, no respondió siendo humillada, porque se trataba de una cierta humillación que incluso se tapó.

Países como Israel, Estados Unidos y otros elaboran una agenda de estabilidad, porque es importante también para la economía, para la prosperidad, el negocio, etcétera, y éstos no la tienen. Por lo cual siempre juegan con una ventaja importante.

Otro tema, si me permitís brevemente, es la cuestión de la debilidad del fuerte. Vemos la fortaleza del débil, pero también existe la debilidad del fuerte. Precisamente por la agenda pos-

moderna del fuerte, de un mundo globalizador, de la *high-tech*, del comercio libre, etcétera. Y lo digo con cuidado, porque no quiero insinuar con eso que el débil no tenga respeto por la vida humana; eso no es lo que estoy diciendo. Yo creo que la madre de la víctima débil es tan madre como la del soldado de la sociedad fuerte, pero la sociedad en estado de lucha y de combate tiene menos sensibilidad, o tiene más resistencia a la pérdida de vidas humanas.

El otro día Mubarak fue entrevistado durante una larga hora en la televisión israelí por un periodista israelí, que no paraba de preguntar cuándo pensaba el presidente que se produciría este intercambio entre Hamás e Israel por un soldado israelí, Gilad Shalit, que lleva ahí dos años. Y Mubarak intentó expresarlo por distintas vías: «¿Pero estáis locos?»; algo así decía: «¿Pero qué demonios estáis diciendo? No es más que un soldado, frente a toda una nación, un sistema político, la presión de las familias, la presión de la opinión popular. Estamos hablando de un intercambio que puede ser de mil por uno, ése puede ser al final el resultado, mil por uno». Ya no les digo lo que vamos a ver en el Líbano en breve: seguramente serán dos ataúdes israelíes por la cantidad que sea.

Hay que tener en cuenta ese equilibrio, y que el débil es muy consciente de su ventaja. No es un desprecio por la vida de sus propias víctimas, es que están dispuestos a ir hasta el final. Desde el momento en que se secuestró a Gilad Shalit hace dos años, la contabilidad de los muertos palestinos en Gaza, según algunos informes, llegaría hoy a 2.000. O sea, perdieron, por la ira desatada, en torno a 2.000 hombres, por no hablar del desastre humanitario, y al final a lo mejor liberan a 1.000 por un soldado.

Pero ése no es su modo de pensar. Su objetivo es doblegar al fuerte, exponer la debilidad del fuerte. Según Nashralla, cosa que Hamás e Irán asumen, Israel es como una telaraña: a nadie le gusta una araña, pero es muy fácil de doblegar y de destruir.

Es el país nuclear con el ejército más potente de Oriente Medio; ésa es la imagen que hoy existe en la zona.

Todo esto conlleva un cierto peligro: precisamente por la debilidad del fuerte, por la lógica de la guerra asimétrica. El fuerte no puede permitirse demasiados ataudes ni llegar a una victoria concluyente, así que puede sentirse en algún momento empujado a entrar en una lógica armagedoniana, de destrucción total, con su fuerza superior. El terrorismo suicida es el arma nuclear del débil, pero el fuerte no lo va a utilizar, precisamente por las características de su sociedad. Sin embargo, sí puede entrar, si su retaguardia es expuesta de una manera muy seria — cosa que puede ocurrir, de hecho se hablaba antes de la cantidad de misiles que la retaguardia israelí recibió —, en una lógica en la que tenga que elevar mucho el nivel de su respuesta, peligrosamente alto.

Así que, ¿cuál es la solución? Yo creo que ninguno de nosotros la tiene. Decía yo antes que Hamás no es un movimiento terrorista global, sino nacionalista islámico. Esto significa que la solución está ahí: políticamente hay que llegar a la idea de los Estados, aunque yo cada vez estoy más convencido de que esta idea está muriendo, porque se están perdiendo ventanas de oportunidad. Si esta vez se nos escapa, creo que entraremos en otros paradigmas. Ya que este movimiento débil es nacionalista, con unas exigencias territoriales históricamente legítimas, habrá que resolverlas. Y no va a poder hacerse por la fuerza del fuerte.

En lo que se refiere a la totalidad del mundo árabe, yo pienso, francamente, que tarde o temprano tendrán que llegar al paradigma de Meca: una cooptación de los islamistas. Si no, pueden desembocar en una guerra total entre éstos y los regímenes que gobiernan esas sociedades.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Muchas gracias. Me ha llamado la atención la historia de los agentes estatales y no estatales, que indica que a veces se tiende a enfrentar ese problema con «marginemos al indeseable», y a lo mejor lo que hay que hacer con el indeseable es situarlo en el poder para que deje de serlo.

Hemos estado en Oriente Medio y ahora nos venimos aquí, a España, y le damos la palabra a Javier de Lucas. Después nos vamos a América Latina.

JAVIER DE LUCAS

*Catedrático de Filosofía del Derecho y Filosofía Política,  
Universitat de Valencia*

Dentro de la mesa me correspondería hablar de esa línea que hay casi al final, que tiene que ver con la amenaza de los débiles como respuesta del Estado de las libertades ante la inmigración masiva. Es decir, yo voy a ocuparme del análisis de las políticas de inmigración, y sobre todo de los instrumentos jurídicos de política de inmigración en España y en la Unión Europea.

Shlomo recordaba ese tópico del arma nuclear de los débiles, y yo empiezo evocando entonces ese otro tópico, aún más viejo, de que la inmigración puede ser utilizada como bomba demográfica, y en ese sentido sería un recurso al alcance de los débiles para obtener algún tipo de equilibrio. Lo que pasa es que eso, esa presentación, por más provocadora y ajustada que sea, exige algunas matizaciones, porque deja fuera ciertos elementos importantes respecto a la inmigración.

Me tomaré sólo un minuto para recordar dos datos que todos tendrán en la cabeza, pero que me parece interesante refrescar. La Organización Internacional de las Migraciones

habla de unos 210 millones de inmigrantes en el sentido más amplio, incluidos refugiados y desplazados; en sentido estricto, de acuerdo con el informe de ACNUR que presentaba Guterres este mismo año, el de 2007, hablamos de 11,4 millones de refugiados.

Lo interesante, para romper algunos de los prejuicios que hay, es que de esos 11,4 millones de refugiados, el 47% aproximadamente proviene sólo de dos países: Afganistán e Irak. Afganistán, con unos 3.100.000 refugiados, e Irak con 2.300.000, obviamente no envían a la mayor parte de esos refugiados a Europa o Estados Unidos, sino que se quedan en los países limítrofes.

Respecto a los inmigrantes, de esos 198 millones de inmigrantes en sentido estricto, aproximadamente un 34% es el que llega a la Unión Europea, o mejor dicho, a Europa. Estamos hablando de unos 68 millones, que equivaldrían al 8,8% de la población europea.

Dicho eso, quizá para rebajar un poco algún prejuicio en torno a la presión migratoria, a mí lo que me interesa es, primero, recordar dos paradojas muy elementales sobre el discurso de la amenaza migratoria. Segundo, explicar por qué, a mi modo de ver (y tomo posición en ese sentido directamente), la respuesta del Estado de las libertades en los dos ámbitos más importantes está equivocada. Por un lado en el ámbito internacional y por otro lado en el ámbito interno. Es decir, para gestionar los movimientos y, de otra parte, para gestionar la presencia. Si no está equivocada sí es, por lo menos, una respuesta insuficiente, desde luego en el segundo plano, y contraproducente también en términos de seguridad en el primero.

Existen dos ejes en los que se fija esa respuesta en ambos contextos. No digo que no sean ejes importantes, pero son erróneos si están desequilibrados: son el securitario y el del beneficio económico. Naturalmente, nadie puede ignorar la importan-

cia del eje securitario ni, por supuesto, que el interés económico que hay en la gestión de la inmigración como un fenómeno económico-laboral es insoslayable. El error está en centrar la respuesta sólo en esos dos ejes, y sobre todo cuando se hace en detrimento de otros.

Porque la inmigración no es sólo una cuestión de seguridad y beneficio, es una cuestión de igualdad. Lo que hay en juego en la gestión de la inmigración, en el proyecto migratorio, es igualdad; y también libertad. El proyecto migratorio nunca es sólo un proyecto individual, pero en el ámbito individual y en la red social más inmediata, responde a algo tan elemental como la libertad de trazar el plan de vida o, al menos, de escapar del destino forzoso que impide construir la libertad del propio plan de vida.

Hay detrás también una discusión sobre la libertad de circulación. Y yo creo que, paradójicamente, la respuesta del Estado de las libertades y de los países de destino de los movimientos migratorios (y hablo sobre todo ahora de la Unión Europea) no facilita la libertad de circulación. Pero no hablo de la libertad de circulación en el sentido de la anarquía, con lo que algunos estigmatizan lo que en realidad es un derecho, sino en el sentido de una libertad sometida a reglas.

El tipo de reglas que nosotros emitimos en los dos ámbitos, el de ordenación de los flujos migratorios y el de la presencia interna, son reglas que fomentan precisamente la respuesta de enquistamiento, de inmigración irregular y clandestina. Estas reglas son funcionales, en buena medida, para el negocio del tráfico de seres humanos, en el que se basa ese tipo de movimiento clandestino. Creo que el error está precisamente en no abordar de una manera ordenada el tema. Insisto: la libertad, como cualquier derecho, exige reglas. No estoy apostando por una noción de libertad de circulación de fronteras abiertas; en absoluto. Lo que pido son reglas para circular, pero que permitan hacerlo libremente.



Eso exigiría, por ejemplo, un modelo como aquel por el que han apostado algunos de los informes más sensatos emitidos recientemente, por ejemplo el de Intermón Oxfam de este mismo año: «Puertas al mar, 2007». Este propone un modelo de inmigración circular apoyado, por ejemplo, en mecanismos como visados para búsqueda de trabajo y otras medidas que quizá, si a alguien le interesa, podríamos abordar en la discusión.

Hablaba antes de dos paradojas que creo que están detrás del discurso, de la mirada que contribuye a construir la inmigración como amenaza y como arma de los débiles, y al mismo tiempo como respuesta en términos de defensa frente a esa amenaza.

Y las paradojas son: la primera, una que señaló en su día Robert Castell y en la que Bauman ha insistido mucho, por ejemplo en textos como *El miedo líquido*: es la paradoja de que nosotros, que vivimos en las sociedades quizá más seguras que hayan existido jamás, somos, sin embargo, los más adictos a la mercancía de la protección contra el miedo y los que estamos más obsesionados con la venta de la seguridad.

Y la segunda paradoja, y ésta me parece más importante, es cómo se construye la identificación de los agentes de ese miedo y cómo se focaliza en torno a quienes en principio eran invisibles. La posición de los inmigrantes, una vez que llegan, era la de la presencia ausente, por utilizar un término de Abdelmalek Sayad. Ahora los visualizamos como invasión o como amenaza, y creo que en gran medida esa visión se debe erróneamente a efectos, diría, «perversos» de mensajes institucionales y de cierta presentación en los medios de comunicación. Estos mensajes contribuyen a presentarlos en esos términos de amenaza, de riesgo, en distintos órdenes: competencia desleal por un bien escaso, que es el trabajo y la Seguridad Social; disminución de los beneficios del estándar de vida; y competencia respecto a los servicios sociales. Cuando la respuesta fácil es otra —respuesta

fácil en términos de la coherencia, no de la decisión política—: la decisión de dotar de igualdad a los servicios sociales, incrementando las inversiones para todos aquellos que en realidad tienen derecho a ellos. Naturalmente, también está la amenaza en términos criminógenos: la inmigración como ejército de reserva de la delincuencia y como riesgo para la cohesión y la identidad cultural.

A mí lo que me interesaba en todo caso subrayar es lo que brevemente llamaría la «ceguera de los tácticos». Yo creo que el establecimiento de las prioridades de los Estados receptores de inmigración, de los Estados de libertades, peca de esa miopía tacticista que cree que la prioridad en el control de las fronteras permitirá un dominio unilateral y absoluto de los flujos, estrictamente funcional, respecto a los cálculos de beneficio que se supone que requiere la gestión del fenómeno migratorio; sin darse cuenta de que, primero, ése es un objetivo de imposible cumplimiento en un mundo globalizado y, segundo, es una respuesta unilateral. Insisto en que yo no digo que no tenga que haber un control de la irresponsabilidad, porque no me gustaría ser fácilmente malinterpretado con una demagogia. No hablo de abolición de fronteras ni de normas de regulación de los movimientos migratorios. Lo que creo es que el modelo estrictamente de contención, y de externalización de esa contención, primero, no funciona y, segundo, envía un mal mensaje que además no sirve para aprovechar las oportunidades de la inmigración, que naturalmente comporta riesgos enormes. Y es que todo fenómeno de esa importancia, todo fenómeno global, los comporta, pero también ofrece oportunidades para beneficio de todas las partes implicadas. Este modelo, centrado únicamente en el dominio unilateral, no lo hace posible.

Creo que tampoco es eficaz ni coherente la gestión de lo que constituiría una prioridad: la política de integración. Me parece que incluso en países con relativamente escasa experiencia, como es el nuestro, no se realiza en serio, porque no hay

unas políticas de integración suficientemente dotadas de aquello que es la integración en primer lugar: igualdad. La integración, si significa algo, es igualdad. Y naturalmente que supone también cohesión social, pero ése es un proceso de dos direcciones, como apuntaron tímidamente las recomendaciones de Tampere, que luego se han olvidado, y la mayor parte de los informes con indicadores sobre inmigración —ustedes conocen, seguramente, los informes del MIPEX, que se publican todos los años— son bastante contundentes a este respecto.

Y termino con un apunte con el que sé que me meto en un jardín, pero creo que para eso estoy también aquí. Se trata de un *test* en donde quizá se ha dirimido el juicio sobre la respuesta de los Estados de libertades al fenómeno migratorio del modo más reciente. Ya saben ustedes que me estoy refiriendo a la «Directiva sobre normas y procedimientos comunes para el retorno de los inmigrantes que residen ilegalmente en los Estados miembros de la Unión Europea», aprobada el pasado 18 de este mismo mes. Ya sé que ayer en sede parlamentaria se volvió a decir que buena parte de las críticas que se han hecho a esta directiva responden incluso a la mala fe, si no a la ignorancia, de quienes las enuncian. Yo creo que, sin descartar que haya críticos demagogos e ignorantes, como en todo, eso no hace justicia a la mayor parte de las opiniones, de organismos, asociaciones y movimientos tan poco sospechosos de radicalidad como el Consejo Europeo de la Abogacía, el Consejo General de la Abogacía Española o Jueces para la Democracia, por mencionar sólo tres.

Este instrumento manda un mensaje, a mi modo de ver, equivocado, y además perjudicial; es un tiro al pie en la Unión Europea. Porque contribuye a la estigmatización, a la criminalización de los indocumentados, que tiene como consecuencia, por ejemplo, con lo que dispone el artículo 16.4 del Convenio Europeo de Extradición, que a un inmigrante indocumentado se le trate peor que a un delincuente extracomunitario en cuanto al

régimen de internamiento (dicho sea de paso, éste es otro de los elementos discutibles). Sobre ese régimen de internamiento en los centros, muchos de ustedes conocerán el informe del STEPS Consulting Social, encargado, por cierto, por el Parlamento Europeo. Se trata de un análisis de 135 campos de internamiento en la Unión Europea. Es un dossier de 300 páginas en el que se concluye de manera muy contundente que esos centros de internamiento no se ajustan a los estándares mínimos del respeto a los derechos vigentes dentro del territorio de la Unión, empezando por el Convenio Europeo. Los europeos se niegan a firmar el estándar mínimo internacional, que es la Convención de 1990. Estados Unidos también. Buena pregunta: ¿por qué ninguno de los grandes Estados receptores de inmigración lo ha firmado? ¿Por qué se niegan los Estados de la Unión Europea a ratificar la Convención de 1990, que produce estándares mínimos?

La directiva incumple principios básicos del Estado de derecho, no sólo a mi juicio, sino al de quienes lo han argumentado jurídicamente; por ejemplo la no introducción de medidas como privación de libertad por las autoridades administrativas, y que estén sujetas a una arbitrariedad administrativa, sin un control jurisdiccional cauteloso, como procede. Respecto a los menores acompañados plantea los mismos problemas, y por supuesto en torno a los derechos fundamentales. Para qué hablar del tímido arreglo del 5 de junio sobre el derecho a la asistencia gratuita, que en realidad no se garantiza, por mucho que en algunas defensas de esa directiva, por ejemplo la que publicaron dos respetables políticos, el señor Guardáns y el señor Campuzano, hace unos pocos días, se asegure lo contrario. No es así. De manera que creo que es un mal paso y un mal ejemplo, un tiro al pie desde el punto de vista del tratamiento de la inmigración.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Sobre todo lo que has dicho, querido Javier de Lucas, venimos advirtiéndolo, sin que se nos escuche ni en el Pentágono ni en Bruselas; que la Unión Europea tenía dos opciones: la primera era ser coherente con lo mejor de su historia y convertirse en difusora de las libertades y los derechos. Su exportación tenía que ser básicamente ésa, exportar derechos y libertades, contagiarlos; y si no hacía eso terminaría importando esclavitudes.

Encaramos ahora la recta latinoamericana con la participación de Alejandro Urbina, director del diario *La Nación* de Costa Rica.

ALEJANDRO URBINA

*Director del diario La Nación, Costa Rica*

Buenas tardes. Quiero referirme a la frase del párrafo que habla de las tensiones resultantes de la desigualdad como fuente inagotable de conflictos.

La situación social en Centroamérica no sólo no escapa al recrudecimiento mundial de la violencia, sino que la ejemplifica. Por diversas razones, la seguridad en todos los países del istmo es hoy peor que hace quince años, pese al crecimiento económico razonable que se ha producido durante el mismo período. Las estadísticas recopiladas, aún no publicadas, por el programa de estado de la nación que patrocina Naciones Unidas señalan una tasa de homicidios dolosos de 56 por cada 100.000 habitantes en El Salvador, de 45 en Guatemala, de 42 en Honduras, de 13 en Nicaragua, de 11 en Panamá y de 8 en Costa Rica. El ingreso per cápita, en términos de paridad del poder adquisitivo, varía desde 2.600 dólares anuales en Nicaragua a 10.300 en Panamá y Costa Rica, cuatro veces más.

Las implicaciones económicas del desarrollo regional de este lamentable estado de violencia y las posibles causas de esta situación las recopila el informe de las Naciones Unidas, «Crimen y desarrollo en Centroamérica», de mayo de 2007. Además de señalar nuestra posición geográfica como fuente de inseguridad, justo en medio de los grandes consumidores y productores de droga, el informe apunta a la desigualdad en los ingresos como otra posible causa. En el mismo resumen se nos dice que, aunque los países de la región no son ricos, los estudios de correlación han encontrado que la distribución de la riqueza en una sociedad es actualmente más significativa como indicador del nivel de violencia que la simple pobreza.

Aunque mi país cuente con la menor tasa de homicidios dolosos de la región, desgraciadamente la cifra se ha duplicado en los últimos veinte años. Durante ese mismo período, desafortunadamente, por diversas razones también se deterioró la distribución de la riqueza en Costa Rica. Nunca fuimos la Suiza centroamericana, pero hoy estamos aún más lejos. A principios de los ochenta el país reflejaba un coeficiente de Gini de menos del 0,4%, y ahora casi alcanza el 0,5%. Los científicos sociales Carranza y Solana determinaron una correlación significativa entre homicidios culposos y desigualdad, con una  $r^2$  de 0,73. O sea, no sé si ésta es la causa, pero sí hay correlación.

Las acciones para mejorar la situación de seguridad en nuestros países deberán ser comprensivas y requerirán de la cooperación internacional, sobre todo en cuanto a los resultados del tráfico de drogas. Sin embargo, respecto a la desigualdad, la responsabilidad de remediar esta situación es enteramente local.

Con la actual escalada en los precios de los alimentos se impone mejorar cuanto antes nuestros sistemas redistributivos de riqueza. El impacto en el crecimiento de los precios está golpeando, precisamente, a la población con menores ingresos. En muy corto plazo la distribución de la riqueza en nuestros países

empeorará aún más, y como hemos visto, con este deterioro se agravarán la seguridad y la violencia social.

Quisiera proponer como respuesta pragmática a la desigualdad en nuestros países, pero especialmente en Costa Rica, una revisión del sistema social y su financiamiento. Aunque probablemente nuestros países requieran de reformas fiscales con criterios más progresivos de redistribución, la viabilidad política ha sido poca en los últimos años. No parece posible modificar esta situación a corto plazo.

Hace más de cincuenta años Costa Rica estableció un sistema de Seguridad Social, salud pública y pensiones, que ha permitido que nuestra población alcance niveles sociales estadísticos comparables con los de países desarrollados. En particular, la expectativa de vida en Costa Rica supera los ochenta años para las mujeres, aunque los hombres no estamos muy por debajo, con setenta y cinco. Durante estas décadas el sistema se ha financiado esencialmente con impuestos al salario. Actualmente todos los trabajadores contribuimos con el 29% de nuestros salarios a la Seguridad Social y a los programas conexos. El sistema funciona como un *flat tax*, sin ninguna exoneración salarial de estas cargas sociales. La Seguridad Social en Costa Rica la pagamos proporcionalmente todos por igual. Para los de menores ingresos, contribuir con casi un tercio de su salario a estos programas resulta excesivo y fomenta la informalidad. Por estas condiciones, la Seguridad Social aún, en Costa Rica, abarca únicamente al 60% de la población económicamente activa. No tengo cifras de cobertura en los países vecinos, pero me atrevería a sugerir que es aún menor.

Una importante parte de los trabajadores no cubiertos por la Seguridad Social son los inmigrantes. El estímulo para este grupo de las altas cotizaciones de permanecer en el sector informal es aún mayor. Pocos inmigrantes llegan a disfrutar de una pensión estatal, aunque todos, coticen o no, reciben atención médica en el sistema de salud. Así, el impuesto salarial de cotizaciones

al seguro social, además, fomenta la informalidad entre los inmigrantes, con las perniciosas consecuencias para los trabajadores que compiten en condiciones desfavorables con los extranjeros.

Una solución relativamente sencilla sería establecer un monto mínimo exento de cargas sociales y compensar la baja en los ingresos con incrementos en las cuotas gravadas. Sea con un mínimo exento o con otras propuestas redistributivas, los sistemas de Seguridad Social requieren revisión, pues en muchos países se crearon bajo ciertas condiciones y nunca se ajustaron a las nuevas realidades. Por cierto, hemos visto cómo Obama ha propuesto aumentar el ingreso máximo sujeto al impuesto del salario, buscando también una revisión del sistema de Seguridad Social en Estados Unidos. El coeficiente de Gini para Estados Unidos, 40,8%, lo posiciona como el único con una cifra superior al 40% entre los primeros veinte países con mejor desarrollo humano.

Evidentemente, el crecimiento económico de las últimas dos décadas, producto de la apertura y del comercio internacional, no ha mojado a todos por igual. Aunque fuese sólo por interés propio, económico y físico, las clases más pudientes de nuestras sociedades, que normalmente manejan también la política, deben apoyar las reformas necesarias para revertir estas tendencias. Muchas gracias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Muchas gracias, Alejandro. Creo que al final has hecho un llamamiento para que termine la ceguera de los tácticos, entre los cuales están las clases pudientes a las que has aludido de manera contundente. La última intervención de esta primera parte es de Gerardo Reyes, reportero para América Latina de *El Nuevo Herald*.



GERARDO REYES

*Reportero para América Latina de El Nuevo Herald, Colombia*

Hace unos días, como jurado de un premio de periodismo de investigación, tuve la oportunidad de leer una laboriosa — se la recomiendo— investigación del periódico *O Globo* de Brasil, que publicó a mediados del año pasado, y en la que demostró que en los cerros de Río de Janeiro han desaparecido más personas en la última década que durante los veintidós años de dictadura militar. Según la publicación, en estas favelas de esta importante ciudad han desaparecido impunemente más de 7.000 personas, mientras que en el régimen militar fueron 136.

Éstos son algunos de los artículos publicados en esa extraordinaria serie, bajo el título «Los brasileros que aún viven en dictadura». Están dedicados a demostrar cómo estas villas de miseria sobreviven al narcotráfico, a las mafias y a las persecuciones de la policía. Y lo hacen con un planteamiento muy interesante: se cuestionan cómo en medio de este país, que continuamente se está presentando como el gran ejemplo de América Latina, sobreviven estas repúblicas independientes. Son Estados aparte y desafiantes donde la gente no tiene derecho de locomoción, porque hay zonas donde no se pueden mover; no hay derecho a la vida, por supuesto, porque hay torturas y desapariciones; e incluso los narcotraficantes controlan hasta la música que escuchan las personas que viven en esos centros de miseria. Son barrios que, como cualquier país, tienen exiliados que cuentan historias de un día que les tocó irse, porque al matón de la esquina se le ocurrió que había un ultimátum contra ellos.

Creo que los reporteros del diario *El Nacional*, o los de Colombia, podrían trepar a estos cerros de sus países y contar casos similares. Aludo a las historias de estas repúblicas montañosas independientes para introducir lo que es el poder de la combustión de la pobreza en América Latina, acogiéndome a la acertada metáfora que ustedes han escogido para este foro: a la luz

de la combustión, para estar a tono con un mundo en el que casi todo es combustible.

Con el perdón de los historiadores y economistas que están acá, y consciente de que yo soy periodista, vivo de los hechos y de las impresiones, todo esto lo planteo para hacer mi hipótesis original. Y es que en medio de la celebración del crecimiento de América Latina, la pobreza continúa siendo el factor más inflamable y desestabilizador de sus democracias; es el combustible que más ha tirado del tren de la historia de los últimos años en la región.

Los economistas que sostienen que la pobreza no es necesariamente un estorbo del progreso o del crecimiento económico podrán sentir reforzada esa teoría al leer que la región ha crecido un promedio del 5,6% entre los años 2002 y 2006. Pero esas cifras, así, sumadas al aumento del PIB, no le quitan indecencia a las estadísticas de la pobreza en América Latina. En la región hay 194 millones de personas pobres, de las cuales 71 millones son indigentes, según CEPAL. Resulta que casi el 50% de la población vive en la miseria. Y esta cifra podría aumentar mucho más si continúa el ritmo de crecimiento de la inflación y de los precios del petróleo en un 15%, lo que daría un total de 15,7 millones más de latinoamericanos que caerían en la indigencia el próximo año. Hablamos de 15 millones tan fácilmente; pero es para que ustedes se hagan una idea de ese poder inflamable.

Decía entonces que, para bien o para mal, la conflagración de la pobreza ha avivado más que cualquier otra la historia reciente de América Latina. Los presidentes de Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Bolivia y Paraguay llegaron al gobierno a hombros de los pobres, o con su respaldo. Otro que se quedó en el camino, pero que alcanzó a entrar en las encuestas en su carrera presidencial, es Ollanta Humala, el ex teniente indigenista del Perú, que promovía en su plataforma nacionalista para la presidencia una guerra contra la casta blanca opresora de la minoría

cobrizas. Decía, entonces, que Chávez, Morales y Correa y Ortega, de Nicaragua, llegaron al poder y hoy gobiernan bajo el discurso del desquite; un discurso que pregona el castigo de la clase empresarial, los políticos y los gringos como condición para salir de los escombros en que, según ellos, quedó el país por culpa de estos tres factores.

No tenemos que especular mucho sobre qué se está cocinando en ese caldo. En su libro *El fin de la pobreza*, el profesor de la Universidad de Columbia, Jeffrey Sachs, afirma que según un análisis de la CIA, en los Estados fracasados políticamente entre 1957 y 1994, uno de los factores de dicho fracaso fue la mortalidad infantil, consecuencia directa de la pobreza. Decía él: «Sean los terroristas ricos, pobres o de clase media, sus áreas de movimiento o bases de operaciones son ciudades inestables sitiadas por la pobreza, el desempleo, el rápido crecimiento de la población, el hambre y la falta de esperanza».

No sólo por ser tan reiteradas estas amenazas, sino por el desafío que representan para el poder económico, esta germinación espontánea de líderes justicieros tiene muy nerviosos a los grandes magnates de América Latina, que entre otras cosas poseen el vacilante orgullo de tener al hombre más rico del mundo entre los suyos: Carlos Slim, el gran magnate de las telecomunicaciones. Digo el «vacilante orgullo» porque estos señores son los iconos de la concentración de la riqueza en una región con la mayor disparidad de ingresos en el mundo, seguida de un primer grupo de países de África y de la segunda generación de países de reciente industrialización de Asia oriental. ¿Están haciendo algo estos señores por cerrar esa brecha? Yo creo que sí, pero es porque se sienten de esa manera. Ustedes saben ya, por ejemplo, que a la familia Cisneros, en Venezuela, que durante cuarenta años tuvo acceso al poder, se le han cerrado esas puertas con la llegada del presidente Chávez. Fue justamente Slim el que se puso al frente de esta preocupa-

ción y empezó a organizar unas curiosas reuniones a puerta cerrada, sin micrófonos ni cámaras, donde los magnates de América Latina hablaban del problema de la pobreza. Lo hizo entusiasmado por Felipe González, uno de los hombres que está en su nómina de asesores, y que según la crónica del encuentro ha dicho en diferentes ocasiones que el progreso no es posible si no va de la mano de la equidad y la distribución justa de los ingresos de un país. González dice que ningún país emergente se convirtió en país central —y España no es una excepción— sin realizar la liberación comercial con equidad social y distribución de renta.

Slim lo había entendido de una manera más pragmática: «Hay que acabar con la pobreza para fortalecer los mercados; esto no es caridad». Estas reuniones se han ido llevando a cabo con la participación de los herederos, los hijos de estos señores, que parecen algo más sensibles al problema de cómo responder ante eso a través de un frente de batalla que tiene un efecto directo, según los expertos: el trabajo de la filantropía. Los especialistas consideran que los aportes directos de la filantropía ejercen un efecto inmediato sobre la pobreza y operan mucho más rápido que las inversiones sociales del Estado.

Dispénsenme un momento por hacer una referencia personal: he dedicado parte de mi trabajo periodístico estos años a seguir estas fortunas en América Latina. Escribí un libro, *Los dueños de América Latina*, sobre uno de los hombres más ricos de Colombia, y reuní a periodistas latinoamericanos para contarle a la gente quiénes son este tipo de personas y cómo amasaron sus fortunas. Menciono esto para decir lo siguiente: cuando hicimos ese trabajo llegamos a algunas conclusiones; sin embargo, nuestro principal objetivo era, como les digo, mostrar cómo hicieron estas fortunas estos señores, y nos dimos cuenta de que la filantropía no era su fuerte, que hasta ahora esa opción de generosidad estaba saliendo de un largo período de mezquindad, diría yo, si no de tacañería.

Cuando se revisan los programas sociales de los quince personajes más acaudalados de América Latina en sus páginas de Internet, una de las pocas fuentes disponibles, porque en estos conglomerados tanto la generosidad como la tacañería son secretas, encontramos que los fondos destinados a estos programas no superan el 3% del total de sus fortunas, que podrían alcanzar los 120.000 millones de dólares. Lo cierto es que estos promedios no le llegan ni a los talones a los aportes que han hecho, por ejemplo, Bill Gates o Buffet en Estados Unidos. En marzo de 2007 —como les digo, sigo muy de cerca esto, y quería saber qué opinan los latinoamericanos cuando se enfrentan a esa fórmula de generosidad— encontré que un periodista en México le preguntó a Slim, si a raíz de que Bill Gates había donado gran parte de su fortuna a causas sociales estaba pensando en hacer lo mismo. Y escuchen lo que respondió: «Yo creo que el empresario, por su experiencia, su vocación, sus talentos, etcétera, es una persona que debe participar en resolver los problemas, pero, más que dando, haciendo». Entonces, el concepto de esto es más hacer y resolver que dar, y no andar de Santa Claus por todos lados.

Hay otros magnates que consideran que ellos están cumpliendo con la sociedad a través del pago de millones de dólares en impuestos y la generación de miles de empleos en sus empresas. Uno de ellos es uno de Colombia que ha dicho: «Yo soy el mayor aportante de impuestos, y creo que con eso estoy cumpliendo; no me pidan más obras de filantropía».

Pero el poder de la pobreza, no quiero dejar escapar esto, no es solamente sedicioso para el establecimiento. Los pobres de América Latina mantienen a flote las economías de sus países desde antes de que China apareciera a comprar materias primas. Es algo así como el *outsourcing* de la pobreza: millones de desempleados de estos países están enviando un promedio de 65.000 millones de dólares desde Estados Unidos y Europa para mantener las economías que los marginaron

y que los forzaron a salir de sus propios países. Es una rabiosa ironía.

Quisiera terminar con una pregunta, porque nosotros los periodistas también nos tenemos que mirar frente a este espejo. ¿Por qué, si este asunto es tan grave, no hay una sensación de urgencia en nuestros países sobre el problema de la pobreza? He encontrado que lo que pasa es que la pobreza no es noticia, no produce titulares. Esto me ayudó a respaldarlo una encuesta de la Fundación Adenauer. Konrad Adenauer canalizó 2.853 notas de veintiún diarios de América Latina y concluyó que «ni siquiera el 1% de ellas trataban sobre la pobreza». Sería otro capítulo de discusión el porqué no es noticia la pobreza, pero no tenemos tiempo para eso.

Para concluir, decir que a los ricos y a los periodistas nos sorprende cómo van surgiendo de este mar de desigualdad y de concentración de la riqueza líderes comunitarios, en principio ignorados (ex militares, indígenas, nacionalistas, sacerdotes y guerrilleros), que empiezan a aparecer como redentores de la desgracia y la incredulidad, entre 194 millones de personas que sobreviven con menos de un dólar al día, y que la única altura que han ganado en la sociedad es la de los cerros donde viven.

Muchas gracias.

FRANCISCO C. BASTERRA

*Director de CNN+*

Quiero plantear no sé si una pregunta o una reflexión sobre lo que ha dicho Shlomo Ben Ami, que me ha interesado muchísimo y me ha mantenido absolutamente en vilo. En mi opinión, lo que ha construido con lucidez es una lección de *Realpolitik*. Me ha parecido muy impresionante que, al referirse a la asimetría entre la fortaleza de los débiles y la debilidad de los fuertes,

haya dicho que ante esa asimetría, un Estado como Israel podría escalar perfectamente hacia el Armagedon y utilizar la fuerza nuclear que tiene contra los que tiran esos cohetes artesanales, que causan daños, evidentemente. Ha hablado de las V-1 y las V-2, que cuantitativamente serían las mismas, pero provocaron muchos más muertos en Londres, seguro, que los cohetes que recibieron los israelíes desde el Líbano. En esa asimetría respondida con la escalada al máximo, el fuerte, en esa debilidad, echaría mano del poder nuclear; eso es lo que he querido entender.

Me ha parecido que lo ha dicho con una naturalidad enorme, y me ha resultado muy interesante. Quiero pensar que, como ex ministro de Asuntos Exteriores, conoce su gobierno y el *establishment* de Israel, de lo que se deduce que esa idea puede permanecer en la cabeza de la gente que esté ahora liderando ese país.

Quiero enlazar eso con las maniobras que han hecho en los últimos días cien cazabombarderos israelíes sobre el Mediterráneo oriental, más o menos. Lo hemos sabido por informaciones periodísticas, en las que se ha hablado de que estaban reabasteciéndose en vuelo para una posible penetración en Irán, o un ataque preventivo sobre instalaciones nucleares iraníes. Quisiera saber su reflexión sobre este asunto.

También sobre el último viaje ya del gobierno Bush, a quien le quedan muy pocos meses hasta que en enero tome posesión el nuevo presidente norteamericano, sea Obama o sea McCain; está dando sus últimos estertores. Bush ha pasado por Israel en una despedida. Se ha llegado a comentar entre algunos analistas norteamericanos, gente seria, que Bush hubiera hecho un *outsourcing* o una subcontratación de Israel en estos últimos meses, para emprender un ataque preventivo contra instalaciones iraníes.

Y quería saber cuál era la opinión de Shlomo Ben Ami sobre todo este tema.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Primero, decir que no estoy hablando con conocimiento de causa sobre algún plan que pueda existir o no. Francamente, me gustaría que este tipo de reflexiones no se consideraran más que opiniones de un analista que tiene, desde luego, un cierto conocimiento, pero que no asiste a consejos internos actualmente, y que sabiendo precisamente por esta precisión que este tipo de debates mantienen lo que se llama en Inglaterra *chat and house rules*, debemos evitar malinterpretaciones. Precisamente por eso, porque no es más que una reflexión, no quiero que salga en la prensa diciendo: «El ex ministro dijo que...», y entonces ya se convierte en algo oficial.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Aquí funciona al revés: para que algo se publique debe estar prohibido. Pero si algo se produce de manera abierta, puedes tener la garantía del silencio total.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Yo diría lo siguiente: Israel, en lo que se refiere a las guerras que ha habido en la zona, salió de ellas algo mimado, en el sentido de que su población civil fue totalmente inmune a ataques; hasta ahora. Eso ocurrió precisamente porque tuvo la capacidad de trabajar bajo el paradigma clausewitziano de atacar al enemigo,



o sea, que la filosofía fue siempre no de defensa defensiva, sino de defensa ofensiva, y tuvo éxitos en 1948, en 1956, en 1967 e incluso en 1973. Pero el débil cambió las reglas del juego, porque no necesita F-16. Si el débil tuviera F-16 sería muy fácil para los F-16 israelíes, porque mantienen, digamos, una superioridad técnica. El débil cambió las reglas de juego y entró en las armas más primitivas posibles. El Kasam: cuanto más primitivo es el armamento, más difícil resulta de combatir por una fuerza superior. En la guerra del Líbano, en los primeros veinte minutos de la guerra, en 2006, Israel destruyó todos los misiles de largo alcance de Hezbolá; todos en veinte minutos. ¿Por qué? Porque eran los misiles más sofisticados. Pero cuando lo que tienes es un señor que pone un Katiusha sobre un burro y le añade un sistema de relojería y demás no hay nada que se pueda hacer, y de esos llegaron miles y miles a la población civil.

Ahora, imagínese una guerra contra Siria donde la única manera que los sirios puedan luchar contra Israel —precisamente por la superioridad tecnológica y el plan de guerras de manobra— sea atacando a la población civil, o con armas convencionales o con armas químicas. Quiero destacar que Israel, en 1993, propuso a los países de la zona entrar en un acuerdo global sobre la prohibición de armas químicas. Los países de la zona lo rechazaron, y se entiende la lógica. «Israel no va a utilizar armas químicas, que son la munición nuclear de los pobres, con lo cual le conviene que nosotros no las tengamos». Así sólo habría un arma de destrucción masiva en manos de Israel. Pero lo que quiere decir es que hay armas químicas, y un régimen como el de Baaz, o posiblemente otro, podría utilizarlas contra el Estado de Israel.

Quiero darles una panorámica lo más precisa posible. Israel es un país minúsculo, de 20.000 kilómetros cuadrados. La gente que normalmente no conoce el tema piensa que los territorios ocupados tienen la extensión del Sáhara, pero abarcan 5.000 kilómetros cuadrados. O sea, con los territorios ocupados, Israel ocupa unos 25.000 kilómetros cuadrados. Eso es importante en

términos de vulnerabilidad. Y más aún: en algún sentido Israel es un Estado ciudad, es como Singapur. La mayor parte de la población se concentra entre el norte y Tel Aviv. Y ésa es, por cierto, la razón de que Hezbolá, pudiendo haber bombardeado Tel Aviv en un momento dado, no lo hiciera. No lo hizo porque sabía que supondría un cambio estratégico. No sería ya un golpe táctico, sino un cambio estratégico que podía desencadenar una respuesta brutal.

Así que, francamente, yo pienso que en una situación en la que 10.000, 20.000, 30.000 israelíes mueren —a pesar de que no se para de hablar de guerras en las que Israel está involucrado, desde 1948 hasta hoy, ése es más o menos el número de víctimas israelíes, 30.000, no más, entre comillas—, uno puede pensar que en sesenta años de guerra ha perdido centenares de miles. La parte árabe perdió mucho más, pero aquí entramos en la asimetría hacia la vida, porque el régimen lo ve de otra manera. Una situación de esa naturaleza puede llevar a pensamientos sobre cómo parar esto; si no somos capaces de parar estos misiles y la destrucción de la población israelí, significaría para un Estado como Israel la pérdida del poder de disuasión, y el poder de disuasión es vital. Un Irán con arma nuclear, una Siria capaz de destruir al principio de una guerra gran parte de la población de Tel Aviv significarían, en muchos sentidos dentro de la mentalidad israelí —y hay que verlo siempre desde la mentalidad del otro— que toda la idea de un Estado judío como refugio después del Holocausto se ha colapsado. Así lo ven los israelíes. La idea constituyente del Estado judío es tener un Estado relativamente seguro donde se supera el trauma de la historia judía. Según un sondeo que se publicó no hace mucho, el mero hecho de que los iraníes pudieran tener un arma nuclear, sin utilizarla, llevaría a una salida de muchos israelíes del país. El sondeo preguntaba: «¿Qué haría usted si Irán tuviera un arma nuclear?», y muchos respondieron que saldrían del país. Además, Israel perdería su capacidad de negociación con las

partes árabes, pues ninguna le haría concesiones sabiendo que el Estado judío está bajo amenaza nuclear.

En la prensa israelí no pocos dicen que a lo mejor el momento de atacar es antes de que Obama llegue. La maniobra que se hizo a 1.500 kilómetros de las costas israelíes, yo creo que era más que nada parte de una guerra psicológica, para ejercer presión sobre los iraníes y demostrar nuestra seriedad en esta materia. Yo tengo mis dudas de que exista una solución técnicamente hermética contra las instalaciones nucleares iraníes. A lo mejor, la única posibilidad sería combinar un ataque aéreo con una presencia terrestre, que es muy complicada, y que tendría que ver con fuerzas de comando, no con una invasión estilo Irak; una combinación de las dos cosas. Pero eso sería desencadenar también un conflicto regional de largo alcance.

Piense usted lo que está haciendo Israel por un soldado, Gilad Shalit: toda la agenda pública y política gira en torno a una figura, personalmente para el país sin gran importancia —para su familia, desde luego sí—, pero que ha generado un enloquecimiento total. Hay muchos en el país que piensan que no hay que pagar el precio que Hezbolá quiere por ese soldado; sin olvidar que hay dos ataúdes también en el Líbano. Muchos creen que no se debe pagar por esos dos ataúdes, porque Samir Kuntar, el prisionero que Hezbolá quiere, está ahí para que nos den información sobre un piloto desaparecido hace veinte años, Ron Arad. O sea, que si esa es la sensibilidad que existe, si murieran 30.000 o 40.000 personas en ataques masivos no quiero ni pensar hasta dónde se podría elevar el nivel de sensibilidad.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Muchas gracias. Dos cuestiones a continuación de lo que acaba de explicar con gran lucidez y pasión, como siempre, Shlomo.

Cuando yo acudí a Israel, y me parece que tú estabas allí de ministro invitado...

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Eso es cuando yo hacía propaganda.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Me impresionó lo manifiesto del poder de Israel, su fuerza, su superioridad. Pero al mismo tiempo es un país que vive bajo el vértigo de la extinción, cada día amanece y tienen la idea de que pueden extinguirse. Ésta es una percepción psicológica que yo tuve con toda claridad. Luego, recomiendo la lectura del volumen que recoge las discusiones del año pasado, porque hay todo un capítulo sobre lo que llamábamos el agotamiento de la disuasión convencional.

CORONEL JOSÉ LUIS CASERO

*Jefe de estudios de la Academia de Infantería de Toledo*

Hemos hablado del combustible de la pobreza, de la inmigración, de la desigualdad y otros tantos débiles, que está claro que así pueden ser considerados por todos. Yo quería preguntar, en primer lugar, en el ámbito nacional, qué opina Javier de Lucas como representante español del posible combustible de los nacionalismos. Si quiere opinar algo Shlomo Ben Ami desde luego tiene, pienso, grandes fundamentos para hablar de ello. Gracias.

JAVIER DE LUCAS

*Catedrático de Filosofía del Derecho y Filosofía Política,  
Universitat de Valencia*

No tengo ninguna competencia especial para hablar del combustible de los nacionalismos. Lo único que puedo dar es una opinión como la de cualquier otro. Me parece que lo primero en lo que hay que insistir es en que los nacionalismos son todos, periféricos o no periféricos. El combustible de los nacionalismos entra, o puede entrar, como elemento de implosión, y puede ser un factor peligroso en el momento en que deviene en exigencia inexorable del reconocimiento, mejor dicho, de la aceptación por imposición de un proyecto político distinto que cuestiona las reglas del juego. Me da igual cuál sea la instancia que proyecta esa exigencia. Hasta ahí, desde luego, yo creo que la norma está clara. Otra cosa es el reconocimiento de la dimensión identitaria cultural del pluralismo, que es una de las fuerzas de todas las ideologías nacionalistas, y al mismo tiempo la capacidad de reconocimiento y de sustitución que tiene cuando fracasan otras instancias de cohesión. Me parece también importante dejar claro, o sugerir, sobre la mesa, que eso desempeña una función real. Es decir, es importante la fuerza que tiene la apelación a los mecanismos de reconocimiento del propio sujeto, y no hablo de hipóstasis colectivas; eso es lo que me parece más relevante, y frecuentemente minusvalorado en la discusión. Pero intento subrayar, no sé si con acierto, que creo que es una dimensión completamente separable, a mi juicio, aunque sirva como coartada, de los proyectos impulsados por el afán de reconocimiento de una identidad política en el ámbito estatal, monoestatal, y que pasan por encima del respeto a las reglas del juego. A ese respecto me parece que la respuesta tiene que ser clarísima: el respeto del imperio de la ley y del Estado de derecho, sin ningún tipo de catastrofismo; simplemente, el respeto en condiciones de igualdad.

Pero, claro, es una respuesta absolutamente banal. No soy ningún experto en ese tema.

**SHLOMO BEN AMI**

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Un minuto. Yo creo que hay, no obstante, que reconocer que Israel, hasta el momento, se comportó de una forma bastante responsable en la cuestión nuclear. De ahí la preocupación por el cambio de las reglas de juego. La estrategia israelí se basó siempre en no ser nunca los primeros en introducir el arma nuclear en la zona. Claro que aquí hay una especie de doble sentido. O sea, ¿introducir significa tenerla, usarla, emplearla? En principio Israel percibe su estrategia de ambigüedad nuclear como un éxito extraordinario, porque ha conseguido llegar a una paz con Egipto. Lo ha hecho sin entrar en el NPT, en el Acuerdo de No Proliferación. También lo ha logrado con Jordania, y podría conseguir, si se negocia de una forma seria por ambas partes, incluso una paz con Siria.

En 1973, por ejemplo, en la guerra del Yom Kipur, cuando Israel fue atacada, Dayan, ese símbolo sexual israelí de aquellos años, le dijo a Golda Meir: «Golda, esto es el fin del Tercer Templo». El tercer templo significa la tercera soberanía judía; la primera fue destruida por los babilonios, la segunda por los romanos, y ahora era la tercera, era el fin. Con eso él quería decir que a lo mejor hay que pasar a una nueva etapa. Y Golda Meir no perdió los nervios, el que perdió los nervios fue él.

Lean con cuidado el gran número de libros de memorias que Peres tiene, porque es como la enciclopedia soviética, cada vez escribe el pasado de otra manera. En uno de sus libros cuenta que en 1967 él hizo una propuesta para evitar la guerra. Su sugerencia era hacer un ensayo para impedir el conflicto. Y

se decidió no hacerlo. O sea, que Israel siempre, en ese sentido, se ha comportado de una forma muy, muy responsable.

Es importante destacarlo, porque en el momento en que no se comporte así yo creo que perderá la capacidad de frenar la proliferación en toda la región. Porque, a fin de cuentas, la alternativa real hoy no es si Irán tendrá la bomba nuclear o no, sino si Israel puede mantener por largo tiempo su monopolio. Yo me temo que no, y que la alternativa real está entre la desnuclearización para todos o la nuclearización o proliferación incontrolada.

Miren ustedes el respeto que los egipcios tenían por el sentido de responsabilidad israelí. Egipto fue siempre el país que más luchó internacionalmente contra la nuclearización israelí, exigiendo a Israel que entrara en el NPT, pero nunca decidieron entrar ellos en el espacio nuclear. Comienzan a hacerlo ahora por primera vez, pero no como respuesta a Israel, sino a Irán. O sea, entienden que Israel puede ser una amenaza ideológica, pero no es una amenaza existencial para el mundo árabe. Irán es otro asunto. Así que, ahora, si Israel de repente entra en esa etapa pierde la capacidad de que los países árabes puedan, de alguna manera, frenar la nuclearización.

La cuestión del combustible. Yo creo que estamos en una era paradójica. Por una parte ahí está la globalización, que crea supuestamente sociedades homogéneas, la globalización en su sentido no sólo económico, sino cultural, el libre comercio, las series de televisión americanas, este agujero negro de los medios de comunicación que llegan a todas partes, la revolución informática. Teóricamente todo eso tendría que crear un mundo homogéneo, pero al mismo tiempo tenemos todo lo contrario, o sea, una caída en la cultura de la tribu en todas partes.

Hemos vivido setenta años de régimen soviético y cuando se cayó, ¿qué es lo que permaneció? La religión y el nacionalismo. Y volvemos a la madre Rusia. El propio Stalin, por cierto, condujo la Segunda Guerra Mundial y la llamó la guerra

patriótica —no se le ocurrió llamarla guerra revolucionaria—, acudiendo a los mitos más profundos de la madre Rusia.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Oye, y rehabilitando al patriarca de Moscú.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Sí, es todo religión. Estuve el otro día con un grupo de abjazios, porque Abjazia es el modelo a seguir en la cuestión de Kosovo, ya que los rusos se oponen a la independencia de Kosovo por razones estratégicas, pero son favorables a la de Abjazia. ¿Sabéis cuántas personas viven en Abjazia? 300.000. O sea, es un territorio minúsculo, y ahí estalla el conflicto contra Georgia. Otro ejemplo es Chechenia, en la propia Federación Rusa, y los nacionalismos regionales en Europa.

Yo creo que el nacionalismo y la religión son los últimos «ismos» que todavía siguen batallando. El liberalismo no es un dogma, el comunismo cayó, el socialismo... En fin, los únicos socialistas de verdad que existen hoy están en las iglesias, en las mezquitas y en las sinagogas, y son los que distribuyen a los pobres. Los demás todos somos «más o menos», como decía Felipe González. Y es que hay libre comercio, los socialistas han matado al padre Marx, le han asesinado, y hoy todos son más o menos liberales, más duros, menos duros. Pero lo que sí queda es la religión y el nacionalismo.

Cuando uno ve lo que son los países balcánicos, de verdad no entiende por qué entre gente que iba a los mismos colegios,



trabajaba en los mismos talleres, leía la misma poesía, tenía historias con las mismas chicas, etcétera, al final, ¡bum!, estalla la guerra. Freud tenía una expresión al respecto sobre lo que él llamaba el narcisismo de las pequeñas diferencias, *the narcissism of minor differences*.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Sobre eso ha escrito muy bien, como tú sabes, Michael Ignatieff, en su libro *El honor del guerrero*, que es de obligada lectura.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Es fantástico. Le deseo todo lo mejor, aunque es del partido liberal.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

No, pero ibas bien. Continúa.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Suelo tener cuidado de no meterme con los problemas españoles. Una vez me preguntó Arzallus, cuando yo estaba aquí

de embajador: «¿Cuál es vuestro secreto, el del hebreo, el del renacimiento del hebreo?». Él quería ver el símil con los vascos. Le dije: «La diferencia es que nosotros no tenemos un idioma común».

O sea, vosotros tenéis un idioma común que es el español. No obstante, yo creo que eso de mantener la pequeña diferencia es algo que está en la naturaleza humana, pero que es un combustible del nacionalismo, sin lugar a dudas. Yugoslavia es creada como una alianza de identidades subeslávicas, o eslávicas del sur, por el presidente Wilson en 1914, y se desintegra después de que el hombre de la mano dura desaparezca.

El caso español, y ya sé que es un cliché, con la desaparición del hombre fuerte no se desintegra, sino que busca un mecanismo, por precario y difícil que pueda ser, y por el momento funciona. Lo tiene más difícil donde las identidades son más marcadas, como puede ser el caso vasco o el catalán.

Cuando el comunismo cae, se desintegra la Unión Soviética por los nacionalismos: no es capaz de mantener la diversidad en la unidad. Cuando Tito desaparece, se deshace Yugoslavia. Cuando Franco desaparece, no se desintegra España, y es una sabiduría política que es un cliché, todo el mundo lo sabe, pero que es importante destacar. Todas las dificultades que España pueda tener hoy entran dentro de un marco de posible arreglo, yo creo.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Cuando ha dicho Shlomo «entre esta gente que compartía el colegio, tenía las mismas novias y vivía en las mismas casas, de repente estalla la guerra», es cierto que estalla de repente, pero después de una seria y contundente preparación mediáti-

ca. La gente fue entrenada en el antagonismo y en el odio, y no sabía muy bien si el vecino del piso de arriba era mahometano u ortodoxo.

Pero hay un momento en que todo el mundo tiene que descubrir qué es, porque si no, lo van a apiolar. Es decir, hay un trabajo de difusión del odio, del encono, del cainismo que, suficientemente articulado, acaba produciendo, en fin, verdaderas explosiones.

Y no me gusta señalar, pero la guerra civil española tampoco surgió una mañana, ni siquiera con el asesinato de Calvo Sotelo. Hubo un trabajo mediático importantísimo. O sea, hasta que el odio cala lo suficiente como para producir efectos explosivos.

## COMANDANTE PEDRO BELLO

*Academia de Infantería de Toledo*

Mi pregunta está relacionada con lo que ha dicho él sobre la posible solución al problema nuclear iraní. Simplemente quiero apuntar que la solución militar está ahí. El señor Ben Ami hizo mención a la operación militar contra Siria de hace unos meses; también a que en 1981 la fuerza aérea israelí realizó una operación similar contra una instalación nuclear en Irak, y que en aquel momento funcionó. Quizá se piense volver a intentar.

## SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Las condiciones son distintas, son mucho más concretas.

DANIEL PERAL

*Periodista. Ex corresponsal de TVE en Jerusalén*

Shlomo hablaba sobre cómo negocia el gobierno israelí con el tema del soldado que fue capturado en Gaza, o sea, sobre el combustible informativo, y sobre cómo el gobierno, en este caso, está atado o forzado o muy presionado. Y lo que ha hecho Israel, lo que está haciendo, por un soldado o por los dos muertos del Líbano, adquiere dimensiones absurdas. Yo me acuerdo, por ejemplo, también en el caso inverso, de cómo se alimenta ese proceso informativo. En el año 2000 Hezbolá tenía TOW, que eran inalcanzables, misiles guiados por cable que hacían volar soldados, y era una situación insostenible para Israel. Y cuando Barak tenía claro que debía hacer un cambio estratégico brutal, y que la solución era replegarse, la gente se llevaba las manos a la cabeza y decía: «Pero, si me tocan, los destrozo». Lo que decías tú. Arraso el Líbano, que por poco pasa cuando Hezbolá le echó narices, durante la operación de hace dos años. En ese caso era al revés, o sea, en el tema de Gaza, el gobierno está un poco atado por esta presión de populismo mediático, por la idea de «este pobre soldado». Pero por otra parte dice: «¡Hombre, si es uno!», y a lo mejor han muerto doscientos para salvar a uno.

En el caso del Líbano me acuerdo de la escena del día en que murieron siete, que fue escenificada por el ejército, en *prime time*, en todas las televisiones. El mensaje que se quería lanzar era «esto no puede seguir así». Y lo hicieron las cámaras, que estaban prácticamente esperando los cadáveres para llevarse las manos a la cabeza y decir «tenemos que salir». O sea, funcionan dos direcciones: por una parte el petróleo, y otros movimientos, y por otra, el combustible informativo, que, como tú has dicho, hay veces que por la mañana está a punto de encender el territorio, a pesar del calor que hace.

Y una pequeña reflexión. Sobre lo que has dicho de Hezbolá, del paso de guerrilla, de movimiento sin Estado a Estado, yo me acuerdo, cuando murió Arafat, de una reflexión que no sé si compartirás. Un amigo o compañero decía: «Uno de los grandes inventos del proceso de paz —del *peace process* que decía nuestro querido Arafat, ¿te acuerdas?, allí en Gaza, «*the peace process is not working*»— es convertir al jefe del movimiento guerrillero en el más poderoso del mundo». Se contaban los miles de millones de dólares, los *billions*, que tenían en armas los fedayines.

SHLOMO BEN AMI

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

Yo quiero contar una anécdota, porque es muy interesante. Hace referencia al caso del hombre de guerrillas que quiere convertirse en un agente estatal y es minado por el comportamiento del fuerte hacia el débil. Cuando nosotros nos retiramos del Líbano, una noche después, yo fui a ver a Arafat en Nablus, una ciudad en Cisjordania. Él normalmente era una persona muy cálida, hacia las mujeres tenía modales de la aristocracia polaca: les besaba la mano, etcétera. Era un tipo bastante contradictorio.

Pero esta vez, cuando llegué, ni abrazos ni nada. Se lanzó contra mí a gritos: «¿Por qué os habéis retirado del Líbano?». Y dije: «¿Cómo que por qué? ¿Por primera vez Israel cumple una resolución de Naciones Unidas y ahora se te ocurre criticarme?». «¿Y ahora qué hago yo?», dice. «Quinientos guerrilleros de Hezbolá os obligaron a retiraros del Líbano y yo estoy aquí negociando con vosotros fronteras y bloques de asentamientos». Él sintió de repente que toda su estrategia de resolución del conflicto a través de negociaciones estaba siendo minada. Y yo pienso que ahí nació en su cabeza la idea de la

segunda Intifada. O sea, la idea de que la mejor manera de doblegar a esta gente es entrar, presionarles a través de una rebelión popular.

ALEXANDER SURIKOV

*Ministro consejero de la Embajada de la Federación Rusa*

Gracias. Yo pienso de veras que sería imprescindible adicionar algunas palabritas sobre el combustible de los nacionalismos, porque no se puede simplificar tanto, diciendo que todos los nacionalismos son de procedencia natural. No se puede descartar el importante papel que en la mayoría de los casos juegan las fuerzas extra, fuera de estas naciones. Porque, lamentablemente, en todo esto hay mucha hipocresía. En muchos de los conflictos que nosotros tenemos, y hemos discutido hoy, la fuerza extra, externa, jugaba y juega un papel muy importante. Y todavía, desgraciadamente, muchos de los nacionalismos son fomentados y se les da combustible desde fuera. El factor de cómo cerrar estas vías de combustión es un problema que tenemos que resolver a nivel internacional, desde los organismos, los regímenes, la seguridad, etcétera. Pero este combustible existe, y hay que hacer algo con él.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

El libro, que recoge los debates del año pasado, cuenta muy bien, en un primer panel titulado «Kosovo: ¿una victoria pírrica?», el factor internacional en la proclamación unilateral de independencia de Kosovo, anticipado un año antes. Está ahí reflejado lo que iba a pasar y qué fuerzas del exterior actuaban en esa dirección.

## GUSTAVO FERNÁNDEZ

*Ex canciller de Bolivia*

Yo tenía un comentario. Gerardo habló, y muy bien, del tema de la pobreza, del combustible de la pobreza en América Latina. Yo quisiera hacer un par de comentarios rápidos.

El primero, que no creo en la generosidad filantrópica de los multimillonarios. Yo considero que no se trata de que el poder se ocupe de los pobres, sino de que los pobres tengan la posibilidad de llegar al poder para cambiar la naturaleza de su condición en sus respectivas sociedades.

Un informe de Naciones Unidas de hace unos dos o tres años sobre la situación de la democracia en América Latina ya señalaba, en una pregunta muy aguda, cuánta pobreza y desigualdad podía soportar la democracia latinoamericana. Ya en ese momento quedaba claro que la situación de la región iba a cambiar por el voto de la gente, que la democracia iba a ser el instrumento del cambio. Esto, para los revolucionarios antiguos de América Latina, era inconcebible: la única vía de la transformación profunda era la lucha armada. Pero como demostró Bolivia, y ha venido demostrando el resto de los países de América Latina, la democracia es el camino del cambio.

Sin embargo, una vez producido el cambio por la vía democrática se está planteando un interrogante que nosotros no nos habíamos propuesto mirar antes con el cuidado que necesita, y es en qué medida el peligro de la revolución en el cambio profundo puede poner en peligro la democracia. Es decir, la compatibilidad entre las instituciones democráticas, el juego democrático y el cambio profundo está puesto a prueba ahora en América Latina. Y no se trata sólo de la llegada de justicieros iluminados como los que mencionó Gerardo en su presentación, sino de algo mucho más profundo, que es la forma en que las instituciones democráticas pueden dar paso al cambio profun-

do, y la medida en que ese cambio no destruya el camino que le permitió llegar al poder y mejorar la situación de esos países.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Moderador*

Muchísimas gracias. Ahora que veo que todo el mundo está saciado, satisfecho, digamos, después de este ejercicio intelectual, que a mí me ha parecido de extraordinario valor. Levanto esta sesión felicitando a todos los que han intervenido, empezando por los panelistas y todos los que han tomado después la palabra en el coloquio. Muchas gracias.



## 6. LA GUERRA EN EL SIGLO XXI: NUEVA NATURALEZA, NUEVOS DESENLACES

STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University*



JON LEE ANDERSON

*Escritor y cronista de The New Yorker*



ANDRÉS ORTEGA

*Director del Departamento de Análisis y Estudios  
del Gabinete de Presidencia del Gobierno*



SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal de Le Monde en Nueva York y autor  
de Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*



JUAN GABRIEL TOKATLIÁN

*Director de Ciencia Política y Relaciones  
Internacionales, Universidad  
de San Andrés, Argentina*



MARTÍN ORTEGA CARCELÉN

*Director del Gabinete de Análisis y Previsión de  
Política Exterior del MAEC*



**Moderadora**

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Columnista del diario El Tiempo, Colombia*





Stephen Holmes, Sylvain Cypel, Martín Ortega Carcelén, María Jimena Duzán,  
Andrés Ortega, Jon Lee Anderson y Juan Tokatlián

*Los factores estudiados en las sesiones anteriores han contribuido a que en las dos últimas décadas haya cambiado la naturaleza de las guerras. Ha disminuido el número de conflictos armados, pero perduran más de 120 guerras civiles. Las guerras internas sustituyen a las guerras convencionales (conflictos entre dos Estados), interviniendo nuevos actores como el terrorismo o el crimen organizado. Las fronteras entre soldado y civil, guerra y paz, victoria y derrota son cada vez más tenues. Los ejércitos tradicionales cada vez tienen que hacer frente a misiones más alejadas de su función original (y de su lugar de origen). Además, las guerras ya no terminan, sino que se transforman, como la energía. Poner punto y final a los conflictos cada vez es más complicado, como comprobó George Bush tras anunciar su misión cumplida en Irak. La situación en Bosnia, Kosovo, Irak o Afganistán, conflictos larvados que la comunidad internacional sólo puede aspirar a tener controlados, no a solucionar, son ejemplos que saltan a la vista.*

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Muy buenos días. Hoy me toca la parte dura, que es en lo que los colombianos somos buenos, pues hemos vivido en guerra

durante muchos años. Trataremos el tema de las guerras del siglo XXI, su naturaleza y sus nuevos desenlaces. Me parece que es evidente que, como se dice en la introducción, sí ha disminuido el número de conflictos armados, pero perduran más de 120 guerras civiles, y hay conflictos que se transforman, que se asumen de manera distinta y que están atizados por el narcotráfico, por la presencia de grupos insurgentes o guerrilleros. Además, como también se indica aquí, las guerras no terminan, sino que se transforman, como la energía, tal y como hemos visto que sucede.

Yo creo que podríamos comenzar con una parte final del sumario que me parece interesante. Se trata de cómo poner punto final a los conflictos, que cada vez son más complicados, cómo hacer que esas situaciones que se dieron en Bosnia, en Kosovo, Irak, Afganistán o Colombia dejen de ser conflictos larvados y puedan encontrar, de alguna manera, una solución y la consiguiente paz para sus habitantes.

STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University*

Una manera de leer el prefacio de esta sesión es seguir el aforismo de Max Weber. Weber dijo: «No existe la paz, sólo existe la migración de la guerra de un lugar a otro; de un dominio internacional a otros dominios», la guerra civil y el terrorismo, por ejemplo. Quizás esto ocurra porque no es probable que las potencias con armas nucleares vayan a la guerra entre sí, y cada vez más Estados consiguen armas de destrucción masiva.

Pero creo que hay un trasfondo político detrás de esto. Aquí veremos la gran diferencia entre Clinton y Bush; hay varios matices distintos, pero uno es que Clinton, en cierto sentido,

estaba interesado en la política interna de otros países, en sus conflictos, más que en política exterior: Irlanda del Norte, Israel, evidentemente también Colombia, Bosnia y la tragedia de Ruanda, que todavía lo persigue.

Bush, evidentemente, no está interesado en la política interna de otros países, ni en sus conflictos internos y, por supuesto, después del 11-S ha tenido una actitud completamente diferente hacia los grupos violentos no estatales, mostrando un interés nulo por los conflictos de unos con otros y centrándose sólo en la amenaza que suponen —o suponían— para Estados Unidos. Su pesadilla era sufrir un ataque nuclear clandestino secundario contra Estados Unidos por parte de algún grupo similar a Al Qaeda, algún grupo al que no se pueda disuadir, por supuesto, y a un precio que suponga costes intolerables.

Se trata de una situación importante (nos hemos enterado de esto ayer y hoy, escuchando a Shlomo Ben Ami) en la que el fuerte tiene razones para temer al débil. Y creo que ése es, en cierto sentido, un tipo de situación global emergente, que funciona internamente para la inmigración y, definitivamente, se hace patente en la relación de Estados Unidos con el resto del mundo.

La «guerra asimétrica», que es la expresión empleada para describir el ataque de Al Qaeda, es un concepto importante, pero hay que comprenderlo, en primer lugar, atendiendo a su significado original, que implicaba que una guerra asimétrica daba ventaja al fuerte.

Los navíos británicos llegaban a las costas de la India, aparecían los barcos indios, disparaban sus armas y las balas de cañón caían en el agua. Los británicos respondían y hacían añicos los barcos indios. Ésa es la «guerra asimétrica». Si han leído el gran libro de Sven Lindqvist, el historiador sueco, sobre la historia de los bombardeos, comprenderán que el significado original de guerra asimétrica es cuando el fuerte puede dañar al débil y el débil no puede hacer nada.

Evidentemente eso se ha invertido y es esa inversión lo que resulta molesto de la guerra asimétrica, no sólo que suponga una nueva amenaza. ¿Cómo comprender entonces esa nueva amenaza? El terrorismo, que es de lo que voy a hablar aquí, en el caso americano no se trata como un crimen convencional, ya que viene del extranjero; sus motivaciones son políticas y amenaza con causar víctimas masivas. Realmente no se trata de una guerra, ya que no es entre Estados. No se puede disuadir a la parte amenazante, no se puede pactar con ella, no puede firmar tratados y no puede rendirse.

Es más parecido a la insurgencia, excepto porque es una insurgencia agrupada, desterritorializada y desarraigada, una insurgencia de perdedores. Se trata de grupos que han perdido en Oriente Medio y en otras partes del mundo, que han sido derrotados por sus regímenes nacionales, se han dispersado por los cuatro puntos cardinales y ahora amenazan a Occidente, a Estados Unidos.

¿Por qué suponen una amenaza esos grupos débiles? O ¿por qué su presencia tiene alcance global?

La respuesta es que se lo dimos nosotros, y eso es lo primero que hay que comprender de todo esto. No se lo dimos apoyando a Al Qaeda o del modo en que Israel creó Hamás —eso no es lo importante—: lo hicimos mediante la creación de un sistema global de comunicaciones, transporte, banca con cajeros automáticos, el sistema GPS, etcétera. Si alguna vez se dispara un misil de crucero contra Washington D.C., utilizarán nuestro sistema GPS para guiarlo hasta su objetivo, y lo creamos nosotros. Por supuesto, también creamos los petrodólares, que se derraman sobre partes inestables del mundo, y las armas de destrucción masiva. Les dimos, ya ven, la cuerda con la que nos ahorcarán. Éste es nuestro regalo: el idioma inglés. ¿Cómo hablan entre sí los yihadistas de Pakistán y de Yemen? Hablan en inglés.

La conquista del mundo por el inglés es nuestra debilidad y su fortaleza. Somos transparentes para ellos y ellos son opacos

para nosotros. Chicos de Qatar o de Yida pueden apuntarse por Internet a lecciones de vuelo en Oklahoma City; puedo asegurarles que los jóvenes de Harlem no pueden hacer eso en países extranjeros. Somos transparentes y ellos opacos debido al inglés.

Las sociedades abiertas también son muy vulnerables a la infiltración y el sabotaje. Somos ricos en objetivos. Ésa es nuestra contribución a la yihad.

Hay una inmensa presión política y emocional para que un Estado amenazado por un actor no estatal fantasee con la victoria, con la posibilidad, como se ha dicho aquí, de eliminar unilateralmente el riesgo en lugar de gestionarlo, a lo largo del tiempo, en cooperación con los aliados. Y éste es un tipo de riesgo —el riesgo terrorista— que hay que gestionar a lo largo del tiempo y con los aliados. ¡No se puede eliminar! Esto resulta difícil de admitir, especialmente para los americanos que, como creen que nadie los supera en términos militares, consideren que tienen que ser capaces, por sí solos, de eliminar todos los riesgos y peligros. Y esa negación tiene éxito. Esto es, la negación de la posibilidad de amenazas que no se puedan eliminar de manera unilateral basta para explicar el motivo de que hayamos interpretado tan mal nuestro entorno, en mi opinión.

También hay aquí un aspecto muy importante, que se basa en lo que he dicho, y es que existe la necesidad psicológica de afirmar que la amenaza proviene totalmente del exterior, de otros, y no de nosotros mismos. Podríamos matar a todos los terroristas salafistas del mundo y la vulnerabilidad seguiría existiendo, porque las armas de destrucción masiva existen. El genio nuclear no se puede volver a meter en la botella, no se trata de una amenaza que pueda eliminarse, porque no proviene del exterior.

No podemos declararles la guerra a los billetes de avión baratos, eso no es posible. Se trata de una condición existencial de nuestra vida y de nuestra apertura al mundo. América es una sociedad a la que los ganadores de premios Nobel vienen en botes

sin remos, ésa es la riqueza de nuestra sociedad. No podemos cerrarnos al mundo. Es imposible. Somos así.

Pero hay una negación política y un intento de imponerla a los demás, lo que explica, en gran medida, la decisión loca — aparentemente incomprensible —, tras haber sido atacados por Al Qaeda, de atacar Irak, un país que no tenía nada que ver.

En parte se trababa de una manipulación: la manipulación del deseo emocional de venganza por políticos cínicos que deseaban utilizar ese sentir para sus propios fines. Pero los «manipuladores», es decir, la gente que intenta engañarte, también puede estar desequilibrada mentalmente, trastornada incluso. Creo que la pesadilla de un ataque nuclear provocó eso en el liderazgo americano, y nos llevó a la miopía clásica, a sobrestimar las ventajas del miedo — la ventaja de crear miedo en otros — y a subestimar el peligro de inculcar odio; como si el miedo fuera más poderoso que el odio. Eso no es cierto. El odio es más poderoso y más rápido, como decía Maquiavelo.

Parte de lo que ocurría en Irak podría definirse como nostalgia del frente de batalla; la «frontera entre lo militar y lo civil», etcétera. Había una necesidad de redefinir el frente de batalla en una guerra que, evidentemente, no tiene frentes. Y, si no tienes frente de batalla, no puedes ganar.

Ya saben que no hay ninguna estatua erigida de Osama Bin Laden, ya que no es un actor estatal, pero sí hay millones de camisetas con su foto. No se pueden derribar millones de camisetas, pero sí puedes destruir estatuas y, por tanto, Sadam era una opción obvia.

Así, injertando a Osama en Sadam, podíamos derribar a los dos al mismo tiempo.

Por tanto, había que buscar un objetivo con estatua sobre el que pudiéramos mostrar nuestro poderío, lo que no podíamos hacer enfrentándonos al propio Bin Laden.

El deseo de victoria se confundió también con nuestra actitud hacia Irak. Los americanos no comprendieron nunca la gue-



rra de Bosnia porque había tres bandos. ¡Demasiado complicada! Bueno, pues en Irak hay seis bandos. Demasiados. Y, por tanto, la premisa de «podemos ganar la guerra civil de algún otro» no tendría sentido.

Pero nuestros políticos siguen hablando —no Obama, pero sí McCain, y Kerry lo hizo en 2004— de nuestra capacidad de vencer, y esto se debe, en parte, a que las burocracias, incluida la del Pentágono, tienden a no resolver los problemas, sino a redefinirlos, para así poder emplear una solución ya preparada, como el poderío militar, y fingir que se resolverán.

Entonces, un último punto importante sería lo que es necesario que hagan los líderes políticos y, en parte, los periodistas y los profesores, que son órganos cognitivos de la política de seguridad: describir el entorno de amenazas de una manera inteligente y objetiva, no distorsionada por el pánico, los programas ocultos ni los intereses burocráticos. Si se hace así, habría que establecer una distinción importante entre amenazas y enemigos.

Hay ciertas amenazas que no son enemigos. Un ejemplo es la acumulación de material nuclear en pequeñas ciudades rusas (hay más material nuclear inseguro en las pequeñas localidades rusas de lo que puedan crear Irán e Irak en cien años). El gobierno Bush cortó nada más llegar al poder la financiación de alguno de los programas existentes, porque hay un deseo entre los políticos de las democracias de centrarse en enemigos que se puedan derrotar, no en amenazas que puedan gestionarse.

Y, por supuesto —me parece que es evidente—, las mayores amenazas para nuestra seguridad en el futuro serán cosas como el calentamiento global y las enfermedades contagiosas. No se trata de enemigos, sino de amenazas.

Pero resulta muy difícil para los políticos en entornos democráticos centrar la atención en los principales peligros porque —puede que sea algo biológico— tendemos a centrarnos en amenazas que tengan *mens rea*: propósito criminal. Creo que ése es el principal desafío para los periodistas y otros líderes de

opinión que crean el entramado en el que los políticos actúan y piensan.

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Muchas gracias. Tiene ahora la palabra Jon Lee Anderson, escritor y cronista de *The New Yorker*. Él es uno de los periodistas que más ha cubierto estas guerras, tan difíciles de definir porque se transforman en otras cosas. Les recomiendo su último relato, un perfil muy interesante de Chávez. Jon Lee estuvo detrás del presidente Chávez mucho tiempo para lograr configurar esa especie de fotografía que escribió en *The New Yorker*.

JON LEE ANDERSON

*Escritor y cronista de The New Yorker*

Para mí la frase clave es «conflictos larvados», que un poco creo que define el mundo más allá de nuestras fronteras, las fronteras del mundo privilegiado, de Europa Occidental y Estados Unidos. He tenido el privilegio o la suerte de pasar la mayoría de mi vida más allá de las fronteras, en el tercer mundo, en países de África, América Latina, Asia y Oriente Medio. Hace unos años, justamente a finales de los ochenta, comencé un recorrido internacional a partir de un interés que me provocaron las guerrillas en América Latina, lo que yo visualizaba como el mundo insurgente. En esos años, hablo de 1988 o por ahí, yo miraba al mundo y veía una cuarentena de guerras civiles que perduraban; en algunos casos eran ya endémicas. Hice un recorrido que duró como cuatro años, en el cual conviví con grupos guerrilleros de toda índole, en todos los continentes y de todas las posibles estirpes ideológicas, desde marxistas en

El Salvador a animistas tribales separatistas en Birmania, palestinos, saharauis, srilanqueses o muyahidines de Afganistán. Estamos hablando ya a siete años del comienzo de la guerra contra el terror, que se inició con el 11 de septiembre, intentando definir qué es esto, como bien delineó Stephen al señalar algunos de los síntomas.

Pero yo creo que podemos ir atrás, digamos, a los ochenta, para ver los orígenes de muchos de estos conflictos. Recuerdo muy bien, estando en Afganistán durante las últimas retiradas de los soviéticos, con muyahidines afganos que eran mis anfitriones, las intentonas por parte de voluntarios —en esos años los llamaban voluntarios árabes—, que venían a ayudar a los afganos a repeler y expulsar a los comunistas, los ateos, los soviéticos. En algunos casos comenzaron a perseguir a los pocos periodistas occidentales que estuvieron en el campo de batalla, incluyéndome a mí. Y eran los afganos los que tenían que proteger mi vida contra estos árabes que luego, muchos años después, adquirieron un nombre, Al Qaeda, pero cuyo líder en ese momento ya era Osama Bin Laden. Yo no sabía su nombre, pero sí que eran muy hostiles y que tenían un propósito claro y declarado. Y después de una experiencia en que fui sacado del campo de batalla por mis amigos afganos, porque los árabes del futuro Al Qaeda querían ejecutarme, tuve la oportunidad de hablar con algunos de ellos en Peshabar, en Pakistán, que era su santuario; entonces y ahora. En esa tierra neutral pudimos tener una conversación. A mí me quedó claro que ellos eran o iban a ser una gran preocupación para el mundo, y que ese fenómeno no estaba bien analizado ni comprendido.

Años después del 11 de septiembre, rebuscando mis notas de ese período, encontré en una caja una libreta de apuntes, creo que era de agosto del año 1988, que contenía palabras de una entrevista olvidada con un personaje que acababa de ser ejecutado por los talibanes e iba a ser el presidente de Afganis-

tán nombrado a dedo por Occidente antes de Hamed Karzai. Lo trajeron en helicóptero, lo pillaron y lo mataron. Yo había tenido una entrevista con él en el año 1988, en donde, para mi sorpresa retrospectiva, hablaba de estos árabes yihadistas como el gran problema. Afirmaba que nadie lo estaba viendo, y que ellos sí eran un problema nuestro. O sea, venía a decir que se iban a ir los soviéticos, pero que éstos serían con los que tendríamos que transar.

Pasaron los años noventa. Como sabemos, hubo una negligencia por parte de Occidente después de la caída del muro de Berlín y el colapso del comunismo. Occidente se enmantó en una especie de espíritu de triunfalismo, pienso yo, de dejadez, sobre todo ante sus responsabilidades residuales hacia los campos de batalla de la Guerra Fría. En muchos lugares del mundo quedaron sitios aún con hemorragias, como Afganistán, con actores como Al Qaeda, que a partir de un germen, iban cociendo una ideología hostil hacia este nuevo mundo más y más penetrante, globalizador, con un mercado libre ya en creces, y que retaba a ideologías fijas aferradas a territorios o religiones que nunca habían sido retados por roces con otros, como es el caso del islam. Antes del 11 de septiembre hice un recorrido otra vez, ya con *The New Yorker*, por el mundo olvidado de la Guerra Fría. Pasé por países como Angola o Liberia, y estaba a punto de volver a Afganistán cuando sucedió lo del 11 de septiembre. Yo entonces tenía la sensación de que hubo un abandono, un olvido de lugares «poco importantes», porque había que atender a las condiciones de manera preventiva, de los que se iban a convertir en nuevos gérmenes de conflicto.

Una de las cosas sobre las que sí llegué a una conclusión, yo diría que *ad hoc*, después de mi recorrido a finales de los ochenta, principios de los noventa, entre los guerrilleros, fue esta especie de máxima: si en una sociedad un grupo, un sector, se sentía lo suficientemente marginado (racialmente, económi-

camente, políticamente) era propenso, dadas las condiciones, a levantarse en armas. Ahí están los orígenes de los grupos insurgentes en todo el mundo. Eso es lo que tienen en común.

Curiosamente, muchas de las guerras civiles que veíamos a finales de los ochenta terminaron con el colapso de la URSS; muchas se pactaron con Estados Unidos, que apoyaba a los regímenes que peleaban. Todos conocemos las guerrillas de tercio, de *Proxy*, que se dieron al final de la Guerra Fría. Pero quedaron algunos desatendidos, que no pudieron depender de subsidios de un benefactor, bien de Occidente, bien de Oriente. Si en El Salvador y en Guatemala hicieron las paces, en Colombia no, en Myanmar, en Birmania y en Afganistán tampoco. ¿Qué tienen en común esos grandes antros —todavía— de conflicto? Que los insurgentes habían aprendido a subsistir de manera propia, con sus recursos naturales, y no dependían ya de ninguna potencia extranjera.

De alguna manera u otra estas luchas, estas llagas en la tierra, son sitios y conflictos que todavía nos eluden; las soluciones para atenderlos nos eluden.

Las dos guerras que tenemos enfrente hoy en día, que son las más grandes, una especie de agujeros negros en el mundo, son Irak y Afganistán, pero se distinguen de estos otros lugares perennes casi ya en sus conflictos. Yo creo que ahí se nos plantea un reto, un desafío y un interrogante a las potencias de las democracias liberales de Occidente, que es el siguiente —un poco anticipado ya por Stephen—: si estamos adaptados a soluciones políticas, podemos pelear en guerras militares, o sea, podemos, todavía hoy en día, pelear en guerras como se luchaba antes. Hace dos generaciones se peleaba en guerras totales, y ya no se puede. Ahora en Afganistán hay un tremendo lío, porque tenemos a treinta países ahí. Nadie está de acuerdo con el otro, hay treinta cocineros con una cuchara en la olla y debatiendo en público, compartiendo su inconformidad y sus debilidades con el enemigo. Ante esa situación yo plantearía un debate desde

los ministerios de Defensa, sobre cómo se van a plantear este tipo de guerras de ahora en adelante. Y abogaría por que, a la hora de enfrentar situaciones de guerra, invasiones como la de Afganistán o Irak, que han venido atadas de la mano, como un paquete, cuenten con una especie de mini plan Marshall inmediato, diseñado para cada país. Ya no es cuestión de semanas o meses, en que uno puede cometer errores, no. A veces son sólo días el tiempo del que se dispone para resolver la cuestión, con el factor psicológico de la población. Pero, en el mejor de los casos, las potencias, la comunidad internacional, entrarían a curar estas llagas perennes, gérmenes de guerras futuras, con paquetes preventivos.

Hay que ir más allá. Les estoy retando a que piensen de una manera radicalmente distinta en las partes del mundo donde veremos guerras nuevas.

ANDRÉS ORTEGA

*Director del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia del Gobierno*

No tengo que decir que hablo aquí a título personal, porque eso está claro. Para empezar, aun estando de acuerdo con la tesis general de estas sesiones y de lo que se acaba de decir, me gustaría explicar un poquito un aspecto contrapuesto, es decir, ser lo que los anglosajones llaman contrario. En primer lugar porque yo creo que detrás de muchos de estos conflictos que tenemos en la actualidad, transnacionales o interestatales, muchas veces o casi todas las veces hay actores, los Estados, con sus propios intereses: desde Kosovo a Osetia del Sur, Abjazia, Cachemira, Líbano o Darfur (por supuesto). Todos estos conflictos no se entienden sin estos actores externos estatales, ¿no? Y la lucha por las materias primas, las guerras de los recursos que tratasteis ayer, tampoco.

Se dice «no se sabe cómo acabar las guerras», pero son los Estados los que no saben cómo finalizarlas, por diversas razones. Evidentemente, Darfur no es lo mismo que Irak. Creo que lo que hay muchas veces es una confusión entre los objetivos y los fines de las guerras, la famosa diferencia de Clausewitz entre *Ziel* y *Zweck*. A menudo estos objetivos y estos fines no están claros, y con frecuencia cambian. Irak es el ejemplo de un conflicto que empezó como una guerra entre Estados y que al final —o enseguida— generó un problema de terrorismo e insurgencia y ahora se ha convertido en un problema geopolítico, con el papel que ha cobrado en toda la zona Irán. Pienso que ésta es una razón.

La segunda razón, al contrario, es que, en mi opinión, el llamado paradigma del 11 de septiembre está dejando paso a un regreso al paradigma geopolítico, que vuelve a poner al Estado en su centro. Y voy a desarrollar esto último. El paradigma del 11-S empezó a girar en torno a actores no estatales en lo que Bush, o el gobierno Bush, llamó la guerra contra el terror. Esta visión estratégica creo que ha dominado la acción y el pensamiento político internacional en los últimos años. Era o representaba la gran irrupción de la sociedad civil, o si se quiere, la sociedad incivil, en la vida internacional. Es lo que en parte yo quise abordar en mi libro *La fuerza de los pocos*, que trata justamente de cómo grupos o minorías logran un alcance global, muchas veces violento, esencialmente gracias a los nuevos medios de comunicación y a las nuevas ideologías radicales, muy a menudo religiosas.

Pues hoy no me quiero desdecir de eso, sino sumar este regreso del paradigma clásico de la geopolítica y del Estado en un mundo que ya no es bipolar ni monopolar, sino multipolar, donde también se incluyen las sociedades civiles y que además abre nuevas posibilidades. Sobre todo si estamos hablando del siglo XXI en general, y no sólo de lo que está ocurriendo estos días.

¿A qué se debe este regreso del Estado? Yo creo que, en primer lugar se debe, a que la lucha contra el terrorismo está perdiendo centralidad para Estados Unidos. Ha caído en una especie casi de empate, pese a los triunfalismos de la CIA, y se ha convertido en un esfuerzo a muy largo plazo. Ha perdido dinamismo y ahora es un factor endémico más que una crisis, al menos hasta que haya o pueda haber otro gran atentado, ¿no?

En segundo lugar, pienso que estamos viviendo (y es una de las cosas más importantes de estos años) la emergencia de potencias importantes que creen firmemente en la soberanía: China, India, Brasil o Irán son algunos ejemplos.

En tercer lugar, la proliferación nuclear, uno de los grandes temas que nos afectan hoy, es, por lo menos todavía, un asunto de Estados, como vemos con el caso de Irán, y no de grupos políticos o terroristas.

En cuarto lugar, el espacio; la carrera espacial es, asimismo, un asunto esencialmente de Estados. Hay 800 satélites en torno a la Tierra, la mitad de ellos son americanos, y muchos de ellos no son, evidentemente, estatales, sino privados. Pero ésta es una cuestión de Estados, y constituye quizá la nueva frontera: lo que significó en los siglos XVIII y XIX el control del mar puede ser, en éste, el dominio del espacio.

Por otra parte, la globalización económica y cultural está reforzando las identidades nacionales. El Estado es el único marco realmente redistributivo y de seguridad, y el único que aún tiene el monopolio de la violencia legítima; no el monopolio de la violencia, como se dice a veces, sino de la violencia legítima, aunque haya grupos de Estados que, en algunos casos, también lo consiguen.

En mi opinión, Europa está en un momento de indefinición importante (lo hemos visto con Irlanda y el referéndum). Por parte de algunos países miembros o gobiernos europeos, hay una voluntad de reafirmar el Estado frente a la Unión Europea o a fenómenos como la globalización. Muchos gobiernos están metidos



en libros blancos sobre seguridad y defensa. Por ejemplo, en Alemania, Merkel y los democristianos (no los socialdemócratas, que están en coalición en el gobierno) hablan abiertamente por primera vez de sus intereses nacionales y estratégicos, lo que no habían hecho hasta ahora, aunque presenten algunos de esos intereses como transnacionales: el terrorismo, la proliferación, la seguridad energética. Paradójicamente, todo esto ocurre cuando la política exterior y de seguridad y defensa común en Europa está avanzando, de forma discreta, pero en términos concretos.

Por ejemplo, el último libro blanco francés sobre la seguridad y la defensa describe lo que ve como mayores amenazas. Y ahí estoy de acuerdo con Stephen Holmes en que las amenazas no son los enemigos. Como primera amenaza cita los atentados terroristas; la segunda son los ataques informáticos. Pero esto es también una cuestión no sólo de grupos, sino de Estados. He estado leyendo unos testimonios del Senado de Estados Unidos donde se afirma que el mayor miedo que tiene Norteamérica de ataques cibernéticos, en estos momentos, no proviene de grupos, sino de China. Consideran que China está logrando una superioridad en eso que se llama la guerra asimétrica, que no se da sólo frente a grupos terroristas sino también frente a Estados.

Luego está la amenaza balística, que evidentemente es un tema de Estados. Aunque haya grupos que tengan misiles, como Hezbolá, son menos importantes que otros.

Sin olvidar las pandemias, las catástrofes naturales y la criminalidad organizada.

La reforma de los ejércitos se plantea desde un concepto que en inglés y en francés se llama *resilience*, una mezcla de fortaleza y flexibilidad (yo no he encontrado ningún término en español para traducirlo) para hacer frente a estos nuevos retos desde el Estado, y desde un mundo que ya no diferencia entre seguridad interior y exterior.

Dicho sea de paso, en ese libro blanco se ve el despliegue francés en África, por ejemplo, y responde a los intereses de

siempre de Francia, aunque digan que lo van a cambiar y que será de otra manera.

Como octavo punto creo que está la elevación del precio del petróleo y del gas, que es un elemento geopolítico de primera magnitud, porque está dando nuevos poderes a los Estados productores de crudo. Rusia es un ejemplo, pero sobre todo Arabia Saudita. Arabia Saudita ha recuperado mucho poder en toda la zona, y más allá, gracias al nuevo precio del petróleo. Y ojo con cómo fomentan el *wahabismo* entre las poblaciones islámicas en todo el mundo.

Si se siguen las líneas de fuerza, por ejemplo en Asia central, de los oleoductos en construcción o proyectados, está claro que ahí se ve el nuevo gran juego que hay entre Estados.

Y, finalmente, yo creo que hay una obsesión con los Estados fallidos, que es el intento de proyectar la forma del Estado —quizá la exportación de mayor éxito que ha tenido Europa en toda su historia— hacia un mundo donde, a lo mejor, los Estados no funcionan, o no pueden hacerlo, como nosotros pensamos.

Hay otra visión de todo esto, que es la que representa, por ejemplo, Robert Kagan, y también algunos demócratas o asesores de Obama: es esta idea de que se está formando un grupo de Estados autocráticos frente a los Estados democráticos, y que por tanto hay que crear una especie de liga de democracias (los demócratas prefieren hablar de concierto de democracias) para hacerles frente. McCain ya tiene su plasmación, o ellos creen ver que la tiene, en organismos como la Organización de Cooperación de Shanghai u otros. Y tienen la vista fija en el aumento de los gastos militares de Rusia y China.

Los primeros críticos están en Estados Unidos, antes que en Europa, y veremos si sus ideas tienen posibilidades de éxito o no. Si queréis, luego podemos hablar de este tema, que creo que es uno de los grandes asuntos que seguirán a las elecciones americanas.

La cuestión es: ¿guerra entre Estados? Pues probablemente no, o todavía no lo sabemos, porque puede haber guerra entre Estados a través de otras formas, como una guerra en el espacio, por ejemplo, que no implicarían el territorio nacional. Aunque la historia nos demuestra que no ha habido nunca emergencia de nuevos poderes —poderes reales— de forma pacífica. Veremos qué pasa con Irán, no hay que descartarlo, pues en buena parte es un efecto de los errores de la política no sólo americana, sino también europea. Y sobre todo con China. Yo creo que los gastos militares de China se justifican más en el sentido de que está muy indefensa su riqueza industrial, sus servicios están en la costa, y es un país que depende mucho de las importaciones de petróleo a través del estrecho de Malaca. Entonces, no nos sorprendamos si allí también están invirtiendo en la defensa nacional.

Dicho todo esto, concluyo con dos cosas. Una es que, a pesar de todo, pienso que el concepto de interés nacional cambia ante el nuevo tipo de problemas, es decir, no existe un interés nacional ante los efectos del cambio climático. Hay una cierta quimera en este regreso al Estado. Y finalmente está la cuestión de si en un mundo multipolar puede haber un acuerdo entre Estados Unidos y Europa, especialmente después de las próximas elecciones, sobre cómo hacer, qué hacer y sobre todo cómo atraer a países terceros hacia ese consenso. Si no se logra de poco servirán las relaciones transatlánticas dentro de unos lustros. Muchas gracias.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Cuando Miguel Ángel me propuso venir al seminario, me preguntó de qué quería hablar. Entonces le contesté que hablaría de

la invención de la imagen del enemigo, y él dijo: «Adelante». Pocos días después —puede que lo recuerden— John McCain estuvo en Irak y luego, en Jordania, dio una conferencia de prensa y dijo que Irán estaba entrenando a gente de Al Qaeda, allí en Irán, y enviándola de vuelta a Irak para que combatieran contra las tropas americanas. Luego su ayudante, o consejero, el senador Lieberman, le susurró algo y él dijo: «Se trata de un error. No es lo que queríamos decir». Y posteriormente McCain lo repitió y los periodistas se quedaron sorprendidos. Dijeron: «¿Qué está diciendo? ¡Esto es absurdo!». Y, luego, al día siguiente —o el mismo día— dijo de nuevo que se había equivocado, que no se trataba de Al Qaeda, que estaban entrenando a terroristas.

Pocos días después se publicó un artículo en *The Wall Street Journal* del senador demócrata Joseph Biden —candidato del Partido Demócrata a la presidencia al comienzo de esta campaña— donde escribía: «El terrorismo es un medio, no un fin, y grupos y países muy diferentes entre sí lo utilizan con objetivos muy distintos. El señor Bush y McCain juntan, en una sola amenaza, grupos extremistas y países que están más enfrentados entre sí que con nosotros; los suníes y los chiítas, los persas y los árabes, Irak e Irán; Al Qaeda y las milicias chiítas. Si no pueden identificar al enemigo o describir la guerra que estamos luchando, resulta difícil ver cómo la vamos a ganar».

Yo creo que es una muestra muy buena de la fuerte tendencia a crear la imagen del enemigo que conviene a nuestras propias necesidades. Luego se cometen errores y, al final, vienen los fracasos.

Intentaré desarrollar los diferentes aspectos del tema. ¿Cuándo se hace eso? ¿Cuándo creas una imagen del enemigo que no responde a la realidad? Por poner un ejemplo: lo que aquí dice el senador Biden es que el concepto de guerra contra el terror no funciona, pues no nos permite comprender al enemigo. Dice: si no puedes describir al enemigo, es difícil ver

cómo podremos vencerlo. Entonces, ¿por qué no describen al enemigo? Es muy sencillo; es como decir que el fútbol americano, el fútbol, el rugby y el voleibol se definen mediante el concepto de «deportes con balón». Por supuesto, eso no significa nada, ya que el balón es sólo un medio. Llamarlos «deportes con balón» no define las reglas de cada juego, y es lo mismo que ocurre con el terrorismo. La guerra contra el terror no define nada más que lo que deseas y cómo deseas emplearla como medio.

Yo mencionaría tres puntos que, en mi opinión, resultan necesarios para crear la imagen del enemigo. Tienen que ver con el debate de ayer sobre la fortaleza del débil y la debilidad del fuerte. En primer lugar, haces eso cuando hay un gran desequilibrio entre los dos oponentes. Cuando hay algún tipo de equilibrio entre las amenazas no puedes tener una teoría de guerra preventiva. Si existe algún tipo de equilibrio la política se basa en la disuasión y las represalias. Pero sólo se lleva a cabo una guerra preventiva si no hay riesgo de «hacer la guerra».

Recuerdo haber escrito un artículo antes de la guerra de Irak, en el que me arriesgué y dije: ¿por qué sé que Sadam Husein no tiene armas de destrucción masiva? Porque si las tuviera, América no iría a la guerra. Debido a esto, América no entraría tampoco en guerra contra Corea del Norte, porque los primeros en decirle a América «¡no hagas eso!» serían los japoneses y los surcoreanos. «¡Por favor, no hagas eso!»

Verdaderamente, si Sadam Husein tuviera armas de destrucción masiva potentes, Arabia Saudita sería la primera en decirle a George Bush: «¡No hagas eso!». La única razón para que existiera la teoría de la guerra preventiva y para que el ataque se pudiera llevar a cabo era que no las tenía. En caso contrario no habría sido posible por el riesgo que conllevaba.

Por tanto, la creación de la imagen del enemigo —ese tipo de creación de categorías globales que se adaptan a tus necesi-

dades— suele ser posible sólo cuando hay un desequilibrio así. Y cuando existe ese desequilibrio puede que resulte una tentación natural. Sin embargo, si no corres ningún riesgo, te ves empujado hacia la idea de emplear la fuerza para resolver los problemas. El final de la historia puede resultar muy triste. Cuando no ves el riesgo de emplear la fuerza, terminas sosteniendo que resulta fácil resolver los problemas, precisamente, mediante la fuerza.

El segundo punto es que en la creación tienes que utilizar la fuerza para crear la imagen de un monstruo. El débil creará tú imagen como un monstruo. Para muchos países del mundo, América es el diablo, un monstruo que oprime a todos, y además un demonio global, una sola unidad. Y luego tú construyes la misma imagen de tu oponente.

La diferencia estriba en que, para el débil, la creación del fuerte como diablo encaja en la realidad: él es realmente fuerte, y lo parece. Tú tomas al débil y necesitas crear su imagen como monstruo. Éste es el caso de Hamás, de Ahmadineyad, etcétera.

Añadiré un tercer punto, que es que se debe elaborar una política que demuestre que tenías razón. Podría coger muchísimos ejemplos de este tipo de actitud de definir al enemigo como monstruo y tomar medidas y actuar para obligarlo a convertirse en lo que queremos que sea.

Quisiera coger el comienzo de la segunda Intifada, por ejemplo, en la que estuve como periodista. Resultó muy interesante, porque el primer ataque palestino con bomba tuvo lugar tras treinta y tres días de Intifada. El primer misil que dispararon los israelíes contra un área civil fue al quinto día. Y sólo para recordar, en la primera Intifada no solamente ellos no dispararon ningún misil: ni un solo tanque penetró nunca en ningún pueblo, ciudad o aldea árabe en la primera Intifada. Durante la segunda, al quinto día dispararon un misil contra una zona civil.

Entonces, dijeron: «Son terroristas. Son terroristas. Son terroristas. Estamos combatiendo el terrorismo». No hubo ningún

acto de terror. Era gente que respondía disparando con pistolas contra el ejército israelí, que tenía tanques y misiles. Pero al trigésimo tercer día se produjo el primer ataque con bomba y entonces sí se podía decir: «¿Lo ve? ¡Son terroristas!». Y además de eso no hubo negociación durante esos primeros meses, sólo se repitió todo el tiempo: «¡Únicamente negociaremos si dejan de disparar!». Tienen que dejar de disparar ellos y luego podremos negociar. Ésta es la mejor manera de no tener ninguna negociación.

Ahora querría exponer otro punto, y es que la realidad suele ser más fuerte que la construcción ideológica de la imagen del enemigo que nos conviene tener.

Quisiera coger el informe NIE (National Intelligence Estimate, evaluación nacional de inteligencia), que recordarán que fue el informe de la comunidad de inteligencia americana que afirmó que estaban equivocados, que Ahmadineyad, que Irán, había detenido todos los procesos de fabricación de armas nucleares en 2003. En mi opinión, fue un informe mucho más interesante en su parte política que en su parte técnica o práctica. ¿Por qué? Porque tras sus afirmaciones sobre la parte técnica, sostenía algo importantísimo: un cambio en la visión de Irán y de su régimen, del modo en que los vemos. Afirmaba que esa gente tiene su propia racionalidad. No está loca. Entre Ahmadineyad y la gente que lo rodea no hay ni un solo ápice de locura. Tienen su propia racionalidad y podemos alcanzar un acuerdo con ellos. Eso es exactamente lo que afirmaba. Si le ofrecemos al régimen iraní lo que desea, legitimidad, podremos tener una verdadera negociación y, entonces, quizás, lograr alcanzar nuestro objetivo: que no tengan armas nucleares.

Sin embargo, siempre creemos que son irracionales, por lo que no hay nada que negociar con ellos. Sólo comprenden la fuerza, según nosotros, y ésa es la mejor manera de garantizar que tengan la bomba.

Lo que quiero decir es que hay multitud de ejemplos en que la creación del enemigo acaba de manera amarga, colapsándose, porque la realidad siempre es más fuerte. No estoy seguro de que haya sido muy coherente.

JUAN GABRIEL TOKATLIÁN

*Director de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,  
Universidad de San Andrés, Argentina*

Quiero hacer una reflexión sobre dos guerras irregulares, la guerra contra el terrorismo y la guerra contra las drogas, en el contexto de que no son nuevas pero sí han adquirido contornos y contenidos renovados.

Y lo segundo que quiero hacer es, si se me permite, lanzar una mirada desde Sudamérica al papel de Europa en estas dos guerras. La razón por la que me gustaría reflexionar sobre esto es que, si bien desde hace mucho tiempo Estados Unidos se ha autoproclamado el faro de la libertad en el mundo, para buena parte de América Latina, y yo diría que con certeza para muchos sectores en Sudamérica, la verdadera fuente de inspiración democrática siempre estuvo en Europa. Es decir, Europa fue para muchos de nosotros el punto en el cual pluralismo, bienestar y justicia se entrecruzaban de manera más nítida, y por lo tanto lo que Europa ofrecía era trascendental en muchos momentos históricos, y particularmente con la transición a la democracia.

Digo esto porque me atrevo a afirmar que hay una sensación de gran perplejidad respecto al papel de Europa en estas dos guerras. Y a mí me parece que esa sensación puede tener efectos muy negativos en las relaciones entre Europa y América del Sur, más allá de los buenos negocios que se puedan hacer entre ambos continentes. Es decir, no estoy hablando ni de la Europa de los negocios ni de la nueva Latinoamérica de la



abundancia de recursos estratégicos. Estoy hablando en términos políticos.

En esa dirección, quiero introducir los dos comentarios que voy a hacer con cierta mirada histórica. La primera guerra es la llamada «guerra contra el terrorismo», término en sí bastante deficiente, porque uno no hace la guerra contra un medio; pero asumamos que existe una cosa así que se llama guerra contra el terrorismo. Obviamente, aquí ha habido un cambio significativo, y estamos en vísperas de tener más claridad sobre qué se modificó de Europa respecto a esto. ¿Qué quiero decir con este argumento?

La guerra contra el terrorismo se inscribe en la lógica de lo que todos conocen como los conflictos asimétricos. En los conflictos asimétricos hay una fortaleza estratégica del poderoso, pero existe una ventaja táctica del débil. El débil escoge el momento, el instrumento y el objetivo. Por lo tanto, con una combinación de sorpresa y crueldad, sin restricciones, con algo de audacia y de vileza, es capaz de lograr un efecto demoledor sobre el más poderoso.

Sobre Estados Unidos y su visión de la guerra contra el terrorismo, y particularmente lo que en la literatura se conoce como la cuarta etapa de la evolución del terrorismo, es decir, de los setenta en adelante, hay un documento central, fundamental, que guió por lo menos la política de Norteamérica contra el terrorismo desde los ochenta hasta el 11 de septiembre. Se trata de aquel famoso informe que el presidente Reagan le pide que elabore al vicepresidente en ese momento, Bush padre, para convertirlo en la piedra angular de lo que sería la estrategia de Estados Unidos contra el terrorismo. Yo les animo a leerlo. Se centra en tres pilares fundamentales y es fascinante y complejísimo. ¿Qué es lo que dice y cuál es el corazón de este documento?

La esencia de ese informe, ante lo que parecían ser las nuevas manifestaciones del terrorismo (estoy hablando de principios de los ochenta), trata de cómo combatir al terrorismo. Se-

ñala tres puntos. Uno: la mejora de la inteligencia anticipada de los servicios de inteligencia, humanos y tecnológicos. Hay que buscar mecanismos más certeros de advertencia temprana y poner más gente en el terreno para conocer las realidades en las cuales abrevia el terrorismo.

Segundo elemento: mayor cooperación multinacional. Se define el terrorismo como un fenómeno que no podrá ser respondido unilateralmente por Estados Unidos. Todo el énfasis se centra en cooperación, cooperación, cooperación: con los aliados, con los amigos, con nuevos socios... Ése es el corazón del documento.

El tercer punto hace un enorme esfuerzo por señalar un balance ponderado entre seguridad y libertad. ¿Y por qué? Porque entiende que la ventaja de occidente, y particularmente de Estados Unidos, está en la legitimidad y en la moralidad de su comportamiento internacional.

Si se lee este documento y se ven las políticas, no solamente el discurso, sino las políticas de Estados Unidos hasta el 11 de septiembre, lo que se observa es una decisión de una complejísima convivencia con la asimetría: se acepta tácitamente la asimetría y se trata de trabajar para superarla. Yo creo que el 11 de septiembre implica el mayor cambio estratégico de Estados Unidos en esta materia, porque acabó con la asimetría. Este conflicto contra el terrorismo es visto como un caso de simetría absoluta. Y la única manera de ser simétrico con este adversario es recurrir cada vez más a la fuerza, y particularmente al componente militar, convertir el ataque preventivo en un mecanismo *ad hoc*, como una doctrina específica, desconocer el Derecho internacional y desbalancear la ecuación seguridad-libertad en aras de una presunta mayor seguridad. En pocas palabras, hay que volverse tan aleve como el adversario.

Yo creo que la prueba no anecdótica de eso es que la operación en Irak se llamó «*shock and awe*», sorpresa y pavor. Hay que meterles pavor a los adversarios como ellos hicieron, infun-

diéndonos un terror dramático sobre nuestras vidas. Guantánamo es otra expresión de cómo se ha desbalanceado esta relación entre seguridad y libertad.

¿Qué digo con todo esto, entonces?: que toda la estrategia de simetrización del conflicto terrorista se basa en la lógica de que se debe volver imposible e impracticable el terrorismo. Históricamente ha habido otra mirada sobre cómo tornar al terrorismo improbable e ilegítimo. Es decir, entender dónde abreva, superar las condiciones objetivas, resolver demandas prolongadas y acumuladas de las sociedades, mejorar la policía y los sistemas de inteligencia, tener una visión a largo plazo, utilizar un componente militar muy reducido, etcétera.

Para muchos en América Latina, la expectativa de esta mirada alternativa proviene de Europa, y mi sensación es que aquí hay un dilema europeo. Ustedes me perdonarán; yo vengo de Sudamérica y ustedes entenderán mejor su propia realidad, pero me atrevo a decirlo por lo que leo, por lo que ustedes dicen y escriben. Me parece que aquí hay una situación muy delicada, porque mientras Europa no reconsidere para nada lo que está haciendo en Afganistán por vía de la OTAN, y mientras crea, con leyes migratorias como la recientemente aprobada, que puede vulnerar los derechos humanos alegremente, no transmitirá una sensación de potencia en el sistema internacional, sino de una enorme impotencia.

Y la pregunta más honda y más profunda es que no es un problema de Europa, sino que es, quizás, el fin del ciclo del avance de los derechos en Occidente. Estamos no ya en un hiato, sino en una fase regresiva en materia de derechos en todo Occidente. Y estos elementos (la guerra contra el terrorismo y contra los inmigrantes, la desconsideración de los derechos humanos, la violación del derecho internacional, etcétera) se van a quedar con nosotros por mucho tiempo.

Segunda guerra: la guerra contra las drogas. Aquí me quiero sumar a la presentación que hizo mi colega y amigo Gustavo

Fernández el primer día, cuando insistió, me parece que muy coherentemente, en cómo hay que comprender que esta guerra ha mutado, ha cambiado. Obviamente, esta guerra no se libra en territorio europeo, sino en América Latina, y en particular en Colombia. Quiero justificar con evidencias dónde, a mi modo de ver, están los dos cambios fundamentales y cómo el papel de Europa puede ser importante o intrascendente.

La evidencia más concreta es que Colombia (y no solamente Colombia, sino la mayoría de los países, como ahora vamos a ver en México con el Plan México, ya comprobamos en Brasil y hemos visto en el resto de los países andinos) adoptó una estrategia de mano dura, de ser firmemente punitivos frente al tema de las drogas. Ya nadie más habla, por ejemplo, de los cárteles de Cali y de Medellín, pues se han desmantelado todas estas grandes estructuras. El proceso de erradicación química vía fumigación ha sido masivo. En diecisiete años de fumigación continua y erradicación forzada en todo el mundo andino (y el 90% del proceso ha sido en Colombia) se ha erradicado químicamente el equivalente a 20.316 kilómetros cuadrados; cuatro veces el Estado de Delaware ha sido fumigado. No creo que eso lo quieran hacer en el Estado de Delaware, supongo yo.

Colombia ha batido el récord mundial de extradiciones: más de 550 colombianos, nacionales colombianos, han sido extraditados a Estados Unidos. Esto no lo ha hecho ningún país bajo ningún conflicto nunca. El Plan Colombia, 5.400 millones de dólares en asistencia de Estados Unidos; Bogotá, la segunda capital más grande en términos de la embajada de Estados Unidos, después de Bagdad; 800 militares y 600 contratistas privados de manera permanente en territorio colombiano; un proceso de paz que se inauguraba con el paramilitarismo vinculado al narcotráfico, y que se entendía que iba a sacarle combustible, como estábamos hablando ayer, al negocio de las drogas; los golpes formidables que el Estado colombiano le ha asestado a las FARC en los últimos dos años, debilitándola notoriamente,

pues si bien es difícil asumir que esté ya derrotada, está fuertemente debilitada. Todo esto se suponía que iba a limitar o eliminar el fenómeno de las drogas. Al fin y al cabo por eso se estaba librando esta guerra.

En 2007, según el Departamento de Estado, el total de cultivos ilícitos (marihuana, coca y amapola) de Colombia es exactamente el mismo que en el año 2000. En 2008, según el informe de hace una semana de Naciones Unidas —hay dos fuentes de información: Estados Unidos y Naciones Unidas—, el área cultivada de plantaciones ilícitas en Colombia creció el 25%. ¿Qué está pasando? Yo creo que el fenómeno de las drogas es autónomo de los actores armados en Colombia.

Y el fenómeno de las drogas no pasa por identificar o estigmatizar narcoestados, narcogobiernos, narcodemocracias, sino por entender que hay una suerte de *pax mafiosa*, acompañada de la consolidación de una nueva clase social criminal a nivel local, con capacidad de establecer un orden determinado, ante la desorientación de las élites dirigentes y el debilitamiento estatal. Y esto pasa en Colombia, pero también en Brasil, en Argentina, en México, en Guatemala, en toda América Latina.

Ahora bien, ¿por qué Europa, en este contexto, se sumó a Estados Unidos y no quiso este año que Naciones Unidas debatiera la década de lucha contra las drogas? Como ustedes saben, en 1998 Naciones Unidas organizó una cumbre mundial en materia de drogas y puso unos objetivos a diez años vista para reducir en todos los ítems (consumo, abuso, cultivo, procesamiento, lavado) la lucha contra las drogas. ¡Ah!, sorpresa: Washington y Bruselas se pusieron de acuerdo en esto, y este año no va a haber cumbre ni documento, nadie va a decir nada, y este fenómeno va a seguir así.

¿Cuál es el aporte europeo? Digo esto, y aquí termino, porque me parece que, mientras Europa se olvide de que tenía una voz que se necesita en estos temas, es muy improbable que, li-

brados de lo que piense Washington sobre esta pérdida de derechos graduales, en América Latina estos mensajes sirvan para reconciliarse con la democracia o mejorar nuestros vínculos. Si no —y en esto advierto también— América Latina está en un punto muy delicado: puede haber una profundización o una regresión de la democracia. Éste es un camino bifurcado, no está tan claro cuál se seguirá. En ese sentido, me parece que esa ilustración que nos daba Europa hoy cada vez está más opaca, al menos vista desde Sudamérica. Gracias.

MARTÍN ORTEGA CARCELÉN

*Director del Gabinete de Análisis y Previsión de Política Exterior del MAEC*

He tenido el placer de asistir al seminario desde su comienzo, y me gustaría hacer dos cosas, o tres, o dos y media, ahora que está finalizando. En primer lugar, hacer una reflexión sobre el tipo de conflictos del que estamos hablando. El tema general del seminario es «Nuevos conflictos, nuevos desenlaces». Pues bien, yo creo que es interesante abordarlo desde una perspectiva global, es decir, no solamente mirando a Latinoamérica ni a Oriente Medio, del que también se ha hablado mucho. Es interesante adoptar una perspectiva global, histórica, para pensar sobre la naturaleza de los conflictos actuales y en el futuro inmediato del siglo XXI.

La segunda cosa que quiero hacer es precisamente responder a la pregunta de «qué hacer», lógica después de analizar los conflictos. Es decir, qué podemos hacer nosotros frente a esos conflictos de cuño nuevo a los que nos enfrentamos.

Y el apéndice final es, continuando lo que acaba de decir Juan Gabriel, qué pueden hacer España y Europa.

Para reflexionar sobre el tipo de conflictos al que nos enfrentamos, me gustaría hacer un ejercicio muy sencillo. Éste es el

vigésimo seminario que la Asociación de Periodistas Europeos organiza; el primero empezó en 1983. Quisiera volver la mirada al mundo de los años ochenta y compararlo con el actual para ver cómo han cambiado los conflictos. Porque, claro, es evidente que las causas de los conflictos (el subtítulo del seminario es «nuevas causas») han cambiado: en este seminario se han analizado los recursos, la religión, la pobreza y las migraciones. Sin embargo, vemos, por ejemplo, que ya no aparece la ideología. En los años ochenta es evidente que teníamos el enfrentamiento de la Guerra Fría, que nos preocupaba a todos; pero también hay algunas otras causas, como el territorio, que tampoco están tan presentes ni se han tratado. La cuestión es qué nuevos desenlaces generan estos conflictos.

Aquí se ha presentado una imagen oscura, se ha dicho que existen muchas guerras civiles, guerras larvadas, conflictos sin resolver, etcétera. Yo quiero recordar, porque muchas veces se tiende a pensar que la situación actual es mala y que estamos en un callejón sin salida, que en los años ochenta los conflictos tenían unas consecuencias mucho más letales y más sangrientas que en el momento actual. En estos días se ha nombrado a los desaparecidos en las favelas de Brasil, Gerardo Reyes abordó la cuestión; se ha hablado de las consecuencias de la droga, de la violencia en Afganistán y en Irak. En los años ochenta, hace sólo dos o tres décadas, había una situación en América Latina, donde destacaba la dictadura en Argentina, la guerra sucia, los problemas que los efectos de los setenta hicieron surgir en Chile; Centroamérica estaba sumida en una batalla total (ayer se nos habló de los problemas en Costa Rica), con guerras civiles realmente brutales y de un nivel de crueldad terrible, que todos conocemos. Hay algunos institutos que se han dedicado a hacer una contabilidad de las consecuencias de los conflictos. Concretamente una universidad sueca, la de Upsala, ha desarrollado el Upsala Project para calcular los muertos. Lo hacen a partir de estimaciones, porque es muy difícil saber cuántos han muerto

y han sido heridos en las guerras. También la Universidad de British Columbia, en Canadá, ha hecho un ejercicio similar. Pues utilizando estas estimaciones serias, la guerra sucia en Argentina se ha cobrado entre 20.000 y 40.000 muertos; nadie sabe exactamente cuántos pudo haber, hay cálculos diversos, pero ése es el espectro. En Nicaragua se calculan 40.000 sólo en los años ochenta. Pero es que si nos vamos al escenario de Oriente Medio, la guerra entre Irán e Irak, que comienza en el año 1980 y termina en 1986, produjo entre 800.000 y un millón de muertos.

Tenemos que tomar conciencia de que, efectivamente, hay nuevas causas, pero también nuevos desenlaces. Me atrevería a decir que esos momentos de determinados conflictos que todos hemos vivido no se pueden olvidar. Es necesario averiguar si hay grandes tendencias, es decir, si el mundo está sometido a unas tendencias que podamos identificar y a las que logremos encontrar un sentido. Pienso que se puede afirmar, a pesar de todo, que los problemas que tenemos hoy son mejores que los que sufríamos hace veinte o treinta años. Y también creo que se puede asegurar que, de alguna manera, hemos pasado de hablar del problema de la guerra al problema de los conflictos, que es diferente. Podemos asegurar que en gran medida, a pesar de lo que nos chocan los conflictos actuales, éstos se han civilizado, sobre todo a causa del escrutinio global. Es decir, hoy en día serían impensables situaciones como las de los años setenta. He hablado de los años ochenta, pero no de los setenta, con los campos de la muerte en Camboya, con los problemas en el sudeste asiático, con la guerra de Angola, la guerra entre Sudáfrica y sus vecinos o las guerras civiles en África. ¿Cuál es la conclusión a la que llego? Pues que los problemas que tenemos actualmente son muy graves, pero de una naturaleza diferente a los de esos momentos.

La segunda pregunta que quiero abordar es qué hacer frente a esos conflictos. Yo creo que el gran problema en el pasado fue



la paz. Por eso durante mucho tiempo, el mundo que vivió sometido a la amenaza de la guerra nuclear a lo largo de la Guerra Fría —durante décadas y décadas— sucedía a un mundo en el que la guerra abierta entre los Estados era una forma de vida. Es decir, todos sabíamos que en Europa la última guerra terminaba, e íbamos a tener un tiempo de paz para, a continuación, pasar a otro periodo de guerra. Sin embargo, esto no sucede en el momento actual.

Lo que queríamos conseguir, lo que nos preocupaba era la paz, y de ahí vienen las conferencias de paz de finales del XIX, el sistema del Pacto de las Naciones, la Conferencia de Naciones Unidas, etcétera. Actualmente la paz ya no es lo que preocupa, en mi opinión. El gran reto del futuro, lo que realmente interesa en el momento actual —y añadiría entonces una idea en ese subtítulo: «nuevas causas, nuevos desenlaces, nuevas soluciones»— es la gobernanza: cómo gestionar esos conflictos y problemas entre todos. Y es que a través de ese escrutinio internacional se consigue que los conflictos y los desenlaces sean de naturaleza nueva, pero necesitamos buscar soluciones conjuntamente.

Me gustaría recordar algunas de las cosas que se dijeron ayer. Sarah Wykes habló de corrupción y cleptocracia. Gustavo Fernández nos explicó la crisis reciente entre Colombia, Venezuela y Ecuador, y cómo algunos mecanismos internacionales, mecanismos regionales de solución de conflictos, de contactos rápidos entre los Estados, etcétera, pudieron dar una solución pacífica y no violenta. Gerardo Reyes nos habló de las macrociudades y de los problemas de la droga y el crimen organizado. Manuel Marín del medio ambiente y de la energía. Sylvain Cypel y Stephen Holmes trataron el nacionalismo como verdadero problema, más que la religión. Y Javier de Lucas abordó el tema de la pobreza. ¿Qué se puede hacer frente a todas estas cuestiones?

Creo que el gran reto es reforzar la gobernanza, tanto en el nivel estatal como global. Estoy de acuerdo con Andrés Ortega

en que el Estado-nación está resurgiendo como actor en las relaciones internacionales. Esto ocurre porque nos hemos dado cuenta de que otras estructuras en las que se habían puesto mucha ilusión no aportan soluciones. Y entonces se intenta encontrar un papel nuevo para el Estado-nación y que el Estado dé las soluciones que necesitamos.

En este sentido, es muy importante acabar con los Estados fallidos. Yo creo que la sociedad internacional en su conjunto se debería tomar muy en serio esta idea de que el primer nivel de seguridad, para después construir desarrollo, progreso, pasa por tener Estados fuertes. Estoy de acuerdo también con diversas reflexiones que se han hecho aquí sobre ejemplos de Estados fallidos que no hemos sabido arreglar. En los Balcanes actuamos más o menos bien, y aunque también se tenía el reflejo de pensar que todo iba muy mal, con el tiempo la tendencia es positiva. Ya nadie piensa que Bosnia sea un problema muy grave. Es cierto que es un protectorado de Europa, pero se gestiona el problema y se espera que con el tiempo se vaya resolviendo, sobre todo desde la perspectiva europea.

También comparto la afirmación de que los grandes agujeros negros, más que América Latina, son Oriente Medio y el África subsahariana. Ahí es donde los esfuerzos internacionales no han dado los resultados adecuados, y el ejemplo que más se ha citado aquí (no ha sido Irak, porque da miedo, pues nadie sabe todavía cómo salir de Irak, y todos estamos esperando un nuevo presidente en la Casa Blanca) es Afganistán. En Afganistán existen divergencias entre los actores externos, y no hay una idea clara de lo que se quiere hacer con el país. Esto, en gran medida, ocurre porque en Afganistán hay una esquizofrenia: por un lado se quiere reconstruir el Estado y por otro acabar con los talibanes. Y, claro, esas dos cosas son incompatibles. Si se quiere de verdad reconstruir un Estado hay que darles paso a los talibanes y aceptar que ellos deben jugar un papel. Entonces el liderazgo americano se habría acabado, y se tendría que en-

trar en un liderazgo multilateral de Naciones Unidas, o de algún otro tipo, que hable con los talibanes. Si se quiere acabar con los talibanes y con la amenaza que representan, entonces, evidentemente, no se puede reconstruir el Estado.

Y en el nivel global también hay que reformar y reforzar la gobernanza. No se puede hacer de otra manera, en un momento en que los problemas son globales pero no tenemos una gobernanza común. Hemos olvidado o abandonado —en los ocho años de Bush sobre todo, con ese liderazgo negativo de Estados Unidos— la importancia de la reforma de la gobernanza global, y deberíamos volver a esa cuestión inmediatamente, en cuanto las circunstancias lo permitan.

Para terminar, muy brevemente: ¿cuál es el papel de España y Europa? Aquí estoy de acuerdo con Juan Gabriel: Europa ha decepcionado, no solamente a los latinoamericanos y al resto del mundo, sino a la mayoría de los europeos. No ha sabido responder a la necesidad de encontrar visiones alternativas del mundo, soluciones nuevas, tras la crisis de Irak. La crisis de Irak, hay que recordarlo, ocurre en la primera presidencia de Bush, desde el invierno de 2002 a marzo de 2003, cuando se ataca Irak, y surge ese gran debate sobre unilateralismo/multilateralismo. Ahí Europa se divide. Pero ¿qué ocurre después? Que existe un tiempo de desacreditación y de crisis de liderazgo global por parte de Estados Unidos. En esas condiciones los emergentes aprovechan para consolidar su crecimiento económico, y Estados Unidos está completamente desaparecido, porque no surgen ya ideas nuevas desde Washington, ya no tiene nada que decir. El segundo gobierno de Bush ya no tenía nada que proponer, sólo esa idea de promoción de la democracia en el mundo árabe que no tiene credibilidad, porque no puede funcionar. Cualquier propuesta que viene de Washington a partir de 2004 es una propuesta sin contenido. Si en ese momento de debilidad del liderazgo estadounidense, en que las potencias emergentes no tienen todavía capacidad de ofrecer una visión

del mundo alternativa y aún no están en la escena internacional como grandes actores que aportan sugerencias, Europa ha sido incapaz de presentar su propia visión del mundo y de actuar de manera proactiva, yo creo que nunca será capaz, realmente. Europa necesita de un *alter ego* en Estados Unidos: si Estados Unidos funciona, Europa seguirá y moderará a Estados Unidos, lo hará más multilateral (esperemos que pase esto con el nuevo presidente americano), pero Europa por sí sola no puede.

Entonces, ¿qué pasa? Una vez más pienso, como Andrés Ortega, que quizás es el momento también de, en primer lugar, esperar a ver qué panorama se presenta tras enero de 2009, con un nuevo presidente de Estados Unidos. Pero, en segundo lugar, tenemos que recordar nuestras propias responsabilidades como Estado. Aquí opino que España a veces utiliza a Europa como una excusa. Como descubrimos que pertenecer a Europa y a la OTAN era muy cómodo —porque gran parte de nuestra política exterior y de defensa nos la hacían fuera, y nosotros la comprábamos y la modificábamos a nuestro gusto— hemos perdido muchas veces el reflejo y la valentía de tener una política exterior y de defensa propias.

No sé en qué medida esto se podrá hacer, porque tampoco pienso que España esté en las condiciones ideales para llevarlo a cabo, pero, en fin, creo que debería salir a la palestra con propuestas más ambiciosas para el orden internacional, y con la idea de que debe jugar un papel más relevante, sobre todo cuando la situación política también es la que es. Quiero decir que en Europa hay un gran dominio en los grandes países de unas posiciones de derechas clarísimas, ¿no?, y España se ha quedado quizá como el único referente de la izquierda (y más si el Reino Unido cambia de gobierno). Como tal referente debería tener unas posiciones más claras, más atrevidas, y no parapetarse siempre en Europa, sino también desarrollar una idea propia de cómo debe ser el mundo y cuál es nuestro papel en él en estas nuevas circunstancias.

## MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Bueno, yo creo que me ha sugerido una directriz nueva que acepto, además.

Creo que vamos a proponer la siguiente fórmula: acá hay una cantidad de reflexiones que se plantearon, y es bueno que los miembros de la mesa las respondan, de tal manera que queden absueltas las inquietudes que a cada uno de los participantes les surgieron a partir de los comentarios de sus colegas. Una vez hecho esto podemos abrir el debate ya planteando interrogantes e incluyendo al público.

## JON LEE ANDERSON

*Escritor y cronista de The New Yorker*

Yo no estoy de acuerdo con todos los puntos. Mi observación sería que, resumiendo todo, si hay un factor en común de los argumentos es que estamos en una coyuntura de limbo absoluto, desde cualquier ángulo que partas. Estamos esperando quién va a ser el próximo presidente de Estados Unidos para ver qué tipo de dinamismo se desprende de esa nueva autoridad. Permanecemos a la expectativa sobre la posibilidad de que se dé un cambio transformacional, por no decir trascendental, desde el país todavía más poderoso del mundo, y queremos saber cómo nos afectará. Algunos vacíos que vemos hoy en día sí se plantean como grandes riesgos para el futuro; nuevas crisis, causadas en algunos casos por la mala interpretación, quizá, del vacío de poder por parte de las potencias de Occidente, por actores irregulares o por Estados con nociones radicales que van más allá de sus fronteras.

Volviendo a lo que dije en un principio, creo que estamos en un limbo. No estoy de acuerdo con que lo que hoy llamaríamos conflictos no son guerras, o con que estamos mejor de lo

que estábamos en los años ochenta. En el Congo han muerto entre cinco y seis millones de personas en los últimos diez años. ¿Qué ha hecho la ONU ahí? Pues muy poco. ¿Cuál es el papel de la ONU hoy en día? Ha sido totalmente enmascarado ya por el Consejo de Seguridad. La carencia de la ONU como un operador de intervención humanitaria verdadera en el mundo, sin subtextos nacionales, ha puesto el papel de la OTAN en una nueva categoría, que estamos viendo en Afganistán. O sea, estamos también en una especie de limbo en lo que son nuestros organismos internacionales, que aparentemente no funcionan como deben.

En fin, estoy comenzando otro tema aquí, así que mejor me paro y paso la voz a otro, porque podría seguir.

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Yo tengo una pregunta para Andrés Ortega que he cogido al vuelo a raíz de lo que han planteado usted y Juan Tokatlián. Me sorprendió mucho su presentación, centrada en el tema del regreso del Estado, en el concepto del Estado-nación, sobre todo cuando Juan Gabriel Tokatlián, desde otra perspectiva y desde otro lugar del orbe, de esta Tierra, sostiene que precisamente ese Estado no está respondiendo como debería a los retos planteados por esas nuevas guerras. Me parece que ahí hay una discusión.

ANDRÉS ORTEGA

*Director del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia del Gobierno*

Muy bien, muchas gracias. Voy a contestar a esto, y haré dos comentarios sobre lo que han dicho los demás.

Yo nunca he hablado de Estado-nación, sino siempre de Estado, porque creo que hay Estados como China o Estados Unidos que tienen otro concepto u otras formas.

He querido ir un poco más allá del presente, es decir, de cómo se solucionan los problemas actuales, para ver cuál iba a ser la configuración mundial en los próximos diez, veinte años; no en todo el siglo XXI, porque eso ya sería imposible. En ese sentido, creo que hay un regreso del Estado, porque surgen Estados fuertes que tienen una visión muy centrada de lo que es la soberanía nacional. China es uno de ellos, y Brasil otro.

En mi opinión estos Estados están muchas veces detrás de la no solución de los temas. Es decir, que si se echa la culpa a la ONU por Darfur, en buena parte se debe a que no ha habido acuerdo en el Consejo de Seguridad, pues hay algunos Estados que tienen intereses muy concretos en que la guerra en Darfur no finalice y que el conflicto prosiga. Defienden sus propios intereses materiales.

Por otra parte está la distinta percepción de lo que son los conflictos. Por ejemplo, en el caso de Afganistán hay una visión diferente entre Estados Unidos y muchos países europeos sobre qué tipo de conflicto es y cuáles son los objetivos a cumplir allí, que creo que no son los mismos que había cuando Estados Unidos invadió Irak o cuando estalló la guerra de Kosovo.

Quería añadir dos comentarios a lo que se ha dicho. Uno es sobre el concepto del *war on terror*, de la guerra contra el terror, que ni siquiera menciona el terrorismo, sino que dice «terror». Creo que para Estados Unidos, o para el gobierno Bush, el término ha sido un éxito, en el sentido de que ha enmarcado la discusión en el país sobre política interior, y ha logrado gracias a eso movilizar muchos medios. Sin embargo, considero que ha sido un error estratégico brutal, porque no es la forma de enfocarlo.

Luego está el concepto mismo de terrorismo. Al Qaeda y demás movimientos, ¿se pueden llamar terrorismo o son otra cosa? Naturalmente, son parte del terrorismo, pero también más cosas, y limitarnos simplemente a llamarlos terrorismo nos impide buscar soluciones o a veces medios de luchar contra ellos. No creo que sean un movimiento nihilista, por mucho que le pese a Glucksmann, sino que persiguen objetivos estratégicos, a veces bastante claros: entre otros derrocar a varios regímenes árabes y musulmanes. En esto, de momento, han fracasado, pero veremos.

La segunda consideración que tenía es respecto a algo que ha dicho Juan Gabriel sobre los derechos humanos en Europa. Creo que en Europa no hay un retroceso de los derechos humanos; sigue habiendo un Tribunal Europeo que defiende esos derechos, es decir, incluso si se dictan leyes europeas o nacionales que van contra estos derechos, acaban en el tribunal, ya sea en el de Luxemburgo o en el Europeo de Derechos Humanos. El verdadero problema es que esta visión europea y occidental ya es mucho menos atractiva para otros países del mundo. En una parte de Asia hay un desprecio claro hacia esa visión del mundo.

Por ejemplo, les recomiendo un libro de un diplomático de Singapur que se llama *El nuevo hemisferio asiático*, donde, entre otras cosas, dice que los occidentales no son capaces de distinguir entre libertad de prensa y libertad de expresión, que es una manera de ver las cosas diferente, y afirma que Occidente ya no es el guardián de los valores más elevados de la civilización humana. También nos desprecia porque nuestros modelos económicos, nuestra forma de capitalismo, no produce el crecimiento suficiente, y más ahora que estamos en crisis. Hay otras visiones que están compitiendo y entrando en el terreno internacional sin complejos, y que hacen que estos países o regímenes quieran asentar en el mundo sus valores y su forma de ver las cosas.



SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Quisiera decir que me parece que tienes razón y, algo que es todavía más importante, que creo que el concepto de guerra contra el terror, concretamente el éxito que tuvo en Estados Unidos, fue muy fuerte por la forma de hablar del senador Biden, que no se habría expresado así hace cinco años.

Como el concepto de «guerra contra el terror» tuvo tanta acogida tras el 11-S, se tardó tiempo en demostrar que era erróneo, y sólo la realidad hizo que la gente volviera a confrontar su validez.

Entonces, ¿el concepto es operativo? ¿Se puede utilizar?

El fracaso de Irak y la actitud hacia Irán son lo que deja a Estados Unidos sin más solución que permitir que Irán tenga armamento nuclear o ir a la guerra. Ésta es la conclusión de la teoría de la guerra contra el terror, que lleva a Estados Unidos a afrontar la alternativa de no hacer nada mediante el boicot y dejar que Irán disponga de una bomba nuclear, o la de hacer la guerra, con todos los problemas que conlleva.

Cuando el concepto se confronta con la realidad fracasa, y ése es el momento en que la gente comienza a pensar en el significado real de la idea del terror y en cuál es su finalidad.

Como periodista me gustan mucho las historias. Ayer les relaté la historia publicada en *The New York Times* sobre ese pobre soldado que no era creyente y que fue devuelto a Estados Unidos. Pues tengo otra.

Hace tres meses se celebró un juicio en el Bronx contra un joven gánster. Se coló en una boda de otra banda en el Bronx. Fue con un amigo, y lo que tenía que ocurrir ocurrió. Hubo una pelea, él empezó a disparar, mató a un anciano e hirió de gravedad a un niño de siete años.

Por tanto, hubo un juicio —todos ellos eran mexicanos—, que se celebró en el Bronx, y el fiscal lo acusó de «terrorismo».

¿Y por qué lo hizo? Pues porque, si el tipo es condenado por terrorismo, el castigo es mucho más severo. Todo el juicio duró dos días y al segundo el jurado pidió al juez: ¿podría por favor darnos una definición de lo que es terrorismo?

Entonces el juez suspendió la sesión y, tras dos horas, regresó y dio esta definición: «Terrorismo es intentar obligar a alguien, mediante amenazas, a hacer algo que no desea hacer». Ésa es la definición de «terrorismo».

Se colaron en la boda, no estaban invitados, fueron con armas; entonces, si ésa es la definición de «terrorismo», el jurado decidió que podía condenar al tipo.

Han apelado. Es el único juicio en Estados Unidos en que se ha condenado a alguien por terrorismo desde el 11-S, ¡lo cual es totalmente absurdo!

¡Aquí tienen el absurdo de utilizar conceptos no operativos!

Quería destacar otra cosa. En este nuevo mundo, con peligros y nuevas amenazas, tal vez debamos comenzar a pensar que la palabra clave no es «paz», sino «soluciones».

Les daré un ejemplo. Éste es mi favorito, porque soy especialista en Oriente Medio, y siempre lo cito, pues lo considero verdaderamente importante.

¿Puede haber paz entre palestinos e israelíes? Mi convicción es que, hasta el año 2000 —hasta Camp David— habría sido posible. Recuerden que el eslogan decía «Territorios por paz». Si hubiera paz, los palestinos tendrían sus territorios.

Ahora bien, lo que ha ocurrido después del año 2000 ha cambiado la situación completamente y, hoy en día, la solución real no pasa por la idea de «Territorios por paz», sino más bien por: «Puede que la paz se intercambie por territorios». El desequilibrio entre las dos partes es tan grande, tan alto. La posibilidad de que una parte no devuelva los territorios es tan enorme que la realidad nos dice que no habrá paz sin el fin de la ocupación.

Y el principal problema no es la paz. Puede que sólo el fin de la ocupación logre traerla, pero quizás no. Tal vez sea demasiado tarde. No lo sé. Lo que es seguro es que en tanto en cuanto la ocupación continúe, ¡no habrá paz!

Por tanto, el problema hoy en día en Oriente Medio es el modo de encontrar una solución que, posiblemente, en una segunda fase, traiga la paz. Pero pensar sólo en la paz es un modo de evitar esa solución. Es necesario centrarse en el fin de esta situación, en lo que significaría el cese de la ocupación.

Hay situaciones en las que la palabra paz es una máscara.

La pregunta que hay que formular es: ¿cuál es la solución? Y no: ¿cómo se puede lograr la paz? Porque, a veces, la gente no quiere la paz. Tomo esta situación como ejemplo, pero hay otras muchas similares donde se da este fenómeno.

Éstas eran las dos cosas que quería destacar.

## MARÍA JIMENA DUZÁN

### *Moderadora*

Tengo una pregunta para Martín, porque me pareció interesante esa frase que dijo sobre que los conflictos se han civilizado. Yo te pregunto: ¿los conflictos se han civilizado o tal vez los medios han dejado de informar sobre ellos? La frase me sorprendió, y para muestra un botón: por ejemplo, me acuerdo mucho de la invasión de Panamá, que yo fui a cubrir, y allí se vivió una historia parecida a la que cuenta Sylvain. Nosotros fuimos con periodistas colombianos tratando de informar, de ver qué estaba pasando.

Los americanos dijeron que había sido una de las mejores invasiones, porque no había habido muertos. Nosotros dimos la noticia de que había 2.000 muertos, prácticamente acribillados en la invasión. Y que se limpiaron luego. Fue una información

que tardó largo tiempo en salir, porque nos costó mucho trabajo publicarla. Entonces, repito: ¿los conflictos se han civilizado o los medios han dejado de informar?

MARTÍN ORTEGA CARCELÉN

*Director del Gabinete de Análisis y Previsión de Política Exterior del MAEC*

Yo creo que hay una visibilidad mayor, una visibilidad creciente. Es cierto que todas las guerras y las intervenciones militares van aparejadas de una censura y de un filtro de la información, pero cada vez es más difícil hacer esto. Pienso que hay más visibilidad gracias a la prensa, a Internet y a las fotografías de teléfonos móviles. Por ejemplo, ya se sabe que las imágenes del ahorcamiento de Sadam Husein se grabaron con un móvil. Por otra parte, cada vez hay más ONGs que cumplen un papel muy importante, y la sociedad civil las tiene muy en cuenta como organizaciones de *advocacy*, que están más presentes sobre el terreno y que nos ofrecen una mayor visibilidad.

Yo sí pienso que las guerras se han civilizado, además en un proceso gradual, por lo menos desde la Guerra Fría. Ayer, la representante de esta ONG británica que se llama Global Witness nos contó algunos ejemplos espeluznantes de cómo se experimentaban con soldados los efectos de las bombas atómicas sin decirles nada, o cómo se usaban cobayas humanas para estudiar la sífilis u otras enfermedades, también sin comunicárselo.

Estas cosas son hoy en día más impensables, y a pesar de que siguen ocurriendo violaciones graves de los derechos humanos, cada vez están más controladas y escrutadas desde el exterior.

STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University*

Se han abordado aquí asuntos excelentes y dignos de debate, pero yo voy a centrarme realmente en una sola cosa: en las ambigüedades que creo que se han suscitado. Por ejemplo, la visibilidad de los crímenes no sólo produce reacciones humanitarias, sino que también puede generar deseos de venganza. Cuando se difunden por todo el mundo los crímenes contra los palestinos o contra los iraquíes, la imagen es visceral, y el hecho de poder verlos puede producir más violencia, no sólo reacciones humanitarias.

En lo que me quiero centrar no es en los Estados fallidos, sino en el fracaso de los Estados exitosos, o que en algunos aspectos lo parecen, como Israel, o los fracasos de la política de Estados Unidos hacia Cuba. Estados Unidos no es un Estado fallido, pero ha fracasado una y otra vez en sus objetivos políticos. Creo que no se ha destacado lo suficiente que se trata de la resaca de la Guerra Fría.

En cierto sentido sí se ha mencionado, pero hace falta insistir en que la OTAN y Al Qaeda, durante la Guerra Fría tenían un enemigo común: la Unión Soviética. La Unión Soviética desapareció y entonces, cada uno de ellos, Al Qaeda y la OTAN/EEUU, buscaron a alguien que ocupara el espacio que había dejado vacío la URSS. Básicamente se encontraron el uno al otro. Parte de las fantasías —ésta es la opinión de Sylvain— sobre la falsa «simetrización» de las amenazas consiste en hablar de Al Qaeda como si fuera el KGB, como si pudiera infiltrar el aparato de seguridad americano o tuviera células durmientes por todo el mundo. Ésa fue una falsificación de la realidad que ha llevado a grandes errores.

El segundo punto sobre la debilidad de los Estados «exitosos» es que tienen una alta especialización en sus agencias: las

militares están especializadas y separadas de las diplomáticas, de las de inteligencia, etcétera. Y eso crea «conflictos de competencias». Crea secretismo. Crea disfuncionalidad.

En Estados Unidos, respecto a la guerra de Irak, la gente con mayores conocimientos sobre Irak fue excluida de la toma de decisiones. Esto no se debió a que se tratase de un Estado fallido, sino a que la especialización y los conflictos de competencias son tales que no se produjo la puesta en común de conocimientos que hubiese sido necesaria.

Termino con un ejemplo que sigue las líneas de la última afirmación de Martín sobre la necesidad de buenos gobiernos, no sólo para tratar con los Estados fallidos, sino para los fracasos de los Estados exitosos.

Ahora resulta posible producir, mediante ingeniería genética, el virus de la gripe de 1917. Y cuando una firma de biotecnología americana o europea reciba, por correo electrónico, un pedido para crear genéticamente ese virus dirá: «¡No!».

Ahora bien, ¿qué pasa con China? ¿Qué ocurrirá con esas docenas de empresas de biotecnología de China? No se trata del Estado, sino de las empresas. El Estado las regula con laxitud, y ése es un problema en el que europeos y americanos deben colaborar, porque si no, no hay manera de gestionarlo y puede ser peligroso. Observen que el peligro no es un grupo, no es la *mens rea*: es un medio. Todos ustedes han hablado de que no podemos hacer la guerra a un «medio».

El virus de la gripe de 1917 es una técnica, es un medio, no es un grupo; no está enfadado, no te amenaza a propósito. Es como un arma nuclear, ¡como una pistola cargada! Ahí es donde radica el peligro, en este tipo de «pistola cargada».

La prensa y los demás tenemos que centrar nuestra atención en esto, ya que se trata de amenazas compartidas.

Ésa es la diferencia entre 1991 y 2003. Los europeos vieron a Sadam Husein como una amenaza para sus intereses en 1991,

debido al petróleo saudí. En 2003 no ocurrió así, y no es que Bush I fuera más diplomático que Bush II, es cuestión de ver la amenaza como un asunto que nos compete a todos.

El problema es que hay muchas amenazas comunes que no vemos con la suficiente claridad. Ése es parte del papel de los periodistas, y de otros: ayudar a que los responsables de nuestra política se centren en esas amenazas comunes que los europeos, los americanos y otros poderes del *status quo* —si quieren llamarlos así— compartimos, pero no vemos.

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Para terminar la ronda, yo quisiera que Juan hablara un poco no tanto de Estados fallidos sino de políticas fallidas, como dice Stephen. ¿Qué aproximación se puede hacer frente al tema de una de las guerras más fallidas que se siguen librando: la guerra contra las drogas?

JUAN GABRIEL TOKATLIÁN

*Director de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,  
Universidad de San Andrés, Argentina*

Intentaré responder a eso, pero antes hubo una reflexión que hizo Andrés Ortega que quiero volver a retomar. Al menos en América Latina, seguimos pensando que somos el sur de Occidente, y que por lo tanto, está Estados Unidos, está Europa y estamos nosotros. Siendo parte del sur de Occidente, creo que compartimos un conjunto de valores, prácticas, ideales, normas; y en ese sentido los mensajes que envía Europa son muy preocupantes. Pienso que la reciente legislación migratoria que establece este confinamiento de hasta dieciocho meses, y que incluye una

serie de restricciones, supone que hay unos sujetos (sujetos x), que no sabemos quiénes son, que no tienen derechos. Porque ser ciudadano, en buena parte, es saber que se tienen derechos. Europa ha dado con eso un paso muy complejo. También creo que es distinto, obviamente, a las prácticas más agresivas de violación del Derecho internacional que ha hecho Estados Unidos. Sin embargo, éste es un tema importante de cara al futuro.

¿Por qué? Yo abordo este asunto no solamente desde la empatía de valores, sino desde un lugar estratégico. Mucho del desarrollo futuro de América Latina, de su inserción futura y de la conversión de una maldición en una bendición recursiva no pasa por Europa ni por Estados Unidos, sino por Asia, por los mercados asiáticos: pasa por el rol de China, por la dinámica que genera India, por el lugar hacia el que Brasil está reorientando su multipolítica internacional.

Para muchos, que aún creemos en la democracia en la región, este desacople de Europa es un problema, porque Asia no nos brinda un conjunto de valores tan compatibles como los que tendríamos con Europa y Estados Unidos. Posiblemente ahora haya muchos tentados, en América Latina, a seguir esta vía singaporeña y decir: «Bueno, si allá están los mercados...». ¿Y los valores qué?, ¿y la democracia qué?, ¿y los derechos humanos qué? Occidente siempre ha jugado con ellos, los ha pervertido, nos ha mandado un mensaje y después ha hecho otra cosa.

Creo que en América Latina hay una opinión pública atenta, pero que no está bien informada, que ve estos pseudomilagros asiáticos como una potencialidad, que piensa «esta vez sí es nuestro salvavidas». Si nos desacoplamos de Europa, creo que vamos a tener un problema gravísimo. Las señales que brinda Europa son, y seguirán siendo políticamente, me parece a mí, muy importantes.

Voy al tema sobre el que me preguntaba María Jimena. Me gusta ser anglosajón en lo que los británicos en particular llaman



*evidence-based análisis*. Pues la evidencia del último informe de Naciones Unidas sobre drogas dice que en el mundo hay unos 200 millones de consumidores de sustancias psicoactivas ilícitas entre las edades de 15 y 64 años. Esto implica que el 4,8% de la población mundial consume sustancias psicoactivas ilícitas. Si uno pone ese número en términos porcentuales respecto a la población mundial, el porcentaje es el 3,2%. De esos 200 millones de consumidores de todo tipo de sustancias psicoactivas, unos 160 consumen marihuana. Por lo tanto, el número de consumidores de drogas más nocivas, o con efectos más complicados (como pueden ser la heroína y la cocaína), es proporcionalmente muy bajo en el mundo. Entonces, a pesar de que es un problema de salud serio y a tratar, enfocarlo con la lógica de una guerra por el 0,5% de la población del mundo es un poco absurdo. Esto no significa que no exista un problema. Lo que quiero decir es que toda la parafernalia de la guerra contra las drogas debería plantearse de otra manera, con otra lógica y otras políticas.

Y voy a otro tema colateral, respondiendo a tu pregunta. Me parece que necesitamos una política innovadora, que nos permita alimentar un nuevo debate. Es allí donde está mi perplejidad ante Europa: ¿por qué Europa coincidió con Washington en no hacer una evaluación de diez años de la lucha contra las drogas? Hacerla pública, llevarla al foro de Naciones Unidas, debatir con expertos, funcionarios, tomadores de decisión, medios de comunicación, etcétera. Porque los indicadores que hasta ahora tenemos son todos fallidos como para no hablar de ellos. El *denial politics* en este tema lo relacionaba con Estados Unidos, pero no lo conocía en Europa. Mi perplejidad, desde América Latina, es por qué Europa no abre este debate. No sé cuál será el consenso que se podrá establecer, pero abordar este tema políticamente me parece muy importante.

Pongo un ejemplo que está vinculado a estos conflictos por otro lado, y ya no solamente por el caso de Colombia. En el úl-

timo año del tortuoso gobierno talibán en el poder, es decir, 2001, el total de toneladas métricas de heroína que produjo Afganistán fue 74. El año pasado, con datos de junio de 2007, el total de toneladas métricas de heroína que se produjo en Afganistán fue 6.100. Un país totalmente ocupado, con todo Occidente ahí, con la fortaleza de la OTAN, multiplicó por cientos de miles su producción de heroína. Y esto no levanta siquiera una polémica de cómo entrelazar esta operación de la OTAN con el negocio de las drogas, con lo que en Europa se denomina un Estado fallido (aunque no creo que la frase sea muy afortunada). Es en esos casos donde en América Latina y en Sudamérica en general siempre esperamos una luz y una voz europea. Y lo que nos llama la atención es su ausencia.

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Pasamos a la ronda de preguntas, ya con todas las personas que quieren intervenir.

IGNACIO MARTÍNEZ

*Adjunto a la Presidencia del Grupo Joly*

Tenía una pregunta para varios de los miembros de la mesa en torno a lo que Juan dijo al principio, llamando la atención sobre qué hacían los europeos en Afganistán dentro de la OTAN. Jon Lee decía que la ONU estaba desaparecida y que la OTAN había tomado más protagonismo. Andrés hablaba de la definición de nuevos intereses nacionales en torno a los Estados. De hecho, la OTAN ya tiene sesenta años, y se ha consolidado el liderazgo militar americano en Europa. Martín hablaba del protectorado en Bosnia, y es que los americanos ejercen un

protectorado militar en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Entonces, lanzo una pregunta para cualquiera de ustedes: ¿los países europeos deben seguir dejando este liderazgo militar de Europa a Estados Unidos? Está incluso en el Tratado de la Unión Europea, ¿no? Hubo un intento, cuando se firmó el Tratado de Maastricht, de crear una identidad europea de defensa. Eso ya se ha olvidado, y ahora Europa está muy cómodamente situada bajo el paraguas americano en materia de defensa.

JON LEE ANDERSON

*Escritor y cronista de The New Yorker*

Sólo un comentario. Obviamente, el laboratorio de pruebas actual para la OTAN es Afganistán, donde no hay una política muy definida ni muy unida. Cualquier periodista o analista que haya estado allí entenderá que lo que hay es un potaje inservible, que no funciona. Si bien existe un liderazgo norteamericano todavía, según tengo entendido, cada cual ha negociado su presencia en el país: los franceses sólo aceptan estar en tal provincia, los alemanes en tal otra y, además, no patrullan de noche; cosas así.

Les podría contar varias historias. Tuve una experiencia la primavera pasada en la segunda provincia más candente de los talibanes, es decir, un poco como la Camboya para los Vietcong en la época de Vietnam; es donde van para buscar santuario, descansar y demás. Estuve allí con un grupo de contratistas de Dainco que estaban desarrollando un plan de erradicación del opio, pero en territorio controlado por los talibanes. La fuerza militar de la OTAN que debía suministrar seguridad a Orusgan eran los holandeses. Caímos en una emboscada que duró cuatro horas y media, en la que bajaron dos helicópteros. Los talibanes mataron a gente a cuatro kilómetros

de la guarnición holandesa de la OTAN, donde había 2.000 comandos más helicópteros. Pues en ningún momento vinieron a asistir al grupo.

Ahí va otra parte del problema, y respondo a tu inquietud y a algo que dijo el amigo sobre por qué no ha funcionado, por qué nadie está reclamando y por qué continúa así la política antidroga. Hay nuevos intereses privados, posiblemente. Yo planteo: se han hecho tantas concesiones al mercado, al sector privado, en el gobierno y la implementación de asuntos tradicionales de la seguridad o de la política exterior, y en el caso de la guerra antidroga, a una firma específica muy ligada a los intereses del Pentágono, que a lo mejor por eso continúa, porque va un poco más allá de la incumbencia de todos. El hecho es que, en carne propia, yo experimenté la falta de coordinación entre supuestos aliados en un terreno de guerra actual y de gran importancia para el mundo.

La desconfianza entre determinados entes o estamentos militares en el campo de batalla es muy grande. El apuñalamiento en la espalda, simbólicamente hablando, entre todos ellos resulta notorio. No hay manera de implementar y perseguir una contrainsurgencia, y no se va a lograr nada en un campo de batalla con una situación así. Mi planteamiento sería: ¿qué se creen que están haciendo allí? ¿Van allí a hacer acto de presencia simbólica, o están para servir como parte de una política definida? A mi juicio no la hay, y ése es el gran planteamiento que hay que hacer sobre la OTAN.

MARTÍN ORTEGA CARCELÉN

*Director del Gabinete de Análisis y Previsión de Política Exterior del MAEC*

Quisiera añadir una palabra sobre esta idea de si los europeos podrán, alguna vez, sustituir el liderazgo militar norteamericano.

Yo creo que no. En términos militares, el liderazgo norteamericano es indiscutible, porque la inmensa mayoría de los europeos aceptó participar después de la Guerra Fría, cuando la OTAN redefinió sus objetivos (lo hizo una vez en Roma en 1991, otra vez en Washington en 1999 y está a punto de hacerlo de nuevo, presentando un nuevo concepto estratégico).

En lo que sí hemos avanzado los europeos es en la gestión de la defensa. La política exterior común europea es muy pequeña, es fragmentaria, pero la gestión de la política de defensa sí funciona, y funciona bien. Porque allí donde los norteamericanos, y por lo tanto la OTAN, no han podido o no han querido estar presentes, los europeos salen al paso y hacen las cosas bien. De manera que, por ejemplo, hoy en día en Bosnia estamos los europeos. No hay que olvidar que Altea —que comienza con 7.000 efectivos, aunque ahora se ha reducido un poco— es una operación de mantenimiento de la paz puramente europea, bajo bandera de la Unión Europea. Estamos haciendo otras cosas interesantes, como ayudar a los africanos a hacer sus operaciones de paz o a financiarlas. Y también es importante nuestra presencia en Líbano, sin bandera europea, sin bandera de la OTAN, sino con la bandera de Naciones Unidas, pero en una operación puramente europea. UNIFIL 2 es europea porque la presencia y el mando va rotando entre países europeos.

¿Qué ocurre? Otra forma de responder a la pregunta es que el liderazgo militar, a pesar de que es insustituible, según las grandes tendencias históricas, cada vez será menos importante. Es decir, si China y otros actores emergentes globales deciden no luchar por medios militares contra Estados Unidos —contradiciendo todas las grandes tendencias de la historia y esta famosa idea del ascenso y caída de las grandes potencias de Paul Kennedy y de otros, que dice que el crecimiento económico va seguido de un reto militar a la potencia dominante—, y de hecho parece que lo están haciendo, entonces el poder militar ten-

drá menos relevancia a nivel global. Servirá para realizar acciones puntuales.

Los europeos ya lo hemos reconocido, porque Europa hizo un ejercicio que se llama *long-term vision*, que consiste en analizar el futuro de la defensa. Ahí vimos que la sociedad europea exige unos baremos tan altos de legitimación del uso de la fuerza fuera de nuestras fronteras que es muy posible que no vayamos a hacer ya grandes intervenciones si no están muy legitimadas, bendecidas por Naciones Unidas y hasta por el público europeo. Los americanos ya comienzan a comprender eso; lo han entendido a la manera más dura en Irak. Las tendencias nuevas en Estados Unidos apuntan a que si ganan los demócratas repensarán toda esta cuestión.

Entonces, el poder militar es menos importante, y ahí está la reciente reflexión de Joseph Nye y otros en Estados Unidos, que dicen que ya no se habla de poder duro o blando, sino de poder inteligente. Nye y otros muchos cercanos a Obama afirman que necesitan un poder inteligente. Y, claro, si la partida se juega en el terreno de la inteligencia —y no en el sentido de servicios de inteligencia, sino de la inteligencia pura— Estados Unidos ya no tendrá ese liderazgo, porque la inteligencia por definición es algo que te obliga a compartir, a discutir y a pensar con los demás. Como ya dijo Aristóteles, al parecer, la verdad puede decirla al amo su porquero.

JUAN GABRIEL TOKATLIÁN

*Director de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,  
Universidad de San Andrés, Argentina*

Iba a hacer dos observaciones absolutamente menores. La pregunta es muy interesante. Creo que en estos últimos conflictos —Irak y Afganistán lo muestran muy bien— Estados Unidos determina la misión y luego viene la coalición. En Irak está una

parte de Europa y otra parte no. En Afganistán no está toda Europa, no participa toda la OTAN activamente, sus hombres no están todos en el terreno. En Irak al principio hubo mucha tropa australiana, y menos de Nueva Zelanda; no estuvo parte del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), aunque algunos países de Centroamérica sí dieron su apoyo. Se han generado muy interesantes coaliciones heredadas de la Guerra Fría, y me sorprende la enorme capacidad de autonomía que tendría Europa hoy, que además quizá no ejercita tanto, vista a través de la distancia.

Pero quería plantear una novedad en América Latina, y en América del Sur en particular, que creo que no ha sido, al menos yo no lo he visto, reflejada en los medios europeos. Como ustedes saben, dentro de la estructura de los compromisos militares de América Latina está el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, que es anterior a la OTAN. Antes había una estructura militar que nunca cupo muy bien en eso, que es la Junta Interamericana de Defensa, y que Washington en algún momento quiso colocar como el alto comando eventual. De hecho, buscó invocarlo para alguno de los usos de la fuerza durante la Guerra Fría, pero sin mucho éxito, dicho sea de paso.

Pues bien, ahora la Junta Interamericana de Defensa quedó adscrita como una entidad dentro de la OEA. Pero Brasil acaba de plantear la creación de un Consejo Sudamericano de Defensa, lo que supone una novedad para América del Sur. Yo creo que esto necesita hablarse, debatirse, porque ahí hay un contacto con Europa que podría ser muy interesante. Ésta es una experiencia que todavía no está clarificada ni institucionalizada, pero pienso que sería un modelo interesante para comprobar cuánta autonomía se puede tener aún respecto a Estados Unidos en el propio hemisferio, que para nosotros ya sería bastante.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Un comentario muy breve. Creo que cuando haya un nuevo presidente de Estados Unidos, y sobre todo si se trata de Obama, habrá algún cambio en toda la visión estratégica y diplomática. Si se trata de McCain, es absolutamente evidente que su mandato será mucho menos unilateral de lo que lo ha sido este gobierno.

Tenía que escribir un artículo sobre cómo salir de Irak, desde el punto de vista americano, por lo que entrevisté a muchísimos estrategas y especialistas. Al menos dos de ellos respondieron que cuando Obama dice que «traerá a los chicos a casa» hay algo que no aclara, y es cómo lo hará. Es cierto que hay un acuerdo nacional sobre la existencia de problemas logísticos, pero políticamente tampoco es fácil irse de allí. Muy pocos líderes árabes quieren ver a los americanos salir de Irak —por supuesto ni los egipcios ni los saudíes— debido a los riesgos que conllevaría.

Uno de los modos de salir de Irak es conseguir otra coalición. Si tienes 130.000 soldados desplegados allí, y sólo quieres mantener a veinte o treinta mil militares americanos, puedes «traer de vuelta a los chicos» si cuentas con nuevos efectivos que compongan otro tipo de coalición.

Personalmente, no veo cómo puede tener éxito, porque no se me ocurre quién va a sustituir a los americanos en ese desastre, quién enviará masivamente tropas a Irak en ese caos. Sin embargo, ésta es una idea que la gente, por supuesto, está considerando.

Lo que puede ocurrir es que aunque los europeos y otras potencias no quieran reflexionar sobre el modo de crear un sistema de defensa, y deseen dejar a los americanos como líderes en el terreno militar —no competir con ellos—, quizás la debilidad política de América y sus fracasos les obligue a tratar el asunto.



ÁNGELES BAZÁN

*Directora de Informativos de Fin de Semana de RNE*

En estos días hemos hablado de los conflictos actuales y de las causas de esos conflictos (se han mencionado el petróleo, las drogas, el odio, la pobreza, la inmigración). Me gustaría saber qué piensan sobre el papel que puede jugar en el futuro el agua: la administración, la escasez, la gestión de este elemento.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

La respuesta sería muy amplia.

JUAN GABRIEL TOKATLIÁN

*Director de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad de San Andrés, Argentina*

La respuesta es enorme, pero de hecho lo que planteas ya está ocurriendo: me refiero a la acción de Rusia en el Polo Norte hace unos meses y a la disputa creciente sobre las limitaciones en el Ártico, con la consiguiente reacción de Canadá. Esta idea de reunir nuevamente esfuerzos y coordinar algunas de las políticas respecto al Ártico es una demostración de lo que está iniciándose.

En el sur tenemos la Antártida, donde están, posiblemente, el 25% de las reservas de agua dulce del mundo. El problema ahí sigue siendo Gran Bretaña, que toma acciones unilaterales proclamando y expandiendo su zona de control marítimo y territorial.

El otro foco importante que tenemos está en el corazón de América del Sur: el acuífero guaraní, que es la tercera reserva

más importante de agua dulce del mundo. Por lo tanto, para aquellos que ven la bendición (y yo soy de los que creen que es importante) de los recursos estratégicos en América del Sur, me gustaría añadir un «pero si». Y es que en estos momentos, con los descubrimientos de Brasil y los ya existentes en el mundo andino, América del Sur es una potencia energética en ciernes altamente importante; es definitivamente una potencia también en materia alimentaria; es una superpotencia en biodiversidad y aguas dulces, y es una potencia nuclear importante, por los acuerdos entre Argentina y Brasil. Todo esto va a colocarnos cada vez más en el ojo de la atención internacional, no de la desatención. Y es aquí nuevamente donde, como una voz ya solitaria, clamo por que Europa ocupe su lugar, porque es evidente que los asiáticos están en plena proyección de su poder relativo, y la presencia de China en la región crece. Está claro que hay una desatención de Washington, con un formidable hiato que ha dejado Estados Unidos en estos últimos tres o cuatro años. Pero también es preocupante que muchos de estos temas no se resuelvan con ecuaciones positivas de suma variable, sino que volvamos a la lógica de suma cero.

## GUSTAVO FERNÁNDEZ

*Ex canciller de Bolivia*

Una pregunta muy rápida: he escuchado en el transcurso del debate que se espera el cambio del gobierno norteamericano en noviembre, con la expectativa de que se adopte una nueva posición. Y, eventualmente, si gana Obama parecen ser mayores las posibilidades de que se produzca un cambio.

Pero, para los asuntos latinoamericanos en concreto, recuerdo haber leído el documento preparado por Obama para señalar su política, y no hay cambios. Se trata de una reafirmación no sólo del rechazo tradicional de los demócratas a la apertura del

mercado norteamericano, sino también del principio de la doctrina Bush sobre el derecho a la intervención en territorio ajeno para combatir el terrorismo. Lo plantea así. No veo cuáles son esos cambios que se esperan del gobierno norteamericano después de noviembre.

## GERARDO REYES

*Reportero para América Latina de El Nuevo Herald, Colombia*

Es una pregunta para Sylvain. Resulta muy seductora su teoría sobre la fabricación de un enemigo. Sin embargo, tras escucharla uno se pregunta: entonces, en este conflicto, ¿cómo definiría usted a un enemigo? ¿Cuál es el enemigo real si lo que se están creando son enemigos ficticios? Me siento un poco perdido ahí.

Y otra pregunta para Jon Lee. Jon, no sé si esto es una indiscreción, pero usted me contaba que viene de una reunión en Oslo con negociadores de conflictos. No sé cuánto acuerdo de confidencialidad tiene con ellos, pero quisiera saber, respecto a todo este panorama que hemos visto acá, cómo está la brújula de estos señores que están más cerca de los conflictos, cómo los ven, y con qué impresión regresas tú de esa reunión.

## SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

Mi afirmación principal decía que es como si no hubiera «Dios», como había leído, sino sólo «dioses»; no hay «enemigo», sólo «enemigos». Ésa era mi postura.

Si piensas según criterios binarios, no se define ni se comprende al enemigo, pues no se sabe quién es. Tienes que

analizar cada situación por separado para comprender a cada enemigo. El fútbol americano no es béisbol, y la pelota no define el deporte. Si sólo funcionas según categorías globales, como McCain, entonces puedes llegar a afirmar que Irán ayuda a Al Qaeda a entrenar a extremistas y a organizar ataques con bomba.

Hay enemigos, pero no todos son del mismo tipo, y no existe una categoría global como «terror». Hay terroristas y son diferentes entre sí, y los Estados no son organizaciones o grupos. Lo que busca Al Qaeda no es lo mismo que persigue Ahmadiyad, ambos tienen objetivos diferentes. Hay intereses diversos y la racionalidad existe entre ellos. Eso no significa que sea la misma clase de raciocinio que tenemos nosotros, pero tampoco estoy seguro de que todos los que estamos aquí razonemos de igual manera.

Sin embargo, lo que es seguro es que no son irracionales, y es necesario comprender cuál es su tipo de racionalidad. Esto no significa aceptar la racionalidad del enemigo, sino saber que no hay una sola, porque no hay un único enemigo.

Acerca de Obama, voy a dejar que respondan mis amigos americanos, o si no denme una hora.

JON LEE ANDERSON

*Escritor y cronista de The New Yorker*

Fue, como dicen, *chat and house rules*, o sea, un encuentro *off-the-record*, pero muy interesante, porque tuve la oportunidad de estar dos días reunido con unas cincuenta personas que son negociadores, mediadores de paz y de guerras en el mundo. Y había gente de diferentes países y de distintos regímenes. A ver si puedo muy a groso modo decir cuáles fueron mis impresiones.

Uno: todo el mundo está hablando ahorita. O sea, todos estos grandes actores, países contrapuestos, están dialogando, no

necesariamente negociando. Los peores enemigos que hay en el mundo, ya sabemos cuáles son, tienen personeros a través de los que establecen conversaciones. Es alentador. Algunos estuvieron allí. Quizás el único actor en el escenario mundial, que no es un Estado, sino una organización, que no está teniendo conversaciones es Al Qaeda, y hasta lo que pude entender hay una disposición unánime en no ir por ahí. Algunos lo contemplan, pero la mayoría no. El elefante en el salón, cuando hablan de todos los conflictos de la actualidad y el futuro próximo, es Estados Unidos.

Y ahí volvemos a lo de Obama: todo el mundo está a la expectativa de cuál va a ser la nueva política, todo está como en suspense, esperando que pasen los últimos meses de Bush. Hay que repotenciar algunas negociaciones, no en América Latina necesariamente, que han sido, digamos, truncadas. Sí se esperan nuevas iniciativas, y quizás una reconfiguración de actitudes hacia América Latina. Alguien de Washington, haciéndose un poco el coqueto dijo, como si supiera cuál va a ser la política de Obama, que la palabra «dignidad» va a ser muy importante en las relaciones. No sé ni me consta todavía a qué se refería. A lo mejor será una cosa más de estilo que de sustancia, ¿no?, si hablamos de Obama.

No sé qué más puedo decir. Fue muy interesante. Todas las conclusiones fueron provisionales cuando se habló de los grandes conflictos: Afganistán e Irak. Afganistán es un tema de gran preocupación. Realmente hay una alarma por lo que pueda ocurrir ahí, sobre todo porque ya no se puede separar Pakistán del conflicto afgano. Irak está un poco en suspenso: se espera una retirada, pero eventual; nada está claro, todo es provisional. Y a eso me sumo yo. En Irak se ha bajado considerablemente la mortalidad y hay muchas cosas que se pueden señalar como progreso, todo gracias a unos acuerdos tácticos de los diferentes socios y actores en el conflicto. Es decir, han establecido alianzas tácticas que no necesariamente son permanentes. Eso significa que todo puede ser un

castillo de naipes que, en un futuro, si la retirada es muy repentina o si ocurre algo grave que no se espera, puede colapsarse.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

*Secretario general de la APE*

Me gustaría volver un momento sobre Obama. Acabamos de ver que el Tribunal Supremo norteamericano ha levantado una prohibición que estaba vigente desde hace treinta y cinco años sobre la tenencia de armas en la ciudad de Washington, o en el distrito federal. Se ha levantado, de manera que una vez más ha ocurrido lo que sucedió cuando se quiso declarar alrededor de las escuelas una zona libre de armas, que también el Tribunal Supremo eliminó la ley por ese asunto de la Constitución americana, la propiedad personal, privada, de las armas y todo esto. A mí me parece disparatado, pero no es el asunto, y no quiero hacer propaganda, pero me ha sorprendido que Obama se haya adherido calurosamente a esa resolución del Tribunal Supremo.

Y mi pregunta es si tendrá Obama la presidencia o si la presidencia tendrá a Obama; si va a disponer de un margen o si, sencillamente, a lo que vamos a asistir hasta las elecciones es a una suma de ejercicios de idoneidad para poder alcanzar la presidencia. Este asunto de los ejercicios de idoneidad lo hemos visto muchas veces. Por ejemplo, en los partidos socialistas europeos, antes de alcanzar el poder. El Partido Socialista francés antes se reconcilió con la *Force de frappe* francesa, y hasta ese momento, hasta el congreso que se hace antes de las elecciones que le dan el triunfo a Mitterrand, los socialistas proclamaban la necesidad de disolverla. Los británicos laboristas, una vez fuera del poder, se radicalizaron cada vez de manera más refinada, y comenzaron a propugnar el desarme unilateral del Reino Unido. Era el momento estelar de los laboristas, tras veintitantos años

en la oposición, hasta que llegó Blair, eliminó éstas y otras fantasmagorías, se reconcilió con la fuerza nuclear británica y con una serie de cosas y ganó las elecciones. Se pueden seguir poniendo ejemplos.

Pero, en fin, lo que quería decir es: ¿qué pasará? ¿Creen que Obama tendrá cierto margen o que se limitará a hacer ejercicios de idoneidad para ser aceptable dentro de lo que son, en vez de las *chat and house rules*, las *presidential rules*?

La otra cuestión es a propósito de Afganistán y de la presencia de esta coalición o de estos aliados de los que ha hablado Jon con tanta viveza, poniendo como ejemplo el caso de los holandeses, que están al lado pero no van porque no patrullan por la noche, para contar que ahí cada uno va por su cuenta. Es muy importante que haya muchos países, porque eso debe tener un sentido político trascendental, pero en la práctica, sobre el terreno, muchos de esos contingentes agotan su labor en la autoprotección. Su objetivo primordial es que no haya bajas aquí. Esto, visto desde lejos, resulta casi grotesco.

La tercera cuestión va en relación con lo que ha explicado Sylvain Cypel a propósito del conflicto de Oriente Medio, refiriéndose a que primero hay que tener la solución, y luego vendrá la paz. ¿Esa fórmula no podría ser una solución al tema de Irak? Primero la solución, luego la paz. Pensar que antes tiene que haber paz para que después venga la solución, pues a lo mejor es impedir la solución.

STEPHEN HOLMES

*Constitucionalista y profesor de Derecho,  
New York University*

Entonces, ¿qué va a cambiar con Obama? Creo que lo importante es que la política de Bush no fue algo inventado por él, sino que refleja ciertas cosas acerca de Estados Unidos, algo

muy profundo, factores a los que Obama tendrá que adaptarse para tener éxito como político.

El propio Obama nunca menciona la muerte de extranjeros inocentes como un problema, ya que no se trata de algo que interese al público americano, al electorado.

La naturaleza paradójica de las actitudes americanas hacia el mundo está compuesta por un conjunto muy profundo de normas culturales a las que se va a adaptar, y que no va a cambiar. Seguirá defendiendo el espíritu misionero del país, diciendo cosas como que «somos la mayor esperanza de la humanidad, salvaremos al mundo» o «el mundo es contaminación, queremos mantenernos alejados de él».

La idea americana de alianza proviene de la Guerra Fría: es que sesenta países hacen lo que les decimos, y es una visión que está muy arraigada. Adaptarse a un tipo diferente de sistema de alianzas en el que realmente escuchemos a los demás, asumamos su punto de vista, aprendamos de sus ideas, es muy difícil, no sólo para el presidente.

Déjeme hacer un comentario sobre Colombia. Aunque no sé mucho, y quizás esté equivocado en los detalles, sí conozco que hay fuerzas implicadas en las relaciones de América con Colombia que el presidente no controla. Los americanos son tan ricos que sus drogadictos son ricos, e inundan el país con enormes cantidades de dinero. Ese dinero se puede ingresar en bancos americanos, que están implicados, o se le puede volver a prestar al gobierno colombiano a un interés que nos beneficia. Luego inundamos Colombia con productos agrarios subsidiarios, lo que hace que los granjeros sean incapaces de producir cosechas normales y, por tanto, se pasen a la «coca»; para que nosotros después enviemos nuestros helicópteros y nuestros asesores militares a erradicar la droga. Se trata de una relación patológica, la de la sociedad y la economía, que no se puede modificar con el cambio de un solo cargo, aunque sea el presidente, pues es demasiado profunda.



XAVIER BATALLA

*Corresponsal diplomático de La Vanguardia*

Yo quería volver sobre el tema de Obama, pero más que hablando de la persona, refiriéndome a sus ideas. Desde la mesa se han transmitido dos ideas —y no digo que todos los participantes coincidieran—: por una parte, que el paradigma o el concepto de la guerra contra el terrorismo ha tenido un gran éxito en la sociedad americana, en Estados Unidos, aunque no en el resto del mundo. Sobre esto creo que hay un acuerdo más o menos generalizado en la mesa.

Pero al mismo tiempo, al comentar el futuro de Obama, habéis mencionado la idea de cambio, de que puede haber un cambio. No se ha dicho qué cambio, habéis sido prudentes, y esto contrasta con el éxito del concepto de la guerra contra el terrorismo.

Los republicanos, en el mundo de las ideas, dominan el escenario de Estados Unidos desde 1968, con las excepciones de dos paréntesis: uno corto, Carter, y uno largo, Clinton. El mismo Obama lo ha reconocido, cosa por la que se ganó una crítica del matrimonio Clinton, cuando dijo, por utilizar también una expresión que Jon Lee ha usado, que Ronald Reagan fue un presidente transformacional. En la historia de Estados Unidos ha habido muy pocos presidentes transformacionales, es decir, que cambiaran la política de arriba abajo. Joseph Nye, al que también habéis citado, dice que solamente ha habido dos: Roosevelt y Truman. Y Truman por seguir lo que dijo Roosevelt.

Como ha dicho Miguel Ángel Aguilar, Blair se adaptó a la política de la señora Thatcher, pero es que ahora David Cameron se adaptará a la política de Blair para llegar al poder. Por lo tanto, no centraría la cuestión tanto en la persona de Obama, sino en la aparente contradicción que hay entre el éxito de la guerra contra el terrorismo, y en si creéis que éste va a seguir siendo el concepto que dominará la política exterior americana, gane quien gane. Es de-

cir, si pensáis que la política exterior americana, con el presidente que sea, seguirá girando en torno a la cuestión de la seguridad y dejará a un lado a China, a Europa o a la India, por ejemplo.

SYLVAIN CYPEL

*Corresponsal del diario Le Monde en Nueva York y autor del libro Entre muros: la sociedad israelí en vía muerta*

No se puede responder en dos minutos, pero sí quiero decir que el problema no es tanto qué margen tiene sino cuál es la necesidad de cambio. Ésa es la cuestión, porque hay muchas cosas que no pueden mencionar en la campaña, y los candidatos lo saben.

McCain y la gente que le rodea saben qué deben decir sobre la economía, pero también conocen la realidad. Lo mismo ocurre en el campo de Obama. La realidad es un fracaso de la «Reaganomía», que comienza a percibirse en Estados Unidos, y con él la idea de que hace falta cambiar.

Verán, en la «Reaganomía» había dos ideas básicas: impuestos más bajos y menos intervención estatal en la economía, y eso no ha funcionado.

Alrededor de McCain mucha gente sabe que tendrán que subir los impuestos. Dice todos los días que los bajará, pero muchos de su entorno saben que la situación —la realidad de las infraestructuras en Estados Unidos— es terrible.

Alguien me dijo: en el siglo diecinueve tuvimos los ferrocarriles, y luego Roosevelt hizo carreteras y Eisenhower aeropuertos, pero desde Reagan no ha habido nada.

La realidad de las infraestructuras es que nadie puede llegar a los votantes y decirles: «¡¿Saben una cosa?! Tendremos que consumir de manera diferente». Esto se ha acabado. Nadie puede afirmar: «¡Te quejas del precio del petróleo y del combustible! ¡Mira a Europa! ¿Cuánto pagan los europeos por eso? ¡Esto no es nada para ti!».

Los dos saben que ésta es la realidad. El dólar quizás no siga estando tan débil, pero no volverá a su nivel anterior y tal vez empeore más. Puede que las materias primas se negocien el día de mañana en euros y no en dólares, o quizás en una especie de paquete con la libra inglesa, el franco suizo, el yen, el dólar y el euro, pero el dólar ya no determinará su precio básico. Ese día llegará. Será un cambio increíble para toda la economía americana, y la gente sabe que esa situación obligará a tomar decisiones.

Por tanto, la pregunta no se debe enfocar en cuál es su margen de acción, sino con qué velocidad serán capaces de adoptar esas decisiones. No soy político pero por lo que sé, normalmente la primera etapa es la más importante, los dos primeros años en el poder de cualquier político; después de eso todo se vuelve mucho más difícil. No lo sé.

Creo que debemos comprender bien la importancia de la economía hoy en día, en Estados Unidos y en esta campaña.

ALICIA SORROZA

*Investigadora de Real Instituto Elcano*

Muchas gracias por la excelente conferencia que nos han dado. Primero quería hacerle un comentario al profesor Tokatlián, sobre su argumento de por qué se ve desde fuera la ausencia de Europa en muchos temas, como por ejemplo la lucha contra el narcotráfico. Es un problema que los europeos también percibimos. Pero muchos temas sí que se gestionan desde una perspectiva interna de la Unión Europea: la lucha contra el narcotráfico, la lucha contra el crimen organizado y también contra el terrorismo. Son políticas que vienen de lejos y que se ha buscado gestionar con la cooperación interna de los Estados miembros. Sobre todo desde el 11-S se ha querido tener una perspectiva internacional de actuación, también como contrapartida a la guerra contra el terror, en temas, por ejemplo, como la lucha

contra el terrorismo de Estados Unidos; la Unión Europea ha defendido una posición mucho más garantista y policial frente a este problema. Eso es algo que se está intentando, sobre todo desde la estrategia de seguridad europea, donde se plantean estos desafíos, como la lucha contra el narcotráfico. Sin embargo, es muy débil aún, indudablemente, entre otras causas por las dificultades europeas de ponerse de acuerdo sobre cómo gestionar temas internacionales.

Aquí vuelvo a lanzar una pregunta a la mesa: se ha mencionado que los Estados están cogiendo fuerza. Las soberanías están teniendo cada vez más conciencia de que son ellas las que deben resolver los problemas, pero en realidad, tal como se ha visto en el seminario, es muy difícil gestionar conflictos internacionales con la participación de distintos Estados si realmente no hay una postura común. Ni siquiera estamos diciendo sólo un país, sino varios. Europa no ha logrado tener una posición fuerte, por ejemplo, en un tema como Kosovo o como Afganistán. Respecto a las relaciones entre la Unión Europea y la OTAN —hay una coincidencia muy grande de Estados que participan en las dos organizaciones— el conflicto entre Turquía y Chipre impide, por ejemplo, que se puedan intercambiar informes confidenciales, y no tan confidenciales. ¿Qué opción tenemos? Algo podremos intentar gestionar en el ámbito internacional, o, si no, nos quedaremos con esto y así seguiremos. Bueno, muchas gracias.

ENRIQUE PERIS

*Periodista. Ex corresponsal de TVE en Londres*

Quería hacer una pregunta, fundamentalmente a Jon Lee, pero también para cualquier otro que quiera hablar del asunto. Está relacionada con la teoría de la conspiración. Hablaba antes Juan Gabriel de cómo el 11 de septiembre representó un cambio es-

tratégico y una ruptura, decía él, del equilibrio entre seguridad y legitimidad. Muchos han pensado que, de hecho, los *neocons* del gobierno norteamericano aprovecharon o se pudieron servir de ese acontecimiento, de los atentados del 11 de septiembre, para favorecer esa ruptura del equilibrio entre seguridad y legitimidad, y provocar un cambio estratégico.

Hablaba antes Martín Ortega de cómo, entre otras cosas, Internet es hoy una fuente de información valiosa. El hecho es que por Internet circulan ahora docenas de reportajes y documentales que argumentan —y no de manera tosca, sino en algunos casos con bastante consistencia, con testimonios hasta de arquitectos y expertos en explosivos—, que había algo más en los atentados del 11 de septiembre, y que pudo haber una participación interesada incluso de elementos del aparato del Estado, de los servicios de inteligencia, de algo que pudiera favorecer aquello. Mi hija, que tiene ahora veinte años y está muy interesada en los temas sociales, hasta cierto punto comparte esa opinión y sigue las andanzas de esos grupos. En las organizaciones internacionales y en las grandes citas se denominan a sí mismos como el grupo que busca «*the truth about September 11th*», y dicen que la verdad no es la que se ha contado y que podía haber algo más. Es decir, que muestran desconfianza hacia la versión oficial.

Yo quería preguntarles si a esas teorías conspiratorias hay que darles algún tipo de crédito. Si debemos rechazarlas, simplemente como anecdóticas y banales, o formarían parte, en un caso hipotético, de esa guerra psicológica que podría ser una parte de la guerra asimétrica. ¿Cuál es su opinión?

JON LEE ANDERSON

*Escritor y cronista de The New Yorker*

Las teorías de conspiración han sido algo histórico. O sea, supuestamente Estados Unidos declaró la guerra contra España

por la voladura del *Maine*, aprovechando un hundimiento con explosivos, ¿no? Recuerdo que hubo otro hundimiento, no, más bien una explosión, también en Cuba en el año 61. La famosa foto del Che está tomada el día de una manifestación de la joven dirigencia cubana después de que se produjera una explosión misteriosa en la que murieron cien estibadores y marineros a bordo de *La Coubre*, un barco de bandera, si no recuerdo mal, francesa o belga, con armas compradas por el joven régimen. Aprovecharon la coyuntura, la crispación de emociones para endurecer su política a partir de ese momento. Pero hay un consenso mundial en creer que cada guerra estadounidense está previamente convenida por una conspiración: el golfo de Tonkin en Vietnam, el *Maine* en Cuba y ahora el 11 de septiembre.

En verano de 2003, estando en Irak durante los primeros ataques contra militares norteamericanos, yo tuve una conversación con un hombre culto, educado, iraquí; había estado en la universidad en Occidente. Empezó a contarme lo que les voy a relatar bajo la fórmula de «la gente cree esto», y después me di cuenta de que él lo creía también. Lo que explicaba era la última teoría de la conspiración, que consistía en que no había una insurgencia asesinando a los norteamericanos, sino que era la CIA la que estaba matando a sus propios soldados para justificar la consolidación de la presencia de su país en Irak. Como esa teoría hay muchísimas más. Durante la época más dura en Irak había otra que sostenía que los norteamericanos estaban violando mujeres dentro de Abu Ghraib. Abu Ghraib ya es notoriamente célebre por las fotos de los abusos.

No quiero subestimarlos, porque es una parte muy importante en los conflictos: la realidad percibida se convierte en la realidad, y también en un factor determinante y detonante para crispar más el ambiente —en beneficio de algunos interesados— y reclutar gente para una causa. En casi todas las guerras que tienen que ver con ideas, al menos en donde las ideas sirven para

reclutar, las teorías de la conspiración son claves. Yo resto toda legitimidad a ésta, pero no deja de ser muy importante. En fin...

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Moderadora*

Muchísimas gracias. Simplemente quisiera despedir la mesa diciendo, a raíz de su pregunta, que hay teorías de conspiración que vale la pena leer por lo bien escritas que están. Véase el caso de Gore Vidal, con un excelente ensayo sobre esa teoría, en la cual tampoco creo. Aun así está tan bien escrita que merece el esfuerzo. Muchísimas gracias.





## 7. SESIÓN DE CLAUSURA

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR  
*Secretario general de la APE*



MARÍA JIMENA DUZÁN  
*Columnista del diario El Tiempo, Colombia*



DIEGO CARCEDO  
*Presidente de la APE*



CONSTANTINO MÉNDEZ  
*Secretario de Estado de Defensa*





Diego Carcedo, Constantino Méndez, María Jimena Duzán y Miguel Ángel Aguilar

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR  
*Secretario general de la APE*

Vamos a proceder a esta sesión de clausura, en la que tenemos el honor de que nos acompañe, y de que la presida, el Secretario de Estado de Defensa, Constantino Méndez, al que le quedamos extraordinariamente agradecidos por haber aceptado esta invitación. Y está claro por nuestra parte que también al presidente de la Asociación, Diego Carcedo.

Le voy a pedir, primero, una palabra a María Jimena, porque esta vigésima edición del Seminario Internacional de Defensa ha tenido una particularidad, y es el contingente, la colocación de Iberoamérica.

Esto ha sido posible, en parte, por la ayuda que nos ha prestado la Corporación Andina de Fomento, que ha permitido que una serie de colegas muy prestigiosos de los países de Iberoamérica hayan estado aquí con nosotros, se hayan incorporado a estas discusiones aportando sus puntos de vista a propósito de la defensa y de la política exterior.

Así que, María Jimena, si tú, en nombre de todos los que habéis venido del otro lado del Atlántico, quieres decir una palabra.

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Columnista del diario El Tiempo, Colombia*

Pues muchas gracias por la invitación. Yo simplemente recogería un poco las palabras de Juan Gabriel Tokatlián. Sí creo que hay que restablecer esos canales que se han ido perdiendo entre América del Sur, sobre todo, y Europa, en terrenos tan importantes como la lucha contra las drogas o contra el terrorismo, la defensa de los derechos humanos y, sobre todo, un tema que aquí pasó bastante inadvertido: la inmigración y la reciente ley de inmigración.

Ustedes no se imaginan el impacto que eso ha tenido en América Latina. Prácticamente casi todos los presidentes latinoamericanos han tenido una palabra en ese sentido, con un común denominador, que a mí me ha impresionado mucho, porque en estos momentos hay más bien pocos espacios de comunicación, por la cantidad de conflictos internos. Sin embargo, el tema de la inmigración y la respuesta que ha tenido España, específicamente, son asuntos muy complicados.

Por lo demás, yo diría que América del Sur —porque ya no me atrevo sino a hablar solamente de América del Sur— es un lugar en que están pasando muchas cosas, donde aparecen conflictos nuevos sobre los que nunca se han solucionado, como en Colombia.

Yo soy colombiana, periodista colombiana. Sobre el conflicto en mi país se vaticinó hace muchos años que iba a tener unos desarrollos regionales. Esos desarrollos se están viendo hoy, porque no solamente tenemos un conflicto colombiano, sino también regional. Yo espero que este tema sea considerado en toda su dimensión para que, efectivamente, en los años que están por venir, este conflicto, que hoy es regional, y que ayer era solamente un conflicto colombiano, no se expanda aún más.

Muchísimas gracias.

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR  
*Secretario general de la APE*

Aún me queda por decir ante el Secretario de Estado de Defensa que el agradecimiento a su presencia va unido a nuestra gratitud por la ayuda económica, por el patrocinio al que contribuye el Ministerio de Defensa. Para asuntos como éstos es muy difícil hallar patrocinadores; es como encontrar publicidad para la retransmisión de una corrida de toros, no hay manera, la gente cree que se descoloca con los ecologistas o con los no sé qué. De manera que es muy importante que el Ministerio de Defensa haya sostenido, con algunos altibajos, ese apoyo. Nosotros intentamos seguir mereciéndolo, en el sentido de que nos esforzamos por convocar a la gente más relevante, más preparada, y por buscar los asuntos que pueden tener más fuerza, más capacidad o mayor necesidad de ser esclarecidos.

Solamente añadir a eso que creo que la gente que ha desfilado por este estrado y las cosas que han dicho han removido muchos de nuestros conceptos. Ha sido, por ejemplo, interesantísimo escuchar a Shlomo Ben Ami, que planteaba la inversión de las actitudes para buscar respuestas. Es decir, desde la marginación y la condena hasta las tinieblas exteriores; de los agentes no estatales, como Hezbolá, a la idea de que la única manera de conseguir que abandonen la situación de irresponsabilidad y de locura en la que están sea introducirles precisamente en la gestión del Estado. También a Sylvain Cypel, con su afirmación de que no se puede primero buscar la paz y luego la solución, como una derivada, sino que a lo mejor hay que alterar ese orden y entender que, primero, puede venir la solución —o sea, la retirada, por ejemplo, de los territorios ocupados— y después, ojalá, aunque no es seguro, venga la paz.

Otra serie de cuestiones han sido también apasionantes. Por ejemplo, escuchar a nuestros hermanos de Iberoamérica hablar del malestar que les producen estas directivas a las que nos he-

mos sumado, y saber de su perplejidad ante el silencio de Europa frente a una serie de cuestiones sobre las que ellos querrían, y están reclamando, un punto de vista. De Asia les pueden llegar muchas cosas, pero no es probable que les llegue una oleada de nuevos derechos vigentes, nuevas libertades cívicas, etcétera. No parece que ésa sea la especialidad que estén irradiando desde Beijín o Nueva Delhi. Y, si Europa deja de ser ese poder radiante de libertades, pues es muy posible que acabe, como aquí alguien dijo, también recibiendo la irradiación de lo contrario, es decir, de las esclavitudes. Si no exporta libertades, importará esclavitudes.

Bueno, no quiero seguir. También ha sido muy interesante ver cómo los periodistas y los expertos que han hablado hacen ese esfuerzo de ser, como si dijéramos, agentes desplazados. Un francés corresponsal de *Le Monde* nos habla desde su posición en Nueva York; o nuestro Jon Lee Anderson, un americano —iba a decir imposable— que viaja por el mundo y nos da su visión sobre Chávez o la guerra en Afganistán, en la que no le quisieron socorrer los holandeses. O nuestro amigo Stephen, que combina la visión que le da la Universidad de Nueva York, que es la suya, con el punto de vista que obtiene desde su residencia alternativa en Italia. Y así sucesivamente.

Ha sido apasionante estar aquí. Aunque sólo fuesen un par de días, ha habido ocasiones también de conversar, de conocerse, de intercambiar opiniones profesionales o de otro tipo. Eso es algo que también aporta el buen ambiente de esta ciudad y de este parador, que lo han abierto, por cierto, para nosotros, porque estaban sin concluir sus obras de restauración.

Así que Diego, tú como presidente y con la solemnidad que te caracteriza, y la dignidad, por tomar esa palabra que parece que va a ser clave en la presidencia de Obama, quieres por favor poner el toro en suerte para que proceda a dar su conferencia de clausura el secretario de Estado, que creo que acepta después preguntas.

DIEGO CARCEDO  
*Presidente de la APE*

Gracias, Miguel Ángel. Lo tengo difícil, porque eso de poner el toro en suerte, a mí que soy asturiano y uno de los pocos españoles a los que no les gustan los toros me resulta casi imposible. Pero, en fin, antes de pasar la palabra al secretario de Estado para que clausure el seminario, quisiera agotar unos minutos, en primer lugar, para dar las gracias a todos, a unos por su participación y sus exposiciones a este lado de la mesa; a otros, desde la parte de enfrente, por sus preguntas y sus reflexiones, y desde luego por su presencia, que es lo importante.

Cuando hace ya dos décadas Miguel Ángel tuvo la idea de poner en marcha este seminario había varios principios en mente. Uno de ellos era éste justamente, intentar buscar una mayor relación entre periodistas y responsables y expertos en defensa. El lugar elegido para ello, y creo que es un gran acierto, ha sido este parador, donde las jornadas no se reducen solamente a las sesiones de trabajo, sino que continúan después, durante las comidas, los *coffee-breaks*, los almuerzos y las veladas que suelen prolongarse hasta tarde, cuando ya refresca un poco el ambiente en la terraza.

Han transcurrido veinte años, ésta ya es la vigésima edición del seminario, y creo que el hecho de que haya alcanzado este número es suficiente argumento para demostrar su éxito, que ha venido renovándose un año tras otro. Cuando surgió la idea de este seminario sobre defensa, parecía que era algo un poco chocante, porque vivíamos todavía bajo la convicción de que los temas de defensa y de seguridad eran cuestión de los militares, de que a los demás ciudadanos, como si no tuviéramos nada que ver con el asunto, nos era ajeno. Esto, evidentemente, no es cierto, ni muchísimo menos, sino todo lo contrario. La defensa y la seguridad es algo que nos implica y afecta a todos. Por lo tanto, en un sistema democrático y de libertades como el nues-

tro, parece fundamental que sea también de conocimiento público lo que es en esencia esta cuestión, con los límites que la propia actividad militar luego pueda imponer, pero que de alguna manera nos interesa a todos.

Y eso es lo que se trataba de fomentar y estimular cuando se crearon estos seminarios. Con la modestia que les caracteriza, yo creo que en buena medida —también, por supuesto, con otras muchas aportaciones— los seminarios han contribuido a que esto se vaya consiguiendo, y no sólo por lo que se discute aquí en la sala, por los intercambios que se producen, por esa interrelación que surge entre periodistas, expertos y militares, que es muy positiva y fructífera, sino también por lo que estas jornadas irradian a través de los medios de comunicación para el resto de los ciudadanos. Pienso que muchas veces lo que se proyecta hacia el exterior para cumplir estos objetivos es incluso más importante que lo que se discute aquí dentro.

Todo ello sin olvidarnos de otro elemento esencial a la hora de evaluar lo que han sido estas veinte ediciones de seminarios: la biblioteca sobre defensa y seguridad, esa colección de libros que año tras año han ido recogiendo las intervenciones que se han desarrollado en los seminarios, y que han ido cambiando en cada edición, siempre en función de ese principio periodístico tan importante que es el de la actualidad. Hay ejemplares presentes en muchos centros, no solamente en España, de estudios sobre defensa; también están sirviendo de apoyo para tesis doctorales universitarias, y quedarán ahí perpetuando todas las cosas interesantes que aquí se han dicho.

Así que muchísimas gracias, les repito, a todos ustedes. Espero que el año que viene volvamos a encontrarnos de nuevo, con otro tema para debatir.

Y, ya sin más dilación, cedo la palabra al secretario de Estado de Defensa, Constantino Méndez, que será quien proceda con su intervención a la clausura del seminario.



## CONSTANTINO MÉNDEZ

*Secretario de Estado de Defensa*

Muchas gracias, Diego. Mi agradecimiento a la asociación por esta propuesta de venir a pasar un tiempo con todos vosotros. Mi intención es que, al margen de la intervención que tenga, en un horizonte de veinte, veinticinco minutos, podamos tener un régimen de preguntas y respuestas tan fluido como sea posible.

Quiero, por encima de todo, felicitar el esfuerzo de veinte años. Veinte años que sin duda han sido espectaculares, y que contribuyen a la formación de buena parte de los expertos que en este país se acercan, desde cualquier ámbito, al mundo de la defensa y de la seguridad. Por lo tanto, vaya por delante esa felicitación y mi deseo de que la pequeña aportación que realice contribuya, de alguna manera, bien a sistematizar las intervenciones que tengan por referencia los mismos contenidos en los que yo me vaya a pronunciar, bien, en todo caso —de esa forma poliédrica en la que todos hacemos nuestra participación en los seminarios— a proporcionar algún elemento de perspectiva para contribuir a la reflexión que se ha llevado a cabo estos días.

Lo primero que debo decir es que las circunstancias en medio de las cuales estamos construyendo nuestro presente han estado, sin duda, variando con más intensidad a lo largo de los años pasados que en otros períodos de nuestra historia, y en medio de un proceso que de forma unánime estamos llamando globalización.

Por lo que a mi intervención se refiere, sólo quiero destacar y constatar que la globalización ha supuesto, por encima de todo, un debilitamiento de las estructuras estatales y de la autonomía y el poder del propio Estado. Y puedo hacer esa afirmación porque los principales problemas que afrontamos ahora mismo son ya globales. Sin embargo, las instituciones públicas con las que tratamos de solucionarlos siguen siendo locales y mantienen, además, el modelo de gobernación tradicional, que

sin duda se presenta como inadecuado para atender con éxito esas nuevas realidades.

Todo ello plantea al Estado moderno retos de una excepcional envergadura, que además ponen en cuestión el modelo de ejercicio tradicional de las competencias y misiones del propio Estado. Lo voy a decir de otra manera: el Estado ha dejado de ser el único actor para dejar paso a nuevos actores supra e infra-estatales. Así, el profesor Prats señalaba recientemente, al analizar el papel del Estado en los nuevos contextos, que el Estado democrático de derecho sin duda sigue siendo la instancia decisiva, pero que su papel cambia, dice, delegando hacia arriba, internacionalmente, a las organizaciones multilaterales y supranacionales. De ese modo la arquitectura de la gobernabilidad global se va asentando sobre nuevos núcleos regionales, más eficientes. Simultáneamente los actores locales ganan significado dentro de la nación, y los no estatales asumen funciones que hasta ahora se adjudicaban sólo al Estado. Están, por tanto, surgiendo, añade Prats, «los contornos de una sociedad red en la que el Estado nacional cumple —yo diría sigue cumpliendo— funciones de articulación e integración, hacia dentro y hacia fuera, pero en el que también las instituciones no estatales y las empresas han de asumir responsabilidades para el desarrollo».

En suma, el Estado se reconfigura para atender las demandas de unas sociedades que cambian aceleradamente, y para hacer frente a problemas que desbordan el ámbito tradicional de sus competencias y de sus capacidades. Y añado algo: la modernidad —el tiempo que nos toca vivir— tiene ya para los expertos sus propios paradigmas. Suelen citarse tres: la complejidad, la diversidad y la incertidumbre.

Asumiendo que la realidad estaría caracterizada por tales rasgos, debemos tener en cuenta que la percepción social de la que se hablaba hace tan sólo un instante, la que se construye en la sociedad por los ciudadanos, se estaría formando sobre la base de la dificultad de comprensión del propio entorno, la

complejidad de asimilación del proceso de cambios constantes, el carácter difuso de las identidades en las sociedades y la inseguridad. Si esto es así, yo podría anticipar como primera conclusión que el papel del Estado y de las políticas públicas, en medio de la globalización, debería ir dirigido nada más y nada menos que a hacer sencillas las cosas complejas de ese mundo complejo; a integrar lo que es diverso y a producir seguridad y certeza en lo que se presenta hoy como incierto.

Daniel Innerarity considera que la sociedad moderna se siente, por encima de todo, vulnerable e insegura, atezada por lo que él llama un miedo difuso, un miedo virtual, de causas débiles e inespecíficas. Dice Innerarity que hay experiencias de la inseguridad que son específicamente contemporáneas; esto es, no se habrían producido de esa manera en otros tiempos. Esto no quiere decir —señala también— que se trate de un miedo irreal, comparado con otros menos objetivables, sino algo tan verdadero como difícil de gestionar adecuadamente. Lo anterior lleva a afirmar a Innerarity que la exigencia de seguridad de la sociedad actual aumenta de acuerdo con el grado de seguridad ya alcanzado. También le conduce a considerar que las sociedades modernas viven inmersas en lo que él llama una conciencia creciente del riesgo, porque perciben que cada día es mayor el número de decisiones que deben ser adoptadas en un contexto de incertidumbre.

Ciertamente, eso que llamamos la modernidad trae consigo una nueva concepción del riesgo, un riesgo que a juicio de Beck no es comparable a los peligros y amenazas ya experimentados en el pasado, porque es una consecuencia específica de un nuevo orden provocado por el proceso de modernización en el que nos encontramos inmersos. Incluso su dimensión —señala Beck— es nueva, ya que no se trata de una amenaza en el orden nacional, sino global. Y para afrontar ese nuevo régimen de riesgo no podemos utilizar, además, las herramientas conocidas para predecirlo, evaluarlo y prevenirlo.

He escogido plantear estas premisas para este debate de fin de jornada porque considero específicamente que la acción del Estado y las políticas públicas, entre ellas las que afectan al mundo de la seguridad y la defensa, únicamente tienen sentido desde la perspectiva de ir dirigidas no sólo a la solución eficaz de los conflictos y a la atención de las demandas, sino también a la capacidad de comprensión de los fenómenos que la sociedad afronta en cada momento. Dentro de esa capacidad de comprensión, el papel pedagógico e innovador de los poderes públicos es esencial. Y es que sólo a través de la comprensión cabal de los conflictos y las demandas es posible establecer un correcto diagnóstico y estar en condiciones de atender eso que llamamos la gobernación.

Sobre esto nos propone profundizar nuevamente Innerarity: el esfuerzo de comprensión de las causas de la inseguridad, y esto me parece muy interesante, como un síntoma del fracaso social de la producción de equidad y de cultura. También invita a profundizar en el entendimiento de los nuevos fenómenos que nos afectan, y que tienen que ver no sólo con la inestabilidad internacional, sino también con la movilidad —a la que se refería nuestra colega colombiana—, con las redes, la fragmentación territorial, las sensaciones de desorientación y de vulnerabilidad que tienen las personas delante de estos nuevos contextos. En suma, tiene que ver con un panorama general de incertidumbre que no terminamos de saber gestionar, y con esa fragilidad e inestabilidad en la que se desarrolla a día de hoy el proceso de mundialización.

Lo anterior, además, pondría de relieve una de las grandes paradojas de la actualidad, que no es otra que el hecho de que las demandas de seguridad se dirigen con claridad a los gobernantes del Estado, del Estado tradicional. Sin embargo, ese mismo Estado ve cómo disminuyen su competencia y su capacidad en muchas de las funciones que hasta ahora tenía encomendadas, en exclusiva, por los ciudadanos.

Delante de ese escenario de nuevas realidades, nuevos riesgos, miedos e incertidumbres, los Estados tratan de modificar sus estrategias de seguridad y de defensa. Para ello se esfuerzan específicamente en revisar las llamadas misiones, sus capacidades y también sus modelos de intervención en los conflictos. Durante el largo período de la Guerra Fría, la evaluación de las amenazas y riesgos militares se agotaba con la descripción de las capacidades de aquello que se llamaba «el otro bloque». Había un cierto grado de previsibilidad, tanto en la prospección como en las respuestas estratégicas. Pues bien, la globalización ha roto ese esquema clásico, ya que ha sustituido el reduccionismo —la inmediatez del análisis de las amenazas militares del pasado—, por la evaluación de una multiplicidad de factores de riesgo en un escenario que, venimos diciendo, se caracteriza por la incertidumbre. Esto es: junto a las tradicionales amenazas han surgido otras de distinta naturaleza e intensidad, procedentes tanto de Estados como de actores no estatales.

Así, el concepto de la defensa entendida como atribución característica de los Estados, vinculada al ejercicio de la soberanía e históricamente dirigida a proteger la integridad de las fronteras nacionales, se ha estado modificando e incluso ha quedado ya subsumido en una idea más amplia de la seguridad.

El diseño de una nueva política de seguridad y defensa, y la definición de la organización militar adecuada para su ejecución, es ahora más que nunca una labor extraordinariamente compleja, de largo recorrido. Y es que tiene que tener en cuenta la existencia de nuevos riesgos y amenazas, que se presentan bajo formas muchas veces difusas, y en todo caso casi siempre asimétricas.

Por otra parte, la gestión de esos riesgos y crisis requiere unas capacidades que desbordan el ámbito tradicional de las respuestas militares, para integrar, además, en su seno, las soluciones de orden civil y humanitario.

Pues bien, la identificación de esos nuevos riesgos conlleva la revisión de las definiciones estratégicas en el ámbito de la organización, el dimensionamiento, la cualificación de los recursos humanos, los medios materiales y las formas de intervención.

Los nuevos riesgos, o al menos la novedad en sus planteamientos, han propiciado la aparición de un conjunto de nuevas misiones de apoyo a la población civil, junto a las clásicas de naturaleza estrictamente militar. En ellas se mezclan defensa y seguridad, y se redistribuyen responsabilidades sobre actores militares y civiles, nacionales y transnacionales. Estas misiones de nuevo cuño, cuya complejidad impone nuevos requerimientos a las Fuerzas Armadas, son de naturaleza bien diferente a las tradicionales de los ejércitos para la defensa territorial y la guerra convencional. Hoy se opera ya sobre un marco más complejo, confuso e incierto, donde factores ajenos a los militares inciden sustancialmente en el resultado de cualquier acción militar. Ya no es posible concebir una respuesta exclusivamente militar, ya no se combate sólo con armamento. Desde el punto de vista estrictamente militar, los ejércitos modernos deben poder responder con rapidez y eficacia, de forma autónoma o multinacional, a crisis en cualquier parte del planeta. Además, han de abarcar operaciones de muy distinto tipo, más allá de esa guerra convencional, tales como misiones de interposición, pacificación, estabilización, reconstrucción y contrainsurgencia.

Pues bien, si la amenaza es global la respuesta también debe serlo. La internacionalización de los riesgos añade un nivel adicional en el proceso de toma de decisiones: el intergubernamental.

La impotencia, o por lo menos la dificultad de los Estados para hacer frente a los nuevos riesgos, ha propiciado tanto la aparición de foros multilaterales de cooperación como la reorganización y el cambio de enfoque de coaliciones militares tradicionales como la OTAN. Por tanto, es un

proceso que afecta a todos los actores relacionados con ese contexto.

Con la globalización, los Estados han visto reducido su poder en el uso coercitivo y monopolístico de la fuerza en favor de otras instituciones, sustancialmente organismos supranacionales, donde las notas que caracterizan las relaciones entre las distintas Fuerzas Armadas son la interoperatividad y la homogeneidad de procedimientos operativos. Es decir, se ha evolucionado de un concepto de defensa y seguridad individual a otro de seguridad colectiva.

Pues bien, los tiempos actuales requieren un esfuerzo adicional para el desarrollo de las capacidades de acción combinada y conjunta con las fuerzas de otros países, en un contexto de operaciones multinacional. Entre otros varios ejemplos, yo les podría citar aquellos que afectan a nuestro país, que ponen de manifiesto que España adopta formatos de participación permanente y activa en fuerzas que se caracterizan precisamente por la inmediatez en su reacción. Algunas son las que tenemos integradas y dispuestas para la participación en misiones de las Naciones Unidas, o las vinculadas al mundo de la Unión Europea, como la Eurofor, la Euromarfor o el Eurocuerpo, que también se caracterizan por ese mismo rasgo.

Debemos convenir que lo transnacional lo abarca todo, desde la fabricación de armas a cualquier desarrollo de carácter tecnológico. Esto es, a medida que avanza la tecnología, los países deben actualizar sus sistemas, o perderán capacidad competitiva. Y, en la búsqueda de esa mejora y de esa excelencia tecnológica, las economías también tienden a globalizarse, y el mundo militar ya no es ajeno a ese fenómeno.

Por tanto, ya no son tampoco los Estados los que individualmente controlan, y en exclusiva, la producción de sistemas de armas, sino que ceden protagonismo a favor de consorcios empresariales internacionales, que se aglutinan por encima y a veces al margen de los propios Estados.

Las actuales necesidades de rapidez e inmediatez en la respuesta, y la complejidad de las nuevas necesidades, unidas a un buen capítulo de restricciones presupuestarias, llevan a que se ensayen en nuestro ámbito, el de defensa, fórmulas especiales de colaboración público-privada, en forma de partenariados y de externalizaciones. Con ello, sin duda, se busca reducir costes y gestionar los esfuerzos de manera más eficiente, tanto en el ámbito de los recursos humanos como materiales.

Pero yo sí quiero destacar lo siguiente, y es que hoy, en el marco de ese esfuerzo de externalización o en la definición de ese nuevo mundo del partenariado, hay empresas que por su cuenta y riesgo instalan ya en escenarios bélicos redes de telecomunicaciones integradas y seguras, cuyas capacidades y servicios venden luego a las distintas fuerzas desplegadas en ese campo de operaciones. Es previsible que esta forma de adquirir capacidades sobre el terreno, vía contratos de servicio, se consolide en el futuro próximo. Sin embargo, los procesos de colaboración de lo público con lo privado deben tener límites en un ámbito tan delicado y sensible como la seguridad y defensa de los ciudadanos.

Asistimos en la actualidad a la máxima expresión de la externalización en materia bélica, que es la adquisición de la propia fuerza en la forma de ejércitos privados, que sólo pueden ser calificados como ejércitos mercenarios. Este fenómeno de cesión del monopolio estatal de la fuerza no es nuevo en la historia, pero sus dimensiones son muy preocupantes cuando se le suma la capacidad tecnológica que estos grupos, a los que antes hacía referencia, permiten.

En este contexto, y al margen de otros debates, la prospectiva tecnológica es esencial. Al inicio de los noventa, Marshall, conocido analista del Departamento de Defensa norteamericano, difundió con precedentes históricos en reflexiones realizadas en la Unión Soviética el concepto que ustedes conocen



como «revolución en asuntos militares». Propugnaba una visión de la guerra del futuro vinculada principalmente a los avances tecnológicos en los campos de la informática, la electrónica, las comunicaciones aeroespaciales y la munición de alta precisión. El concepto de RMA ha ido con el tiempo dejando paso a una idea más amplia de transformación, porque se pretende que las Fuerzas Armadas se adapten tanto a los nuevos requerimientos tecnológicos como a los de carácter político, social, estratégico, operativo o táctico, propios de principios del siglo XXI. Esto es: la transformación de las Fuerzas Armadas no puede ser medida únicamente por referencia a la implantación de nuevos medios materiales, estructuras orgánicas o procedimientos en el campo militar. Se requiere también un nuevo paradigma, una modificación ideológica y cultural que alcance a todos los estamentos afectados: tanto un cambio estructural de las Fuerzas Armadas como una nueva percepción de éstas por la sociedad.

Por tanto, el concepto de transformación al que me estoy refiriendo pasa así a ser un esfuerzo de adaptación, que relaciona más intensa y estrechamente las estrategias de defensa con la estrategia general de la sociedad. De este modo se compartirían mejor las capacidades que la organización social, como conjunto, realiza.

Así, aunque el objetivo fundamental y directo de la innovación y el desarrollo de la defensa sean investigaciones de propósito militar, el contenido de las mismas, como es sabido, rebasa ese fin primario y tiene un especial significado por sus efectos sociales, así como un traslado o un impacto multiplicador en la economía y en el esfuerzo de I+D civil. Sirva, por tanto, como un ejemplo de la estrecha relación que ya se mantiene entre lo militar y lo civil.

Pero quiero terminar mi intervención poniendo como ejemplo significativo de esto una solución ensayada por la OTAN y algunos de los países de la Alianza para enfrentarse a la dificul-

tad y complejidad de las nuevas misiones en escenarios como el de Afganistán.

Me refiero al funcionamiento de los equipos de reconstrucción provincial. La experiencia de un PRT en Afganistán nos dice que la misión no se cumple hasta que finaliza el proceso de estabilización, administración y reconstrucción de los territorios en los que se interviene. Es relativamente fácil someter fuerzas hostiles, especialmente desde la combinación de capacidades de países tan avanzados como los que intervienen en ese escenario. Pero sin duda resulta mucho más complejo garantizar la estabilidad del propio escenario social y civil de ese país.

Los PRT pretenden precisamente ese objetivo. Son pequeñas unidades que integran militares y civiles para la reconstrucción de la zona, en coordinación con las autoridades locales. El elemento militar facilita seguridad y apoyo logístico, y el elemento civil gestiona y dirige el proyecto de reconstrucción. España en concreto tiene ya una experiencia a este respecto, con un PRT en la región afgana de Qala-e-Naw. Allí, junto a las Fuerzas Armadas, colaboran miembros de la Cruz Roja, de la Agencia Española de Cooperación Internacional y diversas organizaciones no gubernamentales nacionales.

Aunque los PRT son un buen ejemplo del enfoque multidisciplinar de las soluciones a los nuevos retos, no son más que una solución entre otras muchas que cabe articular en el futuro. Estas soluciones, en todo caso, estoy seguro de que combinarán e integrarán elementos militares y civiles, nacionales e internacionales, y su enfoque ya no podrá ser nunca más exclusivamente militar, sino integral.

En suma, y con esto termino, quisiera decirles que tengo la convicción de que el Estado en nuestras sociedades va a seguir siendo presionado para actuar, intervenir y resolver los problemas que los ciudadanos no puedan solucionar por sí mismos. Creo que el Estado en particular va a ser presionado para garan-

tizar cohesión y para producir integración y solidaridad. Esa demanda de un Estado garante de la cohesión y de la integración ha de basarse en una acción estratégica sobre las garantías de seguridad, equidad y eficacia. Pienso que ése es el Estado respecto del que cabe realizar una prospectiva que nos anticipe el perfil más eficiente para gestionar en el futuro los nuevos escenarios de riesgo y de conflicto a los que, en todo caso, ese Estado y esa sociedad deben saber responder.

Muchas gracias por su atención, y quedo a expensas de sus preguntas.

FRANCISCO C. BASTERRA

*Director general de CNN+*

En la mesa anterior hubo una pregunta sobre si los europeos podrían sustituir a los norteamericanos en el liderazgo militar, no sólo en cuestiones europeas de nuestro patio trasero sino en cualquier lugar del mundo. La respuesta que dio Martín Ortega Carcelén fue que no. Y dijo una cosa interesante: que en Europa el listón de la opinión pública para el legítimo uso de la fuerza está muy alto. Me parece una reflexión interesante. Nuestras opiniones públicas, nuestros parlamentos, son muy reacios a conceder permisos, y tiene su lógica, lo entiendo perfectamente.

La contrapartida a esa idea, en mi opinión, podría ser que los gobiernos que nos dirigen, democráticos en nuestras sociedades, tienen muchas dificultades políticas para solicitar mayores presupuestos de defensa: tener ejércitos capaces de hacer muchas maniobras, las mejores fragatas, los mejores aviones, en fin... Está contraindicado electoralmente, para nuestros líderes políticos, pedir dinero para defensa, sobre todo en el tercer o cuarto año de sus legislaturas. Yo veo esto como contrapartida de la otra idea. Además conlleva que, según mi percepción, se esté convirtiendo al ejército (y hablo muy concretamente del es-

pañol, no me voy a referir al belga, al holandés o al alemán, que los conozco menos) en una gran ONG; el ejército es la mayor ONG de este país. Entiendo perfectamente toda la filosofía que el secretario de Estado nos ha comunicado, pues vivimos en tiempos donde la sociedad y el ejército interaccionan de otra manera. Pero eso también hace que la sociedad, al ver al ejército como una ONG, no resista ningún tipo de daños que sufra ese ejército. Entonces, tenemos que estar en sitios donde no podemos sufrir bajas y en cuanto hay un accidente porque un blindado se sale de la carretera se convierte en una víctima, etcétera. O sea, no hay capacidad de sufrimiento por parte del propio ejército. Yo tengo probablemente una idea tradicional del ejército, aunque ha evolucionado y sé que hay nuevas acepciones sobre él, pero se basan en eso: en que hay que ir como con tiritas a separar contendientes, como mucho a reconstruir, a levantar hospitales en unas zonas de Afganistán que no pueden tener acceso a unos ambulatorios. Todo esto es absolutamente estupendo y maravilloso, pero hay otra idea de la defensa y del ejército que quizá se esté perdiendo en la sociedad, porque no se defiende. Ya nadie se atreve a hacer una defensa del ejército en esa otra línea.

He hecho toda una reflexión. No hay una pregunta aquí realmente, pero quería decirlo.

## CONSTANTINO MÉNDEZ

*Secretario de Estado de Defensa*

No hay pregunta, ciertamente, y tampoco hay respuesta. Pero sí hay una adición a lo que está diciendo, que tiene que ver con lo siguiente: nos engañaríamos si tuviéramos una mirada que pudiera partir, como principio de reflexión, del hecho de no tener una percepción clara de dónde están situadas las capacidades (estamos hablando de nuestro país) de nuestras Fuerzas Arma-

das. Estaríamos profundamente equivocados. Las capacidades militares incorporadas a las Fuerzas Armadas en este país son espectaculares, objetivamente espectaculares. Tomando como elemento de ponderación la capacidad de España en términos macro (presupuestarios, económicos, etcétera), y teniendo en cuenta nuestra posición relativa en referencia a otras sociedades y economías, sin duda se ha hecho un gran esfuerzo. Posiblemente no se han llegado a cubrir todas las necesidades, pero sí se ha llevado a cabo un esfuerzo razonable de incorporación de un conjunto de programas. Podría citar algunos: este país está en un proyecto de Eurofighter asombroso; disponer de esa flota de Eurofighter coloca sus capacidades en el ámbito aéreo en una posición absolutamente magnífica. No es una excepción. Otro ejemplo es el helicóptero Tigre, que ya está ahí, o el NH-90. Y puedo cambiar de rama, mencionando la fragata F-100, cuyo potencial en términos militares es asombroso. España tiene capacidades en la observación desde el espacio también muy potentes, civiles y militares, pero las militares son muy importantes. Además, pronto vamos a ser el único país que va a poder cruzar dos tecnologías para la observación terrestre, en toda circunstancia, en toda condición.

Podría citar mil elementos que ponen de manifiesto que desde la modestia, entre comillas, de este país hemos hecho el esfuerzo de obtención de aquellas capacidades (y se va a continuar en el tiempo) que nos permiten tener unas Fuerzas Armadas bien dotadas y preparadas. Pero ¿bien preparadas para qué? ¿Cuál es el escenario de conflictos a los que realmente tenemos que hacer frente? En lo inmediato, ninguno. En los horizontes que tradicionalmente deberían preocuparnos, en términos de lo que fueron nuestros riesgos tradicionales, no hay ninguno. Consiguientemente, lo que ocurre es que para gestionar determinado tipo de conflictos de carácter más convencional se requieren sin duda esas capacidades, y hay que tenerlas precisamente como un elemento disuasorio, frente a que alguien pueda for-

mular la posibilidad de gestionar por nosotros esos conflictos. Lo que ha emergido es que la sociedad en su conjunto, con el apoyo social, establece posiciones en determinados escenarios, por muy alejados y distantes que nos parezcan, que hacen necesaria una intervención. Pero no me refiero a una intervención militar, sino asociada a los procesos de interposición, pacificación, reconstrucción, garantía y condición humanitaria.

Eso es lo que ahora está tapando el otro contexto también, y podría añadir que me alegro de que sea así. Sin embargo, lo que digo es: no perdamos de vista que ambos horizontes no se excluyen y que lo que sucede es que la naturaleza de los conflictos ha variado.

Pero su observación inicial partía de un principio: si Europa y Estados Unidos pueden darse un relevo. Yo creo que no. Efectivamente, son dos sociedades que perciben su presencia en el mundo de otra manera, y que defienden posiciones estratégicas (concertadas como aliados, obviamente) donde las decisiones se gestionan de otro modo y la intervención también. Por tanto es difícil, porque la generación de cultura que se ha ido produciendo es muy dispar en esos dos ámbitos. Yo me alegro de vivir en Europa y de formar parte de una cultura que formula cierto tipo de requerimientos que condicionan, sin duda, la capacidad de intervención.

Si acaso, también podría compartir de esa reflexión algo que creo que nos falta como sociedad: un aprendizaje, al que ustedes en este tipo de foros contribuyen muy bien un acercamiento, una mirada nada prejuiciosa sobre el mundo de la seguridad y de la defensa. Creo que ahí hay una asignatura pendiente, que es la generación de una cultura que normalmente todos los países potentes tienen. En el mundo sajón nadie se acercaría de esa manera a este tema, y en el francés tampoco. Es decir, las sociedades a las que aspiramos a parecernos tienen un acercamiento cultural desprejuiciado al mundo de la seguridad y la defensa, son muy conscientes del esfuerzo que tecnológica y

presupuestariamente deben realizar y adoptan una sólida posición de apoyo al esfuerzo y al riesgo que corren sus Fuerzas Armadas.

MARÍA JIMENA DUZÁN

*Columnista de El Tiempo, Colombia*

Nosotros tuvimos en Colombia una experiencia muy interesante que nos sorprendió de manera grata en cuanto a la participación del ejército español en el conflicto colombiano. Un general español fue precisamente el encargado de realizar unos acercamientos que se planteaban en ese momento entre la guerrilla del ELN y el gobierno del presidente Andrés Pastrana. A mí me sorprendió mucho que ese escenario se pudiera dar, y realmente la participación del general fue bastante oportuna, muy buena y exitosa hasta cierto punto. El proceso fracasó por otras razones, pero sorprendió de manera muy grata, repito, la participación de un ejército en un proceso de paz. Ese tipo de experiencias, ¿se han vuelto a hacer en América Latina? Esto ocurrió hace unos cuatro o cinco años.

CONSTANTINO MÉNDEZ

*Secretario de Estado de Defensa*

Ha habido multitud de situaciones en las que, efectivamente, España ha podido poner sus capacidades al servicio de conflictos, la mayoría de ellos muy de frontera, no relevantes, o sea, que no comportaban un riesgo real potente. Y hay otro tipo de sistemas de relaciones que tienen que ver con la insurgencia y el terrorismo que sí se han realizado, seguro, pero ni yo tengo la información. Sin embargo, estoy seguro de que sí. Haití es un buen ejemplo.

Recientemente, en la cumbre de países iberoamericanos se le pidió a España que tratara de tener una posición mediadora, si fuera necesario, en el conflicto de frontera Ecuador-Colombia. Era una preocupación que estaba allí patente, y siempre que se plantee una acción concertada, como la gestión de esa crisis, España sin duda va a intervenir. Y lo va a hacer, seguramente, con el recurso que sea más adecuado, civil o militar, poniendo toda su capacidad como país para defender una posición tan arbitral como se pueda. Creo que es una buena experiencia, efectivamente.

ENRIQUE PERIS

*Periodista. Ex corresponsal de TVE en Londres*

Ayer el ex presidente del Congreso, Manuel Marín, en una espléndida intervención, por cierto, destacaba desde sus nuevas responsabilidades que el diseño de las nuevas políticas de defensa debía tener en cuenta de manera fundamental el modelo energético del país, sus necesidades energéticas. Me pareció apreciar que el propio Manuel Marín se quejaba de que en el caso español quizá no era así; que no se tenían en cuenta suficientemente las necesidades y el diseño del modelo energético a la hora de trazar las líneas maestras de la nueva política de defensa del país. Quería preguntarle en qué medida eso es cierto.

Desde una perspectiva muy general, hablando de los ejércitos del presente y del futuro, y respecto a las tecnologías, también quería plantear que una de las grandes lecciones del desastre de Irak ha sido el fracaso, esencialmente militar, de esa teoría del señor Rumsfeld según la cual un ejército pequeño con —eso sí— una capacidad tecnológica del nuevo siglo podía llegar a controlar un país como Irak, frente a las teorías clásicas de Colin Powell del uso de la fuerza potente y demás. Ése en parte fue el diseño. ¿En qué medida puede afectar eso a las nuevas



doctrinas militares y poner en entredicho el poder de la tecnología por sí misma para ganar conflictos, sobre todo de una complejidad tan intensa como el de Irak?

CONSTANTINO MÉNDEZ

*Secretario de Estado de Defensa*

Trataré de decir algo. Yo creo que, en relación con el tema energético, la preocupación especial a la que se está dedicando Marín tiene que ver con el mundo medioambiental y los riesgos asociados. Ésa es exactamente la preocupación a la que yo intentaba aludir al principio de mi reflexión, cuando citaba a Ulrich Beck, que precisamente parte de esos mismos principios. Es una aproximación sobre la que creo que pueden hacerse dos observaciones básicas.

Primero: hemos construido un mundo muy complejo e interdependiente, y eso lo hace vulnerable. Esto es así. Vivimos sobre unas determinadas capacidades, que a su vez dependen de ciertos suministros y de determinados factores. Por tanto, eso sin duda representa una tensión de vulnerabilidad, pero a su vez introduce riesgos. Es decir, la necesidad de controlar, de reducir esa vulnerabilidad, puede llevar a algunos a establecer procesos de control, incluso, de esa fuente, de ese recurso. En relación con el petróleo, es obvio que esto ha sido una constante. Le podría citar otros muchos ejemplos.

Yo creo que sí, que efectivamente hay vulnerabilidad y que debe ser resuelta desde varias perspectivas. Sin duda, el desarrollo de un modelo nuevo. Esto es, garantizarse la definición de un modelo a partir del cual, en esa arquitectura tecnológica, tú puedas utilizar diversas fuentes y no ser nunca dependiente, porque eso sí que introduce una fragilidad extrema en el sostenimiento de la sociedad. Creo que ése sería el primer elemento.

Y el segundo, efectivamente, consistiría en tener bien definidos los aprovisionamientos desde una perspectiva puramente de reservas estratégicas, etcétera. En general todo eso está encomendado a autoridades de naturaleza civil en este país, con independencia de que el mapa de la reserva estratégica, la disponibilidad, etcétera, tengan su apéndice en el ámbito militar.

Había una cuestión adicional a esta, que es el tema de Irak. No es la primera vez que ese tipo de lección se produce. Todos los expertos que afirman que el escenario de Irak se parece mucho a la experiencia de Vietnam están introduciendo exactamente esta misma valoración, es decir, cómo la deriva de un escenario puede poner de manifiesto que la mayor capacidad tecnológica, incluso el mayor esfuerzo, la máquina más sofisticada, puede verse con un palo en el radio de la rueda que le impida moverse adecuadamente. Creo que eso es así relativamente. Una gran capacidad militar en ciertos conflictos y situaciones es, sin duda, una enorme ventaja, y puede convertirse en un elemento que descompense la balanza.

Lo que ocurre es que los nuevos conflictos parten de presumirle al otro la capacidad que ya tiene. Por tanto, los conflictos que vemos son aquellos que se descuentan de los que se hubieran tenido si esa capacidad no estuviera aportada. Os voy a poner un ejemplo bien sencillo. Existen enormes dificultades para hacer estadísticas de delincuencia. Eso tiene que ver con que hay una parte de la delincuencia que, efectivamente, se puede anotar, aquella que se detecta por la policía cuando hace detenciones, por las denuncias o por los juzgados. Pero hay otra parte que no se produce, que es la que se evita, la que se previene. Pues esto es exactamente igual: hay un conjunto de conflictos de los que podemos tomar nota; desde el año 1989, sesenta y tantos conflictos han sido de ésta o aquella naturaleza. Por tanto, podemos inventariar los que hemos tenido. Lo que nunca podremos conocer son los que hemos evitado. Y, sin duda, los que se han evitado han sido consecuencia de que allí había poli-

cía, había capacidad de observación, de disuasión y de prevención del conflicto. El armamento convencional, la capacidad tecnológica, está eliminando buena parte de los conflictos; buena parte no, todos los que no hemos tenido, sin ninguna duda. ¿Cuántos son? No me atrevo a decirlo. Ésta es la estadística que no se puede hacer. Sin embargo, sí me consta que los que hemos tenido, en general, desde el año 1989 —hace poco se ha hecho una relectura de ese tema— se censan en sesenta y tantos, y todos ellos tienen una naturaleza tan singular como el que usted citaba.

#### GERARDO REYES

*Reportero para América Latina de El Nuevo Herald, Colombia*

Estados Unidos cada vez más está confiando manejos de asuntos de seguridad, e incluso de inteligencia, a empresas privadas. Usted mencionaba que ése es otro de los grandes retos de la defensa. Quisiera saber, en España, cuánto están cediendo ustedes de esos servicios al sector privado y cuál ha sido la experiencia hasta ahora.

#### CONSTANTINO MÉNDEZ

*Secretario de Estado de Defensa*

Tendría que hacer un enorme esfuerzo para encontrar un solo ejemplo de cesión de esa competencia. Es posible que la hayamos hecho, pero no me viene ahora mismo a la memoria ni una sola referencia sobre la que yo pudiera decirle que el Estado ha permitido la invasión de esta cuestión.

Esto es así por diversos factores. Sin embargo, soy muy consciente de que uno de los retos a los que hacemos frente (precisamente por eso lo citaba en la conferencia) es la irrup-

ción de estas extrañas capacidades, que en España, y en Europa en general, se adquieren, proporcionan, gestionan y controlan desde el Estado. Y no solamente por un mandato legal, sino porque a la propia cultura de la sociedad le repugnaría profundamente que eso fuera de otra manera.

Creo, sin embargo, que se corre un enorme riesgo, precisamente en la privatización de ese tipo de capacidades, y por eso lo cité en la charla.

ALEXANDER SURIKOV

*Ministro Consejero de la Embajada de la Federación Rusa*

Quisiera preguntar sobre su papel en estos nuevos mecanismos y organismos internacionales, y en el ámbito del Derecho internacional. Es verdad que ha anotado que los Estados, por grandes que sean, no pueden por sí solos resolver los problemas internacionales actuales de la seguridad y la defensa. Esto obliga a toda la comunidad internacional a inventar nuevas formas de reformar los organismos existentes y a estudiar de nuevo la posibilidad de usar o modificar el Derecho internacional para solventar los conflictos actuales. ¿Cuál es su visión sobre esto?

CONSTANTINO MÉNDEZ

*Secretario de Estado de Defensa*

Yo tengo un sentido muy práctico de las cosas, que me indica que eso ya está inventado, pero que sin duda hemos estado perjudicando el funcionamiento de la comunidad internacional y de las instituciones ya disponibles. Si fuéramos, como países, más sensatos y honestos en la gestión de esos recursos internacionales, que ya existen, todo habría funcionado mejor en la adopción de criterios para decidir acciones comunes.

Pongo otro ejemplo. España apoya de forma incondicional todos los avances que en materia de Corte Internacional Penal se puedan producir. Creemos en eso, o nuestra sociedad y nuestra justicia creen en eso, y España lo apoya. Sin embargo, somos conscientes de las enormes dificultades para que todo avance.

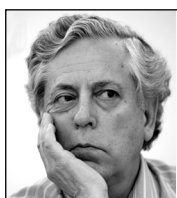
Tenemos los instrumentos, los hemos constituido ya, es más, los hemos reconstruido en el siglo xx en dos ocasiones. Por tanto, deberíamos dirigir nuestros esfuerzos más a valorar lo que ya tenemos y a garantizar que ese orden internacional, con las instituciones ya disponibles, funcione; y hacerlo además democráticamente. Seguramente así pocas cosas más tendríamos que crear.



## 8. BIOGRAFÍA DE LOS PONENTES







### MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

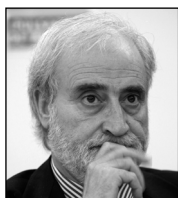
Nació en Madrid en 1943. Inició su carrera periodística en 1966 en la redacción del diario *Madrid*, donde fundó la Sociedad de Redactores del diario meses antes de que éste fuera cerrado por el gobierno del general Franco, en Noviembre de 1971. Dirigió *Diario 16* desde 1976 hasta 1980 y *El Sol* entre 1990 y 1991. Fue director de Información de la Agencia EFE entre 1986 y 1990. Ha trabajado además en *Cambio 16*, *El País* y *Posible*. Presentó los informativos nocturnos y de fin de semana de Tele 5 y ha colaborado en *Tiempo*, Radio España, Cadena Cope, Antena 3, TV y CNN+, entre otros muchos medios. En la actualidad es colaborador de *El País*, *La Vanguardia*, *Cinco Días*, Tele 5 y la Cadena Ser. Es secretario general de la Sección Española de la Asociación de Periodistas Europeos desde su establecimiento en 1981. Ha publicado varios libros, entre los que cabe destacar *Las últimas Cortes del franquismo*, *El vértigo de la prensa*, *Terrorismo y sociedad democrática* y *El golpe*.



### JON LEE ANDERSON

Nació en California en 1957. Se inició como periodista en Perú en 1979, como miembro del semanario *The Lima Times*, especializándose en temas políticos latinoamericanos. Ha escrito perfiles de algunas de las más impor-

tantes personalidades mundiales, como Fidel Castro, Gabriel García Márquez, Augusto Pinochet, Charles Taylor, Iyad Allawi, el rey Saddam Hussein y Hugo Chávez. Ha escrito para *The New York Times*, *The Financial Times*, *The Guardian*, *El País*, *Harper's*, *Time*, *The Nation*, *Life*, *Le Monde*, *Clarín*, *El Espectador*, etc. Forma parte del *staff* permanente de *The New Yorker* y es maestro de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, que preside Gabriel García Márquez. Especializado en temas latinoamericanos y en conflictos armados, es autor de numerosos libros, entre los que destacan *Al interior de la liga* (1986), *Zonas de guerra: voces de los campos de matanza del mundo* (1987), *Guerrillas* (1992), *Che Guevara: una vida revolucionaria* (1997), *La tumba del león: partes de guerra desde Afganistán* (2002) y *La caída de Bagdad* (2004).



#### XAVIER BATALLA

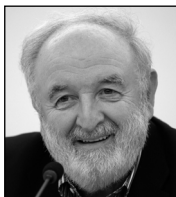
Nació en Barcelona en 1948. Es corresponsal diplomático del diario *La Vanguardia*, director adjunto de *Vanguardia Dossier*, vicepresidente de la Asociación de Periodistas Europeos y miembro del Consejo Científico del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales. Tras licenciarse en Periodismo y en Filosofía y Letras, su trayectoria profesional como periodista comienza en 1972 en *El Correo Catalán*, del que fue jefe de la sección de Internacional. En 1977 se incorpora al *Diario de Barcelona* como a redactor jefe y, en 1982, a *El País*, inicialmente como redactor jefe y después como subdirector. De 1986 a 1989 es corresponsal de *La Vanguardia* en Londres. Actualmente es corresponsal diplomático, puesto desde el que ha cubierto, entre otros acontecimientos, las primeras elecciones multipartidistas en los países del antiguo bloque comunista, la transición a la democracia en Sudáfrica y el asesinato del primer ministro israelí, Yitzhak Rabin. Es autor

de los libros *Afganistán: la guerra del siglo XXI* —basado en las crónicas “Diario del conflicto”, publicadas en *La Vanguardia* y por las que recibió el Premio Ciudad de Barcelona de Periodismo 2001— y *¿Por qué Irak?*. En 2006 recibió el Premio de Periodismo Europeo Salvador de Madariaga.



#### SHLOMO BEN AMI

Nació en Tánger en 1943. Estudió en la Universidad de Tel Aviv y en la Universidad de Oxford, donde se doctoró en Historia. Fue director de la Escuela de Historia de la Universidad de Tel Aviv entre 1982 y 1986. Un año después se trasladó a España, donde sirvió como embajador de Israel hasta 1991. En 1993 creó el Curiel Center for International Studies en la Universidad de Tel Aviv, que dirigió hasta 1996, año en el que fue elegido a la Knéset, donde sirvió en la comisión de Asuntos Extranjeros y Defensa y en la subcomisión del Servicio Exterior. En julio de 1999 fue nombrado ministro de Seguridad Pública y, posteriormente, ministro de Relaciones Exteriores, hasta 2001. Ha publicado varios libros, en inglés, español y hebreo, entre los que destacan *The Origins of the Second Republic in Spain* (1978), *Fascism from Above* (1983), *Quel avenir pour Israel?* (2001), *A Front Without a Homefront: A Voyage to the Boundaries of the Peace Process* (2004) y *Scars of War, Wounds of Peace* (2006).



#### DIEGO CARCEDO

Nació en Cangas de Onís (Asturias) en 1940. Inició su carrera periodística en la redacción de *La Nueva España* y de la Agencia Pyresa, donde fue corresponsal volante. Ha sido corresponsal de TVE en Portugal y Estados

Unidos, donde permaneció como delegado de la Agencia EFE. Ha sido testigo como enviado especial de numerosos conflictos, como la guerra del Vietnam, el conflicto de Centroamérica, la guerra de Oriente Medio, la Revolución de los Claveles en Portugal, el derrocamiento del presidente Allende en Chile, los terremotos de Managua, Perú, Sicilia e Irán, así como elecciones en varios países, golpes de Estado, etc. Fue director gerente de Relaciones Internacionales de RTVE, director de los Servicios Informativos de TVE, director general de Radio Nacional de España, donde creó Radio 5 Todo Noticias, y miembro del Consejo de Administración de RTVE. Es, además, presidente internacional de la Asociación de Periodistas Europeos, así como de su sección española. Entre sus últimas publicaciones figuran *Fusiles y claveles*, *Un español frente al holocausto*, *23-F: los cabos sueltos*, *El Schindler español*, la biografía de *José Antonio Sáez de Santamaría: el general que cambió de bando* y *Neruda y el barco de la esperanza*.



#### SYLVAIN CYPEL

Periodista y escritor francés, vivió durante doce años en Israel, en cuya universidad obtuvo una licenciatura en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, que amplió posteriormente con otra en Sociología y otros estudios en Historia Contemporánea. En 1978 emprendió la carrera como periodista en el rotativo *Le Matin de Paris*, donde ejerció como responsable del equipo de reporteros destinados a Oriente Próximo hasta 1985. Trabajó después como *free-lance* en la televisión pública France 2 y en el diario *Liberation*, fue redactor jefe adjunto en el periódico económico *Les Echos* y lanzó la publicación mensual *Capital*. Posteriormente ejerció como redactor jefe adjunto y director de redacción en el *Courrier International*, antes de convertirse, en 1998,

en redactor jefe del diario más leído de Francia: *Le Monde*. Actualmente es corresponsal de este periódico en Nueva York. Es autor del libro *Entre dos muros, la sociedad israelí en vía muerta*.



### MARÍA JIMENA DUZÁN

Periodista y politóloga colombiana, nació en Bogotá en 1960. Comenzó a escribir a la edad de 16 años en el diario *El Espectador*, siendo una de las columnistas más jóvenes del país. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad de los Andes y en París. Posteriormente ingresó en el equipo de investigación de *El Espectador*, donde a la edad de 30 años ya era reportera y editora internacional, además de contar con su columna de opinión. Fue amenazada de muerte en varias ocasiones por las mafias del narcotráfico.

Fundó el primer postgrado de Periodismo de Colombia, del cual fue directora durante cinco años, en la Universidad de los Andes y obtuvo la beca Nieman de la Universidad de Harvard. Ha escrito para medios internacionales como *The Wall Street Journal*, *Newsday* y *Marie Claire* y, durante tres años, fue cónsul de Colombia en Barcelona. Entre 1992 y 1993 escribió para la revista *Semana*. En 1994 publicó el libro *Crónicas que matan*, en el que relata sus días como reportera en el diario *El Espectador*. Ha sido galardonada con el premio Courage Award (Premio al Coraje) y el Premio de Periodismo Simón Bolívar del año 2005. Actualmente compagina su columna de opinión en *El Tiempo* con el programa de entrevistas Versión Libre, en el Canal Capital, y es habitual invitada de Néstor Morales en el programa de opinión Hora 20 de Caracol Radio.



### GUSTAVO FERNÁNDEZ

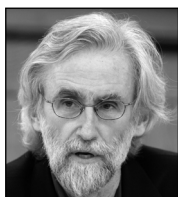
Nació en la ciudad boliviana de Cochabamba en 1940. Es abogado, político y diplomático. Fue ministro de Asuntos Exteriores y Cultos de Bolivia en tres ocasiones distintas: primero, en 1979, hasta el Golpe de Estado que protagonizó el CNL y que le obligó a emigrar al extranjero, y, posteriormente, entre 1984 y 1985 y entre 2001 y 2002. Además de su responsabilidad al frente del ministerio ha desarrollado una amplia carrera profesional vinculada al campo internacional, que le llevó, entre otros cargos, a ser secretario de Integración de Bolivia, jefe del Departamento Jurídico de la Junta del Acuerdo de Cartagena, con sede en Lima, director de Consulta y Coordinación Latinoamericana en el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), embajador extraordinario y plenipotenciario ante el Gobierno de Brasil y cónsul general en Santiago de Chile.



### FERNANDO GERBASI

Diplomático venezolano jubilado, se licenció en Ciencias Económicas por la Universidad de Ginebra, se especializó en Comercio Internacional en el GATT y obtuvo la maestría en Relaciones Internacionales por el Centre d'Etudes Diplomatiques et Strategiques de París. Ha sido viceministro de Relaciones Exteriores; embajador en Brasil, Colombia, Italia, la CEE y la RDA; y embajador alterno ante la ONU. Además, ha ejercido en tres ocasiones como representante permanente ante la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Es autor de, *Análisis del comercio exterior de Venezuela, Evolución de los planteamientos en torno al nuevo orden económico internacional y Tratado internacional sobre los recursos fitogenéticos*. De 2003

a 2007 presidió el Fondo Mundial para la Diversidad de Cultivos. Actualmente es profesor y director del Centro de Estudios Estratégicos y Relaciones Internacionales (CEERI) en la Universidad Metropolitana de Caracas (UNIMET).



### STEPHEN HOLMES

Nació en 1948. Tras doctorarse por la Universidad de Yale en 1976, ha ejercido la docencia en la propia Yale, Wesleyan, el Institute for Advanced Study de la Universidad de Princeton, el Department of Government de la Universidad de Harvard, la Universidad de Chicago y en el School of Law de la Universidad de Nueva York, donde actualmente ocupa la cátedra Walter E. Meyer de Derecho, además de ser codirector del Center on Law and Security. Además, Holmes dirigió el programa de la Fundación Soros para promover reformas legales en Rusia y Europa oriental y el Center for the Study of Constitutionalism in Eastern Europe.

En Chicago y Nueva York también trabajó como editor jefe del *East European Constitutional Review*. El trabajo de Holmes se centra en la historia del liberalismo europeo, las decepciones de la democracia y la liberalización económica tras el comunismo y la dificultad de combatir el terrorismo internacional islámico sin traspasar los límites de la ley.

Además de numerosos artículos sobre pensamiento político, teoría democrática y constitucional, la reconstrucción del Estado en la Rusia poscomunista y el *war on terror*, es autor, entre otras, de las siguientes obras: *Benjamin Constant and the Making of Modern Liberalism* (1984), *Anatomy of Antiliberalism* (1993), *Passions and Constraint: The Theory of Liberal Democracy* (1995), *The Cost of Rights* (1998) y *Matador's Cape: America's Reckless Response to Terror* (2007).



### JAVIER DE LUCAS

Nació el 4 diciembre 1952. Es doctor en Derecho y catedrático de Filosofía del Derecho por la Universidad de Valencia, en la que es además director del Grupo de Estudios sobre Ciudadanía, Inmigración y Minorías. Dentro de sus labores en el extranjero es destacable su pertenencia a organismos como la European Academy of Legal Theory o el International Institute for the Sociology of Law. Entre libros y artículos, ha publicado más de doscientos cincuenta trabajos sobre teoría y filosofía del Derecho, derechos humanos, filosofía política y crítica legislativa, con especial atención a la obediencia a la ley, la objeción de conciencia y la insumisión y los problemas jurídicos relacionados con la solidaridad, el voluntariado, el racismo y la xenofobia, la inmigración, los derechos de las minorías y el multiculturalismo.



### MANUEL MARÍN

Nació en Ciudad Real en 1949. Licenciado en Derecho, se especializó en Derecho Europeo en la Universidad de Nancy (Francia) y en el Colegio de Europa de Brujas (Bélgica). En 1977 fue elegido diputado del PSOE por la provincia de Ciudad Real en las primeras elecciones democráticas, escaño para el que fue reelegido en 1979 y 1982. Ese mismo año fue nombrado Secretario de Estado para las Relaciones con las Comunidades Europeas, cargo desde el que participó muy activamente en la fase final de las negociaciones de adhesión de España a las Comunidades Europeas. En 1986 entró a formar parte de la Comisión Europea, de la que fue vicepresidente durante las presidencias de Jacques Delors y Jacques Santer, además de titular de las carteras de Pesca, Cooperación al Desarrollo y Relaciones con los Países del Mediterráneo. En 1999 ejerció de presidente en funciones de la Comisión Europea tras



la renuncia de Jacques Santer. De regreso a la política española, fue elegido diputado por Ciudad Real en 2000 y 2004, desempeñando el cargo de presidente del Congreso de los Diputados hasta 2008, fecha en la que se retiró de la vida política para dedicarse a la lucha contra el cambio climático.



#### ANGELINA MARTÍNEZ

Nació en Albacete en 1951. Se diplomó en Trabajo Social y ha sido delegada provincial de Bienestar Social en Albacete, entre 1983 y 1984; adjunta segunda a la Defensora del Pueblo de Castilla-La Mancha, entre 2002 y 2007; y jefa de la Unidad de Violencia contra la Mujeres de la Subdelegación del Gobierno en Albacete. Además, ha presidido el Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales de Castilla-La Mancha y, hasta agosto de 2008 fue consejera de Justicia y Protección Ciudadana de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.



#### CONSTANTINO MÉNDEZ

Nació en 1950. Es licenciado en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela y pertenece al Cuerpo de Titulados Superiores de la Seguridad Social. Ha sido director general del Instituto Social de la Marina y del Instituto Nacional de la Seguridad Social. Entre 1993 y 1996 fue diputado al Congreso de los Diputados por el PSOE. En 1994 fue nombrado secretario de Estado para las Administraciones Públicas y, en 2004, delegado del gobierno en la Comunidad Autónoma de Madrid. Ha presidido la Sociedad Estatal de Infraestructuras y Equipamientos Penitenciarios y, desde 2008, es secretario de Estado de Defensa.



### MARTÍN ORTEGA CARCELÉN

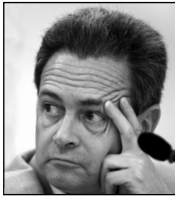
Doctor en Derecho Internacional, fue investigador en el St. Antony's College de la Universidad de Oxford y profesor titular de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales en las universidades Autónoma de Madrid, Salamanca y Complutense de Madrid. Fue director del Colegio Mayor César Carlos de Madrid y de la Fundación INCIPE de estudios internacionales. Es especialista en política exterior, de seguridad y defensa de la Unión Europea, en relaciones transatlánticas, las Naciones Unidas y las regiones del Mediterráneo y Oriente Medio. Entre 2002 y 2007 dirigió el área de investigación en el Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea en París. En la actualidad, además de ejercer como profesor titular de Derecho Internacional Público en la Universidad Complutense de Madrid, es director del Gabinete de Análisis y Previsión de Política Exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.



### ANDRÉS ORTEGA KLEIN

Hijo del cofundador de Alianza Editorial y *El País*, José Ortega Spottorno, y de Simone Ortega, autora de 1.080 recetas de cocina, y nieto de José Ortega y Gasset, nació en Madrid en 1954. Se licenció en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense y posteriormente realizó un máster en Relaciones Internacionales en el London School of Economics. Inició su carrera periodística como corresponsal para *El País* en Londres, pasando posteriormente a Bruselas, donde cubrió el final de las negociaciones de ingreso de España en la hoy Unión Europea. Durante la primera presidencia española del Consejo comunitario, en 1989, trabajó como asesor ejecutivo para el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández

Ordóñez. A principios de 1990, pasó a formar parte del recién creado Departamento de Estudios de la Presidencia del Gobierno, que dirigió entre 1995 y 1996. Se incorporó entonces a la sección de Opinión de *El País* como editorialista y columnista. En 2004, se convirtió en el primer director de *Foreign Policy Edición Española*, publicada por la Fundación FRIDE. Además de numerosos artículos, ha publicado las siguientes obras: *El purgatorio de la OTAN* (1986), *La razón de Europa* (1994), *Horizontes cercanos: guía para un mundo en cambio* (2000) y *La fuerza de los pocos* (2007). En 2002 fue galardonado con el Premio Madariaga de Periodismo Europeo que concede anualmente la Asociación de Periodistas Europeos.



#### JOSÉ LUIS PARDO

Filósofo y ensayista, nació en Madrid en 1954. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, donde se doctoró con la tesis titulada: *La teoría de la individuación intensiva en el proyecto de una semiótica translingüística*. Ejerció como profesor de Enseñanza Secundaria hasta 2002 y actualmente es catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, donde imparte la asignatura de Corrientes Actuales de la Filosofía.

Ha colaborado en publicaciones como *El Viejo Topo*, *Los Cuadernos del Norte*, *Revista de Occidente*, *Archipiélago* o *El País*. También ha realizado numerosas traducciones de importantes obras de filosofía contemporánea, de autores como Gilles Deleuze, Michel Serres, Guy Debord, Giorgio Agamben o Emmanuel Lévinas, y en 2000 coordinó la obra *Preferiría no hacerlo: ensayos sobre Bartleby*. En 2005 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo por su libro *La regla del juego*.



### GERARDO REYES

Reportero para América Latina de *El Nuevo Herald* de Miami, fue miembro del equipo de *The Miami Herald* que ganó el Premio Pulitzer en 1999. En 2004 recibió el premio individual de periodismo internacional Maria Moors

Cabot, concedido por la Universidad de Columbia. Es miembro del International Consortium of Investigative Journalists y, además de numerosos artículos, es autor de las obras: *¿Por quién votar?* (1982), *Periodismo de investigación* (1996), *Made in Miami* (2000) y *Don Julio Mario Santo Domingo: biografía no autorizada* (2003).



### JOSÉ MARÍA RIDAO

Nació en Madrid en 1961. Es licenciado en Filología Árabe y en Derecho. En 1987 ingresó en la carrera diplomática. Estuvo destinado en Angola, la antigua Unión Soviética y Guinea Ecuatorial y fue el representante

español durante cuatro años en el comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE en París. Entre 2004 y 2006 fue embajador de España ante la UNESCO.

Entre sus publicaciones destacan *Agosto en el paraíso* (1998), *Excusas para el doctor Huarte* (1999), *Contra la historia* (2000), *La desilusión permanente* (2000), *El mundo a media voz* (2002), *La elección de la barbarie* (2002), *El pasajero de Montauban* (2003), *Weimar entre nosotros* (2004) y *Elogio de la imperfección* (2006). Colabora en *El País*, *La Vanguardia* y la Cadena SER y es codirector de los Seminarios de Seguridad y Defensa que organiza anualmente la Asociación de Periodistas Europeos.



### JOSÉ JUAN RUIZ

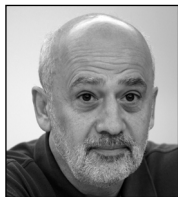
Nació en Tarancón (Cuenca) en 1957. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Autónoma de Madrid, es técnico comercial y economista del Estado. Hasta 1993 ocupó diversos cargos en las secretarías de Estado, de Comercio y de Economía. Ha sido presidente del Comité de Política Económica de la Unión Europea entre 1991 y 1993, además de consultor del Banco Mundial. Entre 1993 y 1996 fue economista jefe de Argentinaria y en 1996 ocupó un puesto análogo en Analista Financieros Internacionales. Ese mismo año fue nombrado director de la Dirección de Estrategia, Comunicación y Relaciones con los Inversores del Banco de Santander. Tras la fusión del Banco de Santander y el Banco Central Hispano fue nombrado director de Análisis y Estrategia para Latinoamérica. Ha colaborado en los diarios *Expansión* y *El País* y es coautor del estudio *The Timing and Sequencing of Trade Liberalization: The Spanish Case*.



### FÉLIX SANZ ROLDÁN

General del Ejército, nació en Uclés (Cuenca) en 1945. Ingresó en la Academia General Militar en 1962. A lo largo de su carrera ha desempeñado diversos puestos, en destinos como el Estado Mayor Combinado Hispano-Norteamericano, la Embajada de España en Washington o la Misión Militar de España ante el Comandante Supremo Aliado de Europa (SACEUR), en Mons (Bélgica). Ha sido jefe de la Sección de Tratados Internacionales de la División de Planes y Organización del Estado Mayor del Ejército, jefe del Área de Relaciones con la OTAN/UEO de la Subdirección General de Asuntos Internacionales de la DIGENPOL y subdirector general de Planes y Relaciones Internacionales en esta misma dirección general del Mi-

nisterio de Defensa. En mayo de 2004 fue nombrado director general de Política de Defensa y, un mes después, jefe del Estado Mayor de la Defensa, promovién-dole al empleo de General de Ejército. Es consejero del Consejo de Estado y poseedor de numerosas condecoraciones nacionales e internacionales.



### JUAN GABRIEL TOKATLIÁN

Sociólogo argentino, se doctoró en Relaciones Internacionales por la Universidad Johns Hopkins. Actualmente es director de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de San Andrés (Argentina). Vi-

vió dieciocho años en Colombia, entre 1981 y 1998, donde fue profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia, además de trabajar como investigador principal del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales y de ser cofundador y director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de los Andes. Ha publicado numerosos ensayos y artículos de opinión sobre la política exterior de Colombia y Argentina, sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, sobre el sistema global contemporáneo y sobre el narcotráfico, el terrorismo y el crimen organizado. Entre sus libros destacan *Globalización, narcotráfico y violencia: siete ensayos sobre Colombia* (2000) y *Hacia una nueva estrategia internacional: el desafío de Néstor Kirchner* (2004).



### ALEJANDRO URBINA

Periodista costarricense, estudió Ciencias de la Computación e Ingeniería en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, MIT, donde se licenció en 1978, y continuó sus estudios en la escuela de periodismo de la Universi-

dad de Columbia. Trabajó como editor y gerente del semanario El Financiero y actualmente dirige el diario La Nación donde trabajó en durante más de quince años en varias posiciones técnicas y gerenciales antes de su incursión en el periodismo, que tuvo lugar en 1994, al desarrollar con un equipo de especialistas la edición digital de *La Nación*, una de las primeras ediciones de prensa digital de Latinoamérica.



#### SARAH WYKES

Investigadora británica. Es activista en asuntos de responsabilidad corporativa, corrupción, derechos humanos e impacto medioambiental en el sector extractivo, especializada en el área del África Subsahariana. Trabajó durante seis años para la ONG británica de vigilancia Global Witness, y anteriormente para Amnistía Internacional, Oxfam Campaigners y el Centro de Información sobre Empresas y Derechos Humanos (Business & Human Rights Resource Centre).





## 9. RELACIÓN DE ASISTENTES



ABEND, LISA

*Corresponsal de la revista TIME*

AGEJAS, MARÍA JOSÉ

*Internacional de la Cadena SER*

AGUILAR, MIGUEL ÁNGEL

*Secretario general de la Asociación de Periodistas Europeos*

AL-GHASEB MESFER A

*Consejero de Asuntos Políticos de la Embajada de Arabia Saudí*

ALVARADO DE MENDOZA, PATRICIA

*Corresponsal de Radio Centro y CNN, México*

AMER ODEH, MUSA

*Delegación General de Palestina*

ANDERSON, JON LEE

*Escritor y cronista de The New Yorker, Estados Unidos*

ARCAS, SARA

*Periodista, RNE*

ARENAS, JAVIER

*Secretario general de la Federación de Asociaciones de la Prensa de España (FAPE)*

AVILES POZO, ALICIA

*Delegada de Europa Press en Castilla-La Mancha*

BASTERRA, FRANCISCO C.

*Director general de CNN +*

BATALLA, XAVIER

*Corresponsal diplomático de La Vanguardia*

BAZÁN, ANGELES

*Directora de Informativos de Fin de Semana de RNE*

BELLO ACEVEDO, PEDRO

*Comandante, Academia de Infantería de Toledo*

BEN AMI, SHLOMO

*Ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel y vicepresidente ejecutivo del CIT Pax*

BOOM, HENK

*Corresponsal de Het Financien Dagblad y Tijd, Holanda*

CARCEDO, DIEGO

*Presidente de la Asociación de Periodistas Europeos*

CASERO ECHEVERRY, JOSÉ LUIS

*Coronel, Jefe de estudios de la Academia de Infantería de Toledo*

CYPEL, SYLVAIN

*Corresponsal en Nueva York de Le Monde, Francia*

DRIOUCH, NABIL

*Corresponsal de Al Massae, Marruecos*

DUZÁN, MARÍA JIMENA  
*Columnista de El Tiempo, Colombia*

EL MEDRAI, ABDELSAM  
*Ministro plenipotenciario de la Embajada de Marruecos*

ESTEBAN PENDAS, MONTSERRAT  
*Escuela de Infantería de Toledo*

FAGILDE, VICTOR  
*Embajador de España. Columnista del Correo Gallego*

FERNÁNDEZ ARRIBAS, JAVIER  
*Director de Informativos de Punto Radio*

FERNÁNDEZ, GUSTAVO  
*Ex canciller de Bolivia*

FLORENTÍN, MANUEL  
*Grupo Anaya*

GARCÍA CANTALAPIEDRA, DAVID  
*Investigador del Real Instituto Elcano*

GARRIGUES, JUAN  
*Vocal asesor del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia del Gobierno e investigador, FRIDE*

GERBASI, FERNANDO  
*Diplomático venezolano y director del CEERI*

GOLUB, PAVEL  
*Corresponsal de Rossiyskaya Gazeta, Rusia*

GÓMEZ, MIGUEL

*Story Board*

GÓMEZ XIMÉNEZ DE SANDOVAL, JAIME

*Asociación de Periodistas Europeos*

GONZÁLEZ, PEDRO

*Ex director de Relaciones Internacionales de TVE*

GONZALO, ÁNGEL

*Jefe de Internacional de Onda Cero Radio*

HAUBRICH, WALTER

*Corresponsal del Frankfurter Allgemeine Zeitung, Alemania*

HOLMES, STEPHEN

*Profesor de Derecho, New York University, Estados Unidos*

HUMANES, CARLOS

*Director de Publicco*

HUMANES, MIGUEL

*Subdirector de Negocio*

JARAMILLO, GERMÁN

*Delegado en España de la Corporación Andina de Fomento*

JIMÉNEZ ÜBEDA, DEMETRIO

*Coronel, delegado de Defensa en Castilla-La Mancha*

JUAN, JOSÉ VICENTE DE

*Consejero Delegado de la Fundación Diario Madrid*

LUCAS, JAVIER DE

*Catedrático de Filosofía del Derecho, Universitat de Valencia*

MARÍN, MANUEL

*Ex presidente del Congreso de los Diputados*

MARTÍNEZ, IGNACIO

*Adjunto a la Presidencia del Grupo Joly*

MATHIESON, DAVID

*Corresponsal del New Statesman, Reino Unido*

MÉNDEZ, CONSTANTINO

*Secretario de Estado de Defensa*

MIJALKOVIC, DJORDJE

*Ministro consejero de la Embajada de Serbia*

MUÑOZ, JOEL

*Coordinador para Europa de la agencia Notimex, México*

MURO, CÉSAR

*General, Academia de Infantería de Toledo*

ODEH, MUSA

*Embajador de Palestina*

OÑATE ALGUERÓ, JUAN

*Director de la Asociación de Periodistas Europeos*

ORTEGA CARCELÉN, MARTÍN

*Director del Gabinete de Análisis y Previsión de Política Exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación*

ORTEGA KLEIN, ANDRÉS

*Director del Departamento de Análisis y Estudios del Gabinete de Presidencia de Gobierno*

PARDO, JOSÉ LUIS

*Filósofo y ensayista*

PASCUAL RAMSAY, ANGEL

*Vocal asesor del Departamento de Análisis y Estudios del  
Gabinete de la Presidencia de Gobierno*

PERAL, DANIEL

*Periodista, ex corresponsal de TVE en Jerusalén*

PERALTA, PEPI

*Asociación de Periodistas Europeos*

PERIS, ENRIQUE

*Periodista, ex corresponsal de TVE en Londres*

PINGREE, GEOFF

*Corresponsal de TIME*

PINTOR, LUIS

*Periodista, RNE*

REYES, GERARDO

*Reportero para America Latina de El Nuevo Herald, Colombia*

RIDAO, JOSÉ MARÍA

*Escritor y diplomático*

ROC, JAVIER

*Centro de Satélites de la Unión Europea*

RODRÍGUEZ TOUBES, JAIME

*Contralmirante, director del Instituto Español de Estudios  
Estratégicos, Ministerio de Defensa*



RUBIO, ALBERTO

*Jefe de Internacional de La Razón*

RUIZ, JOSÉ JUAN

*Director de Estrategia para América Latina del  
Grupo Santander*

SANZ ROLDÁN, FÉLIX

*Jefe del Estado Mayor de la Defensa*

SANZ, GABRIEL

*Redactor Jefe de ABC*

SCHORI, PIERRE

*Director general de FRIDE*

SORROZA, ALICIA

*Investigadora de Real Instituto Elcano*

SUKIROV, ALEXANDER

*Ministro consejero de la Embajada de la Federación Rusa*

TOKATLIAN, JUAN GABRIEL

*Director de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,  
Universidad de San Andrés, Argentina*

URBINA, ALEJANDRO

*Director de La Nación, Costa Rica*

VALKO, JAN

*Embajador de Eslovaquia*

VALLADOLID, AGUSTÍN

*Director y editor de Grupo Revistavisión*

WYKES, SARAH

*Experta en hidrocarburos y miembro de Global Witness*

ZOUBIR OUASSINI, AÏMAN

*Corresponsal de Al Jazeera*